

**El País de las Pielés**  
**Primera Parte**

**Por**

**Julio Verne**

***Free*editorial** 

## UNA FIESTA EN EL FUERTE CONFIANZA

Aquella noche —17 de marzo de 1859— el capitán Craventy daba una fiesta en el fuerte Confianza.

Que la palabra fiesta no evoque en la mente del lector la idea de un sarao grandioso, de un baile de corte, de una zambra ruidosa o de un festival a gran orquesta. La recepción del capitán Craventy era mucho más modesta, a pesar de lo cual no había perdonado sacrificio para darle la mayor brillantez posible.

En efecto, bajo la dirección del cabo Joliffe, el espléndido salón del piso bajo habíase transformado. Aún se veían las paredes de madera, hechas con troncos apenas labrados, horizontalmente dispuestos; pero, disimulaban su tosca desnudez cuatro pabellones británicos, colocados en los cuatro ángulos, y panoplias formadas con armas tomadas del arsenal del fuerte.

Si las largas vigas del techo, rugosas y ennegrecidas, descansaban sobre sus estribos groseramente ajustadas, en cambio, dos lámparas, provistas de sus reflectores de hoja de lata, se balanceaban como dos arañas al extremo de sus cadenas, y proyectaban una luz muy suficiente a través de la atmósfera cargada de la sala.

Las ventanas eran estrechas; algunas parecían troneras; sus vidrios, blindados por una espesa escarcha, desafiaban la curiosidad de la vista; pero dos o tres trozos de percalina encarnada colocados con gusto, llamaban la atención de los invitados. El piso estaba formado por pesados maderos yuxtapuestos que el cabo Joliffe había barrido con esmero en gracia a la solemnidad.

Allí no había butacas, ni divanes, ni sillas, ni otros muebles modernos; unos bancos de madera, medio empotrados en la anchurosa pared, unos taburetes macizos, hechos de troncos de árboles cortados a hachazos, y dos mesas de gruesos pies, constituían todo el mobiliario del salón; pero la pared medianera, a través de la cual daba acceso a la pieza contigua una puerta de una sola hoja, estaba adornada de un modo rico y pintoresco a la vez. De sus vigas pendían, colocadas en orden admirable, pieles extraordinariamente valiosas formando un surtido tan abundante y variado como no habría sido posible encontrar en los lujosos escaparates de la Regent-street o de la perspectiva Niewski. Habríase dicho que toda la fauna de las regiones árticas se había hecho representar en aquella decoración por medio de una muestra de sus más bellas pieles.

La mirada vacilaba entre las pieles de lobo, de osos grises, de osos polares, de nutrias, de glotones, de bisontes, de castores, de ratas almizcleras, de

armiños y de zorras plateadas.

Sobre esta exposición, leíase un lema con letras primorosamente recortadas de un trozo de cartón pintado; el lema de la célebre Compañía de la Bahía de Hudson:

### PROPELLE CUTEM

—En verdad, cabo Joliffe —dijo el capitán Craventy a su subordinado—, habéis realizado un esfuerzo superior a vuestras fuerzas.

—Ya lo creo, mi capitán, ya lo creo; pero hay que hacer justicia a todo el mundo. Una parte de esos elogios corresponden a la señora Joliffe, que me ha ayudado a disponerlo todo.

—Es una mujer muy habilidosa, cabo.

—No existe en el mundo otra igual, mi capitán.

En el centro del salón había instalada una estufa enorme, mitad de ladrillo, mitad de loza, cuya gruesa chimenea de palastro, atravesando el techo, vertía al exterior torrentes de humo negro. Esta estufa se encandalizaba y rugía bajo la influencia de las paletadas de carbón que el fogonero, un soldado especialmente encargado de este servicio, metía sin cesar en ella.

A veces, un remolino de viento obstruía la boca de la chimenea exterior, y entonces un humo espeso, retrocediendo a través de la estufa, invadía el salón; largas llamas lamían sus paredes de ladrillo, una nube opaca velaba la luz de la lámpara y tiznaba las vigas del techo. Pero este ligero inconveniente no importaba gran cosa a los invitados del fuerte Confianza.

La estufa les calentaba, y bien se podía perdonar el bollo por el coscorrón, porque, fuera, hacía un frío espantoso, avivado por un fuerte viento Norte que redoblaba su intensidad.

Se sentía rugir la tempestad alrededor de la casa. La nieve, que caía ya casi solidificada, chocaba contra la escarcha de los vidrios. Ciertos silbidos agudos, al entrar por las rendijas de las puertas y ventanas, elevábanse a veces hasta el límite de los sonidos perceptibles. Después se hacía un gran silencio. La naturaleza parecía tomar aliento, y de nuevo se desencadenaban las ráfagas con una fuerza imponente. Se sentía la casa temblar sobre sus pilares, crujir las alfajías, gemir las tablas. Un extranjero, menos acostumbrado que los invitados del fuerte a estas conmociones de la atmósfera, habría temido que la tempestad se llevase aquel conjunto de vigas y tablonos. Pero los huéspedes del capitán Craventy se preocupaban muy poco de la borrasca, y, aunque se hubiesen encontrado al aire libre, tampoco se habrían asustado, a semejanza de esos petreles satánicos que se burlan de las tempestades.

Respecto a los invitados, es necesario hacer algunas observaciones.

Componían la reunión un centenar de individuos de ambos sexos; pero sólo dos de ellos, dos mujeres, no pertenecían al personal afecto al fuerte Confianza.

Este personal lo formaban: el capitán Craventy, el sargento Long, el teniente Jasper Hobson, el cabo Joliffe y unos sesenta soldados v empleados de la Compañía. Algunos eran casados, contándose entre éstos el cabo Joliffe, feliz esposo de una canadiense muy lista y vivaracha; un escocés llamado Mac-Nap, casado con una escocesa, y Juan Rae, que había tomado esposa, en época reciente, entre las indias de la comarca. Toda esta gente, sin distinción de clases, oficiales, empleados y soldados, eran aquella noche obsequiados por el capitán Craventy.

Conviene hacer constar que no era sólo el personal de la Compañía el que había aportado su contingente a la fiesta. Los fuertes vecinos habían aceptado también la invitación del capitán Craventy, y hay que tener en cuenta que, en estas apartadas regiones, se consideran vecinos los que habitan a cien millas de distancia.

Buen número de empleados y factores habían venido del fuerte Providencia y del fuerte Resolución, pertenecientes a la circunscripción del lago del Esclavo, y hasta del fuerte Chipewan y del fuerte Liad, situados más al Sur. Era una diversión rara, una distracción inesperada que debían acoger con entusiasmo aquellos prisioneros, aquellos desterrados, medio perdidos en las solitarias regiones hiperboreales.

Por último, algunos jefes indios habían aceptado también la invitación que recibieran.

Estos indígenas, en constante relación con las factorías, suministraban en gran parte, y a cambio de otros objetos, las pieles con que la Compañía traficaba. Eran generalmente indios chipewayos, hombres vigorosos, admirablemente constituidos, vestidos con chaquetones y capas de pieles de pintoresco efecto. Sus rostros, de un color entre negro y encarnado, presentaban esa máscara especial que la costumbre ha impuesto en Europa a los diablos de los cuentos de hadas. Sobre sus cabezas erguíanse hermosos penachos de plumas de águila desplegadas en forma de abanico que oscilaban a cada movimiento de sus negras cabelleras.

Estos jefes, cuyo número ascendería a una docena, no habían traído a sus esposas, desdichadas squaws que apenas se elevaban de la condición de esclavas.

Tal era el personal que componía la reunión a la que el capitán Craventy hacía los honores de la casa en el fuerte Confianza.

No se bailaba por carecerse de orquesta; pero la abundancia de platos y

licores exquisitos compensaba con creces la ausencia de los músicos. Sobre la mesa, alzábase un budín piramidal que la señora Joliffe había confeccionado con sus propias manos; era un enorme cono truncado, hecho de harina, manteca de reno y de buey almizclero, al que faltaban tal vez los huevos, la leche y el limón, recomendados por los tratados de cocina, pero cuyas gigantescas proporciones hacían olvidar este defecto.

La señora Joliffe no cesaba de cortar de él tajadas, a pesar de lo cual la enorme masa se mantenía siempre firme. Figuraban también sobre la mesa enormes pilas de emparedados, en los que las finas rebanadas de pan inglés con mantequilla, habían sido reemplazadas por no muy tiernas galletas, entre cada dos de las cuales habían sido colocadas con ingenio delgadas tajaditas de carne en conserva que reemplazaban el jamón de York y la gelatina trufada que se emplean en el viejo continente. Es de advertir que las galletas, a pesar de su dureza, no resistían al diente de los chipewayos.

Por lo que hace a las bebidas, la ginebra y el whisky circulaban profusamente en vasitos de estaño, sin hablar de un gigantesco ponche con que debía dar fin aquella fiesta, de la que hablarían los indios largo tiempo en sus miserables wigwames.

¡Cuántas felicitaciones recibieron los esposos Joliffe durante aquella velada! Pero, en cambio, ¡qué actividad y qué agrado desplegaron! ¡Cómo se multiplicaban! ¡Con qué amabilidad presidían la distribución de las bebidas! Adelantábanse a los deseos de todos. No había tiempo de pedir, ni aun siquiera de desear. ¡A los emparedados sucedían las rebanadas del inagotable budín! ¡Al budín, los vasos de ginebra o de whisky!

—No, gracias, señora Joliffe.

—Es usted demasiado amable, cabo; déjeme respirar.

—Señora Joliffe, le aseguro que ya no puedo más.

—Cabo Joliffe, usted hace de mí cuanto quiere.

—¡No; esta vez, no, señora! ¡Me es completamente imposible!

Tales eran las respuestas que la feliz pareja escuchaba casi siempre. Pero el cabo y su esposa insistían con tanto interés, que los más recalcitrantes acababan por ceder, y se comía sin descanso y se bebía sin tino.

El tono de las conversaciones se iba haciendo cada vez más elevado. Soldados y empleados animábanse por igual. Aquí se hablaba de caza, poco más allá de tráfico. ¡Cuántos proyectos forjábanse para la estación venidera! La fauna entera de las regiones árticas no bastaría para satisfacer la codicia de aquellos empedernidos cazadores. ¡Los osos, los bueyes almizcleros, las zorras caían ya bajo sus balas! ¡Cogían por millares en sus trampas los castores, las

ratas, los armiños, las martas y bisontes! Las pieles más estimadas acumulábanse en los almacenes de la Compañía, que, aquel año, obtenía inesperados beneficios.

Y mientras los licores, abundantemente distribuidos, inflamaban aquellas imaginaciones europeas, los indios, silenciosos y graves, demasiado altivos para demostrar admiración por nada, demasiado circunspectos para empeñar promesa alguna, dejaban hablar a aquellos charlatanes, absorbiendo, entretanto, en altas dosis, el aguardiente del capitán Craventy.

Gozoso éste de contemplar tanta algazara, satisfecho del placer que experimentaban aquellas pobres gentes, relegadas, por decirlo así, más allá de los límites del mundo habitable, paseábase alegre entre sus convidados, respondiendo a todas las preguntas que le dirigían acerca de la fiesta.

—¡Pregúntenselo a Joliffe! ¡Pregúntenselo a Joliffe!

Y, en efecto, todos iban a formular preguntas a Joliffe, quien tenía siempre una palabra de agrado para contestar a cada uno.

Entre las personas agregadas a la guardia y al servicio del fuerte Confianza, había algunas que merecen especial mención, porque van a ser juguete de circunstancias terribles que la perspicacia humana no podía prever de ningún modo. Conviene, pues, citar, entre otros, al teniente Jasper Hobson, al sargento Long, a los esposos Joliffe y a dos forasteras en cuyo obsequio daba el capitán la reunión.

Era el teniente Jasper Hobson un hombre de cuarenta años de edad, corto de talla, delgado, que si no poseía gran fuerza muscular, su energía moral, en cambio, le hacía superior a toda clase de pruebas y acontecimientos. Era, por decirlo así, un hijo de la Compañía. Su padre, el comandante Hobson, un irlandés de Dublín, muerto hacía ya algunos años, había ocupado, con su esposa, por espacio de largo tiempo, el fuerte Assiniboina, donde había nacido Jasper Hobson.

Allí, en la misma falda de las Montañas Rocosas, transcurrieron libremente su infancia y su juventud. Severamente educado por el comandante Hobson, se hizo un hombre por su serenidad y valor, cuando no era, por su edad, más que un adolescente. Jasper Hobson no era un cazador sino un soldado; un oficial inteligente y bravo.

Durante las luchas que la Compañía hubo de sostener en el Oregón contra las compañías rivales, distinguióse por su celo y su audacia, y conquistó rápidamente el grado de teniente; y, a consecuencia de su bien reconocido mérito, acababa de ser designado para el mando de una expedición en el Norte, que tenía por objeto el explorar las partes septentrionales del lago del Oso Grande, y establecer un fuerte en los límites del continente americano. La

partida del teniente Jasper Hobson debía tener efecto en los primeros días de abril.

Si el teniente era el tipo perfecto del oficial modelo, el sargento Long, hombre de cincuenta años, cuya ruda barba parecía hecha de fibras de coco, era a su vez modelo de soldados, valiente por naturaleza y obediente por temperamento; fiel siempre a la consigna, no discutía jamás una orden, por extraña que ella fuese; no razonaba siquiera cuando se trataba del servicio; era una verdadera máquina con uniforme, pero una máquina perfecta que nunca se desgastaba, funcionando siempre sin fatigarse jamás.

Tal vez fuese el sargento Long algo duro con sus soldados, como lo era consigo mismo; no toleraba la menor infracción de la disciplina, y los arrestaba por la falta más insignificante, sin dar motivo jamás para que lo arrestasen a él. Tenía que mandar, porque su grado de sargento le obligaba a ello; pero, en realidad, el dar órdenes no le proporcionaba ninguna satisfacción. Era, en una palabra, un hombre nacido para obedecer, y esta anulación de sí mismo cuadraba perfectamente con su naturaleza pasiva. Con estas gentes es con quienes se forman los ejércitos formidables: son brazos al servicio de una sola cabeza. ¿No es ésta, por ventura, la verdadera organización de la fuerza? Dos tipos ha imaginado la fábula: Briareo, con sus cien brazos, y la Hidra, con sus cien cabezas. Si se entablase entre ambos monstruos un combate, ¿quién obtendría la victoria? Briareo.

Ya conocemos al cabo Joliffe. Era tal vez el moscardón de la sala, pero a todos agradaba el oírle zumbiar. Más bien hubiera servido para mayordomo que no para soldado, y comprendiéndolo así, solía titularse a sí mismo el cabo encargado del detalle; pero en estos detalles se hubiera extraviado cien veces si la recortada señora Joliffe no le hubiese guiado con mano segura. De donde se deduce que el cabo obedecía a su mujer, sin querer confesárselo a sí mismo, diciéndose, sin duda, como Sancho, el filósofo: «El consejo de la mujer no vale gran cosa; pero ¡se necesita estar loco para no hacerle caso!».

El elemento extraño en el personal de la reunión estaba representado, como hemos dicho ya, por dos mujeres de unos cuarenta años.

Una de estas mujeres merecía con justicia figurar en primera línea entre los viajeros célebres. Rival de los Pfeiffer, de los Tinné, de los Haumaire de Hell, Paulina Barnett, pues éste era su nombre, fue honrosamente citada en más de una ocasión en las sesiones de la Real Sociedad de Geografía.

Paulina Barnett, remontando la corriente del Bramaputra hasta las montañas del Tíbet, y atravesando un rincón ignorado de Australia, de la bahía de los Cisnes al golfo de Carpentaria, había demostrado ser una insigne exploradora.

Era una mujer de elevada estatura, viuda hacía quince años, a quien la pasión por los viajes arrastraba sin cesar a través de los países ignotos. Su cabeza, rodeada de largas trenzas, encanecidas ya en algunos lugares, demostraba una energía real. Sus ojos, un poco miopes, ocultábanse tras unos lentes con montura de plata, que se apoyaban sobre una nariz larga y recta, cuyas móviles ventanillas parecían aspirar el espacio. Su manera de andar, preciso es confesarlo, era un poco varonil, y toda su persona respiraba menos gracia que energía moral.

Era una inglesa del condado de York, poseedora de cierta fortuna, cuya parte más saneada se gastaba en expediciones aventureras; y si en aquellos momentos se encontraba en el fuerte Confianza, era porque los deseos de una nueva expedición la habían conducido hasta allí. Después de haberse lanzado a través de las regiones equinocciales, quería penetrar, sin duda, hasta los últimos límites de las comarcas hiperboreales. Su presencia en el fuerte era un acontecimiento. El director de la Compañía habíala recomendado, por medio de una carta especial, al capitán Craventy, quien, siguiendo las instrucciones que en ésta se le daban, debía facilitar a la célebre exploradora el proyecto que había concebido de visitar las orillas del mar polar.

¡Magna empresa era ésta! Era preciso reanudar el itinerario de los Hearne, los Mackenzie, los Rae y los Franklin. ¡Cuántas penalidades, fatigas y peligros entrañaba aquella lucha con los terribles elementos de los climas árticos! ¿Cómo osaba una mujer aventurarse en lugares donde tantos exploradores habían tenido que retroceder, y tantos otros perecido? Pero la forastera que en aquellos momentos se albergaba en el fuerte Confianza no era una mujer cualquiera: era Paulina Barnett, condecorada por la Real Sociedad.

La célebre exploradora traía en su compañía a Madge, quien, más que una criada, era una amiga abnegada y cariñosa, que sólo vivía para ella; una escocesa chapada a la antigua con quien hubiera podido casarse un Caleb sin el menor desdoro.

Tenía Madge algunos años más que su señora, cinco aproximadamente, y era alta de estatura y poseía una constitución vigorosa. Madge tuteaba a Paulina y Paulina tuteaba a Madge a quien consideraba como una hermana mayor, mientras que Madge trataba a Paulina como si fuera hija suya. En suma, aquellos dos seres no eran, en realidad, más que uno solo.

Y para decirlo todo, si el capitán Craventy festejaba aquella noche a sus empleados y a los indios chipewayos, era sólo en honor de Paulina Barnett. En efecto, la ilustre exploradora debía agregarse al destacamento del teniente Jasper Hobson en su exploración hacia el Norte. Así, pues, la alegre algazara que reinaba en el amplio salón de la factoría a ella sola era debida.

Y si durante aquella memorable velada la estufa consumió un quintal de

carbón, fue porque en el exterior reinaba una temperatura de 24° Fahrenheit bajo cero (32° centígrados por debajo del punto de congelación del agua destilada), y porque el fuerte Confianza está situado a 61° 47' de latitud Norte, o sea a menos de 40 del círculo polar.

## HUNDSON'S BAY FUR COMPANY

—¿Señor capitán?

—¿Qué desea, señora Barnett?

—¿Qué opinión le merece a usted su teniente, el señor Jasper Hobson?

—Creo que es un oficial que irá lejos.

—¿Qué quiere usted dar a entender al decir que irá lejos? ¿Cree usted que irá más allá del paralelo de 80°?

El capitán Craventy no pudo menos de sonreír ante esta pregunta de Paulina Barnett, con quien conversaba al lado de la estufa, mientras los invitados iban y venían de la mesa de los comestibles a la de las bebidas.

—Señora, el teniente Jasper Hobson hará todo cuanto puede hacer un hombre. La Compañía le ha encargado que explore el norte de sus posesiones y que establezca una factoría lo más cerca posible de los límites del continente americano, y la establecerá.

—¡Grande es la responsabilidad que pesa sobre el teniente Hobson! —exclamó la exploradora.

—Sí, señora; pero Jasper Hobson no ha retrocedido jamás ante un deber que cumplir, por duro que éste fuese.

—Lo creo, capitán —respondió Paulina Barnett—; y por lo que respecta al teniente, ya tendremos ocasión de admirar sobre el terreno su obra. Pero ¿qué interés impulsa a la Compañía a construir un fuerte en los límites del mar Ártico?

—Un gran interés; señora —respondió el capitán—; un doble interés, mejor dicho. Probablemente, dentro de no mucho tiempo, cederá Rusia sus posesiones del continente americano al gobierno de los Estados Unidos. Cuando esta cesión se realice, el tráfico de la Compañía con el Pacífico se hará mucho más difícil, a menos que el paso del Noroeste, descubierto por MacClure, no llegue a ser una vía practicable. Pronto saldremos de dudas respecto a este particular, porque el Almirantazgo va a enviar un buque con la misión de remontar la costa americana, desde el estrecho de Behring hasta el golfo de

la Coronación, limite oriental más acá del cual debe ser construido un nuevo fuerte. Si la empresa sale bien, este punto se convertirá en una factoría importante en la que se concentrará todo el comercio de peletería del Norte. Y mientras que el transporte de pieles a través de los territorios indios representa una pérdida considerable de tiempo y una serie de gastos enormes, los vapores podrían ir en pocos días del fuerte que se proyecta al océano Pacífico.

—En efecto —respondió Paulina Barnett—, si el paso del Noroeste puede ser utilizado, se obtendrá indudablemente un resultado considerable; mas, ¿no me había usted hablado de un doble interés?

—El otro interés, señora —repuso el capitán—, es una cuestión vital para la Compañía, cuyo origen, si usted me lo permite, le voy a recordar en muy pocas palabras; y comprenderá usted entonces por qué esta sociedad, antes tan floreciente, se halla en la actualidad amenazada en la fuente misma de sus productos.

Y, en efecto, en algunas palabras, relató el capitán Craventy la historia de esta célebre Compañía.

Sabido es que, desde las más remotas edades, el hombre recurrió para vestirse a las pieles de los animales. El comercio de peletería remóntase, por tanto, a la antigüedad más remota. El lujo en el vestir llegó a desarrollarse hasta el punto de haberse con, frecuencia promulgado leyes denominadas suntuarias, a fin de poner coto a la moda que se había fijado con especialidad en las pieles. La marta cebellina y la ordinaria hubieron de ser prohibidas a mediados del siglo XII.

En 1553, fundó Rusia varios establecimientos en sus estepas septentrionales, y las compañías inglesas no tardaron en imitarle. A la sazón se hacía el tráfico de martas cebellinas, armiños, castores, etc., por mediación de los samoyedos; pero durante el reinado de la reiría Isabel de Inglaterra fue muy restringido el uso de las pieles de lujo por la voluntad real, y quedó paralizado, por espacio de algunos años, este ramo del comercio.

El 2 de mayo de 1670 otorgóse un privilegio a la Compañía de las peleterías de la bahía de Hudson. Esta sociedad contaba con un cierto número de accionistas entre la alta nobleza, tales como el duque de York, el de Albermale, el conde de Shaftesbury, etcétera. Su capital no ascendía por entonces más que a 8.420 libras esterlinas, y tenía por rivales a las compañías particulares cuyos agentes franceses, establecidos en el Canadá, se lanzaban a excursiones arriesgadas, pero muy lucrativas. Estos cazadores intrépidos, conocidos con el nombre de viajeros canadienses, hicieron tal competencia a la naciente Compañía, que la existencia de ésta se vio comprometida seriamente.

Pero la conquista del Canadá vino a modificar esta situación precaria. En, 1766, tres años después de la conquista de Quebec, el comercio de peletería adquirió otra vez nuevos vuelos. Los factores ingleses se habían familiarizado con las dificultades de este género de tráfico: conocían las costumbres del país, los hábitos de los indios y los métodos que empleaban en sus cambios; pero, a pesar de ello, los beneficios de la Compañía eran nulos aún.

Además, en 1784, unos comerciantes de Montreal, que se habían asociado para la explotación de las peleterías, fundaron la poderosa Compañía del Noroeste, que no tardó en acaparar todas las operaciones de este género. En 1798, las expediciones de la nueva, sociedad ascendían a la enorme cifra de 120.000 libras esterlinas, y la existencia de la Compañía de la Bahía de Hudson seguía amenazada.

Bueno será advertir que esta Compañía del Noroeste no retrocedía ante ningún acto inmoral cuando de su interés se trataba. Sus agentes, explotando a sus propios empleados, especulando con la miseria de los indios, maltratándolos, robándolos después de haberlos embriagado, desobedeciendo abiertamente la ley que prohibía la venta de bebidas alcohólicas en los territorios indios, realizaban enormes beneficios, a pesar de la competencia de las sociedades americanas y rusas que se habían establecido, entre otras la Compañía Americana de Peletería, fundada en 1809 con un capital de un millón de duros, la cual explotaba el Oeste de las Montañas Rocosas.

Pero, de todas estas sociedades, la Compañía de la Bahía de Hudson era la más amenazada, cuando, en 1821, a consecuencia de tratados ampliamente debatidos, absorbió a su antigua rival, la Compañía del Noroeste, y adoptó la denominación general de Hudson's Bay fur Company.

Hoy en día, esta importante sociedad no tiene más rival que la Compañía americana de las peleterías de San Luis. Posee establecimientos numerosos esparcidos sobre un dominio que mide 3.700,000 millas cuadradas. Sus principales factorías hállanse situadas en la bahía James, enclavada en la desembocadura del río Severn, en la parte Sur y hacia las fronteras del Alto Canadá, a orillas de los lagos Athapeskow, Winnipeg, Superior, Methye y Búfalo, y cerca de los ríos Columbia, Mackenzie, Saskatchewan, Assinipoil, etc.

El fuerte York, que domina el curso del río Nelson, tributario de la bahía de Hudson, es el cuartel general de la Compañía, y en él tiene establecido su depósito principal de pieles.

Además, en 1842, tomó en arriendo, mediante una retribución anual de 200.000 francos, los establecimientos rusos de la América del Norte. Explota, también, por su propia cuenta los territorios inmensos comprendidos entre el Mississipí y el océano Pacífico. Ha lanzado en todas direcciones exploradores

intrépidos: a Hearn hacia el Mar Polar, para que explorase la Copenia, en 1770; a Franklin, de 1819 a 1822, que recorrió 5.550 millas del litoral americano; a Mackenzie, que, después de haber descubierto el río al cual dio su nombre, llegó a las playas del Pacífico, a los 52° 24' de latitud Norte.

En el año económico de 1833 a 1834 expidió a Europa las cantidades de pieles que a continuación se detallan, las cuales darán una idea exacta del estado de su tráfico:

Castores 1.074

Pergaminos y castores jóvenes 92.288

Ratas almizcleras 694.092

Tejones 1.069

Osos 7.451

Armiños r. 491

Pescadores 5.296

Zorras 9.937

Linces 14.255

Martas 64.490

Vesos 25.100

Nutrias 22.303

Ratones 713

Cisnes 7.918

Lobos 8.484

Gltones 1.571

Semejante producción debía, pues, asegurar a la Compañía de la Bahía de Hudson beneficios muy considerables; pero, desgraciadamente para ella, estas cifras no prevalecieron, y, a partir de veinte años atrás, venían decreciendo en proporción siempre ascendente.

El motivo de esta decadencia era lo que el capitán Craventy explicaba en aquel momento a Paulina Barnett.

—De suerte, señora —decía el capitán—, que, hasta 1837, la situación de la Compañía puede afirmarse que fue floreciente. En dicho año, el número de pieles exportadas habíase aún elevado a la cifra de 2.358,000; pero, desde entonces, ha ido disminuyendo considerablemente, habiéndose reducido en la actualidad a menos de la mitad.

—Pero ¿a qué causa atribuye usted ese decrecimiento tan notable en la exportación de pieles? —preguntó Paulina Barnett.

—A la despoblación que la actividad y la incuria, a la vez, de los cazadores ha provocado en los territorios donde se efectúa la caza. Se ha perseguido a ésta sin descanso, y se la ha dado muerte sin discernimiento ninguno, sin respetar siquiera las crías ni las hembras en estado de preñez; lo que ha hecho, naturalmente, que el número de animales de piel fina decrezca de manera inevitable. La nutria ha desaparecido casi por completo, y no se la encuentra ya más que en las proximidades de las islas del Pacífico Septentrional. Los castores hanse refugiado, formando pequeñas colonias, en las márgenes de los más lejanos ríos, y lo mismo ha sucedido con otros animales preciosos que han emprendido la fuga ante la invasión de los cazadores. Las trampas que antes siempre se encontraban con caza, permanecen hoy vacías. El precio de las pieles aumenta, y esto ocurre precisamente en una época en que son muy solicitadas. Por eso los cazadores se aburren, y sólo quedan los infatigables y audaces que avanzan en la actualidad hasta los límites mismos del continente americano.

—Ahora comprendo —respondió Paulina Barnett— el interés que a la Compañía inspira la creación de una factoría a orillas del mar Ártico, toda vez que estos infelices animales se han refugiado más allá del círculo polar.

—Sí, señora —respondió el capitán—. Era, por otra parte, indispensable que la Compañía se decidiese a desplazar más hacia el Norte el centro de sus operaciones, porque, hace ya dos años, una decisión del Parlamento británico ha reducido mucho sus dominios.

—Y ¿qué ha podido motivar esta reducción?

—Una razón económica de trascendental importancia, señora, que ha debido impresionar vivamente a los hombres de Estado de la Gran Bretaña. La misión de la Compañía no era civilizadora. Por el contrario, su interés particular consistía en que sus inmensos dominios se conservasen incultos. Todo intento de desmonte, que hubiese alejado a los animales dotados de pieles finas, hubiera sido ruinoso para ella. Su monopolio es, por tanto, enemigo de toda empresa agrícola. Además, las cuestiones extrañas a su industria son invariablemente rechazadas por su consejo de administración. Su régimen absoluto e inmoral, hasta cierto punto, fue el que provocó las medidas adoptadas por el Parlamento, y, en 1857, una comisión nombrada por el ministro de las Colonias informó que era preciso anexionar al Canadá todas las tierras susceptibles de ser desmontadas, tales como los territorios del río Colorado y los distritos del Saskatchewan, sin dejar más que la parte del dominio a la que la civilización no reservaba ningún porvenir. Al año siguiente, perdió la Compañía la vertiente occidental de las Montañas

Rocosas, que pasó a depender directamente del departamento colonial, siendo sustraída de esta suerte a la jurisdicción de los agentes de la bahía de Hudson. Y he aquí, señora, por qué, antes de renunciar a su tráfico de pieles, va a intentar la Compañía la explotación de estos países del Norte, que apenas son conocidos, y a buscar la manera de ponerlos en comunicación por el paso del Noroeste con el océano Pacífico.

La señora Paulina Barnett estaba ya iniciada en los proyectos ulteriores de la célebre Compañía, e iba a asistir en persona al establecimiento de un nuevo fuerte en los límites del mar Polar. El capitán Craventy la había puesto al corriente de la situación; pero, probablemente, porque era muy hablador, le hubiera revelado nuevos detalles, si un incidente no le hubiese cortado la palabra.

En efecto, el cabo Joliffe acababa de anunciar en alta voz que, con la ayuda de su esposa, iba a proceder en seguida a la preparación del ponche. La noticia fue acogida como merecía serlo, estallando una salva de aplausos. La ponchera, que por sus dimensiones parecía un estanque, estaba llena de precioso licor, conteniendo por lo menos diez pintas de aguardiente. En el fondo amontonábanse los terrones de azúcar, debidamente dosificados por la señora Joliffe. En la superficie, sobrenadaban las rajas de limón, algo curtido ya por su vejez.

Sólo faltaba inflamar aquel lago alcohólico, y el cabo, con la mecha en la mano, esperaba para ello la orden de su capitán, como si se hubiese tratado de dar fuego a una mina.

—¡Vamos, Joliffe! —dijo el capitán Craventy.

Comunicóse la llama al licor y el ponche se inflamó en un instante, entre los entusiastas aplausos de todos los invitados.

Dos minutos después, los vasos rebosantes circulaban entre la muchedumbre, y siempre hallaban quien los acaparase, como los valores públicos en los días de grandes alzas.

—¡Hurra!, ¡hurra!, ¡hurra por la señora Paulina Barnett! ¡Hurra por el capitán!

Pero en el momento mismo en que estas aclamaciones resonaban, se oyeron en el exterior grandes gritos. Los invitados enmudecieron de pronto.

—Sargento Long —dijo el capitán—, vea usted qué ocurre fuera.

El sargento, al escuchar la orden de su jefe, abandonó el salón sin siquiera concluir el vaso que estaba bebiendo.

## UN SABIO DESHELADO

Al llegar el sargento Long al estrecho corredor en que se abría la puerta del fuerte, oyó redoblarse los gritos. Llamaban violentamente a la poterna que daba acceso al patio, protegido por altas paredes de madera.

El sargento empujó la puerta, y hundiéndose hasta las rodillas en la nieve que cubría el suelo, cegado por el viento y aterido hasta los huesos por el frío terrible que reinaba, cruzó el patio oblicuamente y se dirigió a la poterna.

—¡Quién diablos puede venir hasta aquí con semejante tiempo! —pensaba el sargento Long mientras quitaba metódicamente, con ritmo militar, si se nos permite la frase, las pesadas barras que cerraban la poterna—. ¡Sólo los esquimales son capaces de arriesgarse con un frío como éste!

—Pero abrid, por Dios, de una vez —gritaban desde fuera.

—Ya abro —respondió el sargento, que parecía realmente que abría en doce tiempos.

Por fin, rebatiéronse hacia dentro las hojas de la puerta, y el sargento fue casi derribado en la nieve por un trineo, tirado por seis perros, que penetró como un rayo. Faltó poco para que el digno Long fuese despedazado. Mas, levantándose sin siquiera proferir una queja, cerró la poterna y volvió hacia la casa principal al paso ordinario, es decir, dando setenta y cinco pasos por minuto.

Pero ya estaban allí el capitán Craventy, el teniente Jasper Hobson y el cabo Joliffe, desafiando la temperatura inclemente y examinando el trineo, blanco de nieve, que acababa de detenerse ante ellos.

Un hombre completamente envuelto en pieles, descendió del vehículo, preguntando:

—¿Es éste el fuerte Confianza?

—Este es —respondió el capitán.

—¿El capitán Craventy?

—Para servirle. ¿Quién es usted?

—Un correo de la Compañía.

—¿Viene usted solo?

—No; traigo conmigo un viajero.

—¡Un viajero! ¿Qué viene a hacer aquí?

—Viene a ver la Luna.

Al escuchar esta respuesta, pensó el capitán Craventy si estaría hablando con un loco, y en verdad que no le faltaban razones para ello. Pero no era la ocasión más propicia para formular opiniones. El correo había sacado del trineo una masa inerte, una especie de saco cubierto de nieve, y se disponía a introducirlo en la casa, cuando le preguntó el capitán:

—¿Qué saco es éste?

—Es mi viajero —respondió el correo.

—¿Y quién es ese viajero?

—El astrónomo Tomás Black.

—¡Pero si está helado!

—¡Bien! ya lo deshelaremos entre todos.

Tomás Black hizo su entrada en la casa del fuerte en brazos del sargento, del cabo y del correo, y fue depositado en una habitación del primer piso, cuya temperatura era muy soportable gracias a la presencia de una estufa calentada hasta el rojo cereza. Extendieronle sobre un lecho y le tomó la mano el capitán.

Esta mano estaba literalmente helada. Despojóse a Tomás Black de las mantas y abrigos de pieles que le envolvían, convirtiéndole en un verdadero paquete, y descubrióse bajo ellas un hombre de unos cincuenta años de edad, aproximadamente, grueso, bajo de estatura, con el cabello canoso, la barba poco cuidada, los ojos cerrados, y la boca apretada como si hubiese tenido los labios pegados con cola. Aquel hombre no respiraba ya, o lo hacía de un modo tan débil, que su aliento apenas hubiera empañado un espejo. Joliffe lo desnudaba, lo movía, lo zarandeaba con presteza, diciendo al mismo tiempo:

—¡Vamos, vamos, caballero! ¿No quiere usted volver en su conocimiento?

Aquel personaje, llegado en tan especiales circunstancias, parecía un cadáver. Para devolverle el calor perdido no se le ocurrió al cabo Joliffe más que un medio heroico, consistente en sumergirlo en el ardiente ponche.

Por fortuna, sin embargo, para el pobre Tomás Black, el teniente Jasper Hobson discurrió otro procedimiento.

—¡Nieve!, ¡nieve! —gritó—. Sargento Long, traiga usted algunos puñados de nieve.

Esta substancia abundaba en el patio del fuerte Confianza, y, mientras el sargento iba a buscarla, Joliffe terminó de desnudar al astrónomo.

El cuerpo del desdichado estaba cubierto de placas blancuzcas que indicaban que el frío había penetrado violentamente en las carnes. Era en

extremo urgente hacer acudir de nuevo la sangre a las partes atacadas, y esto esperaba Jasper Hobson lograrlo mediante vigorosas fricciones de nieve; pues sabido es que éste es el medio generalmente empleado en las regiones polares para restablecer la circulación que un frío muy violento ha detenido, como detiene las corrientes de los ríos.

Cuando volvió el sargento Long, entre él y el cabo Joliffe friccionaron al recién llegado con inusitada energía. Aquello no era ya una linición suave, una fomentación untuosa; sino un vigoroso masaje, practicado por brazos musculosos que recordaban más bien los arañazos de la almohada que las caricias de las manos.

Y durante esta operación, el locuaz cabo interpelaba sin cesar al viajero que no podía oírle.

—¡Vamos, vamos, señor! ¿A quién se le ocurre dejarse enfriar así? ¡Vamos, no sea usted tan terco!

Probablemente, Tomás Black se obstinaba, pues transcurrió media hora sin que consintiese en dar señales de vida. Todos desesperaban ya de conseguir reanimarle, e iban ya a suspender los masajistas su fatigoso ejercicio, cuando el pobre infeliz exhaló algunos suspiros.

—¡Ah!, ¡vive!, ¡vuelve en sí! —exclamó Jasper Hobson.

Después de haber calentado, por medio de fricciones, el exterior del cuerpo, no debía olvidarse el interior; por eso el cabo Joliffe apresuróse a traer algunos vasos de ponche. El viajero sintióse verdaderamente aliviado; saliéronle los colores a la cara, recuperaron sus ojos su brillo natural, volvió la palabra a sus labios, concibiendo por fin el capitán Craventy la esperanza de que Tomás Black le explicase por qué causa se hallaba en aquel lugar y en tan deplorable estado.

El astrónomo, bien envuelto entre mantas, incorporóse a medias, y, apoyándose sobre el codo, preguntó con debilitado acento:

—¿El fuerte Confianza?

—Es éste —respondió el capitán.

—¿El capitán Craventy?

—Para servir a usted, caballero, y reciba mi sincera bienvenida. Pero ¿me permite usted que le pregunte para qué ha venido usted a este fuerte?

—Para ver la Luna —respondió el correo, que, sin duda, se tenía aprendida de memoria la respuesta, porque era la segunda vez que la espetaba.

Por lo demás, esta contestación pareció satisfacer a Tomás Black, pues hizo una señal afirmativa, y preguntó nuevamente:

—¿El teniente Hobson?

—Servidor —dijo el teniente.

—¿No ha partido usted aún?

—Todavía no, señor.

—Pues bien, señores —añadió Tomás Black—, sólo me resta dar a ustedes las gracias, y entregarme al descanso hasta mañana.

El capitán y sus compañeros retiráronse, pues, dejando reposar tranquilamente a aquel singular personaje.

Media hora después, terminaba la fiesta, y regresaban los invitados a sus respectivas viviendas, situadas ya en las habitaciones del fuerte, ya en las cabañas que fuera del recinto existían.

Al día siguiente, se hallaba Tomás Black casi restablecido. Su vigorosa constitución había triunfado de aquel frío excesivo. Otro no se habría deshelado; pero él no era igual que todo el mundo.

¿Quién era aquel astrónomo? ¿De dónde venía? ¿A qué obedecía aquel viaje a través de los territorios de la Compañía, en el rigor del invierno? ¿Qué significaba la respuesta del correo? ¿Ver la Luna! ¿No luce por ventura en todas partes nuestro argentado satélite? ¿A qué, pues, venir a buscarlo hasta las regiones hiperboreales?

Todas estas preguntas se hacía el capitán Craventy; pero al día siguiente, después de haber conversado por espacio de una hora con su nuevo huésped, no había nada que ignorase.

Tomás Black era, en efecto, un astrónomo agregado al Observatorio de Greenwich, que con tanta inteligencia dirigía el señor Airy. Espíritu inteligente y sagaz, más bien que teórico, Tomás Black, en los veinte años que había estado ejerciendo sus funciones, había prestado inestimables servicios a las ciencias uranográficas. En la vida privada era un hombre absolutamente nulo, que no existía sacándole de las cuestiones astronómicas, y que vivía siempre en el cielo, alejado de la tierra; un descendiente de aquel sabio citado por La Fontaine, que se dejó caer en un pozo. No había en él conversación posible si no se le hablaba de estrellas o constelaciones. Era un hombre nacido para vivir dentro de un telescopio. Pero, en diciendo a observar, no había quien rivalizara con él en todo el universo. ¡Qué infatigable paciencia desplegada! Era capaz de acechar durante meses enteros la aparición de un fenómeno cósmico.

Constituían su especialidad las estrellas errantes y los bólidos, y sus descubrimientos en este ramo de la meteorología merecían ser citados. Por otra parte, cada vez que se trataba de observaciones minuciosas, de mediciones delicadas, de determinaciones precisas, se recurría a Tomás Black,

que poseía una vista excepcional. No todo el mundo sirve para observar. A nadie extrañará, pues, que el astrónomo de Greenwich hubiese sido elegido para operar en la circunstancia siguiente, que era de sumo interés para la ciencia selenográfica.

Sabido es que, durante los eclipses totales de Sol, aparece la Luna rodeada de una corona luminosa. Pero ¿cuál es el origen de esta corona? ¿Es un objeto real? ¿No es más bien un efecto de difracción que los rayos del Sol experimentan en las proximidades del disco de la Luna? Cuestión es ésta que los estudios realizados hasta hoy no han permitido resolver.

Desde 1706, los astrónomos habían descrito científicamente esta aureola luminosa. Louville y Halley durante el eclipse total de 1715, Maraldi en 1724, don Antonio de Ulloa en 1778, Bouditch y Ferrer en 1806, observaron minuciosamente esta corona; pero de sus contradictorias teorías no se pudo sacar nada en claro. A propósito del eclipse de 1842, los sabios de todas las naciones, Airy, Arago, Peytal, Laugier, Mauvais, Otto-Struve, Petit, Baily, etc., trataron de obtener una solución completa en lo tocante al origen del fenómeno; pero, por muy minuciosas que fuesen sus observaciones, «el desacuerdo, dice Arago, que se echa de ver entre las observaciones efectuadas en diversos parajes por astrónomos competentes y prácticos, en un solo y mismo eclipse, ha esparcido sobre la cuestión tales sombras, que ahora ya no es posible llegar a ninguna conclusión cierta acerca de la causa del fenómeno». A partir de esta fecha, hanse estudiado otros eclipses de Sol, pero las observaciones no han conducido tampoco a ningún resultado definitivo.

Esta cuestión, sin embargo, era de sumo interés para los estudios selenográficos. Era preciso resolverla a toda costa, y ahora se presentaba otra nueva ocasión de observar la corona luminosa, tan discutida hasta entonces. El 18 de julio de 1860 debía tener lugar un eclipse de Sol, que sería total para el extremo septentrional de América, España, el norte de África, etc., y se convino entre los astrónomos de los diversos países en efectuar observaciones simultáneas en los diversos puntos de la zona en que el eclipse había de ser total, encomendándose a Tomás Black la tarea de observar el mencionado eclipse en la parte septentrional de América. Debía, pues, encontrarse aproximadamente en las mismas condiciones en que se hallaban los astrónomos ingleses que se trasladaron a Suecia y Noruega con ocasión del eclipse de 1851.

Como era de esperar, Tomás Black acogió con entusiasmo la ocasión que se le ofrecía de estudiar la aureola luminosa. Debía reconocer al mismo tiempo, hasta donde le fuera dable, la naturaleza de las protuberancias rojizas que aparecen en distintos puntos del contorno del satélite terrestre. Si el astrónomo de Greenwich lograba dilucidar la cuestión de un modo irrefutable, tendría derecho a los elogios de toda la Europa sabia.

Tomás Black se dispuso, pues, a emprender el viaje, y obtuvo cartas de recomendación muy eficaces para los agentes principales de la Compañía de la Bahía de Hudson; y como daba la casualidad de que debía partir muy en breve para los límites septentrionales del continente una expedición, con el fin de establecer allí una factoría, preciso era aprovechar ocasión tan favorable. Tomás Black partió, pues; atravesó el Atlántico, desembarcó en Nueva York, llegó, a través de los lagos, al establecimiento del río Colorado, y después, de fuerte en fuerte, arrastrado por un rápido trineo, conducido por un correo de la Compañía, a pesar de la crudeza del invierno, de la intensidad del frío y de todos los peligros que ofrece un viaje a través de los países árticos, llegó al fuerte Confianza, el 17 de marzo, en las condiciones que ya conoce el lector.

Tales fueron las explicaciones dadas por el astrónomo al capitán Craventy, quien se puso por completo a la disposición de Tomás Black.

—Pero, señor Black —le dijo—, ¿por qué tanta prisa por llegar, si ese eclipse de Sol no ha de verificarse hasta 1860, o sea el año que viene?

—Porque —respondió el astrónomo—, tuve conocimiento de que la Compañía enviaba una expedición al litoral americano, más allá del paralelo 70°, y no he querido desperdiciar la ocasión de partir con el teniente Hobson.

—Señor Black —respondió el capitán Craventy—, si el teniente hubiera partido ya, me impondría el deber de acompañarle a usted en persona hasta los límites del mar Polar.

Después, repitió la bienvenida al astrónomo y le dijo que podía contar con él para todo.

## UNA FACTORÍA

El lago del Esclavo es uno de los más extensos de la región enclavada más allá del paralelo 61°. Mide una longitud de 250 millas por una anchura de 50, y se halla situado a los 61° 25' de latitud y 114° de longitud Oeste. Toda la región inmediata desciende en extensos declives hacia un centro común, hacia una vasta depresión del suelo ocupada por el lago.

La situación de este lago, en medio de los territorios de caza, en los cuales pululaban antes los animales de pieles valiosas, atrajo desde los primeros tiempos la atención de la Compañía. Numerosas corrientes de agua nacían o desembocaban allí, como el Mackenzie, el río del Heno, el Atapeskow, etc. De igual modo, construyéronse en sus orillas varios fuertes importantes: el fuerte Providencia, al Norte, el fuerte Resolución, al Sur. En cuanto al fuerte Confianza, ocupa el extremo Nordeste del lago, y no se encuentra a más de

300 millas de la entrada de Chesterfield, largo y estrecho estuario formado por las aguas de la bahía de Hudson.

El lago del Esclavo se halla, por decirlo así, sembrado de pequeños islotes, de cien a doscientos pies de altura, cuyas moles de granito y de gneis emergen de trecho en trecho. En su orilla septentrional abundan los bosques espesos que confinan con esa porción helada y árida del continente que, no sin razón, ha recibido el nombre de Tierra Maldita. En cambio, la región del Sur, formada principalmente de terrenos calcáreos, es llana, sin un cerro, sin una protuberancia del suelo. Allí se dibuja el límite que no franquean casi nunca los grandes rumiantes de la América Polar, esos búfalos o bisontes cuya carne constituye casi exclusivamente la alimentación de los cazadores canadienses e indígenas.

Los árboles de la orilla septentrional agrúpanse formando selvas magníficas. No es de extrañar que exista una vegetación tan bella en una zona tan apartada, porque, en realidad, el lago del Esclavo no se encuentra en una latitud más elevada que las regiones de Suecia o de Noruega, ocupadas por Estocolmo o Cristianía. Es preciso observar, sin embargo, que las líneas isotermas, que unen los puntos del Globo que disfrutan de la misma temperatura media anual, no siguen en modo alguno los paralelos terrestres, y que, en esta latitud, América es incomparablemente más fría que Europa. En abril, las calles de Nueva York permanecen aún cubiertas de nieve, a pesar de encontrarse dicha ciudad situada casi en el mismo paralelo que las Azores. Y es que la naturaleza de cada continente, su situación respecto de los océanos, la configuración misma del suelo influyen notablemente sobre sus condiciones climatéricas.

El fuerte Confianza, durante la estación estival, se hallaba, pues, rodeado de masas de verdura que regocijaban la vista después de los rigores de un prolongado invierno. No faltaba la leña en aquellas selvas compuestas casi únicamente de álamos, abedules y pinos. Los islotes del lago producían sauces magníficos. Abundaba la caza en los bosques, de los cuales no huía ni aun en la mala estación. Más al Sur, los cazadores del fuerte perseguían con éxito a los bisontes, los alces y ciertos puercos espines del Canadá, cuya carne es excelente. En las aguas del lago del Esclavo abundaba mucho la pesca. Sus truchas alcanzaban dimensiones extraordinarias, encontrándose con frecuencia ejemplares de más de sesenta libras de peso. Los sollos, las voraces lampreas, una especie llamada pez azul por los ingleses, e innumerables legiones de tittamegs, el corregú blanco de los naturalistas, pululaban en el lago. Así, pues, la cuestión de la subsistencia de los habitantes del fuerte Confianza se resolvía fácilmente; la naturaleza proveía a sus necesidades, y, con tal que se vistiesen durante el invierno como los osos, las zorras, las martas y otros animales, podían desaliar los rigores del clima.

El fuerte propiamente dicho componíase de una casa de madera, dotada de bajos y un piso, que servía de habitación al comandante y a sus oficiales. Alrededor de esta casa alzábanse con regularidad las moradas de los soldados, los almacenes de la Compañía y los locales en que se efectuaban los cambios. Una pequeña capilla, a la que sólo faltaba un ministro, y un polvorín completaban el total de las construcciones del fuerte. El conjunto se hallaba rodeado por una empalizada de veinte pies de elevación, que formaba un vasto paralelogramo, defendido por cuatro pequeños baluartes de agudo techo, emplazados en los cuatro ángulos. El fuerte se encontraba, pues, al abrigo de un golpe de mano; precaución necesaria en una época en que los indios, en vez de ser proveedores de la Compañía, luchaban por la independencia de su territorio, y adoptada también contra los agentes y soldados de las compañías rivales, que se disputaban en otro tiempo la posesión y explotación de aquellos territorios tan ricos en pieles.

La Compañía de la Bahía de Hudson contaba a la sazón en todos sus dominios con un personal de unos mil hombres, y ejercía sobre sus empleados y soldados una autoridad absoluta, que llegaba hasta el derecho de vida y muerte. Los jefes de las factorías estaban facultados para arreglar, a su antojo, los salarios, y fijar el valor de los objetos de aprovisionamiento y de las pieles; y, gracias a este sistema desprovisto de toda intervención, no era raro que obtuviese beneficios superiores al trescientos por ciento.

Además, por la siguiente nota de precios, tomada del Viaje del capitán Roberto Hade, podrá ver el lector en qué condiciones se efectuaban ante los cambios con los indios, que son ahora los verdaderos y mejores cazadores de la Compañía. La piel de castor era, en aquella época, la unidad que servía de base para las compras y ventas.

Los indios pagaban en pieles de castor.

Por un fusil 10

Por media libra de pólvora 1

Por cuatro libras de plomo 1

Por un hacha 1

Por seis cuchillos 1

Por una libra de objetos de vidrio 1

Por un traje galoneado 6

Por un traje sin galones 5

Por un traje de mujer galoneado 6

Por una libra de tabaco 1

Por una caja de polvos 1

Por un peine y un espejo 2

Pero como, de algunos años a esta parte, la piel de castor se ha hecho tan rara, ha sido preciso cambiar la unidad monetaria, siendo en la actualidad la del bisonte la que sirve de base en los mercados. Cuando un indio se presenta en un fuerte, los agentes le dan tantas fichas de madera como pieles trae consigo, y allí mismo puede cambiar estas fichas por productos manufacturados. Con este sistema, la Compañía, que, por otra parte, fija arbitrariamente el valor de los objetos que compra y vende, no puede menos de realizar, y en efecto realiza, beneficios considerables.

Tales eran los usos establecidos en las diversas factorías, y también, por consiguiente, en el fuerte Confianza, y que pudo estudiar Paulina Barnett durante su estancia en él, que hubo de prolongarse hasta el 16 de abril.

La viajera y el teniente Hobson conversaban a menudo, formando soberbios proyectos, perfectamente decididos a no retroceder ante ningún obstáculo. En cuanto a Tomás Black, sólo desplegaba los labios cuando le hablaban de su misión especial. La cuestión de la corona luminosa y de las protuberancias rojizas de la Luna le apasionaban en extremo. Se comprendía que todos sus sentidos y potencias se hallaban consagrados nada más a la solución de este problema, y acabó por lograr que Paulina Barnett se interesase vivamente en todo lo relativo a la observación que se le había encomendado. ¡Ah!, ¡cuán grandes deseos sentían ambos de trasponer el círculo polar, y cuán lejos veían aún la fecha del 18 de julio de 1860, sobre todo el impaciente astrónomo!

Los preparativos de marcha no pudieron comenzar hasta mediados de marzo, y transcurrió un mes largo antes de que estuviesen terminados. Era, en efecto, una larga tarea el organizar una expedición a través de las regiones polares; porque había que llevarlo todo por delante: víveres, utensilios, trajes, herramientas, armas y municiones.

La expedición, mandada por el teniente Jasper Hobson, debía componerse de un oficial, de dos suboficiales y de diez soldados, tres de los cuales eran casados y llevaban a sus mujeres consigo. He aquí la relación de estos hombres, elegidos por el capitán Craventy, entre los más vigorosos y resueltos:

- 1.º El teniente Jasper Hobson.
- 2.º El sargento Long.
- 3.º El cabo Joliffe.
- 4.º Soldado Petersen.
- 5.º Soldado Belcher.

- 6.º Soldado Rae.
- 7.º Soldado Marbre.
- 8.º Soldado Garry.
- 9.º Soldado Pond.
- 10.º Soldado Mac-Nap.
- 11.º Soldado Sabine.
- 12.º Soldado Hope.
- 13.º Soldado Kellet.

Y además:

La señora Rae. La señora Joliffe. La señora Mac-Nap.

Personas extrañas al fuerte:

La señora Paulina Barnett.

Madge.

Tomás Black.

En total, diecinueve personas que era preciso transportar durante varios centenares de millas, a través de un territorio desierto y poco conocido.

Pero, en previsión de este proyecto, los agentes de la Compañía habían reunido en el fuerte Confianza todo el material necesario para la expedición. Había preparados una docena de trineos, con sus correspondientes tiros de perros. Estos primitivos vehículos consistían en un sólido conjunto de tablas ligeras, ligadas entre sí por medio de traviesas. Un apéndice, formado por una pieza de madera curvada y levantada, como la extremidad de un patín, permitía al trineo hendir la nieve sin hundirse mucho en ella. Seis perros, por parejas uncidos, arrastraban cada uno de estos trineos, imprimiéndoles una velocidad de quince millas por hora.

El equipaje de cada uno de los viajeros componíase de trajes de piel de reno, forrados interiormente de pieles de mucho abrigo. Llevaban todos trajes interiores de lana, destinados a resguardarles contra los cambios bruscos de temperatura, tan frecuentes en aquellas latitudes.

Todos, sin distinción de clases ni sexos, iban calzados con unas botas de piel de foca, cosidas con nervios, que fabrican los indígenas con rara habilidad. Esta clase de calzado es absolutamente impermeable y es muy cómoda para la marcha a causa de la flexibilidad de sus articulaciones. A sus suelas podían adaptarse unas plantillas de pino, de tres o cuatro pies de longitud, que son muy a propósito para soportar el peso de un hombre sobre la

nieve menos consistente, y permiten deslizarse con extraordinaria celeridad, como hacen los patinadores sobre las superficies muy lisas. Unos gorros de pieles y unos cinturones de gamuza completaban su vestimenta.

En materia de armas, llevaba el teniente Hobson las tercerolas reglamentarias facilitadas por la Compañía, y pistolas y sables de ordenanza, con municiones abundantes para aquéllas; en calidad de herramientas, hachas, sierras, azuelas y otros instrumentos necesarios para la carpintería; y, como utensilios, todo lo necesario para el establecimiento de una factoría en tales condiciones, como una estufa, un hornillo de fundición, dos bombas de aire para la ventilación y un halkett-boat, especie de embarcación de caucho que se infla en el momento en que se quiere utilizar sus servicios.

En cuanto a las provisiones, se podía contar con los cazadores del destacamento. Algunos de aquellos soldados eran hábiles perseguidores de la caza, y los renos nunca faltan en las regiones polares. Tribus enteras de indios o de esquimales, privados de pan y de todo otro alimento, se mantienen exclusivamente de la carne de esta especie de venado, que es a la vez sabrosa y abundante. Sin embargo, como era necesario contar con retrasos inevitables y dificultades de toda clase, fue preciso llevar cierta cantidad de víveres.

Consistían éstos en carne de bisonte, de alce y de gamo cazados en grandes batidas dadas al Sur del lago; cecina que se conserva indefinidamente; preparaciones indias, en las que la carne, rallada y reducida a polvo impalpable, conserva todos sus elementos nutritivos bajo un muy pequeño volumen. Triturada de este modo, esta carne no exige ninguna cocción, y ofrece bajo esta forma una alimentación muy nutritiva.

Por lo que a las bebidas respecta, llevaba el teniente Hobson varios barriles de aguardiente y de whisky, aunque firmemente resuelto a economizar cuanto fuese posible estas bebidas alcohólicas, que son tan perjudiciales para la salud de los hombres en las latitudes frías. Pero, en cambio, la Compañía había puesto a su disposición un botiquín portátil, notables cantidades de zumo de lima, limones y otros productos naturales, indispensables para combatir las afecciones escorbúticas, tan terribles en estas regiones, y para prevenirlas en caso necesario.

Todos los hombres habían sido, además, cuidadosamente elegidos, ni demasiado gruesos, ni demasiado flacos; y habituados desde muchos años atrás a los rigores del clima, debían soportar más fácilmente las fatigas de una expedición hacia el océano Polar. Eran, por otra parte, gentes de buena voluntad, animosas, intrépidas, que habían aceptado libremente su designación, habiéndoseles asignado doble sueldo durante todo el tiempo que permaneciesen en los límites del continente americano, si lograban establecerse más allá del paralelo de 60°.

Se había preparado un trineo especial, algo más cómodo, para la señora Paulina Barnett y su fiel Madge. La valerosa mujer no quería ser conducida de otro modo distinto que sus compañeros de viaje; pero tuvo que ceder ante las instancias del capitán, que, en esto, se hacía intérprete de los deseos de la Compañía. Paulina Barnett tuvo, pues, que resignarse.

En cuanto al astrónomo Tomás Black, el vehículo que le había llevado al fuerte Confianza, debía conducirlo hasta el lugar de su destino, con su pequeña impedimenta de sabio. Los instrumentos del astrónomo, poco numerosos por cierto —un anteojo para las observaciones selenográficas, un sextante destinado a hallar la latitud, un cronómetro para conocer la longitud, y algunos planos y libros—, iban en su mismo trineo, y Tomás Black contaba con que sus fieles perros no le abandonarían en la mitad del camino.

Como es de suponer, no se había echado en olvido la alimentación de los perros. Eran éstos setenta y dos en total, una verdadera piara que había que mantener durante el camino, y era preciso que los cazadores del destacamento tuviesen un especial cuidado con su alimentación. Estos animales, vigorosos e inteligentes, habían sido comprados a los indios chipewayos, que saben adiestrarlos maravillosamente para su cometido.

Toda la organización referente a estos animalitos quedó pronto dispuesta, desplegando en su dirección el teniente Jasper Hobson un celo superior a todo elogio. Orgullosa de la misión que se le había confiado, y entusiasta de su obra, nada quería descuidar que pudiese comprometer el éxito que anhelaba. El cabo Joliffe, atreadísimo siempre, multiplicábase, sin que los resultados de sus afanes fuesen demasiado visibles; pero la presencia de su esposa era y debía ser muy provechosa para la expedición. La señora Paulina Barnett había concebido una viva simpatía hacia aquella inteligente y vivaracha canadiense, de rubia cabellera y grandes y dulces ojos.

No es preciso decir que el capitán Craventy no olvidó nada que pudiese contribuir al éxito de la empresa. Las instrucciones que había recibido de los agentes superiores de la Compañía demostraban la importancia que asignaban al resultado de la expedición y al establecimiento de una nueva factoría más allá del paralelo de 60°. Se puede, por lo tanto, afirmar que se hizo todo lo que humanamente era posible, hacer para lograr el fin apetecido. ¿Cerraría la naturaleza el camino con insuperables obstáculos al valeroso teniente? He aquí lo que nadie sería capaz de prever.

## **DEL FUERTE CONFIANZA AL FUERTE EMPRESA**

Los primeros días de buen tiempo habían hecho su aparición. Comenzaba a resurgir el fondo verde de las colinas bajo las capas de nieve desaparecidas a trechos. Los cisnes, los tetraos, las águilas de cabeza calva y otras aves emigrantes, procedentes del Sur, pasaban a través de la atmósfera ya tibia. Las extremidades de las ramas de los álamos, abedules y sauces hinchábanse con los nuevos brotes. Las lagunas, formadas de trecho en trecho por el deshielo, atraían a los patos de cabeza roja, de los cuales existe tan gran variedad de especies en la América del Norte. Las unas, los pufinos y los gansos del Norte pasaban hacia las regiones septentrionales en busca de parajes más fríos. Las musarañas, ratoncillos microscópicos del tamaño de una avellana, aventurábanse fuera de sus madrigueras, y dibujaban en el suelo caprichosos arabescos con las puntas de sus rabos. ¡Daba gloria el aspirar y absorber aquellos rayos solares que tan vivificantes hacían la primavera! La naturaleza despertaba de su largo sueño, después de la interminable noche invernal, y sonreía al abrir los ojos. El efecto de este renacimiento es tal vez más sensible en medio de los países hiperboreales que en ningún otro punto del Globo.

El deshielo no era, sin embargo, aún completo. El termómetro Fahrenheit marcaba 41° sobre cero (50 centígrados sobre el punto de congelación del agua); pero el descenso que durante las noches experimentaba la temperatura, mantenía en su estado sólido la superficie de las llanuras nevadas; circunstancias favorables para el deslizamiento de los trineos, de la que Jasper Hobson quería aprovecharse antes de que se completase el deshielo.

Los hielos del lago no habían sido rotos aún. Los cazadores del fuerte hacían excursiones frecuentes, que el éxito coronaba, recorriendo aquellas vastas llanuras frecuentadas ya por la caza. La señora Paulina Barnett quedóse admirada al observar la asombrosa destreza con que aquellos hombres se servían de sus patines. Con los pies enfundados en aquellos zapatos especiales para la nieve, tal vez no se hubieran dejado adelantar por un caballo al galope. Atendiendo a los consejos del capitán Craventy, ejercitóse la viajera en caminar con aquellos aparatos, y no tardó en aprender a deslizarse con ellos sobre la superficie de la nieve.

Hacía ya algunos días que los indios llegaban a bandadas al fuerte, con objeto de cambiar el producto de sus cacerías invernales por objetos manufacturados. La estación no había sido buena. Los animales de pieles no abundaban; las de marta y bisonte alcanzaban una cifra bastante elevada; pero las de castor, nutria, lince, armiño y zorra eran raras. La Compañía obraba, pues, muy acertadamente al ir a explotar otros territorios más septentrionales, no esquilados aún por la rapacidad de los hombres.

En la mañana del 16 de abril, el teniente Jasper Hobson y su destacamento se encontraban dispuestos para la marcha. El itinerario había podido trazarse de antemano en toda la parte conocida en la región que se extiende entre el

lago del Esclavo y el del Gran Oso, situada más allá del círculo polar. Jasper Hobson debía llegar al fuerte Seguridad, establecido en la extremidad septentrional de este lago. Un punto muy indicado para refrescar los víveres del destacamento era el fuerte Empresa, edificado a 200 millas, en dirección Noroeste, a orillas del pequeño lago Snure. A razón de quince millas por día, calculaba el teniente Jasper Hobson que podría detenerse en él en los primeros días de mayo.

A partir de este punto, la expedición debía llegar por el camino más corto al litoral americano, y dirigirse en seguida hacia el cabo Bathurst. Había quedado perfectamente convenido que, al cabo de un año, el capitán Craventy enviaría un convoy de víveres al expresado cabo, y que el teniente destacaría algunos hombres para que saliesen al encuentro de este convoy y lo guiasen al lugar donde el nuevo fuerte se hubiese establecido. De esta suerte, el porvenir de la factoría hallábase garantido contra toda eventualidad desgraciada, y aquellos voluntarios desterrados conservarían aún algunas relaciones con sus semejantes.

Desde las primeras horas de la mañana del 16 de abril, los trineos enganchados delante de la poterna sólo esperaban a los viajeros. El capitán Craventy reunió a los hombres que componían el destacamento y les dirigió la palabra, recomendándoles sobre todo una constante unión en medio de los peligros que tendrían que desafiar. La sumisión a sus jefes era una condición indispensable para el éxito de aquella empresa, obra de abnegación y sacrificio.

El discurso del capitán fue acogido con entusiastas vítores. Despidiéronse todos en seguida y se acondicionó cada uno en el trineo que de antemano le había sido designado. Jasper Hobson y el sargento Long marchaban a la cabeza. Seguía la señora Paulina Barnett y Madge, manejando con habilidad esta última el largo látigo que los esquimales emplean, terminado por una tira de nervio endurecido. Tomás Black y el soldado canadiense Petersen iban en el tercer trineo. Seguían después los otros ocupados por los soldados y mujeres, y formaban la retaguardia el cabo Jolifte y su esposa.

Según las órdenes de Jasper Hobson, cada conductor debía conservar, en lo posible, el lugar que le había sido asignado, y mantener la distancia reglamentaria, a fin de no producir la menor confusión, toda vez que el choque de los trineos, lanzados a toda velocidad, hubiera podido provocar accidentes desagradables.

Al abandonar el fuerte Confianza, Jasper Hobson hizo rumbo al Noroeste. Tuvo que atravesar primero un ancho río que ponía en comunicación el lago del Esclavo con el de Wolmsley. Pero su superficie, todavía profundamente helada, no se distinguía de la inmensa planicie blanca. Una alfombra uniforme

de nieve cubría todo el país, y los trineos, arrastrados por sus veloces tiros, volaban sobre aquella capa endurecida.

El tiempo era bueno, pero demasiado frío aún. El sol se elevaba poco sobre el horizonte, y describía en el cielo una curva muy prolongada. Sus rayos, reflejados profusamente por la nieve, daban más luz que calor. Por fortuna, ningún soplo de viento turbaba la atmósfera, y esta calma del aire hacía más soportable el frío. Sin embargo, la brisa, gracias a la velocidad de los trineos, debía cortar algo el rostro de algunos de los compañeros del teniente Hobson que no se hallaban familiarizados con la crudeza del clima polar.

—Esto va bien —decía Jasper Hobson al sargento, que iba inmóvil a su lado como si se encontrase en formación—; el viaje comienza felizmente. El cielo es favorable, la temperatura propicia, nuestros tiros nos arrastran con la velocidad de los trenes expresos, y, a poco que continúe este magnífico tiempo, nuestro viaje habrá de efectuarse sin grandes contratiempos. ¿Qué opina usted, sargento Long?

—Lo mismo que usted, teniente Jasper —respondió el sargento, que no podía ver las cosas de otro modo distinto de su jefe.

—¿Está usted decidido, como yo —prosiguió el teniente Hobson—, a prolongar lo más lejos posible hacia el Norte nuestras exploraciones?

—Bastará que lo ordene usted, mi teniente, para que yo obedezca.

—Lo sé, sargento Long —respondió Jasper Hobson—; sé que basta darle a usted una orden para verla ejecutada en seguida. ¡Ojalá pudiesen comprender, como usted, nuestros soldados la importancia de nuestra misión, y se consagrasen en cuerpo y alma a los intereses de la Compañía! ¡Ah, sargento Long!, estoy seguro de que si le diese a usted una orden imposible...

—No hay órdenes imposibles, mi teniente.

—¡Cómo que no!, ¿y si le ordenase a usted ir al Polo?

—Iría, mi teniente.

—¿Y volvería usted? —añadió Jasper Hobson, sonriendo.

—Volvería —respondió sencillamente el sargento.

Durante este diálogo, Paulina Barnett y Madge cambiaban también algunas palabras, cuando una pendiente más acentuada del suelo retardó la marcha del trineo un instante. Las dos animosas mujeres, con sus gorros de nutria bien calados y medio sepultadas bajo una espesa piel de oso blanco, contemplaban aquella naturaleza escabrosa y las pálidas siluetas de los elevados hielos que se perfilaban en el horizonte.

El destacamento había ya dejado tras sí las colinas que se elevan en la

orilla septentrional del lago del Esclavo, cuyas cimas se hallaban coronadas por pelados esqueletos de árboles. La llanura sin límites extendíase hasta perderse de vista con uniformidad no interrumpida. Algunos pájaros animaban con su canto y su vuelo la vasta soledad. Veíanse entre ellos bandadas de cisnes que emigraban hacia el Norte, y cuya blancura confundíase con la de las nieves, no siendo posible distinguirlos más que cuando se proyectaban sobre la atmósfera gris. Cuando se posaban sobre el suelo, confundíanse con él, y el ojo más perspicaz no hubiera logrado descubrirlos.

—¡Qué admirable país! —decía Paulina Barnett—. ¡Qué diferencia entre estas regiones polares y nuestras verdes planicies australianas! ¿Te acuerdas, Madge, cuando nos abrasaba el calor en el golfo de Carpentaria? ¿Has olvidado aquel cielo cruel, sin una nube, sin el vapor más tenue?

—Hija mía —respondía Madge—, no poseo, como tú, el don de la memoria. Tú conservas tus impresiones; yo, pronto las olvido.

—¡Cómo, Madge!, ¿has podido olvidar los calores tropicales de la India y de Australia? ¿No conservas en tu ánimo un recuerdo siquiera de nuestras torturas cuando nos faltaba el agua en medio del desierto, cuando los rayos del sol nos abrasaban hasta los mismos huesos, y cuando ni la noche ofrecía un lenitivo a nuestros padecimientos?

—No, Paulina, no —respondía Madge, envolviéndose aún más en sus pieles—; no me acuerdo de nada. Y, ¿cómo he de acordarme de aquellos padecimientos de que hablas, de aquel calor, de aquellas torturas de la sed, sobre todo en estos momentos en que los hielos nos rodean por todas partes, en que me bastaría dejar caer el brazo fuera del trineo para recoger un puñado de nieve? ¡Me hablas de calor cuando nos helamos debajo de las pieles de oso que nos cubren! ¡Te acuerdas de los rayos abrasadores del sol, cuando este sol de abril no tiene fuerza ni aun para derretir los carámbanos de hielo que cuelgan de nuestros labios! ¡No, hija mía, no me sostengas que hay calor en parte alguna!, ¡no me repitas que me he quejado jamás de un exceso de temperatura, porque no te lo creeré!

La señora Paulina Barnett no pudo reprimir una sonrisa.

—Pero ¿tienes tanto frío, querida Madge? —preguntó a su fiel compañera.

—Ciertamente, hija mía, tengo frío; pero no me desagrada esta temperatura. Por el contrario; este clima debe ser muy sano, y estoy segura de que me irá muy bien de salud en esta parte de América. ¡Es realmente un país muy bello!

—Sí, Madge, es un país admirable; ¡y eso que todavía no hemos visto ninguna de las maravillas que encierra! Pero deja que lleguemos a los límites del mar Polar, deja que sobrevenga el invierno con sus hielos gigantescos, su

espeso manto de nieves, sus tempestades hiperbóreas, sus auroras boreales, sus espléndidas constelaciones, su interminable noche de seis meses de duración, y entonces comprenderás cuan nueva es siempre y en todas partes la gran obra del Creador.

De este modo se expresaba la señora Paulina Barnett, dejándose llevar de su exaltada imaginación. En aquellas regiones perdidas, bajo un clima implacable, sólo quería ver la realización de los más bellos fenómenos de la naturaleza. Sus instintos de viajera eran más poderosos que su misma razón, y para ella no había más, en las regiones polares, que la emocionante poesía cuya leyenda perpetuaron las sagas y cantaron los bardos en los tiempos osiánicos. Pero Madge era más práctica y para ella no pasaban inadvertidos los peligros inherentes a una expedición a los continentes árticos, ni los padecimientos que entrañaba una invernada a menos de 30° del Polo Norte.

Y en efecto, otros más robustos habían sucumbido ya, víctimas de las fatigas, de las privaciones, de los tormentos morales y físicos, bajo aquellos duros climas. Indudablemente, la misión del teniente Jasper Hobson no debía arrastrarle hasta las latitudes más elevadas del Globo. No se trataba tampoco de llegar al Polo Norte y lanzarse sobre las huellas de los Parry, los Ross, los Mac Clure, los Kean y los Morton; pero desde el momento en que se rebasa el círculo polar, los padecimientos son casi en todas partes los mismos, y no aumentan proporcionalmente al crecimiento de las latitudes. ¡Jasper Hobson no abrigaba el propósito de ir más allá del paralelo de 70°! Convenido; pero ¡no se olvide que Franklin y sus infortunados compañeros perecieron víctimas del hambre y del frío antes de rebasar los 68° de latitud septentrional!

En el trineo que ocupaban los esposos Joliffe hablábase de cosas muy distintas. Tal vez el cabo había empinado el codo algo más de lo debido, con motivo de la despedida, porque, contra su costumbre, rebelábase contra su mujer. ¡Sí! osaba contradecirla, lo que sólo ocurría en, circunstancias excepcionales.

—No, mujer —le decía—, no temas nada; no es más difícil conducir un trineo que un quitrín, y, que cargue con mi cuerpo el diablo, si no soy capaz de dirigir un tiro de perros.

—No niego tu habilidad —respondía la señora Joliffe—; sólo te ruego que moderes tus movimientos. Te has colocado ya delante de la caravana, y oigo que el teniente Hobson te grita que ocupes de nuevo tu puesto<sup>7</sup> en la extrema retaguardia.

—¡Déjale gritar, mujer, déjale gritar!...

Y el cabo, hostigando sus perros con nuevos latigazos, hizo aumentar la velocidad del trineo.

—¡Ten cuidado, Joliffe! —le repetía su mujer—. ¡No tan de prisa, que vamos cuesta abajo!

—¡Cuesta abajo! —respondía el cabo—. ¿A esto llamas cuesta abajo? ¡Al contrario, mujer, si vamos cuesta arriba!

—¡Te repito que vamos cuesta abajo!

—Te sostengo que subimos. ¡Mira cómo tiran los perros!

Aunque el terco Joliffe lo asegurase, los perros no tiraban por cierto. El declive del suelo era, por el contrario, sumamente pronunciado: El trineo deslizábase con una velocidad vertiginosa, habiéndose adelantado ya mucho al destacamento. Los esposos Joliffe botaban a cada instante. Las sacudidas provocadas por las desigualdades de la capa de nieve se multiplicaban. El marido y la mujer, empujados, ya a la derecha, ya a la izquierda, chocaban uno contra otro y sufrían tremendas conmociones. Pero el cabo no quería escuchar nada: ni las advertencias de su esposa, ni los gritos del teniente Hobson; y, comprendiendo éste el peligro de aquella desenfrenada carrera, hostigaba su propio tiro a fin de alcanzar a los imprudentes, siguiéndole toda la caravana en su rápida carrera.

Pero el cabo corría a rienda suelta, embriagado por el vértigo de la velocidad, gesticulando, gritando y manejando su largo látigo como hubiera podido hacerlo el más hábil caballista.

—¡Admirable instrumento es este látigo —gritaba— que manejan los esquimales con destreza sin igual!

—Pero tú no eres ningún esquimal —exclamaba su esposa, tratando, en vano, de detener el brazo de su imprudente conductor.

—Dicen que los esquimales —replicaba el cabo— tienen tal habilidad, que azotan al perro que quieren y en el lugar que más les acomoda. Aseguran que son capaces de arrancarles, con la extremidad de este nervio endurecido, la punta de una oreja, si así les viene en gana. Voy a probar...

—¡No pruebes, Joliffe, no pruebes! —exclamó la pobre mujer, horrorizada de espanto.

—Nada temas, mujer, nada temas; ¡ya sé yo lo que me hago! Mira; precisamente el quinto perro de la derecha está haciendo de las suyas. Voy a castigarle ahora mismo...

Pero sin duda el cabo no era bastante esquimal todavía, ni se hallaba bastante familiarizado con el manejo de aquel látigo, cuya larga tira sobresale cuatro pies del avantrén del tiro; porque el látigo se desarrolló silbando, y, volviendo hacia atrás por un contragolpe mal combinado, arrollóse alrededor del cuello del mismo Joliffe, cuyo gorro de pieles voló por el aire, y, a no ser

por esta tupida defensa, habríase arrancado su propia oreja.

En aquel momento los perros se apartaron a un lado, volcó el trineo y la pareja cayó sobre la nieve. Por fortuna, la capa era espesa y los esposos no recibieron daño alguno; pero ¡qué vergüenza para el cabo! Y, ¡qué mirada le dirigió su mujer! Y, ¡qué reproches le hizo el teniente Hobson! Una vez levantado el trineo, decidióse que, en lo sucesivo, llevase la señora Joliffe las riendas del vehículo, como llevaba ya las de la casa. El cabo, todo avergonzado, hubo de resignarse, y la marcha, un momento interrumpida, se reanudó de nuevo.

Durante los quince días subsiguientes, no ocurrió ningún acontecimiento importante. El tiempo seguía siendo propicio y la temperatura soportable, y el 1.º de mayo llegó el destacamento al fuerte Empresa.

## UN DUELO DE WAPITIS

La expedición había recorrido una distancia de 200 millas desde su salida del fuerte Confianza. Los viajeros, favorecidos por los largos crepúsculos, caminaron, durante este trayecto, noche y día en sus trineos, arrastrados a gran velocidad por sus respectivos tiros, los cuales se encontraban verdaderamente agotados de fatiga al llegar al lago Snure, a cuyas orillas alzabase el fuerte Empresa.

Este fuerte, establecido muy pocos años antes por la Compañía de la Bahía de Hudson, no era en realidad más que un puesto de aprovisionamiento de muy escasa importancia. Servía principalmente de estación a los destacamentos que escoltaban los convoyes de pieles procedentes del lago del Gran Oso, situado a cerca de 300 millas en dirección Noroeste. Su guarnición reducíase a una docena de soldados. El fuerte consistía solamente en una casa de madera, rodeada por una sólida empalizada. Pero, por muy poco cómoda que esta habitación resultase, los compañeros del teniente Hobson refugiáronse en ella con placer, descansando, por espacio de ocho días, de las primeras fatigas de su viaje.

La primavera polar dejaba sentir su modesta influencia en aquellos parajes. La nieve se fundía poco a poco, y las noches no eran ya lo suficientemente frías para helarla de nuevo. Algunos ligeros musgos y desmedradas gramíneas verdeaban de trecho en trecho, y las descoloridas florecillas mostraban sus húmedas corolas entre los guijarros. Estas manifestaciones de la naturaleza, que empezaba a despertar de su largo sueño invernal, recreaban la vista, dolorida por la blancura de las nieves, alegrando el espíritu la aparición de

aquellos raros ejemplares de la flora ártica.

Paulina Barnett y el teniente Jasper Hobson aprovecharon el ocio de aquella parada para visitar las orillas del pequeño lago. Ambos comprendían la naturaleza y admirábanla con entusiasmo; por eso paseaban juntos por entre los témpanos de hielo fundente y las cascadas que los rayos del sol hacían correr. La superficie del lago Snure estaba todavía helada, sin que ninguna grieta anunciase una inmediata catástrofe. Algunos icebergs ruinosos erizaban su sólida superficie, afectando pintorescas formas del efecto más extraño, en especial cuando la luz, refractándose en sus aristas, cambiaba de color. Habríase dicho que los pedazos de un arco iris, trazado por una mano poderosa, yacían, entrecruzados, por el suelo.

—¡Es éste un espectáculo verdaderamente bello, señor Hobson! —repetía a cada instante la señora Paulina Barnett—. Estos efectos de la difusión de la luz modifícanse de mil modos distintos, según el lugar que se ocupaba. ¿No le parece a usted que nos hallamos asomados a la abertura de un inmenso caleidoscopio? Pero es posible que esté usted ya aburrido de contemplar un espectáculo que tan nuevo resulta para mí.

—No, señora —respondió el teniente—. A pesar de haber nacido en este continente y de haberse en él deslizado mi infancia y mi juventud, jamás me canso de ver sus sublimes bellezas. Pero si su entusiasmo de usted es ya grande, cuando el sol derrama sus rayos sobre este país, es decir, cuando el astro del día ha modificado ya el aspecto de estas regiones, ¿qué será cuando pueda usted observar estos territorios en medio de los grandes fríos invernales? Le confieso a usted, señora, que el sol, tan precioso en las regiones templadas, me desluzca un poco mi continente ártico.

—¿De veras, señor Hobson? —exclamó Paulina Barnett, a quien hizo sonreír la observación del teniente—. Paréceme, sin embargo, que es el sol un excelente compañero de viaje, y que no conviene quejarse del calor que nos envía, incluso a las regiones polares.

—¡Ah, señora! —respondió Jasper Hóbson—, yo soy de los que creen que es mejor visitar Rusia durante el invierno y el Sahara en el estío, porque de esta manera se ven estos países bajo el aspecto que los caracteriza. No; el sol es un astro de las zonas tropicales y de los países cálidos. A lo 80° de latitud se halla verdaderamente fuera de su centro. El cielo de estas regiones es el cielo puro y frío del invierno, lleno de constelaciones, iluminado a veces por los regios esplendores de una aurora boreal. Este es el país de la noche, no el del día, señora; y esta larga noche del Polo le tiene a usted reservados encantos y maravillas que no ha podido soñar.

—Señor Hobson —respondió Paulina Barnett—, ¿ha visitado usted las zonas templadas de Europa y América?

—Sí, señora, y las he admirado tanto como ellas se merecen; pero he regresado siempre a mi país natal con una pasión más ardiente, con un entusiasmo nuevo. Soy el hombre del frío, y no es mérito en mí el desafiarle. Sobre mí no tiene poder, y, como los esquimales, puedo vivir durante meses enteros dentro de una casa de nieve.

—Señor Hobson —replicó la viajera—, habla usted de este temible enemigo de un modo que conforta el corazón. Creo que podré mostrarme digna de usted, y, por muy lejos que vaya a desafiar el frío del Polo, me tendrá siempre a su lado.

—Bien, señora, bien, y ¡ojalá todos estos compañeros que nos siguen, soldados y mujeres, se muestren tan resueltos como usted! Si es así, con el favor de Dios, iremos lejos.

—Pero no podrá usted quejarse del modo como ha comenzado este viaje. Hasta el momento actual, no ha ocurrido ni un solo accidente; el tiempo ha sido propicio para la marcha de los trineos y la temperatura soportable. Todo marcha a pedir de boca.

—Sin duda alguna, señora —respondió Jasper Hobson—; pero precisamente este sol que usted tanto admira, pronto multiplicará las fatigas y los obstáculos de nuestra marcha.

—¿Qué quiere usted decir, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett.

—Quiero decir que su calor no tardará en trastocar el aspecto y la naturaleza del país; que el hielo fundido dejará de presentar una superficie favorable para la marcha de los trineos; que el suelo se hará duro y escabroso; que nuestros jadeantes perros no nos arrastrarán con la misma rapidez; que los ríos y los lagos van a recuperar su estado líquido, y que será necesario circundar estos últimos y vadear los primeros. Todos estos cambios, señora, debidos a la influencia solar, traduciránse en retardos, en fatigas, en peligros, los menores de los cuales son estas nieves deleznable que se escurren bajo la planta del pie y esas avalanchas que se precipitan desde las cumbres de las montañas de hielo. He ahí lo que nos producirá ese sol que se eleva cada día más y más sobre el horizonte. Tenga usted esto siempre presente, señora: de los cuatro elementos de la cosmogonía antigua, sólo el aire nos es aquí útil, necesario, indispensable; pero los otros tres, la tierra, el fuego y el agua, no debían existir para nosotros. Son contrarios a la naturaleza misma de las regiones polares...

El teniente exageraba, sin duda. Paulina Barnett habría podido muy bien refutar esta argumentación, pero no le desagradaba oír a Jasper Hobson expresarse con aquel ardor. El teniente amaba con pasión al país hacia el cual la conducían en aquellos momentos los azares de su vida de viajera, y era ello

una garantía de que no retrocedería ante ningún obstáculo.

Y, sin embargo, Jasper Hobson tenía razón cuando culpaba al sol de los futuros tropiezos; y bien quedó demostrado cuando, tres días después, el 4 de mayo, reanudó el destacamento su interrumpida marcha. El termómetro manteníase constantemente, aun en las horas más frías de la noche, por encima de 32°. Las dilatadas llanuras sufrían un deshielo completo. La blanca sábana convertíase en agua. Las asperezas del suelo, hecho de rocas de formación primitiva, producían múltiples choques que sacudían los trineos y a sus ocupantes. La escabrosidad del piso obligaba a los perros a marchar al trote corto, así, que, ahora, no habría habido inconveniente en entregar de nuevo las bridas al imprudente cabo Joliffe. Ni sus gritos ni las excitaciones de su látigo hubieran logrado imprimir a los fatigados tiros mayor celeridad.

Sucedió, pues, que los viajeros decidiéronse a aligerar de cuando en cuando la carga de los perros, marchando a pie buenos ratos. Esta suerte de locomoción era, además, conveniente a los cazadores del destacamento, que se aproximaban insensiblemente a los territorios más poblados de caza de la América inglesa.

La señora Paulina Barnett y su fiel Madge seguían estas cacerías con bien marcado interés. Tomás Black, por el contrario, afectaba no interesarle lo más mínimo estos ejercicios cinegéticos. No se había trasladado a tan apartadas regiones con el fin de cazar bisontes o armiños, sino con el exclusivo objeto de observar la Luna en el momento preciso en que cubriese con su disco el del Sol. Por eso, cuando el astro de la noche se elevaba por encima del horizonte, el impaciente astrónomo devorábalo con los ojos, lo que incitaba a Jasper Hobson a decirle:

—Oiga usted, señor Black; si, lo que no es imposible, llegase a faltar la Luna a la cita del 18 de julio de 1860, ¡buen chasco llevaría usted!

—Señor Hobson —respondía gravemente el astrónomo—, si la Luna se permitiese semejante inconveniencia, habría de exigirle daños y perjuicios.

Los principales cazadores del destacamento eran los soldados Marbre y Sabine, maestros consumados en su oficio, en el que habían adquirido una sin igual destreza, hasta el extremo de que los más hábiles indios no les aventajaban en la perspicacia de la vista ni en la certeza del tiro. A más de excelentes tiradores, conocían todos los aparatos y artificios inventados para apoderarse de las martas, nutrias, lobos, zorras, osos, etc. Ningún ardid les era desconocido. Eran dos hombres inteligentes y duchos, y el capitán Craventy había procedido con insuperable acierto al agregarlos al destacamento del teniente Hobson.

Pero durante la marcha de la pequeña tropa, ni Marbre ni Sabine tenían

tiempo para tender lazos. Sólo podían alejarse de ella durante una hora o dos, cuando más, y tenían que contentarse con las piezas que pasaban buenamente al alcance de sus fusiles. Sin embargo, tuvieron la suerte de matar un par de esos rumiantes de la fauna americana que raramente se encuentran en latitudes tan altas.

En la mañana del día 15 de mayo, los dos cazadores, Paulina Barnett y el teniente Hobson habíanse desviado algunas millas al Este del itinerario. Marbre y Sabine habían obtenido de su teniente la debida autorización para seguir ciertas huellas recientes que acababan de descubrir; y no sólo los autorizó Jasper Hobson, sino que quiso seguirles él mismo en unión de la viajera.

Aquellas huellas eran indudablemente debidas al reciente paso de media docena de gamos de grandes dimensiones. No había error posible. Marbre y Sabine afirmábanlo, y hasta, en caso necesario, hubieran podido nombrar la especie a la cual pertenecían los rumiantes en cuestión.

—Parece que le sorprende a usted la presencia de esos animales en este país, ¿no es cierto, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett al teniente.

—En efecto, señora —respondió Jasper Hobson—, es muy raro encontrar tales especies más arriba de los 57° de latitud. Sólo solemos cazarlos al Sur del lago del Esclavo, donde crecen entre los álamos y sauces ciertas rosas silvestres por las que sienten los gamos predilección.

—Es preciso, pues, suponer que estos rumiantes, lo mismo que los animales dotados de pieles sedosas y finas, perseguidos por los cazadores, huyen a parajes más tranquilos.

—No hallo otra explicación a su presencia a la altura del paralelo de 65° de latitud —respondió el teniente—, dando por sentado que nuestros cazadores no hayan sufrido un error acerca de la naturaleza y origen de estas huellas.

—No, mi teniente —respondió Sabine—, no. Marbre y yo no nos hemos engañado. Estas huellas han sido impresas en el suelo por esos gamos que nosotros los cazadores distinguimos con el calificativo de rojos, y a quienes los indígenas denominan wapitis.

—Es cierto —añadió Marbre—. Cazadores tan viejos como nosotros no es posible que sufran un error en este asunto. Además, mi teniente, ¿no oye usted esos singulares silbidos?

Jasper Hobson, Paulina Barnett y sus compañeros habían llegado en aquel momento a la falda de una pequeña colina cuyas laderas, desprovistas de nieve, resultaban practicables, y se apresuraron a subir por ellas, en tanto que los silbidos señalados por Marbre escuchábanse con cierta intensidad,

mezclados en ocasiones con ruidos semejantes a los rebuznos del asno, prueba evidente de que los dos cazadores no se habían equivocado.

Jasper Hobson, Paulina Barnett, Marbre y Sabine, al llegar a la cumbre de la colina, pasearon sus miradas por la llanura que se extendía a sus pies hacia el Este. El escabroso suelo aparecía blanco aún en ciertos sitios; pero un ligero tinte verde contrastaba en algunos lugares con las deslumbradoras placas de nieve. Algunos arbustos descarnados se alzaban de trecho en trecho. En el horizonte, proyectábanse sobre el fondo gris del cielo los grandes icebergs, cuyos contornos dibujábanse con sorprendente pureza.

—¡Wapitis! ¡Wapitis! ¡Mírenlos ustedes allá! —exclamaron al mismo tiempo Marbre y Sabine, señalando, a un cuarto de milla de distancia hacia el Este, un compacto grupo de animales a los que se podía reconocer fácilmente.

—Pero ¿qué hacen? —preguntó la viajera.

—Se pelean, señora —respondió Jasper Hobson—. ¡Esta es su costumbre cuando el sol del Polo les enardece la sangre! ¡He aquí otro deplorable efecto del astro radiante!

Desde la distancia a que se hallaban, Jasper Hobson, Paulina Barnett y los dos cazadores podían distinguir perfectamente el grupo de wapitis. Eran éstos magníficos ejemplares de esa familia de gamos a los cuales se conoce con los diversos nombres de ciervos de cuernos redondos, ciervos americanos, corzos, alces grises y alces rojos.

Aquellos elegantes animales tenían las piernas finas. Algunos pelos rojizos, cuyo color debía acentuarse más aún durante la estación cálida, salpicaban su pardo ropaje. Por sus blancas cornamentas, soberbiamente desarrolladas, era fácil reconocer que se trataba de machos feroces, porque las hembras hállame en absoluto desprovistas de semejantes apéndices.

Los wapitis se hallaban en la antigüedad esparcidos por todos los territorios de la América Septentrional, existiendo gran número de ellos en los Estados Unidos; pero como en todas partes se efectuaban desmontes y caían los bosques bajo las hachas de los leñadores, tuvieron que refugiarse estos rumiantes en los tranquilos distritos del Canadá. Pronto les faltó también allí la seguridad, y se corrieron entonces hacia las proximidades de la bahía de Hudson. En resumen, el wapiti es, sin duda, un animal de los países fríos; pero, como había observado el teniente, no habita, por lo regular, los territorios situados más arriba del paralelo de 57°. Por consiguiente, aquéllos habían subido tanto en latitud huyendo de los chipewayos, que les hacían una guerra encarnizada, ganosos de recuperar esa tranquilidad que no falta jamás en el desierto.

Entretanto, el combate de los wapitis proseguía con encarnizamiento. Los

animales no habían advertido la presencia de los cazadores, cuya intervención no habría probablemente paralizado su lucha. Marbre y Sabine, que sabían perfectamente cuán grande era la ceguedad con que estos animales combaten, podían, pues, aproximarse a ellos sin el menor temor, y disparar cuando les pareciese oportuno.

Jasper Hobson propuso que así lo hiciesen; pero Marbre le dijo:

—Dispense usted, mi teniente; pero mejor será que nos ahorremos las balas y la pólvora. Estos animales luchan hasta matarse, y llegaremos a tiempo de recoger los vencidos.

—¿Poseen esos wapitis algún valor comercial? —preguntó Paulina Barnett.

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—, y su piel, que es menos gruesa que la del alce propiamente dicho, produce un cuero muy estimado. Untando esta piel con la grasa y los sesos mismos del animal, adquiere una flexibilidad extremada, y soporta perfectamente lo mismo la humedad que la sequía. Por eso los indios no desperdician nunca la ocasión de procurarse pieles de wapitis.

—Y su carne, ¿es tan buena como su piel? —Su carne es muy mediana, señora. Es dura y muy poco sabrosa. Su grasa se congela en el momento mismo en que se la retira del fuego, y se adhiere a la dentadura. Es una carne, pues, poco estimada, e inferior ciertamente a la de los otros gamos. Sin embargo, a falta de otra mejor, durante los días de escasez, se come y nutre al hombre lo mismo que cualquier otra.

Conversaban de esta suerte desde hacía algunos minutos Paulina Barnett y Jasper Hobson, cuando se modificó de improviso la lucha de los wapitis. ¿Habíase aplacado la cólera de los rumiantes? ¿Habían descubierto a los cazadores y presagiaban un peligro inmediato? Cualquiera que fuese la causa, en el mismo momento, a excepción de los wapitis de alta talla, huyó todo el rebaño hacia el Este con celeridad sin igual. En algunos instantes desaparecieron aquellos animales sin que hubiese podido darles caza el caballo más veloz.

Pero dos ejemplares soberbios habían quedado en el campo de batalla. Con las cabezas bajas, las cornamentas fuertemente apretadas, y las patas traseras poderosamente apoyadas en tierra, pugnaban con ardor. Como dos luchadores que no abandonan su presa cuando han logrado apoderarse de ella, cuidaban de no soltarse, girando sobre sus patas delanteras cual si hubiesen estado clavados uno a otro.

—¡Qué encarnizamiento! —exclamó Paulina Barnett.

—Sí —respondió Jasper Hobson—. Los wapitis son muy rencorosos, y estos dos ventilan, sin duda, alguna antigua querrela.

—Pero ¿no sería éste el momento de aproximarse a ellos, mientras les ciega la rabia? —preguntó la viajera.

—Tiempo tenemos, señora —respondió Sabine—; esos gamos no pueden escapársenos. Aunque nos encontrásemos a tres pasos de ellos, apuntándoles con el fusil y el dedo en el disparador, no abandonarían el puesto.

—¿De veras?

—En efecto, señora —dijo Jasper Hobson, que había contemplado con mayor atención a los dos combatientes después de la observación del cazador—; y bien a nuestras manos, bien devorados por los lobos, esos dos animales morirán tarde o temprano en el mismo lugar que ocupan actualmente.

—No me explico por qué se expresa usted así, señor Hobson —dijo la viajera.

—Puede usted aproximarse, señora —le respondió el teniente—, sin temor de espantar a esos wapitis; porque no pueden huir, como ha dicho muy bien nuestro cazador.

Paulina Barnett, acompañada de Sabine, de Marbre y del teniente, bajó de la colina. Bastaron algunos minutos para salvar la distancia que les separaba del teatro del combate. Los wapitis no se habían movido. Empujábanse simultáneamente con la cabeza, cual hacen los carneros cuando luchan; pero parecían inseparablemente ligados uno al otro.

En efecto, en el ardor del combate, los cuernos de los dos wapitis habíanse enredado de tal modo que, sin romperse, no podían desligarse uno del otro. Es éste un hecho que se produce a menudo, no siendo raro en los territorios de caza encontrar en el suelo cornamentas fuertemente enlazadas entre sí. Los animales, inutilizados de esta suerte, no tardan en perecer de hambre, o en ser impunemente devorados por las fieras.

Dos balas pusieron fin al combate de los wapitis. Marbre y Sabine despojáronlos en el acto de sus pieles, para adobarlas más tarde, y abandonaron a los osos y los lobos un montón de carne palpitante.

## EL CÍRCULO POLAR

La expedición siguió avanzando en dirección Noroeste; pero el arrastre de los trineos sobre un suelo tan escabroso fatigaba extraordinariamente a los

perros. Estos animosos animales, a quienes las manos de sus conductores apenas podían refrenar al principio del viaje, carecían ya de bríos. Con tiros tan cansados no era posible avanzar más de ocho o diez millas por día. Jasper Hobson, sin embargo, procuraba apresurar lo más posible la marcha de su destacamento, deseoso de llegar cuanto antes al extremo del lago del Gran Oso y de verse en el fuerte Seguridad, donde esperaba recoger algunos informes necesarios para su expedición.

¿Habían recorrido ya los parajes cercanos al mar los indios que frecuentan las orillas septentrionales del lago? ¿Estaba libre en esta época del año el océano Ártico? He aquí dos cuestiones graves que, resueltas de un modo afirmativo, podían fijar la suerte de la nueva factoría.

La región que el destacamento cruzaba a la sazón hallábase caprichosamente surcada por un gran número de corrientes de agua, tributarias en su mayoría de los dos importantes ríos que, corriendo de Sur a Norte, van a desembocar en el océano Glacial Ártico, a saber: el Makenzie, al Oeste, y el Coppermine-River, al Este. Entre estas dos principales arterias existían numerosos lagos, lagunas y estanques. Sus ahora desheladas superficies no permitían a los trineos aventurarse en ellos, siendo, por consiguiente, necesario el circundarlos, lo que aumentaba considerablemente la longitud del camino.

Decididamente tenía razón el teniente Jasper Hobson: el invierno es la verdadera estación de estos países hiperbóreos, porque facilita su recorrido. Paulina Barnett no tendría más remedio que reconocerlo en más de una ocasión.

Esta región, comprendida en la Tierra Maldita, estaba, por otra parte, completamente desierta, como lo están casi todos los territorios septentrionales del continente americano, habiéndose calculado, en efecto, que el promedio de la población no llega a un habitante por cada diez millas cuadradas. Estos habitantes son, sin contar los indígenas cuyo número es ya muy escaso, algunos millares de agentes y soldados pertenecientes a las diversas compañías dedicadas al tráfico de pieles.

Esta población se halla, por lo general, concentrada en los distritos del Sur y en los alrededores de las factorías. Por eso no se halló huella alguna de pasos humanos en la ruta del destacamento. Las únicas pisadas que se vieron en el suelo pertenecían a roedores y rumiantes.

Viéronse algunos osos, animales terribles cuando se trata de las especies polares. Sin embargo, la escasez de estos animales carnívoros causaba extraordinaria extrañeza a Paulina Barnett, quien creía, por haberlo leído en los relatos de los viajeros de las comarcas heladas, que en las regiones árticas debían abundar estos temibles animales, toda vez que los náufragos y los

balleneros de la bahía de Baffin, así como los del Spitzberg y Groenlandia, se ven diariamente atacados por ellos. A pesar de todo esto, apenas si se mostraba alguno que otro muy raro a gran distancia del destacamento.

—Espere usted que llegue el invierno, señora —replicábale el teniente Hobson—; espere usted que llegue el frío, que engendra el hambre, y tal vez pueda usted disfrutar del espectáculo que tanto parece interesarle.

Por fin, tras un fatigoso y largo recorrido, el 23 de mayo la expedición llegó al límite del círculo polar. Sabido es que este paralelo, alejado 23° 27' 57" del Polo Norte, constituye el límite matemático en el que se detienen los rayos solares, cuando este radiante astro describe un círculo en el hemisferio opuesto. A partir de este punto, la expedición penetró, pues, francamente en los territorios de las regiones árticas.

Esta latitud había sido escrupulosamente calculada con ayuda de instrumentos extraordinariamente precisos que el astrónomo Tomás Black y Jasper Hobson manejaban con igual habilidad. La señora Paulina Barnett, que presenció la operación, supo con satisfacción que iba a franquear al fin el círculo polar. Amor propio de viajera, bien disculpable en verdad.

—Ha pasado usted ya los dos trópicos en sus precedentes viajes —le dijo el teniente Hobson—, y ahora se encuentra usted en el límite del círculo polar. ¡Pocos exploradores se han aventurado, como usted, en zonas tan diferentes! Los unos tienen, por decirlo así, la especialidad de las tierras cálidas; el África y la Australia forman, principalmente, el campo de sus investigaciones, contándose entre ellos los Barth, los Burton, los Livingstone, los Speke, los Douglas, los Stuart, etc. Otros, por el contrario, sienten verdadera pasión por estas regiones árticas, tan imperfectamente conocidas aún, como los Mackenzie, los Franklin, los Penny, los Kane, los Parry y los Rae, cuyas huellas seguimos en estos precisos momentos. Felicitemos, pues, a la señora Paulina Barnett, por ser una viajera tan cosmopolita.

—Es preciso verlo todo, señor Hobson —respondió la viajera—, o intentar, por lo menos, verlo todo. Creo que las dificultades y peligros son próximamente iguales en todas partes, cualquiera que sea la zona en la cual se presenten. Si no tenemos que temer en estas tierras árticas las fiebres de los países cálidos, la insalubridad de las altas temperaturas y la crueldad de las tribus de raza negra, el frío es un enemigo no menos temible. En todas las latitudes existen animales feroces, e imagino que los osos blancos no acogerán al viajero mejor que los tigres del Tíbet o los leones del África. Así, pues, más allá de los círculos polares existen los mismos peligros que entre los trópicos. Hay regiones que se defenderán largo tiempo contra las tentativas de los exploradores más audaces.

—Sin duda, señora —respondió Jasper Hobson—; pero tengo motivos para

creer que las tierras hiperbóreas resistirán más tiempo. En las regiones intertropicales son principalmente los indígenas los que constituyen el más insuperable obstáculo, ¡y no ignoro cuántos viajeros han perecido víctimas de esos bárbaros africanos a quienes una guerra civilizadora reducirá necesariamente algún día! Por el contrario, en las regiones árticas o antárticas no son los habitantes los que detienen la marcha de los exploradores, sino la naturaleza misma; la insuperable barrera de hielos; el frío, implacable y cruel, que paraliza las energías humanas.

—¿Cree usted, pues, señor Hobson, que la zona tórrida será explorada hasta en sus territorios más secretos del África y de Australia, antes de que haya sido recorrida toda entera la zona glacial?

—Sí, señora —respondió el teniente—, y esta opinión mía se encuentra basada en hechos. Los más audaces descubridores de las regiones árticas, Parry, Penny, Franklin, Mac Clure, Kane, Morton, no han logrado avanzar más allá del paralelo de 83°, quedando de esta suerte detenidos a más de 7° del Polo. La Australia, por el contrario, ha sido varias veces explorada de Sur a Norte por el intrépido Stuart, y el África misma, tan temible para quien se aventura en ella, fue totalmente atravesada por el doctor Livingstone, desde la bahía de Loanga, hasta la desembocadura del Zambeze. Existe, pues, un fundado motivo para pensar que los países ecuatoriales están más próximos a ser geográficamente reconocidos que los territorios polares.

—¿Cree usted, señor Hobson —preguntó Paulina Barnett—, que el hombre podrá algún día llegar al mismo Polo?

—Sin duda alguna, señora —replicó Jasper Hobson—; el hombre... o la mujer —añadió sonriendo—. Sin embargo, me parece que los medios hasta ahora empleados por los navegantes para llegar hasta ese punto, en el cual sabido es convergen todos los meridianos de la Tierra, deben ser modificados en absoluto. Se habla del mar libre que aseguran haber visto algunos observadores; pero este mar, libre de hielos, suponiendo que exista, es difícil de alcanzar, y nadie puede afirmar con pruebas fehacientes que se extiende hasta el Polo mismo. Estimo, por otra parte, que el mar Ubre sería una dificultad, lejos de constituir una facilidad para los exploradores. Por lo que toca a mí, preferiría contar durante todo el viaje con un terreno sólido, ya fuese de roca o de hielo. Entonces, por medio de expediciones sucesivas, haría establecer depósitos de carbón y de víveres cada vez más próximos al Polo, y, de esta suerte, contando con mucho tiempo y mucho dinero, y sacrificando tal vez numerosas vidas humanas a la resolución de este trascendental problema científico, creo que llegaría a este punto inaccesible del Globo.

—Soy de su misma opinión, señor Hobson —dijo Paulina Barnett—, y si alguna vez intenta usted la aventura, no tendré inconveniente en compartir con

usted fatigas y peligros para ir a enarbolar en el Polo Norte el pabellón de Inglaterra. Pero, en el momento actual, no es ése nuestro objetivo.

—En este momento, no, señora —respondió Jasper Hobson—. Sin embargo, una vez realizados los proyectos de la Compañía, cuando haya sido construido el nuevo fuerte en el límite extremo del continente americano, es posible que llegue a ser un punto de partida natural de toda expedición que se dirija hacia el Norte. Por otra parte, si los animales de pieles valiosas, al verse perseguidas de cerca, se refugiasen en el Polo, sería preciso ir hasta allí a buscarlos.

—A menos que no pase la costosa moda de las pieles —respondió Paulina Barnett.

—¡Ah, señora! —exclamó Jasper Hobson—, siempre habrá mujeres hermosas que sientan el capricho de poseer un manguito de cebellina, o una capa de bisonte, ¡y será necesario complacerlas!

—Lo creo —respondió, sonriendo, la viajera—; y es probable que el primer descubridor del Polo llegue a él persiguiendo a alguna marta o a alguna zorra argentada.

—Estoy convencido de ello, señora —respondió Jasper Hobson—. La naturaleza humana es así, y el cebo del lucro arrastrará siempre al hombre más lejos y más de prisa que el interés científico.

—¡Cómo!, ¿es usted quien se expresa de ese modo, señor Hobson?

—Pero ¿no soy yo, por ventura, señora, un empleado de la Compañía de la Bahía de Hudson? ¿Y hace ésta acaso otra cosa que arriesgar sus capitales y agentes con la única esperanza de acrecentar sus beneficios?

—Señor Hobson —replicó Paulina Barnett—, creo que lo conozco a usted lo bastante para afirmar que, en caso necesario, sabría usted consagrarse a la ciencia en cuerpo y alma. Si fuese necesario remontarse hasta el Polo con un fin puramente geográfico, tengo la seguridad de que no titubearía usted. Pero —añadió sonriendo—, es ésta una cuestión importante cuya solución está todavía bien lejos. Por lo que a nosotros respecta, no hemos llegado aún más que al círculo polar, y espero que lo rebasaremos sin grandes dificultades.

—No lo veo yo tan seguro, señora —respondió Jasper Hobson, observando atentamente el estado de la atmósfera—. El tiempo presenta hace días cariz amenazador. Repare usted ese tinte uniforme gris del cielo. Esas brumas no tardarán en resolverse en nieve, y, por poco que el viento arrecie, podremos sufrir los embales de alguna tempestad formidable. ¡Siento vehementes deseos de verme de una vez en el lago del Gran Oso!

—Entonces, señor Hobson —respondió Paulina Barnett, levantándose—,

no perdamos el tiempo, y dé usted la señal de partida cuanto antes.

El teniente no tenía necesidad de estímulo alguno. Solo, o acompañado de hombres tan enérgicos como él, hubiera proseguido su marcha hacia adelante sin perder ni un día ni una noche; pero no podía exigir a todos lo que era capaz de hacer él mismo. Tenía que tener en cuenta el cansancio de los demás, aunque prescindiese del suyo propio; y por eso, a fuer de hombre prudente, concedió algunas horas de reposo a su destacamento, el cual reanudó la interrumpida marcha hacia las tres de la tarde.

Jasper Hobson no se había equivocado al presagiar un cambio próximo en el estado atmosférico. Este cambio no se hizo esperar en efecto. Durante la tarde de aquel día, espesáronse las nubes y adquirieron un tinte rojizo de siniestro aspecto. El teniente sentía verdadera inquietud, aunque no la dejaba traslucir, y, mientras que los perros de su trineo le arrastraban, no sin grandes fatigas, conversaba con el sargento Long, a quien los síntomas de tempestad preocupaban bastante.

El terreno que el destacamento atravesaba entonces era, desgraciadamente, poco propicio para el deslizamiento de los trineos. Aquel suelo escabroso, cortado acá y allá por barrancos, erizado unas veces de grandes peñascos de granito, obstruido otras por voluminosos icebergs apenas pellizcados aún por el deshielo, retardaban mucho la marcha de los tiros y la hacían penosa en extremo. Los infelices perros no podían ya más, y los látigos de sus conductores no ejercían sobre ellos el más mínimo efecto.

El teniente y sus hombres se vieron obligados a apearse con frecuencia a ayudar a los rendidos tiros, a empujar por detrás los trineos y hasta a sostenerlos en equilibrio cuando los bruscos desniveles del suelo amenazaban volcarlos. Esto era causa de incesantes fatigas que todos soportaban sin quejarse. Solamente Tomás Black, constantemente absorbido en sus ideas, jamás descendía de su trineo, porque su corpulencia no le hubiera permitido semejantes ejercicios. Después de rebasado el círculo polar, el suelo, como se ve, se había modificado del todo. Era evidente que alguna conmoción geológica había sembrado en él tan enormes peñascos. Sin embargo, su superficie presentaba una vegetación más completa. En los lugares en que las vertientes de las colinas ofrecían algún abrigo contra los vientos del Norte, crecían no sólo arbustos, sino árboles corpulentos, como pinos, abetos y sauces cuya presencia atestiguaba poseían aquellas tierras heladas cierta fuerza de vegetación.

Jasper Hobson abrigaba la esperanza de que aquellos productos de la flora ártica no desaparecerían al llegar a los límites del océano Glacial. Estos árboles significaban madera para construir un fuerte y para calentar después a sus habitantes. Todos pensaban como él al observar el contraste que

presentaba esta región, relativamente menos árida, con las extensas llanuras blancas que se extienden entre el lago del Esclavo y el fuerte Empresa.

Llegada la noche, la bruma amarillenta tornóse más opaca. Aumentó la intensidad del viento y la nieve empezó a caer en gruesos copos, y en algunos instantes quedó el suelo cubierto de una muy espesa sábana. En menos de una hora alcanzó la capa de nieve el espesor de un pie, y como no se solidificaba ya, permaneciendo en estado de fango líquido, los trineos avanzaban con suma dificultad, quedando la parte curva que constituía su delantera profundamente hundida en aquella masa blanda que los paralizaba a cada instante.

Hacia las ocho de la noche comenzó a soplar el viento con una violencia extrema. La nieve, enérgicamente azotada, tan pronto se precipitaba sobre el suelo, como se levantaba en el aire, formando un espeso torbellino. Los perros, repelidos por las ráfagas, cegados por los remolinos de la atmósfera, no podían avanzar más. El destacamento caminaba, a la sazón por un estrecho desfiladero abierto a través de elevadas montañas de hielo, por el que se encallejonaba la tempestad con inusitada violencia. Los trozos de icebergs, desgajados por el huracán, caían por las vertientes hasta el fondo del barranco, haciendo su travesía extraordinariamente peligrosa. Eran, en realidad, pequeñas avalanchas, la menor de las cuales habría bastado para aplastar los trineos y a los que los ocupaban.

En tales condiciones no era posible continuar avanzando, y Jasper Hobson no se obstinó en ello más tiempo. Después de aconsejarse con el sargento Long, mandó hacer alto. Pero era preciso encontrar un abrigo contra el huracán que entonces se desencadenaba con más furia. Esto no podía ofrecer grandes dificultades a unos hombres habituados a las expediciones polares. Jasper Hobson y sus compañeros sabían perfectamente cómo debían conducirse en semejantes circunstancias. No era la primera vez que les sorprendía la tempestad de esta suerte, a algunos centenares de millas de los fuertes de la Compañía, sin tener una cabaña de esquimales ni un mal chocín de indios en donde guarecerse.

—¡A los icebergs!, ¡a los icebergs! —exclamó Jasper Hobson.

El teniente fue comprendido por todos. Tratábase de horadar aquellas masas heladas formando casas de nieve, o, por mejor decir, verdaderos agujeros en donde cada cual se cobijara durante la tempestad. Las hachas y los cuchillos no tardaron en abrir brecha en las deleznable paredes de los icebergs. Tres cuartos de hora después habían practicado en ella diez guaridas de boca estrecha, cada una de las cuales podía contener dos o tres personas. Por lo que respecta a los perros, los desengancharon y dejaron en libertad, seguros de que su instinto les haría encontrar bajo la nieve un abrigo suficiente.

Antes de las diez, todo el personal de la expedición habíase cobijado en las casas de nieve, por grupos de dos o tres personas, siguiendo sus especiales simpatías. Paulina Barnett, Madge y el teniente Hobson ocupaban la misma guarida. Tomás Black y el sargento Long habíanse guarecido ambos en otro agujero. Los demás, a su capricho.

Estos orificios se conservan siempre calientes, aunque no sean muy cómodos, y es de advertir que los indios y los esquimales no poseen otros refugios, ni aun durante los fríos más intensos. Jasper Hobson y los suyos podían, pues, esperar tranquilamente que la tempestad desfogase, cuidando, sin embargo, que no obstruyese la nieve las entradas de sus madrigueras. Por eso tenían la precaución de desembarazarlas de ella cada media hora.

Durante esta tormenta apenas si pudieron el teniente y sus soldados poner los pies fuera de sus refugios; pero, afortunadamente, cada uno había encerrado consigo provisiones suficientes, y pudieron soportar aquella existencia de castores sin padecer frío ni hambre.

La intensidad de la tempestad siguió creciendo por espacio de cuarenta y ocho horas. Mugía el viento en el estrecho desfiladero y desmoronaba las cumbres de los icebergs. Grandes estruendos, veinte veces repetidos por los ecos, indicaban en qué puntos se multiplicaban las avalanchas. Jasper Hobson podía temer con razón que su marcha entre aquellas montañas quedase erizada de insuperables obstáculos. A aquel estrépito mezclábanse también ciertos rugidos acerca de cuya naturaleza no podía engañarse el teniente, quien no ocultó a la animosa Paulina Barnett que los osos debían rondar el barranco. Por fortuna, sin embargo, estos temibles animales, hartos ocupados de sí mismos, no descubrieron el rastro de nuestros viajeros. Ni los perros, ni los trineos, ocultos bajo una espesa capa de nieve, atrajeron su atención, y pasaron de largo sin sospechar cosa alguna.

La última noche, la del 25 al 26 de mayo, fue todavía más terrible. Hízose tan intensa la violencia del huracán, que temióse que sobreviniese un derrumbamiento general de los icebergs. En efecto, estas enormes masas se sentían temblar sobre su base de sustentación. Una muerte espantosa hubiera esperado entonces a los infelices sepultados por el hundimiento de estas montañas. Crujían los bloques de hielo con estrépito espantoso, y ya las oscilaciones iban abriendo grietas que comprometían su solidez. No ocurrió, sin embargo, ningún derrumbamiento. Resistió la masa entera, y, hacia el final de la noche, por uno de esos fenómenos tan frecuentes en los países árticos, decreció súbitamente la violencia de la tempestad, bajo la influencia de un frío riguroso, y serenóse la atmósfera con los primeros albores del día.

## EL LAGO DEL GRAN OSO

Fue una verdadera suerte. Esos fríos intensos, aunque poco duraderos, que se sienten de ordinario en ciertos días de mayo —hasta en los paralelos de la zona templada—, bastaron para solidificar la espesa capa de nieve. El estado del suelo hízose otra vez propicio. Jasper Hobson reanudó nuevamente la marcha, y el destacamento lanzóse detrás de él a toda velocidad de los tiros.

Entonces modificóse ligeramente la dirección del itinerario. En lugar de dirigirse directamente hacia el Norte, avanzó la expedición hacia el Oeste, siguiendo, por decirlo así, la curvatura del círculo polar. El teniente deseaba llegar al fuerte Seguridad, construido en la punta extrema del lago del Gran Oso. Aquellos pocos días de frío favorecieron extraordinariamente sus proyectos; su marcha fue muy rápida; no tropezó con ningún obstáculo, y, el día 30 de mayo, llegó a la factoría con su destacamento.

El fuerte Seguridad y el fuerte de Buena Esperanza, situados a orillas del Mackenzie, eran a la sazón, los puestos más avanzados hacia el Norte que la Compañía de la Bahía de Hudson poseía en aquella época.

El fuerte Seguridad, construido en el extremo septentrional del lago del Gran Oso, punto de extraordinaria importancia, hallábase, por las aguas mismas del lago, heladas en invierno y libres en verano, en fácil comunicación con el fuerte Franklin, situado en su extremidad Sur.

Aparte de los cambios que diariamente se llevaban a cabo con los cazadores indios de estas altas latitudes, estas factorías, y más especialmente el fuerte Seguridad, explotaban las orillas y las aguas del Gran Oso. Es este lago un verdadero mar Mediterráneo, y se extiende sobre una superficie que abarca varios grados de longitud y anchura. De configuración irregular, estrangulado en su centro por dos promontorios agudos, afecta por el Norte la forma de un triángulo ensanchado. En conjunto, se asemeja a la piel extendida de un inmenso rumiante al que faltase la cabeza toda entera.

En la extremidad de la pata derecha de esta supuesta piel era donde se había construido el fuerte Seguridad, a menos de 200 millas del golfo de la Coronación, uno de los numerosos estuarios que tan caprichosamente perfilan la costa septentrional de América. Encontrábase, pues, enclavado un poco por encima del Círculo Polar Ártico; pero aún distaba cerca de tres grados del paralelo 70°, más allá del cual la Compañía de la Bahía de Hudson tenía sumo interés en fundar un nuevo establecimiento.

El fuerte Seguridad presentaba, en conjunto, las mismas disposiciones que las otras factorías del Sur. Componíase de una casa para oficiales, alojamientos para los soldados y almacenes para las pieles, todo hecho de

madera y rodeado de un recinto cercado por una empalizada. El capitán que lo mandaba encontrábase ausente a la sazón. Había partido con rumbo hacia el Este, acompañando a una expedición de indios y de soldados que habían ido a buscar territorios más abundantes en caza. La estación última no había sido buena por falta de pieles de alto precio. En compensación, sin embargo, y gracias a la proximidad del lago, habíase hecho buen acopio de pieles de nutria. Pero las existencias habían sido recientemente enviadas a las factorías centrales del Sur, de manera que los almacenes del fuerte Seguridad se hallaban en aquel momento vacíos.

En ausencia del capitán, fue un sargento quien hizo a Jasper Hobson los honores del fuerte. Este suboficial, que era precisamente cuñado del sargento Long, y se llamaba Felton, púsose enteramente a las órdenes del teniente, quien, deseoso de procurar algún descanso a sus compañeros, resolvió permanecer dos o tres días en el fuerte Seguridad.

Ausente la pequeña guarnición, no faltaban alojamientos. Hombres y perros fueron cómodamente instalados. La habitación de la casa principal fue, naturalmente, reservada a Paulina Barnett, a quien el sargento Felton hubo de colmar de atenciones.

El primer cuidado de Jasper Hobson había sido preguntar a Felton si había a la sazón alguna partida de indios septentrionales batiendo las orillas del Gran Oso.

—Sí, mi teniente —respondió el sargento—. Recientemente hemos tenido noticia de que los indios liebres han establecido un campamento en la otra punta septentrional del lago.

—¿A qué distancia del fuerte? —preguntó Jasper Hobson.

—A treinta millas, aproximadamente —respondió el sargento Felton—. ¿Le convendría a usted quizá entrar en relaciones con esos indios?

—Sin duda de ningún género —respondió Jasper Hobson—. Estos indios pueden facilitarme muy útiles referencias relativas a los territorios que confinan con el mar polar y terminan en el cabo Bathurst. Si el lugar es propicio, pienso establecer allí nuestra nueva factoría.

—Pues bien, mi teniente —respondió Felton—, nada más fácil que trasladarse al campamento de los liebres.

—¿Por la orilla del lago?

—No; cruzando sus mismas aguas que en este momento están libres. El viento es favorable. Pondremos a la disposición de usted un bote y un marinero que lo guíe, y, antes de pocas horas, habrá usted llegado al campamento indio.

—Bien, sargento —dijo Jasper Hobson—. Acepto su ofrecimiento, y mañana por la mañana, si le parece bien...

—Cuando le convenga a usted, mi teniente —respondió el sargento Felton. Fijóse la partida para el siguiente día por la mañana.

Cuando Paulina Barnett tuvo noticia del proyecto, pidió a Jasper Hobson permiso para acompañarle, el cual le fue concedido en seguida.

Con objeto de pasar lo más agradablemente posible el resto de la jornada, Paulina Barnett, Jasper Hobson, dos o tres soldados, Madge, y las esposas de Mac-Nap y Joliffe, guiados por el sargento Felton, marcharon a visitar las orillas vecinas del lago, las cuales no se hallaban desprovistas del todo de verdura.

Los ribazos, libres ya de las nieves invernales, aparecían de trecho en trecho coronados de árboles resinosos, de la especie de los pinos de Escocia. Elevábanse estos árboles unos cuarenta pies sobre el suelo, y suministraban a los habitantes del fuerte todo el combustible que necesitaban durante los largos meses de invierno. Sus gruesos troncos revestidos de ramas flexibles, ofrecían un matiz ceniciento muy marcado. Pero, formando espesas masas, que descendían hasta las orillas del lago, uniformemente agrupados, rectos, casi todos de la misma altura, daban poca variedad al paisaje.

Entre estos grupos de árboles, una especie de hierba blanquecina cubría el suelo y perfumaba la atmósfera con un suave olor a tomillo. El sargento Felton dijo a sus huéspedes que aquella hierba tan odorífera era conocida con el nombre de hierba incienso, denominación que justificaba plenamente al ser arrojada sobre las ascuas.

Los paseantes abandonaron el fuerte, y, después de haber recorrido algunos centenares de pasos, llegaron cerca de un pequeño puerto natural, enclavado entre rocas de granito, que le defendían contra la resaca del lago. En él se hallaba amarrada toda la flota del fuerte Seguridad, consistente en un único bote de pesca, el mismo que al día siguiente debía transportar a Jasper Hobson y a Paulina Barnett al campamento de los indios. Desde aquel punto abarcaba la mirada una gran parte del lago: sus colinas pobladas de árboles, sus caprichosas márgenes, que formaban numerosos promontorios y ancones, y sus aguas suavemente onduladas por la brisa, por encima de las cuales algunos icebergs asomaban aún sus movibles siluetas. Hacia el Sur, perdíase la vista en un verdadero horizonte marítimo, un línea circular netamente trazada por el cielo y el agua, que se confundían entonces bajo el brillo de los rayos solares.

Aquel vasto espacio, ocupado por la superficie líquida del Gran Oso; las orillas sembradas de guijarros y trozos de granito; las rampas tapizadas de hierba; las colinas y los árboles que las coronaban, ofrecían por todas partes la

imagen de la vida vegetal y animal.

Numerosas variedades de patos nadaban sobre las aguas, chillando ruidosamente. Veíanse gansos del Norte, silbadores, arlequines y viejas, aves éstas muy alborotadoras cuyo pico no se cierra jamás. Algunos centenares de petreles y urías escapaban a todo volar en diversas direcciones.

Por debajo de los árboles pavoneábanse los quebrantahuesos, aves de dos pies de altura, especie de halcones de vientre ceniciento, patas y picos azules y ojos anaranjados. Los nidos que estas aves construyen con hierbas marinas en las bifurcaciones de las ramas, presentan un enorme volumen. El cazador Sabine logró derribar una pareja de estos quebrantahuesos gigantescos, cuyas alas extendidas medían cerca de seis pies, magníficos ejemplares de estas aves migratorias exclusivamente ictiófagas, a quienes empuja el invierno hasta las orillas del golfo de Méjico y regresan en verano hacia las más elevadas latitudes de la América septentrional.

Pero lo que más interesó a los paseantes fue la captura de una nutria, cuya piel valía muchos centenares de rublos.

Las pieles de estos anfibios eran antiguamente muy solicitadas en China; pero, aunque han sufrido cierta depreciación en los mercados del Celeste Imperio, disfrutaban todavía de gran favor en los de Rusia, donde hay siempre seguridad de poderlas vender a buen precio. Por eso los comerciantes rusos explotan todas las fronteras del Nuevo Cornualles, hasta el océano Ártico, y persiguen incesantemente a las nutrias marinas, cuya especie escasea más cada vez. Y ésta es la razón de que estos animales huyan siempre de los cazadores, que tienen que seguirles la pista hasta las costas de Kamchatka y las islas del archipiélago de Behring.

—Pero las nutrias americanas —añadió el sargento Felton, después de referir todos estos detalles a sus huéspedes— no son de desdeñar, y las que frecuentan el lago del Gran Oso salen aún de doscientos cincuenta a trescientos francos cada una.

Eran, efectivamente, unas nutrias magníficas las que vivían bajo las aguas del lago. Uno de estos mamíferos, hábilmente apuntado y muerto por el sargento mismo, valía casi tanto como los de Kamchatka. Medía dos pies y medio de longitud desde la punta del hocico hasta la extremidad de la cola; tenía los pies palmeados; las piernas cortas, y su pelo de color pardusco, más oscuro en el lomo que en el vientre, era largo, sedoso y brillante.

—¡Magnífico tiro, sargento! —exclamó el teniente Hobson, haciendo admirar a Paulina Barnett la piel soberbia del animal derribado.

—En efecto, mi teniente —respondió el sargento Felton—; y si cada día pudiera uno apoderarse de una piel de nutria, no habría motivo alguno de

queja. Pero ¡cuánto tiempo se pierde en acechar a esos animales, que nadan y se zambullen con una velocidad prodigiosa! Sólo cazan durante la noche, y es muy raro que durante el día se aventuren fuera de sus guaridas, que esconden en los huecos de los árboles y en las quiebras de las peñas, siendo en extremo difícil el descubrirlas hasta para los más expertos cazadores.

—¿Y disminuye también gradualmente el número de estas nutrias? —preguntó Paulina Barnett.

—Sí, señora —respondió el sargento—; y el día que desaparezca la especie, disminuirán de un modo alarmante los beneficios de la Compañía. Todos los cazadores se disputan estas pieles, y los americanos, en especial, nos hacen una ruinosa competencia. ¿No ha encontrado usted, mi teniente, durante su viaje, algún agente de las compañías americanas?

—Ninguno —respondió Jasper Hobson—. ¿Frecuentan, por ventura, estos territorios de latitud tan elevada?

—A cada instante —respondió el sargento—; cuando se les ve por los alrededores conviene ponerse en guardia.

—¿Son, acaso, esos agentes, salteadores de caminos? —preguntó Paulina Barnett.

—No, señora —respondió el sargento—; pero son rivales temibles, y, cuando la caza escasea, los cazadores se la disputan a tiros. Hasta me atrevería a asegurar que si el éxito corona la tentativa de la Compañía, y logra fundar un fuerte en el límite extremo del continente, no tardarán en imitar el ejemplo esos americanos a quienes el cielo confunda.

—¡Bah! —respondió el teniente—, los territorios donde abunda la caza son muy vastos y el sol sale para todos. Por lo que respecta a nosotros, comencemos desde luego. Marchemos hacia adelante mientras la tierra sólida no nos falte debajo de los pies, y, ¡Dios nos ayudará!

Al cabo de tres horas de paseo, los expedicionarios regresaron al fuerte Seguridad. Una buena comida, compuesta de pescado y caza fresca, esperábalos en el salón principal y todos hicieron honor a la mesa del sargento. Algunas horas de conversación pusieron fin a la jornada, y la noche procuró a los huéspedes del fuerte un excelente sueño.

Al día siguiente, 31 de mayo, Paulina Barnett y Jasper Hobson estaban ya de pie a las cinco de la mañana. El teniente debía consagrar todo aquel día a visitar el campamento de los indios y a recoger todas las noticias y datos que pudieran serle útiles.

Propuso a Tomás Black que lo acompañase en aquella excursión; pero el astrónomo prefirió quedarse en tierra. Deseaba hacer algunas observaciones

astronómicas y determinar con precisión la longitud y latitud del fuerte Seguridad.

La señora Paulina Barnett y Jasper Hobson tuvieron, pues, que hacer solos la travesía del lago, guiados por un viejo marino apellidado Norman, que se hallaba ya hacía muchos años al servicio de la Compañía.

Los dos pasajeros, acompañados por el sargento Felton, trasladáronse al puertecillo, donde el anciano Norman esperábales en su embarcación. Era ésta un sencillo bote de pesca, sin cubierta, de diez y seis pies de eslora, aparejado de balandro, que podía ser manejado fácilmente por un solo hombre. El tiempo era magnífico. Soplabla una ligera brisa del Norte en extremo favorable para la travesía. El sargento Felton despidióse de sus huéspedes, rogándoles que le dispensaran que no les acompañase, por no poder abandonar la factoría en ausencia de su capitán. Largó la embarcación sus amarras, y, después de abandonar el puerto, amuró su vela a estribor, y comenzó a cruzar veloz las frescas aguas del lago.

Semejante viaje era, en realidad, un paseo delicioso. El viejo lobo de mar, de carácter bastante taciturno, manteníase silencioso en la popa, con la caña del timón debajo del brazo. Paulina Barnett y Jasper Hobson, sentados en los bancos laterales, examinaban el paisaje que se extendía ante sus ojos. El bote barajaba la costa septentrional del lago del Gran Oso, manteniéndose a una distancia de tres millas aproximadamente con objeto de navegar siempre al mismo rumbo. Podían, pues, observar fácilmente las grandes masas de cerros cubiertos de bosques que descendían poco a poco hacia el Oeste. Por este lado, la región que formaba la parte Norte del lago parecía ser completamente llana, alejándose en ella la línea del horizonte a considerable distancia. Toda esta orilla contrastaba con la que constituía el ángulo agudo, en el cual se elevaba el fuerte Seguridad, que aparecía proyectado sobre un fondo de pinos verdes, y en cuyo torreón se veía aún ondear la bandera de la Compañía.

Hacia el Sur y el Oeste, las aguas del lago, heridas oblicuamente por los rayos solares, resplandecían a trechos; pero los que más deslumbraba la vista eran los icebergs móviles, que semejaban bloques de plata fundida, cuyas reverberaciones no podía sufrir la mirada. De los témpanos que el invierno había formado no quedaban ya vestigios. Sólo las montañas flotantes, que apenas podía fundir el astro del día, parecían protestar contra aquel sol polar, que describía un arco diurno muy prolongado, y que aun carecía de calor, aunque no de brillo.

Paulina Barnett y Jasper Hobson hablaban de todo esto, comunicándose uno a otro, como siempre, los pensamientos que en ellos provocaba aquella extraña naturaleza. Enriquecían su entendimiento de recuerdos, en tanto que la embarcación, balanceándose apenas sobre aguas tan apacibles, marchaba con

celeridad.

En efecto, había partido a las seis de la mañana, y a las nueve se aproximaba ya a la orilla septentrional del lago, término de su destino. El campamento de los indios hallábase establecido en el ángulo Noroeste del lago del Gran Oso. Antes de las diez, el viejo Norman había llegado a este punto, varando su embarcación en una playa bastante empinada, al pie de un acantilado de regular altura.

El teniente y Paulina Barnett desembarcaron en seguida. Dos o tres indios salieron al encuentro, entre ellos el jefe de la tribu, personaje muy engalanado de plumas que les dirigió la palabra en un inglés bastante inteligible.

Estos indios liebres, lo mismo que los indios cobres, los indios castores y otros, pertenecen todos a la raza de los chipewayos, y difieren, por lo tanto, muy poco de sus congéneres en lo tocante a sus costumbres y trajes. Mantienen, por otra parte, frecuente relación con las factorías, y este comercio lo han, por decirlo así, britanizado, hasta donde puede britanizarse un salvaje. Llevan los productos de sus cacerías a los futites, donde los cambian por objetos necesarios para la vida, que han dejado de elaborar por sí mismos hace ya bastantes años. Puede decirse que viven a sueldo de la Compañía, y por eso no es de extrañar que hayan perdido toda originalidad. Para hallar una raza de indios en la que el contacto europeo no haya impreso ya sus huellas, es preciso remontarse a latitudes más elevadas, hasta las regiones glaciales frecuentadas por los esquimales. El esquimal, lo mismo que el groenlandés, es verdadero hijo de las regiones polares.

Paulina Barnett y Jasper Hobson trasladáronse al campamento indio, situado a media milla de la playa, en el cual encontraron a unos treinta indígenas, entre hombres, mujeres y niños, que vivían de la pesca y de la caza, y explotaban los alrededores del lago.

Estos indios acababan de llegar precisamente de los territorios situados al Norte del continente americano, y facilitaron a Jasper Hobson algunas noticias, aunque bastante incompletas, acerca del estado actual del litoral en los alrededores del paralelo 70°. El teniente supo, sin embargo, con cierta satisfacción, que ningún destacamento europeo ni americano había hecho su aparición por los confines del mar Polar, y que éste se hallaba libre en aquella época del año. En cuando al cabo Bathurst propiamente dicho, hacia el cual tenía intención de encaminarse el teniente, los indios liebres no lo conocían. Su jefe habló, además, de la región situada entre el lago del Gran Oso y el Cabo Bathurst como de un país difícil de atravesar, bastante quebrado, y cruzado por ríos deshelados en esta época. Aconsejó al teniente que descendiese la corriente del Coppermine-river, que arranca del Nordeste del

lago, con objeto de llegar a la costa por el camino más corto. Una vez en las orillas del mar Polar, sería mucho más fácil seguir la configuración de sus costas, y entonces sería dueño Jasper Hobson de detenerse en el punto que más le conviniese.

El teniente dio las gracias al jefe indio y se despidió de él, después de hacerle algunos regalos. Después visitó los alrededores del campamento, acompañado de Paulina Barnett, y no volvió a buscar su embarcación hasta eso de las tres de la tarde.

## UNA TEMPESTAD EN EL LAGO

El viejo lobo de mar aguardaba con cierta impaciencia el regreso de sus pasajeros.

En efecto, hacía ya próximamente una hora que el tiempo había cambiado. El aspecto del cielo, que se había modificado de repente, no podía menos de inquietar a un hombre acostumbrado a consultar los vientos y las nubes. El sol, obscurecido por una espesa bruma, presentaba el aspecto de un disco blanquecino, sin brillo ni esplendor. La brisa había cesado, pero, por la parte del Sur, escuchábase el tempestuoso rugir de las olas. Estos síntomas, precursores de un cambio ya muy próximo del estado de la atmósfera, habíanse manifestado con esa rapidez peculiar de las latitudes elevadas.

—¡Partamos, mi teniente, partamos en seguida! —exclamó el anciano Norman, mirando con aire inquieto las brumas suspendidas sobre su cabeza—. ¡Partamos sin perder un instante! Hay grandes amenazas en el aire.

—En efecto —respondió Jasper Hobson—, el aspecto del cielo no es ya el mismo. No nos habíamos dado cuenta de este cambio, señora.

—¿Teme usted que sobrevenga alguna tempestad? —preguntó la viajera, dirigiéndose a Norman.

—Sí, señora —respondió el viejo marino—; las tempestades del lago del Gran Oso son terribles. El huracán desencadénase en él lo mismo que en pleno Atlántico. Estas repentinas brumas no presagian nada bueno. Sin embargo, es muy posible que la borrasca no estalle hasta dentro de tres o cuatro horas, y de aquí a entonces, habremos llegado ya al fuerte Seguridad. Pero partamos sin dilación, porque el bote correría peligro al lado de estas rocas que se ven a flor de agua.

El teniente no podía discutir con Norman sobre asuntos en que no era tan entendido como su interlocutor. El viejo lobo de mar era, por otra parte, un

hombre acostumbrado desde hacía mucho tiempo a estas travesías del lago; era preciso, pues, confiar en su experiencia. Paulina Barnett y Jasper Hobson se embarcaron.

Sin embargo, en el momento de ir a largar las amarras e izar la vela, Norman, cual si experimentase cierto presentimiento, murmuró estas palabras:

—¡Quién sabe si sería mejor esperar! Jasper Hobson, que las oyó, miró al viejo marino, que ya había tomado asiento junto a la caña del timón. Si hubiese estado solo no habría titubeado en partir; pero la presencia de Paulina Barnett exigía que obrase con más prudencia. La viajera comprendió la vacilación de su compañero.

—No se preocupe usted de mí, señor Hobson —le dijo—; proceda usted en todo como si yo no me encontrase a su lado. Supuesto que este experimentado marinero cree conveniente el partir, partamos sin demora.

—¡Dios sobre todo! —respondió Norman, largando las amarras—, y volvamos al fuerte por el camino más corto.

El bote se puso en marcha; pero, durante una hora, adelantó poco camino. La vela, apenas hinchada por brisas variables, que cambiaban de dirección a cada instante, chocaban sin cesar contra el palo. La bruma se espesaba por momentos. La embarcación comenzaba a sentir los efectos de una mar gruesa y tendida, precursora de próximo cataclismo. Los dos pasajeros permanecían silenciosos, en tanto que el viejo marino trataba de penetrar, con su perspicaz mirada, la espesura de la niebla; y, con la escota en la mano, manteníase alerta, preparado a largarla si alguna racha de viento huracanado le acometía de improviso.

Hasta entonces, sin embargo, los elementos no habían entrado en lucha, y todo habría marchado a pedir de boca si el bote hubiera caminado con la velocidad apetecida. Pero, al cabo de una hora de viaje, no se habían apartado aún ni diez millas del campamento de los indios. Además, algunas brisas de tierra le habían distanciado de la orilla más de lo conveniente, y ya entonces, debido a la suciedad de la atmósfera, la costa no se distinguía apenas; lo cual constituía un gran peligro si el viento se fijaba al Norte, porque aquella frágil embarcación, en extremo sensible a la deriva y muy poco a propósito para ceñir el viento, corría riesgo de verse arrastrada hacia el centro del lago.

—Apenas caminamos —dijo el teniente Hobson al anciano Norman.

—Apenas, mi teniente —respondió el marino—. La brisa no quiere fijarse, y, cuando se decida a hacerlo, temo desgraciadamente que sea donde no nos convenga. En este caso —añadió, señalando hacia el Sur con la mano—, podría suceder muy bien que viésemos el fuerte Franklin antes que el fuerte Seguridad.

—Pues bien —observó bromeando la señora Paulina Barnett—, si así sucede, habremos dado un paseo más largo, con lo cual no perderíamos nada. Este lago del Gran Oso es magnífico, y merece, en verdad, ser visitado de Norte a Sur. Supongo, Norman, que de ese fuerte Franklin se puede siempre volver.

—Desde luego, si se ha logrado llegar a él —dijo el viejo marino—. Pero no son raras en este lago las tempestades que duran quince días, y, si nuestra mala suerte nos empujase hasta las orillas del Sur, no me atrevería a prometer al señor Hobson que pudiera encontrarse de regreso en el fuerte Seguridad antes de un mes.

—Si es así, pongámonos en guardia —respondió Jasper Hobson—; porque semejante retraso podría comprometer nuestros proyectos. Proceda con prudencia, amigo mío, y, si fuere necesario, procure usted ganar cuanto antes la orilla Norte del lago. La señora Paulina Barnett me parece que no retrocederá ante la perspectiva de un viaje de veinte o veinticinco millas por tierra.

—Aunque quisiera volver a la costa Norte, no me sería ya posible, mi teniente —respondió Norman—. Obsérvelo usted mismo. El viento tiene tendencia a fijarse en ese lado. Todo lo que puedo intentar es mantener la proa al Nordeste, y, si no arrecia el viento demasiado, espero que caminaremos bastante.

Pero, a eso de las cuatro y media, formalizóse la tempestad, resonando algunos silbidos en las capas elevadas del aire. El viento, a quien el estado de la atmósfera mantenía en las capas superiores, aún no soplaba sobre la superficie del lago; pero esto no podía tardar mucho.

Oíanse los gritos de las aves asustadas, que cruzaban a través de la bruma. Después, repentinamente, desgarróse la niebla dejando ver gruesos nubarrones bajos, de perfiles caprichosos y como dislocados, verdaderos filones de vapor, violentamente empujados hacia el Sur. Los temores del viejo marino habíanse confirmado. El viento soplaba del Norte, y no tardaría en adquirir la fuerza del huracán, descendiendo sobre el lago.

—¡Cuidado! —gritó Norman, cazando la escota para poner la proa al viento por medio del timón.

Por fin llegó la ráfaga. El bote se tumbó sobre un costado primero, y se enderezó después, saltando sobre la cresta de una ola. A partir de este momento creció la marejada lo mismo que en el mar. En aquellas aguas, relativamente poco profundas, las olas, al chocar pesadamente sobre el fondo del lago, rebotaban en seguida a una prodigiosa altura.

—¡Ayudadme!, ¡ayudadme! —gritó el viejo marino, tratando de arriar

rápidamente la vela.

Jasper Hobson y la misma Paulina Barnett trataron de ayudar a Norman, pero sin conseguirlo, porque se hallaban muy poco familiarizados con la maniobra de una embarcación.

Norman no podía abandonar el timón, y, como la driza se encontraba enredada en la garganta del mástil, la vela no descendía. El bote amenazaba hundirse a cada instante, y ya los golpes de mar reventaban sobre su costado. El cielo se ensombrecía más y más. Una lluvia fría, mezclada con nieve, caía a torrentes, y el huracán redoblaba su furor, cubriendo de siniestra espuma las crestas de las olas.

—¡Cortad!, ¡cortad la driza! —gritó el lobo de mar, entre los rugidos de la tempestad.

Jasper Hobson, a quien el viento había descubierto la cabeza, cegado por la lluvia, apoderóse del cuchillo de Norman y cortó la driza, que se hallaba tiesa como una cuerda de guitarra. Pero el cabo mojado no corría por la garganta de la polea, y la verga quedó embicada en el extremo del palo.

Norman quiso entonces huir delante de la tempestad; correr hacia el Sur, ya que no podía mantenerse con la proa al viento; correr, aunque la maniobra fuese extremadamente peligrosa, en medio de aquellas olas cuya velocidad era muy superior a la de la embarcación; correr, aunque tuviese que ser irremisiblemente arrastrado hasta las costas meridionales del lago del Gran Oso.

Jasper Hobson y su animosa compañera se daban cuenta perfecta del peligro que les amenazaba. La frágil embarcación no podría resistir largo tiempo los embates de las embravecidas olas. Sería destrozada o se iría a pique. Las vidas de los que iban dentro estaban en manos de Dios.

Sin embargo, ni el teniente ni Paulina Barnett se entregaron a la desesperación. Agarrados a las bancadas, mojados de pies a cabeza por las olas y la lluvia, ateridos por el frío, azotados por las rachas de viento, miraban a través de la niebla, sin divisar tierra alguna. A un cable de distancia del bote se confundían por completo las nubes con las aguas. Después interrogaban sus ojos al viejo marinero, el cual, con los dientes apretados, y oprimiendo con crispadas manos la caña del timón, trataba todavía de seguir ciñendo el viento. Pero arreció de tal modo la violencia del huracán, que la embarcación no pudo seguir navegando en aquella forma. Las olas que chocaban contra sus amuras la habrían desbrozado sin remedio. Ya sus primeros forros comenzaban a desligarse, y cuando caía con todo su peso en los senos de las olas, parecía que no iba a levantarse jamás.

—¡Es preciso correr a toda costa! —murmuró el viejo marino.

Y, metiendo toda la caña a la banda y arriando casi en banda la escota, hizo virar el bote en redondo, que quedó con la proa al Sur. Hinchida entonces la vela con violencia, arrastró la embarcación con rapidez vertiginosa. Pero las imponentes olas caminaban con mayor velocidad, haciendo muy peligrosa aquella corrida en popa. Rompían sobre el coronamiento del bote y penetraban en su interior, amenazando inundarlo, siendo preciso achicar sin descanso el agua para que no zozobrase.

A medida que avanzaban hacia la parte más ancha del lago, alejándose de la costa, crecía la violencia del mar. No había allí cortinas de árboles, ni sucesión de colinas, ni abrigo alguno contra el desencadenado huracán. Durante algunos claros, debidos al desgarramiento de las brumas, entreveíanse enormes icebergs, que rodaban como boyas bajo la acción de las olas, empujados también hacia la parte meridional del lago.

Eran las cinco y media. Ni Norman ni Jasper Hobson podían calcular el camino recorrido, ni tampoco la dirección que habían llevado. No eran ya dueños de su embarcación, y se hallaban abandonados a los caprichos de la tempestad.

En aquel preciso momento, a cien pies de distancia de la popa del bote, elevóse una ola enorme, coronada de blanca cresta. Por delante de ella, la desnivelación de la superficie líquida formaba como una especie de sima. Todas las pequeñas ondulaciones intermedias habían desaparecido, aplastadas por el viento. El agua presentaba un color negro en aquel móvil abismo, a cuyo fondo, cada vez más profundo, iba descendiendo el bote. La gran ola avanzaba dominando a todas las otras. Acercábase a la embarcación amenazando aplastarla. Norman la vio venir, por haber vuelto la cara. Jasper Hobson y Paulina Barnett la miraron también con los ojos desmesuradamente abiertos, esperando el momento en que se precipitase sobre ellos y sin poderla sortear.

Por fin se desplomó sobre el bote con espantoso estrépito, cubriendo por completo su popa. Sobrevino un choque espantoso. Escapóse un grito terrible de los labios del teniente y de su compañera, al verse sepultados bajo aquella montaña líquida, y debieron creer que había llegado el momento de irse a pique.

El bote, casi lleno de agua, volvió a flotar, sin embargo... ¡pero el viejo marino había desaparecido!

Jasper Hobson lanzó un grito de desesperación. Paulina Barnett le miró sobresaltada.

—¡Norman! —exclamó el teniente, mostrándole, vacío, el lugar que ocupaba el marino en la popa.

—¡Desdichado! —murmuró la viajera.

Jasper Hobson y ella se habían puesto de pie, corriendo el riesgo de ser despedidos fuera de la embarcación, que saltaba sobre las olas; pero no vieron nada. No se oyó ningún grito, ni voz alguna que demandara socorro, ni ningún cuerpo flotando sobre la blanca espuma... El viejo lobo de mar había hallado la muerte entre las olas.

Jasper Hobson y Paulina Barnett se dejaron caer nuevamente sobre las bancadas. Solos a bordo, de ellos exclusivamente dependía su propia salvación. Pero ni el teniente ni su compañera conocían el manejo de las embarcaciones, y, en tan comprometidas circunstancias, hasta el más consumado marino se habría visto en gran aprieto. El bote era juguete de las olas. La vela, henchida por el huracán, lo arrastraba con velocidad increíble. ¿Cómo podría Jasper Hobson detenerle en su loca carrera?

¡Era una situación espantosa para aquellos desdichados, sorprendidos por la tempestad dentro de una frágil barquilla, que no sabían gobernar!

—¡Estamos perdidos! —exclamó el teniente.

—Nada de eso, señor Hobson —respondió la valerosa Paulina Barnett—. Ayudémonos nosotros primero, que el Cielo vendrá en nuestra ayuda después.

Jasper Hobson comprendió entonces lo que valía aquella animosa mujer, cuya suerte compartía en aquellos momentos. Lo más urgente era arrojar del interior del bote aquella masa de agua que amenazaba hundirlo. Otro golpe de mar podría acabarlo de llenar en el instante menos pensado, y entonces se iría a pique sin remedio. Era conveniente, además, que la embarcación se encontrase boyante para que se pudiese elevar fácilmente sobre las crestas de las olas, a fin de que el peligro de zozobrar fuese menor.

Jasper Hobson y Paulina Barnett vaciaron, pues, con presteza, aquel agua que, por su movilidad, constituía un peligro. No fue esto fácil tarea, porque a cada momento, embarcaba alguna ola, y era preciso estar siempre con el achicador en la mano. La viajera encargóse principalmente de este trabajo, mientras su compañero empuñaba la caña del timón y dirigía el bote lo mejor que le era dado, corriendo por delante del viento.

Para colmo de peligro, la noche, o si no la noche, ya que en esta latitud y en esta época del año dura algunas horas, la obscuridad, por lo menos, era cada vez mayor. Las nubes bajas, mezcladas con la bruma, formaban una densa niebla, apenas iluminada por una luz difusa. No se veía nada a una distancia de dos largos de bote, el cual se hubiera hecho astillas si hubiese tropezado contra algún hielo flotante, que podía surgir inopinadamente; y, a aquella velocidad, no habría medio de evitar el encuentro.

—¿No tiene usted confianza en sí mismo, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett durante un recalmón.

—No, señora —le respondió el teniente—; debe usted estar preparada para cualquier acontecimiento.

—Ya lo estoy —respondió sencillamente la animosa mujer.

En aquel momento escuchóse un ensordecedor estrépito. La vela, desgarrada por el viento, huyó cual blanco vapor. El bote, impulsado por la velocidad adquirida, prosiguió todavía su carrera durante algunos instantes; detúvose después, y las olas lo agitaron como un cascarón de nuez. Jasper Hobson y Paulina Barnett se consideraron perdidos. Sentíanse sacudidos de una manera espantosa, arrojados de sus bancadas, contusionados, heridos. No había a bordo ni un mal pedazo de tela con que improvisar una vela.

Los dos infortunados apenas si se divisaban uno al otro en medio de aquella niebla espesísima, de aquellos abundantes chubascos de agua y nieve. No podían oírse tampoco, y permanecieron así por espacio de una hora, esperando a cada instante la muerte, y encomendándose a la Providencia, que era la única que podía salvarlos.

¿Cuánto tiempo erraron aún, zarandeados por las embravecidas olas? Ni el teniente Hobson ni Paulina Barnett hubieran podido decirlo, cuando hubo de producirse un choque extraordinariamente violento.

El bote acababa de estrellarse contra un enorme iceberg; un inmenso bloque flotante de hielo, de paredes resbaladizas y empinadas, en las cuales no hubiera encontrado la mano sitio alguno donde asirse.

A consecuencia de este choque, que no había podido ser evitado, entreabrióse la proa de la embarcación y empezó a penetrar en ella el agua a torrentes.

—¡Nos hundimos!, ¡nos hundimos! —gritó el teniente Hobson.

En efecto, el bote se sumergía, y el agua llegaba ya a la altura de las bancadas.

—¡Señora!, ¡señora! —exclamó Jasper Hobson—. Aquí estoy... ¡No me separaré de su lado!

—Eso no, señor Jasper —exclamó Paulina—. Solo, podrá usted salvarse... ¡Juntos, pereceremos ambos! ¡Apártese de mí! ¡Déjeme sola!

—¡Jamás! —exclamó Jasper Hobson.

Pero apenas acabó de pronunciar estas últimas palabras, cuando la embarcación, sacudida por un nuevo golpe de mar, se fue a pique.

Ambos desaparecieron en el remolino causado por el hundimiento de la embarcación; pero, pocos instantes después, volvieron a la superficie. Jasper Hobson nadaba vigorosamente con un brazo, y sostenía a su compañera con el otro. Pero era evidente que su lucha contra las embravecidas olas no podría durar largo tiempo, y que perecería juntamente con la que quería salvar.

En aquel momento llamaron su atención ciertos sonidos extraños. No eran gritos de asustadizas aves, sino voces humanas que llamaban. Jasper Hobson, haciendo un esfuerzo supremo, elevóse sobre las olas y lanzó en torno suyo una rápida mirada; pero nada logró descubrir en medio de la densa niebla.

Los gritos, sin embargo, seguían escuchándose más próximos cada vez. ¿Quiénes eran los audaces que así osaban acudir en su auxilio? Pero, quienesquiera que fuesen, llegarían demasiado tarde. Embarazado por sus propios vestidos se sentía arrastrado hacia el fondo con aquella infeliz mujer a quien no podía ya sostener con la cabeza fuera del agua.

Entonces, impulsado por un postrer instinto, lanzó el teniente un grito desgarrador, y desapareció debajo de una enorme ola.

Pero Jasper Hobson no se había engañado. Tres hombres que voltejaban por el lago, habían acudido en su auxilio al presenciar el naufragio. Aquellos hombres, los únicos que podían desafiar con algunas probabilidades de éxito el embate del agua enfurecida, navegaban en las únicas embarcaciones capaces de resistir aquella tempestad. Eran tres esquimales, sólidamente atados cada uno a su kayak.

El kayak es una larga piragua, levantada por sus dos extremidades, formada por un armazón extraordinariamente ligero, sobre el cual se extienden pieles de foca bien cosidas con nervios de vaca marina. La parte superior del kayak se halla también recubierta de piel en toda su longitud, excepto en su parte céntrica, donde lleva una abertura. Por ella se introduce el esquimal, y, atando su chaqueta impermeable al borde que forma la piel en torno del orificio, queda formando una sola pieza con su embarcación, en la cual no puede entrar ni una sola gota de agua.

El kayak es flexible y ligero; insumergible, camina siempre sobre las crestas de las olas, y, aunque un golpe de mar llegue a tumbarlo, lo endereza con facilidad el siguiente; de suerte que puede sostenerse incólume en lugares donde el embate de las olas destrozaría irremisiblemente otras embarcaciones.

Los tres esquimales llegaron a tiempo al lugar del naufragio, guiados por el último grito de desesperación que había lanzado el teniente. Jasper Hobson y Paulina Barnett, medio asfixiados ya, sintieron, sin embargo, que una mano vigorosa los extraía del abismo. Pero, en medio de aquella obscuridad, no podían reconocer a sus salvadores.

Uno de los esquimales cogió al teniente y lo colocó atravesado sobre su embarcación; otro hizo lo mismo con Paulina Barnett, y los tres kayaks, hábilmente empujados por finas palas de seis pies de longitud, avanzaron rápidamente en medio de las olas.

Media hora más tarde, los dos náufragos eran depositados sobre una playa de arena, a tres millas más abajo del fuerte Providencia.

¡El viejo lobo de mar era el único que faltaba!

## OJEADA RETROSPECTIVA

A eso de las diez de la noche, la señora Paulina Barnett y Jasper Hobson llamaban a la poterna del fuerte, cuyos ocupantes experimentaron extraordinaria alegría al volverlos a ver, porque los consideraban perdidos. Pero a este júbilo sucedió una profunda aflicción cuando tuvieron noticia de la muerte del anciano Norman. Este excelente hombre era querido por todos, y su memoria fue honrada con el más vivo dolor.

Por lo que toca a los valerosos y abnegados esquimales, después de haber recibido con la mayor flema las afectuosas muestras de agradecimiento del teniente y su compañera, no habían querido ni aun siquiera acompañarles al fuerte. Lo que habían hecho parecíales la cosa más natural del mundo. No era aquél el primer salvamento que habían llevado a cabo, y otra vez reanudaron, sin pérdida de tiempo, sus arriesgadas excursiones por el lago, que recorrían día y noche cazando nutrias y pájaros acuáticos.

La noche inmediata al regreso de Jasper Hobson, el día siguiente, 1.º de junio, y la noche del 1 al 2, fueron enteramente consagrados al reposo. Todos los que formaban la pequeña expedición se encontraban allí muy a gusto; pero el teniente se hallaba decidido a partir el día 2.º por la mañana, y, afortunadamente, la tempestad amainó.

El sargento Felton había puesto todos los recursos de la factoría a la disposición del destacamento. Fueron reemplazados algunos tiros de perros, y, en el momento de emprender la marcha, encontró Jasper Hobson sus trineos formados en buen orden a la entrada del recinto.

Después de las despedidas de rúbrica, dieron todos las gracias al sargento Felton, que tan hospitalario habíase mostrado en aquella ocasión. No fue Paulina Barnett la última en manifestarle su gratitud; y puso fin a esta escena un vigoroso apretón de manos que dio el sargento a su cuñado Long.

Cada pareja subió al trineo que le estaba designado, y, esta vez, Paulina

Barnett y el teniente Hobson ocuparon el mismo vehículo, seguidos por Madge y Long.

Siguiendo los consejos que el jefe indio le dijera, resolvió Jasper Hobson ganar la costa americana por el camino más corto, marchando en línea recta entre el fuerte Seguridad y el litoral.

Después de haber consultado sus cartas, que sólo daban de un modo aproximado la configuración del territorio, juzgó conveniente descender por el valle del Coppermine, río de bastante importancia que va a verter sus aguas en el golfo de la Coronación.

Entre el fuerte Seguridad y la desembocadura de este río, existe aproximadamente una distancia de grado y medio, es decir, unas ochenta y cinco o noventa millas. La profunda escotadura que forma el golfo termina al Norte con el cabo Krozenstern, y, después de este cabo, corre francamente la costa hacia el Oeste, hasta el momento en que se eleva más allá del paralelo de 70°, formando la punta de Bathurst.

Jasper Hobson modificó, pues, el camino que había seguido hasta entonces, y se dirigió hacia el Este, con objeto de llegar en algunas horas al río, marchando en línea recta, lo que lograron al siguiente día, 3 de junio, por la tarde.

El Coppermine, de aguas puras y rápidas, libre a la sazón de hielos, arrastraba su enorme caudal por un extenso valle, regado por multitud de arroyuelos caprichosos, fácilmente vadeables; de suerte que la marcha de los trineos no halló obstáculos formales, y hubo de desarrollarse con bastante velocidad.

Mientras les arrastraba su tiro, Jasper Hobson relató a su compañera la historia del país que atravesaban. Entre la viajera y el teniente habíase establecido una verdadera intimidad, una sincera amistad, autorizada por la situación y la edad de ambos. Paulina Barnett era muy aficionada a instruirse, y, como poseía el instinto de los descubrimientos, gustaba de oír hablar de los descubridores.

Jasper Hobson, que se sabía de memoria su América Septentrional, pudo satisfacer por completo la curiosidad de su compañera.

—Hace próximamente unos noventa años —le dijo—, todo este territorio, surcado por el río Coppermine, era desconocido, siendo los agentes de la Compañía de la Bahía de Hudson quienes lo han descubierto. Sólo, señora, que, cual casi siempre acontece en el mundo científico, se descubren unas cosas cuando se buscan otras. Colón buscaba el Asia, y tropezó con América.

—Y, ¿qué buscaban los agentes de la Compañía? —preguntó Paulina

Barnett—. ¿El famoso paso del Noroeste, por ventura?

—No, señora —respondió el joven teniente—. Hace un siglo, la Compañía no tenía interés en que se explotase esta nueva vía de comunicación, que entonces habría sido más ventajosa para sus competidores que para ella misma. Hasta se dice que, en 1741, un tal Cristóbal Middleton, encargado de explorar estos parajes, fue públicamente acusado de haber recibido 5.000 libras de la Compañía por declarar que la comunicación por mar entre los dos océanos no existía ni podía existir.

—Esto no es muy glorioso para la célebre Compañía —respondió Paulina Barnett.

—En esto, no la defiendo —replicó Jasper Hobson—; y aun añadiré que el Parlamento inglés vituperó severamente sus manejos cuando, en 1746, prometió una prima de 20.000 libras a quienquiera que descubriese el paso en cuestión. Por eso vemos que este año mismo, dos intrépidos exploradores, Guillermo Moor y Francisco Smith, remontáronse hasta la bahía de la Repulsa con la esperanza de descubrir la ansiada comunicación. El éxito, sin embargo, no coronó sus esfuerzos; y, después de una ausencia de año y medio, tuvieron que regresar a Inglaterra.

—Pero ¿no se lanzaron sobre sus huellas otros capitanes decididos y audaces? —preguntó Paulina Barnett.

—No, señora; y, durante otros treinta años, a pesar de la recompensa ofrecida por el Parlamento, no se hizo la menor tentativa por reanudar la exploración geográfica de esta porción del continente americano, o, mejor dicho, de la América inglesa, porque conviene conservarle este nombre. Hasta 1769 no trató un agente de la Compañía de reanudar los trabajos de Moor y de Smith.

—¿Había, pues, la Compañía renunciado a sus ideas egoístas y estrechas, señor Jasper?

—Todavía no, señora. Samuel Hearne, que así se llamaba el agente, no tenía otra misión que la de reconocer la situación de una mina de cobre que los indígenas habían denunciado. El 6 de noviembre de 1769, salió este agente del fuerte del Príncipe de Gales, emplazado en la orilla del río Churchill, cerca de la costa occidental de la bahía de Hudson. Samuel Hearne avanzó intrépidamente hacia el Noroeste; pero el frío se hizo tan intenso que, una vez concluidos los víveres, tuvo que regresar al fuerte del Príncipe de Gales. Afortunadamente, no era hombre que se desanimase fácilmente. El 23 de febrero del año siguiente, partió de nuevo, llevando en su compañía algunos indios. Las fatigas de este segundo viaje fueron inenarrables. La caza y el pescado, con los cuales contara Samuel Hearne, faltáronle con frecuencia.

Hasta llegó una vez a estar siete días seguidos sin comer más que frutas silvestres, trozos de cuero viejo y huesos quemados; y de nuevo se vio precisado tan intrépido explorador a volver a la factoría sin haber obtenido el menor resultado. Mas no se arredró por eso. Partió por tercera vez el 7 de diciembre de 1770, y, después de diecinueve meses de luchas, el 13 de julio de 1772, descubrió el Coppermine-river, cuyo curso descendió hasta su desembocadura, donde creyó ver el mar libre. Era la primera vez que llegaban los hombres a la costa septentrional de América.

—Pero el paso del Noroeste, es decir, la comunicación directa entre el Atlántico y el Pacífico, ¿no había sido descubierto? —preguntó Paulina Barnett.

—No, señora —respondió el teniente—; y, ¡cuántos aventureros navegantes lo buscaron a partir de aquel momento! Phipps, en 1773; Jaime Kook, y Querke, de 1776 a 1779; Kotzebue, de 1815 a 1818; Ross, Parry, Franklin y muchos otros consagraronse a esta difícil tarea; mas en vano; es preciso descender hasta los exploradores contemporáneos, hasta el intrépido Mac Clure, para encontrar al único hombre que ha pasado realmente de un océano al otro a través del mar Polar.

—En efecto, señor Jasper —respondió Paulina Barnett—, es un hecho geográfico del que debemos enorgullecemos nosotros, los ingleses; pero dígame usted: la Compañía de la Bahía de Hudson, después de cambiar sus antiguas ideas por otras más generosas, ¿no ha estimulado a ningún otro explorador después de Samuel Hearne?

—Sí, señora; y, gracias a ella, pudo el capitán Franklin realizar su viaje, de 1819 a 1822, precisamente entre el río de Hearne y el cabo Turnagain. Esta exploración no se llevó a cabo sin fatigas y sufrimientos. Las provisiones llegaron varias veces a faltar por completo a los viajeros. Dos canadienses fueron asesinados por sus camaradas, y devorados... A cambio de tantas torturas, logró el capitán Franklin recorrer un espacio de 5.500 millas a través de esta porción, hasta entonces desconocida, del litoral de la América del Norte.

—Era un hombre de extraordinaria energía —exclamó Paulina Barnett—, y bien lo demostró cuando, a pesar de todo lo que ya había sufrido, lanzóse nuevamente a la conquista del Polo Norte.

—Es muy cierto —respondió Jasper Hobson—, y el audaz explorador halló una muerte cruel en el teatro mismo de sus descubrimientos. Pero se ha demostrado de una manera evidente que todos los compañeros de Franklin no perecieron con él. Muchos de estos desdichados andan todavía errantes en medio de estas soledades glaciales. ¡Ah!, ¡no puedo pensar en este terrible abandono sin que el corazón se me oprima! Día llegará, señora —añadió el

teniente Hobson, lleno de confianza y emoción—, en que pueda yo recorrer estas tierras desconocidas en las cuales tuvo efecto la funesta catástrofe, y...

—Y ese día —dijo Paulina Barnett, estrechando la mano del teniente—, ese día seré yo su compañera de exploración. ¡Sí! más de una vez he pensado yo en eso, lo mismo que usted, señor Jasper; y mi corazón se emociona, como el suyo, al pensar que compatriotas nuestros, ingleses como nosotros, esperan tal vez un socorro...

—Que llegará demasiado tarde para la mayoría de ellos, señora, pero que llegará al fin; ¡no lo dude usted un momento!

—¡Dios le escuche a usted, señor Hobson! —respondió Paulina Barnett—. Añadiré, además, que los agentes de la Compañía que viven en las proximidades del litoral, me parece que se hallan en mejor situación que los otros para tratar de cumplir este deber de humanidad.

—Soy de su opinión, señora —replicó el teniente Hobson—, porque estos agentes están, además, acostumbrados a los rigores de los continentes árticos. Y bien lo han demostrado en muchas ocasiones. ¿No fueron ellos quienes auxiliaron al capitán Back, durante su viaje de 1834, que dio por resultado el descubrimiento de la Tierra del Rey Guillermo, en la cual ocurrió precisamente la catástrofe de Franklin? ¿No fue por ventura a dos de nuestros compañeros, a los valerosos Dease y Simpson, a quienes el gobernador de la bahía de Hudson, en 1838, encargó especialmente de explorar las costas del mar Polar, siendo reconocida por primera vez, durante esta exploración, la Tierra Victoria? Creo, pues, que el porvenir reserva a nuestra Compañía la conquista definitiva del continente ártico. Poco a poco, sus factorías irán subiendo hacia el Norte, refugio obligado de los animales de piel, y día llegará en que se construya un fuerte en el Polo mismo, en ese punto matemático donde se cruzan todos los meridianos del Globo.

Durante esta conversación, y muchas otras que le sucedieron, le refirió Jasper Hobson sus propias aventuras desde que se hallaba al servicio de la Compañía; sus luchas con los competidores de las agencias rivales y sus tentativas de exploración de los territorios desconocidos del Norte y del Oeste.

Por su parte, Paulina Barnett le relató también sus peregrinaciones a través de los países intertropicales. Dijo todo lo que había hecho y todo lo que pensaba hacer algún día. Habíase establecido entre el teniente y la viajera un agradable cambio de relatos que servían de entretenimiento mutuo durante las largas horas de viaje.

Durante este tiempo, los trineos arrastrados al galope de los perros, avanzaban sin cesar hacia el Norte. El valle del Coppermine se ensanchaba sensiblemente a medida que se aproximaba al mar Ártico. Las colinas

laterales, algo menos abruptas, disminuían de altura poco a poco. Ciertos grupos de árboles resinosos rompían de trecho en trecho la monotonía de aquellos paisajes extraños.

Algunos trozos de hielo, arrastrados por la corriente del río, resistían aún la acción del sol; pero su número disminuía de un día para otro, y habría sido posible descender sin peligro la corriente en una frágil barquilla, toda vez que su curso no se hallaba interrumpido por ninguna barrera natural ni ningún cantil de piedras.

El lecho del Coppermine era profundo y ancho. Sus aguas, cristalinas y puras, alimentadas por la fusión de las nieves, corrían con rapidez, aunque sin formar nunca tumultuosos raudales. Su cauce, muy sinuoso al principio, en la parte alta del río, tendía poco a rectificarse, corriendo sin serpentear por espacio de muchas millas. En cuanto a sus orillas, entonces anchas y llanas, formadas de arena dura y fina, y tapizadas en ciertos lugares de hierba seca y corta, prestábanse perfectamente a la marcha de los trineos y al desarrollo de la larga línea que formaba el destacamento.

No había cerros, y, por tanto, los tiros trabajaban con holgura sobre aquel nivelado terreno.

El destacamento avanzaba, pues, a gran velocidad. Se caminaba día y noche, si es que puede aplicarse esta expresión a un país sobre el cual trazaba el sol un círculo casi horizontal y apenas si desaparecía. La noche verdadera no duraba dos horas en aquella latitud, y el alba, en esta época del año, sucedía casi sin interrupción el crepúsculo. El tiempo, por lo demás, era hermoso, el cielo bastante despejado, aun cuando en el horizonte se observasen algunas brumas, y el destacamento realizaba su viaje en excelentes condiciones.

Por espacio de dos días siguieron orillando sin dificultad el curso del Coppermine. Las proximidades de este río eran poco frecuentadas por los animales de pieles; pero las aves abundaban en ellos, pudiéndoselas contar por millares. Esta ausencia casi completa de martas, de castores, de armiños, de zorras y de otros animales análogos no dejaba de preocupar al teniente, sospechando si aquellos territorios no habrían sido abandonados, como los del Sur, por los carnívoros y roedores demasiado perseguidos.

Esto parecía probable, porque se encontraban con frecuencia restos de campamentos, hogueras apagadas que delataban el paso más o menos reciente de cazadores indígenas o extranjeros. Jasper Hobson veía perfectamente que tendría que remontarse con su expedición más al Norte, y que, cuando llegase a la desembocadura del Coppermine, sólo habría efectuado una parte de su viaje. Urgía, pues, llegar al punto del litoral visto por Samuel Hearne, y activaba cuanto le era posible la marcha del destacamento.

Por otra parte, todos participaban de la impaciencia de Jasper Hobson. Cada cual se apresuraba con objeto de llegar cuanto antes a las costas del mar Ártico. Una indefinible atracción impulsaba a aquellos atrevidos exploradores. El prestigio de lo desconocido ofuscaba sus ojos. Quizás las verdaderas fatigas comenzasen en aquella tan ansiada costa; pero no importaba: todos anhelaban desafiarlas, marchar directamente a su objetivo. El viaje que a la sazón realizaban no era más que un paso al través de un país que no podía interesarles de una manera directa; en las costas del mar Ártico darían principio las verdaderas exploraciones. Todos habrían deseado verse ya en aquellos parajes, cortados, a algunos centenares de millas más al este, por el paralelo de 70°.

Por fin, el 5 de junio, cuatro días después de haber abandonado el fuerte Seguridad, vio el teniente Jasper Hobson que el Coppermine se ensanchaba considerablemente. La orilla occidental se desarrollaba formando una línea ligeramente curva, y corría casi directamente hacia el Norte; en tanto que, por el Este, se redondeaba hasta los últimos límites del horizonte.

Jasper Hobson se detuvo en seguida y mostró a sus compañeros con la mano el mar sin límites.

## **EL PERFIL DE LA COSTA**

El vasto estuario adonde el destacamento acababa de llegar, al cabo de seis semanas de viaje, formaba una escotadura trapezoidal, practicada con limpieza en el continente americano. En su ángulo Oeste abríase la desembocadura del Coppermine. Por el contrario, su ángulo oriental formaba una especie de embudo muy prolongado que ha recibido el nombre de entrada de Bathurst. Por este lado, la costa, caprichosamente festoneada, llena de ensenadas y ancones, erizada de cabos agudos y de abruptos promontorios, iba a perderse en ese confuso laberinto de estrechos, canales y pasos que dan a los mapas de las regiones polares un aspecto tan extraño. Por el lado opuesto, a partir de la misma desembocadura del Coppermine, la costa se remontaba hacia el Norte, rematando en el cabo Kruzenstern.

Este estuario llevaba el nombre de golfo de la Coronación, y sus aguas se hallaban sembradas de islas, cayos e islotes, los cuales constituyen el archipiélago del Duque de York.

Después de haber conferenciado con el sargento Long, Jasper Hobson decidió conceder en aquel lugar un día de reposo a sus compañeros.

La exploración propiamente dicha, que debía permitir al teniente

determinar el paraje más propicio para el establecimiento de una factoría, iba entonces a comenzar realmente. La Compañía había recomendado a su agente que se mantuviese, mientras le fuera posible, por encima del paralelo de 70° y en las costas del océano Glacial. Ahora bien, para cumplir esta orden, el teniente sólo podía buscar hacia el Oeste un lugar que, teniendo esa elevación en latitud, perteneciese al continente americano, toda vez que, hacia el Este, todas aquellas tierras tan divididas y fraccionadas, forman parte más bien de los territorios árticos, excepción hecha, tal vez, de la Tierra de Boothia, cortada indudablemente por el paralelo citado, pero cuya configuración geográfica es aún bastante indecisa.

Una vez tomadas la latitud y la longitud, Jasper Hobson, después de haberse situado en el mapa, vio que se encontraba aún a más de cien millas al Sur del paralelo de 70°. Pero más allá del cabo Kruzenstern, la costa se dirigía hacia el Nordeste y cortaba, formando con él un ángulo muy brusco, el mencionado paralelo, próximamente por el meridiano de 130°, y precisamente a la altura del cabo Bathurst, designado para lugar de reunión por el capitán Craveny. Aquél era, pues, el punto donde, con venía llegar para establecer el nuevo fuerte, si el paraje ofrecía los necesarios recursos para una factoría.

—Mire usted, sargento Long —dijo el teniente mostrando a su subordinado el mapa de las regiones polares— este punto reúne las condiciones que la Compañía nos ha impuesto. En este lugar, el mar, libre durante una gran parte del año, permitirá a los buques del estrecho de Behring llegar hasta nuestro fuerte, con objeto de abastecerlo y transportar sus productos.

—Sin contar con que nuestros hombres —añadió el sargento Long— tendrán entonces derecho a doble sueldo, toda vez que se habrán establecido más al Norte del paralelo de 70°.

—Por supuesto —respondió el teniente Hobson—, y me parece que lo aceptarán sin murmuraciones.

—Está bien, mi teniente; de este modo, sólo nos queda partir con rumbo al cabo Bathurst —dijo simplemente el sargento.

Pero, como se había concedido un día de descanso, la marcha no tuvo lugar hasta el siguiente día, 6 de junio.

Esta segunda parte del viaje debía ser, y fue en efecto, por completo diferente de la primera. Habían sido dejadas en suspenso las disposiciones que hasta entonces habían regularizado la marcha de los trineos. Cada tiro caminaba como le era más cómodo. Se marchaba a pequeñas jornadas, deteniéndose en todos los ángulos que formaba la costa, y caminando a pie con frecuencia. Sólo una recomendación había hecho el teniente Hobson a sus

compañeros: que no se separaran del litoral más de tres millas y que se incorporaran al destacamento dos veces al día, por lo menos: al mediodía y a caída de la tarde. Por la noche, se acampaba. El tiempo en esta época era siempre bueno, y la temperatura bastante elevada, toda vez que solía mantenerse a unos 59° Fahrenheit, que equivalen a 15° centígrados sobre cero. En dos o tres ocasiones sobrevinieron rápidas tempestades de nieve; pero su duración fue muy corta, de suerte que no llegaron a modificar la temperatura de una manera sensible.

Toda esta parte de la costa americana comprendida entre el cabo Kruzenstern y el cabo Parry, que se extiende sobre un espacio de doscientas cincuenta millas, fue, pues, examinada con un cuidado extremo del 6 al 20 de junio, al mismo tiempo que el reconocimiento geográfico de esta región se llevó a cabo con toda escrupulosidad, pudiendo Jasper Hobson, eficazísimamente ayudado en esta empresa por Tomás Black, hasta rectificar algunos errores del trazado hidrográfico; los territorios vecinos fueron no menos minuciosamente explorados desde el punto de vista especial que directamente interesaba a la Compañía de la Bahía de Hudson.

¿Abundaba en aquellos territorios la caza, tanto comestible como productora de pieles? ¿Bastarían los recursos del país para abastecer por sí solos una factoría, durante el estío, por lo menos? Tal era la grave cuestión que preocupaba al teniente y que le interesaba esclarecer, y he aquí los resultados de sus observaciones.

La caza propiamente dicha, aquella a que concedían marcada preferencia el cabo Joliffe y otros, no abundaba en aquellos parajes. Los volátiles, pertenecientes a la numerosa familia de los patos, no faltaban, sin duda; pero la tribu de los roedores se hallaba insuficientemente representada por algunas liebres polares, a las que era difícil acercarse.

Por el contrario, los osos debían ser bastante numerosos en aquella porción del continente americano. Sabine y Mac-Nap habían descubierto con frecuencia huellas frescas de estos carnívoros. Hasta los descubrieron en más de una ocasión; pero, al verse perseguidos, tomaban las de Villadiego. En todo caso, resultaba probado que, durante la estación invernal, estos hambrientos animales debían frecuentar asiduamente las costas del mar Glacial, procedentes de latitudes más septentrionales.

—Hay que tener presente —decía el cabo Joliffe, a quien siempre preocupaba la cuestión de las provisiones—, que cuando el oso está en la despensa no es bocado despreciable; pero, cuando aún no está en ella, su caza es muy problemática y hay que andarse con tino; porque, si le es posible, hace sufrir a sus perseguidores la suerte que ellos le tenían reservada.

Imposible expresarse de un modo más razonable. No podía contarse con

los osos, de una manera segura, para el abastecimiento de los fuertes. Por fortuna, aquel territorio era visitado, además, por numerosos rebaños de otros animales más útiles que los osos, cuyas excelentes carnes constituyen la base de la alimentación de muchas tribus de indios y esquimales. Aludimos a los renos, y el cabo Joliffe comprobó con evidente satisfacción que abundaban estos rumiantes en aquella parte del litoral. La naturaleza, en efecto, parecía haberlo dispuesto allí con ánimo de atraerlos, haciendo crecer con abundancia en la tierra esa especie de líquen que tanto agrada al reno, quien sabe desenterrarlo de debajo de la nieve, y que constituye su única alimentación durante todo el invierno.

No fue la satisfacción de Jasper Hobson menor que la del cabo al descubrir en muchos lugares las huellas de estos rumiantes, huellas que es posible reconocer fácilmente, porque la pezuña del reno, en vez de dejar impresa en su cara interior una superficie plana, deja una superficie convexa, disposición análoga a la del pie del camello. Hasta se vieron rebaños bastante considerables de estos animales que vagan en estado salvaje por ciertas regiones de América, y a menudo se reúnen formando piaras de muchos miles de cabezas.

Vivos, se dejan domesticar fácilmente, y prestan entonces inapreciables servicios a las factorías, ora suministrando una leche excelente y más substancial que la de vaca, ora sirviendo para tirar de los trineos. Muertos, no son menos útiles, porque su piel, que es muy gruesa, sirve para hacer vestidos; su pelo proporciona un hilo excelente; su carne es muy sabrosa y no existe un animal más precioso en aquellas latitudes. La presencia comprobada de los renos debió, pues, animar a Jasper Hobson en sus proyectos de establecerse en un punto de aquel territorio.

También debió quedar satisfecho por lo que hace relación a los animales de pieles valiosas. En los riachuelos, veíanse numerosas cabañas de castores y de ratas almizcleras. Los tejones, los linceos, los armiños, los glotones, las martas y bisontes, a quienes la ausencia de los cazadores había dejado hasta entonces tan tranquilos, frecuentaban también aquellos parajes, en los que la presencia del hombre no se había revelado aún por traza alguna; motivo por el cual habían encontrado en ellos un refugio seguro.

Descubriéronse así mismo huellas de esas magníficas zorras azules y argentadas, especie que se va haciendo más rara cada vez y cuya piel vale, por decirlo así, tanto como pesa en oro. Sabine y Mac-Nap tuvieron durante esta exploración diversas ocasiones en que poder derribar una cabeza de precio; pero el teniente Hobson había tenido el buen acierto de prohibir toda caza de este género. No quería espantar a estos animales antes de que llegasen los meses de invierno durante los cuales sus pieles adquieren mayor valor por hallarse mucho, más pobladas de pelo. Por otra parte, era inútil sobrecargar los

trineos. Sabine y Mac-Nap comprendieron estas buenas razones; pero se les iban las manos cuando veían al alcance de su fusil una marta cebellina o alguna zorra de precio. Sin embargo, las órdenes del teniente Hobson eran en extremo severas, y no consentía jamás que se infringiesen.

Los tiros de los cazadores durante este segundo período del viaje, sólo fueron, pues, dirigidos a los osos polares, que se dejaban ver algunas veces por los flancos del destacamento. Pero, como no se hallaban hostigados por el hambre, desaparecían prontamente sin que su presencia constituyese ningún peligro serio. Sin embargo, si bien los cuadrúpedos no tuvieron que sufrir a consecuencia de la llegada del destacamento, no sucedió lo propio a las aves, que pagaron por todo el reino animal.

Matáronse águilas de cabeza blanca, enormes volátiles que lanzan estridentes gritos; halcones pescadores, que anidan, por lo común, en los troncos de los árboles muertos y que durante el verano se remontan hasta las latitudes árticas; gansos de nieve, de una blancura admirable; bernachos silvestres, los mejores ejemplares de la tribu de los ánsares desde el punto de vista alimenticio; patos de cabeza roja y pico negro; cornejas cenicientas, especies de grajos burlones de fealdad poco común; gansos del Norte, cercetas y otras muchas aves que ensordecían con sus gritos los ecos de aquellos acantilados árticos. Estas aves habitan por millones aquellas heladas comarcas, siendo su número muy superior a todo lo calculable en el litoral del océano Glacial.

Se comprenderá, pues, con qué ardor los cazadores, a quienes les estaba severamente prohibida la caza de los cuadrúpedos, se desquitarían con las aves. Durante aquellos quince primeros días fueron muertos muchos centenares de éstas, pertenecientes en su inmensa mayoría a las especies comestibles, lo que les permitió añadir a la ración ordinaria de carne en conserva y galleta un suplemento bastante apetitoso.

Así, pues, los animales no faltaban en este territorio. La Compañía podría fácilmente abarrotar sus almacenes, y el personal del fuerte no dejaría vacías sus despensas. Empero no bastaban estas dos condiciones para garantizar el porvenir de la factoría. No era posible establecerse en un país tan elevado en latitud si no se encontraba en él, con la abundancia necesaria, el combustible indispensable para combatir los rigores de los inviernos árticos.

Por fortuna, el litoral hallábase cubierto de bosques. Las colinas que se alzaban por detrás de la costa aparecían coronadas de verdes árboles, entre los cuales predominaba el pino. Tratábase de importantes aglomeraciones de especies resinosas, a las cuales se podía en ciertos lugares aplicar el nombre de selvas. Algunas veces también observó Jasper Hobson grupos aislados de sauces, álamos, abedules enanos y numerosos arbustos cargados de madroños.

En esta época del estío, todos estos árboles parecían verdes, lo que chocaba no poco a la vista acostumbrada ya a los perfiles ásperos y desnudos de los paisajes polares. El suelo, al pie de las colinas, hallábase tapizado de una hierba corta que los renos pacen con avidez y que constituiría su alimento en invierno. Como se ve, el teniente no podía menos de felicitar-se de haber ido a buscar a la región Noroeste del continente americano el nuevo teatro de una exploración.

Hase dicho también que, si los animales no faltaban en este territorio, los hombres, por el contrario, no habitaban en él. No se veían ni esquimales, cuyas tribus prefieren recorrer los distritos cercanos a la bahía de Hudson, ni indios, que, por lo general, no se aventuran tanto hacia el Norte del círculo polar. Y, en efecto, a estas distancias, los cazadores pueden ser sorprendidos por constantes malos tiempos, por un súbito recrudescimiento del invierno, y ver interceptadas de este modo sus comunicaciones.

Como es de suponer, al teniente no le pesaba la ausencia de sus semejantes, en los que sólo hubiera podido hallar rivales. Lo que él buscaba era un país no ocupado por nadie, un país desierto donde tuviese interés en refugiarse la caza; y, con este motivo, Jasper Hobson hacía a Paulina Barnett, que se interesaba muchísimo por el éxito de la empresa, las más atinadas observaciones. La viajera no olvidaba que era huésped de la Compañía de la Bahía de Hudson, y hacía votos por el éxito de los proyectos del teniente.

Juzgúese, pues, el desencanto de Hobson cuando, en la mañana del 20 de junio, tropezó de improviso con un campamento que acababa de ser más o menos recientemente abandonado.

Hallábase establecido en el fondo de una estrecha bahía, conocida con el nombre de bahía de Darnley, cuya punta más avanzada hacia el Oeste la forma el cabo Parry. Veíanse en este lugar, en la falda de una pequeña colina, estacas que habían servido para trazar una especie de cerca, y cenizas, ya frías, amontonadas en los lugares donde habían ardido hogueras.

Todo el destacamento habíase reunido al pie de este campamento; a nadie se ocultó que este hallazgo debía desagradar grandemente a Jasper Hobson.

—¡He aquí un desagradable detalle! —dijo éste, en efecto—. ¡La verdad es que hubiera preferido encontrarme de manos a boca con toda una familia de osos polares!

—Pero las personas, quienesquiera que sean, que han acampado en este lugar —observó Paulina Barnett—, deben ya estar lejos, sin duda; y es posible que hayan ya regresado a sus habituales cazaderos, situados más hacia el Sur.

—No lo sabemos, señora —respondió el teniente—. Si aquellos cuyas huellas contemplamos son esquimales, es probable que hayan proseguido su

camino hacia el Norte. Pero si, por el contrario, son indios, es posible que se propongan explorar estos nuevos cazaderos, como estamos haciendo nosotros, y repito que esto sería para mí una verdadera contrariedad.

—Pero ¿no puede conocerse a qué raza pertenecen esos viajeros? — preguntó Paulina Barnett—. ¿No es posible averiguar si se trata de esquimales o de indios del Sur? Me parece que tribus tan diferentes por su origen y costumbres no deben acampar de igual modo.

Paulina Barnett tenía razón, y era posible que tan importante punto quedase dilucidado después de una detenida inspección del campamento.

Jasper Hobson y algunos de sus compañeros dedicáronse a este examen, y buscaron minuciosamente cualquier traza, cualquier objeto olvidado, cualquier huella que pudiera darles luz; pero ni el terreno, ni aquellas frías cenizas habían conservado suficientes indicios. Tampoco revelaban nada algunos huesos de animales acá y allá esparcidos.

Despistado por completo el teniente, disponíase ya a abandonar aquel inútil examen, cuando oyó que le llamaba la señora Joliffe, la cual se había alejado, hacia la izquierda, un centenar de pasos.

Jasper Hobson, Paulina Barnett, el sargento, el cabo y algunos otros más dirigiéronse en seguida hacia el punto donde se hallaba la joven canadiense, la cual permanecía inmóvil, examinando el suelo con la mayor atención. Cuando llegaron a su lado, dijo al teniente Hobson:

—¿No buscaba usted huellas? Pues bien, hélas aquí. Y la señora Joliffe mostrábale al mismo tiempo numerosas huellas de pasos conservadas con toda claridad sobre el suelo arcilloso.

Aquello podría ser un indicio característico, porque los pies de los indios y los de los esquimales, lo mismo que sus calzados respectivos, difieren completamente.

Mas, ante todo, llamó la atención de Jasper Hobson la disposición singular de aquellas huellas. Procedían indudablemente de la presión de un pie humano, y hasta de un pie calzado; pero ¡extraña circunstancia!, parecían no haber sido hechas más que con la punta del pie. Faltábales la señal del talón. Además, las repetidas huellas aparecían singularmente multiplicadas, próximas, entrecruzadas, aunque contenidas todas dentro de un estrecho círculo.

Jasper Hobson hizo observar a sus compañeros este detalle.

—No son pisadas de una persona que anda —dijo.

—Ni de una persona que salta, puesto que no hay señales del talón — añadió Paulina Barnett.

—No —respondió la señora Joliffe—, ¡son pasos de una persona que baila!

La señora Joliffe había dicho la verdad. Examinadas bien las pisadas, no era posible dudar de que pertenecían a un hombre que se hubiese entregado a algún ejercicio coreográfico; pero no a un baile pesado, rítmico, majestuoso, sino más bien a una danza ligera, simpática, alegre. Esto era indiscutible. Pero ¿quién podría ser el individuo lo bastante alegre de carácter para haberse dejado seducir por la idea de bailar tan alegremente en los límites del continente americano, varios grados más al Norte del Círculo Polar?

—¡No es un esquimal, ciertamente! —dijo el teniente Hobson.

—¡Ni un indio! —exclamó el cabo Joliffe.

—¡No!, ¡es un francés! —dijo tranquilamente el sargento Long.

¡Y todos convinieron en que sólo un francés habría sido capaz de bailar en semejante lugar de la Tierra!

## EL SOL DE MEDIANOCHE

¿No era acaso demasiado aventurada esta observación del sargento Long? Era evidente que alguien había bailado; pero, por mucha que fuese su ligereza, ¿podía deducirse que solamente un francés hubiera podido ejecutar aquella danza?

Sin embargo, el teniente Hobson fue del mismo parecer que el sargento, y a nadie pareció esta opinión demasiado aventurada. Todos, por el contrario, dieron por descontado que una caravana de viajeros, de la cual formaba parte por lo menos un compatriota de Vestris, habíase recientemente detenido en aquel lugar.

Como es fácil comprender, semejante descubrimiento no satisfizo al teniente. Jasper Hobson debió temer que otros competidores le hubiesen tomado la delantera en los territorios de la América inglesa, y que el secreto que la Compañía había tratado de tener tan oculto, se hubiese divulgado por los centros comerciales del Canadá o de los Estados Unidos.

Al reanudar su marcha, un instante interrumpida, Jasper Hobson parecía muy preocupado; pero a la altura en que se hallaba ya de su viaje, no podía soñar en volver sobre sus pasos.

Después de este incidente, le hizo Paulina Barnett la siguiente pregunta:

—Pero, señor Jasper, ¿hay todavía franceses en los territorios del

continente ártico?

—Sí, señora —respondió Jasper Hobson—; o si no talmente franceses, canadienses al menos, que viene a ser casi lo mismo, pues descienden de los antiguos colonos del Canadá, en la época en que el Canadá era de Francia; y, a decir la verdad, estas gentes son nuestros más temibles rivales.

—Pues yo tenía entendido —replicó la viajera—, que, desde que absorbió a la Compañía del Noroeste, la Compañía de la Bahía de Hudson no tenía competidores en el continente americano.

—Señora —respondió Jasper Hobson—, aunque es cierto que no existe ninguna asociación importante, aparte de la nuestra, que se dedique ahora al tráfico de pieles, hay, sin embargo, sociedades particulares perfectamente independientes. Por regla general, son sociedades americanas, que conservan a su servicio agentes o descendientes de agentes franceses.

—¿Eran tenidos, pues, en alta estima estos agentes? —preguntó Paulina Barnett.

—Ciertamente, señora, y no sin justo motivo. Durante los noventa y cuatro años que duró la supremacía de Francia en el Canadá, mostráronse estos agentes franceses siempre superiores a los nuestros. Es preciso saber hacer justicia incluso a nuestros propios rivales.

—¡Sobre todo a nuestros rivales! —añadió Paulina Barnett.

—Sí... sobre todo... En aquella época, los cazadores franceses partían de Montreal, su principal establecimiento, y avanzaban hacia el Norte con más intrepidez que los nuestros. Vivían años enteros entre las tribus indias, en las cuales buscaban esposas a veces. Conocíaseles con los nombres de «recorredores de bosques» o «viajeros canadienses», y se trataban los unos a los otros de primos y de hermanos. Eran hombres audaces, hábiles, muy entendidos en cuestiones de navegación fluvial, muy valientes, muy poco reflexivos, allanándose a todo con esa flexibilidad propia de su raza, muy leales, muy alegres y dispuestos constantemente, en todas las circunstancias, lo mismo a cantar que a bailar.

—¿Y supone usted que esa partida de viajeros, cuyas huellas acabamos de descubrir, no puede haberse remontado a latitudes tan altas más que con el fin de cazar animales dotados de pieles?

—No hay manera de admitir otra hipótesis distinta, señora —respondió el teniente Hobson—. Es seguro que esas gentes van buscando nuevos territorios de caza. Pero, supuesto que no existe ningún medio de detenerlos, tratemos de alcanzar cuanto antes nuestro objetivo, y lucharemos denodadamente contra toda competencia.

El teniente Jasper Hobson dio ya por descontado que tendría que luchar con una competencia probable, a la cual, por otra parte, no había medio de oponerse, y apresuró la marcha de su destacamento con objeto de rebasar lo antes posible el paralelo de 70°, animado por la esperanza de que sus rivales no le seguirían hasta allí.

Durante los días inmediatos, los expedicionarios volvieron a bajar unas veinte millas hacia el Sur, a fin de contornear más fácilmente la bahía de Franklin. El país conservaba siempre su aspecto verde y lozano, frecuentado por gran número de cuadrúpedos y aves de las clases ya observadas, y era muy probable que toda la extremidad Noroeste del continente americano se encontrase poblada de aquel modo.

El mar que bañaba aquel litoral extendíase ahora sin límites delante de la vista. Los mapas más recientes no señalaban, por otra parte, tierra alguna al Norte del litoral americano, siendo sólo los bancos de hielo los que habían impedido que los navegantes del estrecho de Behring se remontasen hasta el Polo.

El 4 de julio, el destacamento había contorneado otra bahía, que se internaba mucho en la tierra, denominada bahía de Whasburn, y llegaba a la punta extrema de un lago poco conocido hasta entonces, que sólo ocupaba una pequeña porción de territorio, que apenas llegaría a dos millas cuadradas. Era, verdaderamente, una laguna de agua dulce, un gran estanque, mas no un lago propiamente dicho.

Los trineos caminaban tranquila y fácilmente. El aspecto del país era tentador para la fundación de una factoría nueva, siendo probable que un fuerte, establecido en la extremidad del cabo Bathurst, con aquella laguna detrás y delante el gran camino del estrecho de Behring, o sea el mar libre a la sazón, y que debía estarlo también durante los cuatro o cinco meses de estío, se hallaría en una situación en extremo favorable para la exportación de sus productos y su propio aprovisionamiento.

Al siguiente día, 5 de junio, a eso de las tres de la tarde, detúvose el destacamento, por fin, al extremo del cabo Bathurst. Era preciso determinar la posición exacta de este cabo, que los mapas situaban más arriba del paralelo de 70°; pero no había que fiarse de sus indicaciones, pues las costas aquellas no habían sido hidrográficamente estudiadas con la precisión suficiente. Entretanto, resolvió Jasper Hobson detenerse en aquel sitio.

—¿Quién nos impide el establecernos aquí definitivamente? —preguntó el cabo Joliffe—. Convendrá usted conmigo, mi teniente, en que el sitio es seductor.

—Más seductor le parecerá a usted, de seguro —respondió el teniente

Hobson—, si le abonan a usted doble sueldo.

—Eso no cabe duda —respondió el cabo Joliffe—, y es preciso conformarse con las instrucciones de la Compañía.

—Tenga usted, pues, paciencia hasta mañana —respondió Jasper Hobson—, y si, como lo espero, este cabo Bathurst se encuentra situado a más allá de 70° de latitud Norte, fijaremos en él nuestros reales.

El lugar era favorable, en efecto, para fundar en él una factoría. Las orillas de la laguna, rodeadas de colinas pobladas de bosques, podían suministrar con abundancia los pinos, los abedules y otras maderas necesarias para la construcción, y, más tarde, para la calefacción del nuevo fuerte. El teniente avanzó con algunos de sus compañeros de viaje hasta el extremo del mismo cabo, y observó que, hacia el Oeste, recurvaba la costa formando un arco muy prolongado. Cantiles bastante elevados cerraban el horizonte algunas millas más lejos. En cuanto a las aguas de la laguna, viose que eran dulces, contra lo que hubiera podido esperarse dada su proximidad al mar. Pero, de todas maneras, el agua dulce nunca hubiera faltado a la colonia, ni aun en el caso de que las de la laguna hubiesen sido impotables; porque un riachuelo, fresco y límpido entonces, corría hacia el océano Glacial, en el que se vertía por una desembocadura muy estrecha, a algunos centenares de metros al Sudeste del cabo Bathurst. Esta desembocadura, protegida, no por rocas, sino por una acumulación bastante singular de tierras y arenas, formaba un puerto natural, en el que hubieran podido hallar seguro refugio contra los temporales dos o tres buques al menos. Esta disposición podría ser ventajosamente utilizada para la carga y descarga de los barcos que en lo sucesivo viniesen del estrecho de Behring. Jasper Hobson tuvo la galantería de bautizar este arroyuelo con el nombre de Paulina Barnett, asignando además al puertecillo el nombre de Puerto Barnett, por lo que se mostró la viajera en extremo agradecida.

Construyendo el fuerte un poco detrás de la punta formada por el cabo Bathurst, lo mismo la casa principal que los almacenes quedarían perfectamente resguardados de los vientos más fríos. La elevación misma del cabo contribuiría a defenderlos contra aquellas borrascas de nieve que, en algunas horas, podían sepultar habitaciones enteras bajo sus espesas avalanchas. El espacio comprendido entre el pie del promontorio y el margen de la laguna era lo suficientemente amplio para que cupiesen en él las construcciones indispensables para la explotación de una factoría. Hasta podía rodeárselas de un recinto formado por una empalizada, que se apoyase en los primeros cantiles del promontorio, y coronar el cabo mismo con un reducto fortificado; trabajos puramente defensivos, pero útiles en el caso de que los competidores trataran de establecerse en aquel territorio. También observó con satisfacción Jasper Hobson, aunque sin hallarse resuelto a ejecutarlos aún, que la posición era fácil de defender.

El tiempo era entonces muy bueno y el calor considerable. Ninguna nube empañaba el cénit ni el horizonte; aunque, naturalmente, no era posible encontrar en aquellas latitudes el cielo esplendoroso de los países templados y cálidos.

Durante el estío, una ligera bruma permanecía de continuo suspendida en la atmósfera; pero, al llegar el invierno, cuando se inmovilizasen las montañas de hielo, cuando los roncros vientos del Norte azotasen de pleno los cantiles, cuando se extendiera sobre aquellos continentes una noche de cuatro meses, ¿qué sería el cabo Bathurst? Ninguno de los compañeros de Jasper Hobson pensaba en ello entonces, porque el tiempo era magnífico, la campiña se hallaba cubierta de verdura, la temperatura templada y el mar resplandeciente.

Preparóse para pasar la noche un campamento provisional, con material suministrado por los trineos, a la orilla misma de la laguna. Hasta el obscurecer, la señora Paulina Barnett, el teniente, Tomás Black y el sargento Long recorrieron los alrededores a fin de averiguar sus recursos. El paraje convenía por todos conceptos. Jasper Hobson ardía en deseos de que amaneciese el nuevo día para determinar su situación exacta, y saber de este modo si llenaba las condiciones recomendadas por la Compañía.

—He aquí, señor teniente —exclamó Tomás Black cuando dieron por terminadas sus investigaciones—, una comarca realmente encantadora, como no creí jamás que pudiera existir en estas latitudes.

—¡Ah, señor Black!, ¡aquí es donde se ven los paisajes más bellos del mundo! —respondió Jasper Hobson—. Siento verdaderamente impaciencia por determinar sus coordenadas geográficas.

—¡Su latitud sobre todo! —respondió el astrónomo, que sólo pensaba siempre en su futuro eclipse—; y paréceme que sus bravos compañeros de usted sienten la misma impaciencia, señor Hobson. ¡Cómo que devengarán doble sueldo si se halla situado más al Norte del paralelo de 70°!

—Y usted también, señor Black —dijo Paulina Barnett—, ¿no tiene usted un gran interés, un interés puramente científico, se entiende, en rebasar el mentado paralelo?

—Indudablemente, señora —le respondió el astrónomo—, tengo gran interés en rebasarlo; pero no demasiado, sin embargo. Según los cálculos nuestros, que son de una exactitud absoluta, el eclipse de Sol, que tengo la misión de observar, no será total más que para los observadores situados un poco más al Norte del paralelo 70°. Comprenderá usted, por tanto, que tengo tanto interés e impaciencia por determinar la situación del cabo Bathurst como nuestro teniente.

—Pero, ahora que pienso en ello, señor Black —observó la viajera—, si

mis noticias son ciertas, ese eclipse de Sol no ha de tener lugar hasta el día 18 de julio.

—Sí, señora; el 18 de julio de 1860.

—¡Y aún estamos a 5 de julio de 1859! ¡Entonces ese fenómeno no habrá de acontecer hasta dentro de más de un año!

—Desde luego, señora —respondió el astrónomo—; pero, convenga usted conmigo en que, si no hubiera emprendido el viaje hasta el año que viene, me habría expuesto a llegar demasiado tarde.

—En efecto, señor Black —replicó Jasper Hobson—, y ha hecho usted perfectamente en partir con un año de anticipación. De este modo, puede usted estar seguro de que no se le escapará el eclipse. Porque le garantizo a usted que nuestro viaje del fuerte Confianza al cabo Bathurst se ha efectuado en condiciones tan extraordinariamente favorables, que constituyen una excepción. Hemos experimentado muy pocas fatigas, y, como consecuencia, el retardo ha sido escaso. Si le he de decir la verdad, no contaba con haber llegado a esta parte del litoral antes de mediados de agosto, y si el eclipse hubiera debido acontecer el 18 de julio de 1859, es decir, este año, se habría usted expuesto a perderlo. Aparte de que aún no sabemos si nos hallamos más al Norte del paralelo de 70°.

—Por eso, mi querido teniente —respondió Tomás Black—, no me arrepiento de haber hecho el viaje en compañía de usted, y esperaré con paciencia el eclipse hasta el año que viene. ¡Creo que la rubia Febe bien merece el honor de que se la espere!

Al día siguiente, 6 de julio, poco antes de mediodía, Jasper Hobson y Tomás Black habían tomado sus disposiciones para obtener con toda exactitud la situación geográfica del cabo Bathurst. Aquel día brillaba el sol con la claridad suficiente para que se precisasen bien sus contornos. Además, en esta época del año había adquirido ya su máxima altura sobre el horizonte, y, por consecuencia, su culminación, al hallarse sobre el meridiano, debía facilitar el trabajo de los observadores.

Ya la víspera, y aquella misma mañana, tomando diferentes alturas, y por medio de un cálculo de ángulos horarios, el teniente y el astrónomo habían obtenido con escrupulosa precisión la longitud del lugar. Pero su elevación en latitud era la circunstancia que sobre todo preocupaba a Jasper Hobson. Poco importaba, en efecto, cuál fuese el meridiano del cabo Bathurst, con tal de que se hallase situado más al Norte del paralelo de 70°.

Aproximábase el mediodía. Todos los hombres que componían el destacamento rodeaban a los observadores, que tenían en las manos sus sextantes. Aquellos exploradores intrépidos esperaban el resultado de la

observación con una impaciencia bien fácil de comprender. En efecto, se trataba para ellos de saber si habían llegado al término de su viaje, o si debían seguir buscando en otro punto del litoral un territorio situado en las condiciones que la Compañía deseaba.

Ahora bien, esta última tentativa no hubiera dado probablemente ningún resultado satisfactorio. En efecto, según los mapas que, aunque imperfectos, había de esta porción de la costa americana, a partir del cabo Bathurst, ésta se inflexionaba hacia el Oeste, descendía otra vez más abajo del paralelo de  $70^{\circ}$ , y no volvía a remontarlo hasta la América rusa, en la cual los ingleses no tenían aún el derecho de establecerse. No sin razón, Jasper Hobson, después de haber estudiado concienzudamente la cartografía de estas tierras boreales, habíase dirigido hacia el cabo Bathurst.

Este cabo, en efecto, avanza como una punta hasta más arriba del paralelo de  $70^{\circ}$ , y, entre los meridianos de  $100^{\circ}$  y  $150^{\circ}$  no existe otro promontorio que, perteneciendo al continente propiamente dicho, es decir, a la América inglesa, se proyecte más al Norte de este círculo. Quedaba, pues, por determinar si realmente el cabo Bathurst ocupaba la posición que le asignaban los mapas más modernos.

Tal era, en suma, la importante cuestión que las observaciones precisas de Tomás Black y Jasper Hobson iban a resolver.

El sol se aproximaba en aquel momento al punto culminante de su carrera. Los dos observadores dirigieron los anteojos de sus respectivos sextantes hacia el astro, que aún subía. Por medio de los espejos inclinados que poseen estos instrumentos, el sol debía ser aparentemente llevado hasta el horizonte mismo, y el momento en que pareciese tocarlo con el borde inferior de su disco, sería precisamente aquel en que ocupase el punto más elevado de su arco diurno, y, por consiguiente, el momento exacto de su paso por el meridiano, o sea el mediodía del lugar.

Todos les contemplaban, guardando religioso silencio.

—¡Mediodía! —exclamó de repente Jasper Hobson.

—¡Mediodía! —repitió en el mismo instante Tomás Black. .

Bajaron los sextantes, y el teniente y el astrónomo leyeron en sus limbos graduados el valor de los ángulos que acababan de obtener, procediendo inmediatamente a efectuar los oportunos cálculos.

Pocos minutos después, levantóse el teniente Hobson, y, dirigiéndose a sus compañeros, les dijo:

—Amigos míos: ¡a partir de este día, 6 de julio, la Compañía de la Bahía de Hudson contrae por mi mediación el compromiso de abonaros doble sueldo

del que habéis cobrado hasta hoy!

—¡Hurra!, ¡hurra!, ¡hurra por la Compañía! —exclamaron a una voz los dignos compañeros del teniente Hobson.

En efecto, el cabo Bathurst y el territorio que con él confinaba hallábanse sin género alguno de duda situados más al Norte del paralelo de 70°.

He aquí, calculados con menos de un segundo de error, las coordenadas que debían tener más adelante una importancia tan grande en el porvenir del nuevo fuerte.

Longitud: 127° 36' 12" Oeste del meridiano de Greenwich.

Latitud: 70° 44' 37" Norte.

Y aquella misma noche, aquellos expedicionarios intrépidos, acampados tan lejos del mundo habitado, a más de 800 millas del fuerte Confianza, vieron al astro refulgente tangente los bordes, del horizonte occidental, sin que la más mínima porción de su esplendoroso disco fuese mordida por éste.

El sol de medianoche brillaba por primera vez antes sus ojos.

## **EL FUERTE ESPERANZA**

El emplazamiento del fuerte estaba irrevocablemente fijado. Ningún otro lugar podría ser más favorable que aquel terreno, naturalmente llano, situado al abrigo del cabo Bathurst, en la orilla oriental de la laguna. Jasper Hobson resolvió; pues, comenzar inmediatamente la construcción de la casa principal. Entretanto, tuvo cada uno que arreglárselas como mejor pudo, siendo utilizados los trineos de una manera ingeniosa para formar el campamento provisional. Por otra parte, gracias a la habilidad de sus agentes, Jasper Hobson contaba con que en el plazo de un mes, todo lo más, estaría construida la casa principal, la cual debería ser lo suficientemente amplia para cobijar provisionalmente a las diecinueve personas que formaban el destacamento. Más tarde, y antes de la llegada de los fríos intensos, si el tiempo no lo impedía, se construirían los salones destinados a los soldados, y los almacenes para el depósito de las pieles. Pero Jasper Hobson no suponía que estos trabajos pudiesen estar terminados antes de que finalizara septiembre; y como, a partir de este mes, las noches son ya largas, los malos tiempos frecuentes, el invierno se echa encima y aparecen los primeros hielos, habría necesidad de paralizar los trabajos. De los diez soldados elegidos por el capitán Craventy, dos eran ante todo cazadores: Sabine y Marbre. Los otros ocho manejaban el hacha con tanta habilidad como el fusil. A fuer de buenos marinos, servían

para todo y no había cosa que no supiesen hacer. Pero en aquellos momentos debían ser utilizados más bien como obreros que como soldados, toda vez que se trataba de la construcción de un fuerte que ningún enemigo trataba por entonces de atacar.

Petersen, Belcher, Rae, Garry, Pond, Hope y Kellet formaban un grupo de hábiles y celosos carpinteros que Mac-Nap, un escocés de Stirling, muy entendido en la construcción de casas y aun en la de buques, debía dirigir. Abundaban las herramientas, tales como hachas, de uno y dos filos, serruchos, azuelas, cepillos, sierras, mazos, martillos, formones, etc. Uno de aquellos hombres. Rae, cuyo oficio principal era el de herrero, podía fabricar, con auxilio de una fragua portátil, todos los tornillos, clavos, pasadores, pernos, clavijas y tuercas que se necesitasen para la debida trabazón de las maderas.

No había ni un solo albañil entre todos aquellos obreros; pero, en realidad, no hacía falta, puesto que todas las casas de las factorías del Norte se construyen de madera.

Afortunadamente, no faltaban los árboles en los alrededores del cabo Bathurst; pero, por una rareza que ya había observado Jasper Hobson, no había en aquel territorio ni una roca, ni una piedra, ni siquiera un guijarro: sólo había tierra y arena. La playa estaba sembrada de una multitud de conchas bivalvas, destrozadas por la resaca, y de plantas marinas o de zoófitos, consistentes principalmente en erizos y estrellas de mar. Pero, como el teniente hizo observar a Paulina Barnett, no había en los alrededores del cabo ni una sola piedra, ni un solo trozo de sílice, ni un solo pedazo de granito. El cabo mismo sólo estaba formado por un amontonamiento de tierras movedizas, cuyas moléculas se encontraban apenas acopladas por las raíces de algunos vegetales.

Aquella tarde, Jasper Hobson y el maestro carpintero Mac-Nap fueron a determinar el sitio que la casa principal debería ocupar en la meseta que se extendía al pie del cabo Bathurst. Desde allí, la mirada abarcaba la laguna y el territorio situado al Oeste, hasta una distancia de diez o doce millas. A la derecha, pero a cuatro millas de distancia, por lo menos, escalonábanse unos acantilados de bastante elevación, que las brumas no dejaban ver claramente. Por la izquierda, por el contrario, extendíanse inmensas llanuras, prolongadas estepas que, durante el invierno, deberían confundirse en absoluto con las superficies heladas de la laguna y del mar.

Una vez elegido este lugar, Jasper Hobson y el maestro Mac-Nap trazaron con un cordel el perímetro de la casa. Este trazado formaba un rectángulo cuyo lado mayor medía sesenta pies, y treinta el más pequeño. La fachada principal debería, pues, medir sesenta pies de largo, y presentar cuatro huecos: una puerta y tres ventanas por el lado del promontorio, comunicando con lo que

había de ser patio interior, y cuatro ventanas por la parte de la laguna. La puerta, en vez de abrirse en el centro de la fachada posterior, colocóse en el ángulo izquierdo, a fin de hacer más habitable la casa. En efecto, esta disposición no permitía a la temperatura exterior penetrar tan fácilmente hasta las últimas habitaciones, situadas en la parte opuesta del edificio.

El teniente y su carpintero decidieron dar a la nueva casa la siguiente distribución interior: una primera pieza, que formaría la antecámara, cuidadosamente defendida contra los embates del viento por una doble puerta; un segundo departamento reservado únicamente a los trabajos culinarios, a fin de que no trascendiese la humedad a los cuartos habitados; una vasta sala que serviría de comedor para todos, y, por último, un compartimiento dividido en varios camarotes, como la cámara de un barco.

Los soldados deberían ocupar provisionalmente el gran salón, en cuyo fondo se construiría una especie de cama de campaña.

El teniente, Paulina Barnett, Tomás Black, Madge, y las señoras Joliffe, Mac-Nap y Rae deberían alojarse en los camarotes del cuarto departamento. Valiéndonos de una expresión vulgar, pero exacta, podríamos decir que estarían amontonados los unos sobre los otros; pero este estado de cosas no debería durar mucho, y, en cuanto se hallase construido el alojamiento de los soldados, la casa principal quedaría reservada únicamente al jefe de la expedición, a su sargento, a Paulina Barnett, a quien no abandonaría su fiel Madge, y al astrónomo Tomás Black. Entonces tal vez fuese posible dividir el cuarto departamento en cuatro habitaciones solamente, y destruir los camarotes provisionales, porque existe una regla que no deben olvidar las personas que tienen que invernar, y que puede traducirse en el grito de: ¡Guerra a los rincones!

En efecto, los rincones y ángulos son otros tantos receptáculos de hielo; los tabiques impiden que la ventilación se efectúe de un modo conveniente, y la humedad, pronto convertida en nieve, hace las habitaciones malsanas e inhabitables, y provoca las más graves enfermedades en los que las ocupan. Por eso ciertos navegantes, cuando se disponen a invernar en medio de los hielos, preparan una sala única en el interior de sus buques, donde toda la tripulación, oficiales y marineros, habitan en común. Empero Jasper Hobson no podía proceder de esta suerte por diversas razones fáciles de comprender.

Se ve, pues, por esta descripción anticipada de una casa que no existía aún, que la vivienda principal del fuerte sólo se componía de un piso bajo, sobre el cual debería elevarse un amplio techo, cuyas vertientes, extraordinariamente empinadas, facilitarían el desagüe. Por lo que respecta a las nieves, formarían sobre el techo una capa, la cual, una vez bien cuajada, tendría la doble virtud de cerrar herméticamente la habitación y de conservar constante su

temperatura interior. La nieve es, en efecto, muy mala conductora del calor; y si bien es verdad que evita que éste penetre, impide también que se escape, lo cual es de extraordinaria importancia durante los inviernos árticos.

Por encima del techo deberían elevarse dos chimeneas: una correspondiente a la cocina, y la otra a la estufa del salón central, la cual debería calentar al mismo tiempo los camarotes del cuarto departamento. De este conjunto no resultaría ciertamente una obra arquitectónica notable; pero quedaría la casa en las mejores condiciones posibles de habitabilidad. ¿Qué más se podía pedir?

Por otra parte, bajo aquel sombrío crepúsculo, en medio de las ráfagas de nieve, medio enterrada bajo los hielos, blanca desde la base hasta la extremidad superior del tejado, con sus líneas grasientas, sus humos grises arremolinados por el viento, aquella casa de invernantes presentaría aún un aspecto extraño, sombrío, lamentable, que un artista no podría olvidar.

El plan de la nueva casa estaba, pues, concebido; faltaba solamente ejecutarlo, de lo cual se encargaron el maestro Mac-Nap y sus peones.

Mientras los carpinteros trabajaban, los cazadores de la expedición, los encargados de su aprovisionamiento, no permanecían ociosos. Para todos había ocupación.

El maestro Mac-Nap fue a elegir, ante todo, los árboles necesarios para su construcción. Encontró en lo alto de las colinas gran número de esos pinos que tanto recuerdan al pino escocés. Eran árboles de mediana altura, muy a propósito para la casa que se trataba de edificar. En efecto, en estas ordinarias viviendas, muros, suelos, techos, tabiques, puntales y refuerzos se hacen todos con tablas, maderos y vigas.

Como es fácil comprender, esta clase de construcciones sólo exige una mano de obra muy elemental, de suerte que Mac-Nap podía proceder sin muchos requisitos, lo cual no perjudicaría en nada la solidez de la casa.

El maestro Mac-Nap eligió árboles bien rectos, que hizo cortar a un pie del suelo. Despojados de sus ramas un centenar de estos pinos, sin descortezar ni escuadrar, quedaron convertidos en vigas de veinte pies de longitud. El hacha sólo los labró en sus extremidades, para formar en ellas las espigas y muescas que debían fijarlos los unos a los otros. Esta operación exigió solamente algunos días para quedar terminada, y pronto aquellos maderos, arrastrados por los perros, fueron transportados a la meseta que debía ocupar la casa principal, la cual había sido previamente nivelada.

El piso, formado por una mezcla de tierra y arena, fue perfectamente apisonado. Las hierbas cortadas y los desmirriados arbustos que lo tapizaban habían sido quemados de antemano, y las cenizas resultantes de su cremación

formaron en la superficie una capa espesa, absolutamente impermeable a la humedad, obteniendo de esta suerte Mac-Nap un suelo limpio y seco, sobre el cual pudo establecer con toda seguridad los primeros cimientos.

Una vez terminados estos trabajos preliminares, en cada ángulo de la casa y en los puntos correspondientes a cada pared divisoria, colocáronse verticalmente los pilares que debían sostener el armazón del edificio, haciendo penetrar algunos pies en la tierra sus extremidades, después de haberlas endurecido a fuego. Estas perchas, un poco escopleadas en sus caras laterales, recibieron las vigas que formaban la pared propiamente dicha, dejando entre ellas los huecos correspondientes a las puertas y ventanas. Por su parte superior fueron reunidas todas estas vigas por medio de largueros que, bien encastrados en sus mortajas, consolidaron así el conjunto de la construcción. Estos largueros figuraban las cornisas de las dos fachadas, y sobre sus extremidades descansáronse las vigas del techo, cuya puntas inferiores sobresalían de la pared, como los aleros de un tejado. Sobre el cuadro del entablamento se alinearon las viguetas del techo, y sobre la capa de cenizas las del suelo.

Inútil es decir que lo mismo estas viguetas que las de las paredes exteriores e interiores, sólo fueron yuxtapuestas. En ciertos puntos, y para asegurar mejor su unión, el herrero Rae habíalas taladrado, ligándolas por medio de largas chavetas de hierro, a las que se forzó a entrar merced a fuertes golpes de mazo.

Pero la yuxtaposición no podía ser perfecta, y fue preciso tapar herméticamente los intersticios. Con este fin, empleó Mac-Nap con éxito el calafateado, que tan bien impermeabiliza los costados y fondo de los buques; y para el calafateo valióse, a guisa de estopa, de una especie de musgo seco que abundantemente alfombraba la vertiente oriental del promontorio que formaba el cabo Bathurst. Este musgo fue introducido en los intersticios por medio de botadores batidos a martillazos, y en cada ranura vertió el maestro carpintero varias capas de brea caliente que extrajeron de los pinos. Las paredes y los suelos construidos de este modo presentaban una impermeabilidad perfecta, siendo su espesor una garantía contra los vientos huracanados y los fríos del invierno.

La puerta y las ventanas, abiertas en ambas fachadas, eran toscas, pero sólidas. Estas últimas tenían, en vez de cristales, esa substancia córnea, amarillenta, apenas diáfana, que produce la cola de pescado seca; pero forzosamente era preciso contentarse con aquello. Además, durante la buena estación era preciso tener constantemente abiertas las ventanas con objeto de ventilar la casa; y, durante el invierno, como no había que esperar claridad ninguna de aquel cielo obscurecido por la noche ártica, las ventanas debían permanecer, por el contrario, siempre herméticamente cerradas por gruesas portezuelas provistas de resistentes herrajes capaces de soportar los embates

de las tempestades.

En el interior de la casa quedó todo rápidamente arreglado. Una doble puerta, instalada detrás de la primera en el departamento que formaba la antecámara, permitía a las personas que entraban o salían pasar por una temperatura media entre la interior y la exterior. De esta manera, el viento, cargado de frialdades agudas y de humedades glaciales, no podía llegar tampoco directamente hasta las habitaciones.

Instaláronse además las bombas de aire traídas del fuerte Confianza, a fin de poder modificar en la proporción debida la atmósfera de la habitación, en el caso en que los fríos demasiado vivos impidiesen en absoluto la apertura de puertas y ventanas. Una de estas bombas debería arrojar el aire del interior cuando se hallase demasiado cargado de elementos deletéreos, y la otra introducir el aire puro del exterior, para renovar el viciado de todos los compartimientos. El teniente Hobson dedicó a esta instalación, que, en casos necesarios, debía prestar inestimables servicios, sus más exquisitos cuidados.

El principal utensilio de la cocina fue un amplio fogón de fundición que habían traído desarmado del fuerte Confianza. El herrero Rae sólo tuvo que tomarse el trabajo de montarlo, lo que no fue operación ni larga ni difícil; pero los tubos destinados a la salida del humo, lo mismo el de la cocina que el de la estufa del salón, reclamaron más tiempo e ingenio. No era posible utilizar los tubos de palastro, porque no hubieran resistido mucho tiempo los embates del viento equinoccial, y fue preciso emplear materiales de mayor resistencia. Después de varios ensayos, que no dieron el resultado apetecido, decidióse Jasper Hobson a utilizar otra materia distinta de la madera. Si hubiese tenido piedra a su disposición, la dificultad habría sido rápidamente vencida; pero ya se ha dicho que, por una rareza bastante inexplicable, no había piedras de ninguna clase en los alrededores del cabo Bathurst.

En cambio, también se ha consignado, las conchas se acumulaban por millones sobre la arena de las playas.

—Está bien —dijo el teniente Hobson al maestro Mac-Nap—, fabricaremos con conchas marinas los tubos de nuestras chimeneas.

—¡De conchas marinas! —exclamó el carpintero.

—Sí, Mac-Nap —respondió Jasper Hobson—; de conchas trituradas, calcinadas y convertidas en cal, con la cual fabricaremos unas especies de losetas que utilizaremos como los ladrillos ordinarios.

—¡Bien! ¡Pues vaya por las conchas! —respondió el carpintero.

La idea del teniente Hobson era buena y fue puesta en práctica al punto. La playa se hallaba cubierta de un número incalculable de conchas calcáreas que

formaban parte de las piedras calizas que constituyen la capa inferior de los terrenos terciarios. El carpintero Mac-Nap hizo recoger varias toneladas de ellas, y construyó una especie de horno para descomponer, por medio de la cocción, al carbonato que entra en la composición de estas conchas marinas, obteniendo de esta suerte una cal muy a propósito para los trabajos de albaflilería.

En esta operación se invirtieron doce horas. Tal vez exageraríamos si dijéramos que Jasper Hobson y Mac-Nap obtuvieron por estos elementales procedimientos una cal de primera, grasa, exenta de toda materia extraña, que se deshacía al contacto del agua, aumentaba de volumen como los productos de buena calidad y podía formar una pasta aglutinante con un exceso de líquido; pero tal como era, pudo utilizarse convenientemente para la construcción de las chimeneas de la casa. En pocos días, elevábanse por encima del tejado dos tubos cónicos, cuyo espesor era una garantía contra los embates del viento.

Paulina Barnett felicitó al teniente y al carpintero por haber llevado a cabo felizmente y en poco tiempo aquella difícil obra.

—¡Ahora lo que es necesario es que las chimeneas tiren bien! —añadió con sonrisa picaresca.

—¡Ya lo creo que tirarán, señora! —respondió filosóficamente Jasper Hobson—. ¡No lo dude usted un momento! ¡Todas las chimeneas tiran!

La gran obra quedó en el plazo de un mes completamente acabada, señalándose el día 6 de agosto para celebrar la inauguración de la casa.

Pero, mientras que Mac-Nap y sus hombres trabajaban sin descanso, y la señora Joliffe organizaba los servicios culinarios, su esposo, el sargento Long y los cazadores Marbre y Sabine, dirigidos por Jasper Hobson, habían explorado los alrededores del cabo Bathurst, comprobando, con gran satisfacción, que abundaban en ellos los animales de pelo y pluma.

Las cacerías no estaban organizadas aún, tratando más bien los cazadores de explorar el país. Sin embargo, lograron apoderarse de algunas parejas de renos vivos, que resolvieron domesticar, con objeto de que se reprodujeran y les suministraran leche, encerrándolos, a tal fin, dentro de una empalizada, que se construyó al efecto, a unos cincuenta pasos de la casa, y encargando especialmente de su custodia y cuidado a la esposa del herrero Rae, que, por ser india, era muy entendida en todos estos asuntos.

Paulina Barnett quiso ocuparse, ayudada por su fiel Madge, en la organización interior, y no debía tardar en sentirse la bienhechora influencia de esta buena e inteligente mujer en una multitud de detalles en los que Jasper Hobson y sus compañeros jamás probablemente habríanse ocupado.

Después de haber explorado el territorio en un radio de varias millas, reconoció el teniente que formaba una vasta península cuya superficie medía una extensión de ciento cincuenta millas cuadradas, aproximadamente, unida al continente americano por un istmo de cuatro millas de ancho, cuando más, el cual se extendía desde el fondo de la bahía de Wasburn, al Este, hasta una escotadura correspondiente de la costa opuesta. La delimitación de esta península, a la que bautizó Jasper Hobson con el nombre de Península Victoria, quedaba de esta suerte perfectamente marcada.

Jasper Hobson quiso saber en seguida qué recursos ofrecían la laguna y el mar y no tardó en ver su curiosidad favorablemente satisfecha. Las aguas de la laguna, aunque muy poco profundas, eran muy abundantes en pesca y prometían una gran reserva de truchas, sollos y otros peces de agua dulce, con lo que debía contarse.

El riachuelo daba asilo a apetitosos salmones que remontaban con facilidad su corriente, y a familias bulliciosas de blancas y de esperinques.

El litoral del mar parecía menos ricamente poblado que la laguna; pero, de vez en cuando, veíanse pasar a lo largo enormes catáceos, ballenas y cachalotes, que huían sin duda alguna de los arpones de los pescadores que recorren el estrecho de Behring, y no parecía imposible que alguno de aquellos mamíferos viniese a varar en la costa, que era sin duda la única manera de que los colonos del cabo Bathurst se pudiesen apoderar de algunos ejemplares.

Por lo que respecta a la parte de la playa situada al Oeste, era a la sazón frecuentada por numerosas familias de focas; pero Jasper Hobson recomendó a sus compañeros que no diesen inútilmente caza a estos animales, pues más adelante verían si convenía sacar partido de ellos.

El 6 de agosto tomaron posesión los colonos del cabo Bathurst de su nueva residencia, asignándole previamente, por unanimidad, y tras una discusión en la que todos tomaron parte, un nombre de buen augurio.

Aquella apartada mansión, o, mejor dicho, aquel fuerte, que era entonces el puesto más avanzado con que contaba la Compañía en el litoral americano, fue bautizado con el nombre de fuerte Esperanza.

Y si en la actualidad no figura en los mapas más recientes de las regiones árticas, es porque le estaba reservada una suerte terrible, en un porvenir muy cercano, en detrimento de la cartografía moderna.

## **ALGUNAS EXCURSIONES**

El arreglo de la nueva morada efectuóse rápidamente. La cama de campaña instalada en el gran salón quedó lista bien pronto. El carpintero Mac-Nap había fabricado una amplia mesa, de gruesos pies, pesada y maciza, que por grande que fuese el peso de los manjares jamás la haría crujir. Alrededor de esta mesa hallábanse dispuestos bancos no menos sólidos, pero fijos, y, por consiguiente, poco a propósito para justificar la denominación de muebles con que sólo son designados los objetos movibles. Algunos asientos sueltos y dos amplios armarios completaban, por último, el mobiliario de aquel departamento.

La cámara del fondo estaba lista también. Espesos tabiques dividíanla en seis camarotes, de los cuales únicamente dos recibían luz por las dos ventanas extremas abiertas en las fachadas anterior y posterior. El mobiliario de cada camarote componíase tan sólo de un lecho y de una mesa. Paulina Barnett y Madge ocuparon el que daba directamente a la laguna. Jasper Hobson había ofrecido a Tomás Black el otro camarote iluminado por la ventana que daba al patio, y el astrónomo no se hizo repetir la invitación, tomando posesión de él al instante. Por lo que respecta a él mismo, mientras no se alojaban sus soldados en nuevos departamentos contruidos ex profeso, contentóse con una especie de celda semiobscura, inmediata al comedor, y que, mal que bien, recibía alguna luz por una claraboya abierta en la pared principal.

Las señoras Joliffe, Rae y Mac-Nap ocuparon, con sus respectivos esposos, los otros camarotes. Eran tres excelentes matrimonios, estrechamente unidos, a quienes hubiera sido una crueldad separar. Por lo demás, la pequeña colonia no debía tardar en contar con un nuevo miembro, toda vez que el maestro Mac-Nap, cierto día, no había titubeado en preguntar a Paulina Barnett si querría hacerle el honor de ser madrina para fines de año, a lo que accedió ella con gran satisfacción.

Los trineos habían sido descargados por completo, transportando los avíos de cama a las diversas habitaciones. Las herramientas, las provisiones y las municiones, de las cuales no había de hacerse un uso inmediato, almacenáronse en el desván, al cual se subía por una escalera situada en el fondo del corredor de entrada. Los vestidos de invierno, botas, abrigos y pieles fueron acondicionados en los amplios armarios, al abrigo de la humedad.

Terminados estos primeros trabajos, ocupóse el teniente en la calefacción de la casa. Mandó recoger, en las colinas próximas, una considerable provisión de combustible, por no ignorar que en ciertas semanas de invierno sería imposible salir al exterior. Pensó también en utilizar la presencia de las locas en el litoral para procurarse una abundante reserva de aceite, toda vez que los fríos polares es preciso combatirlos por los procedimientos más enérgicos. Por orden suya y bajo su dirección, establecióse en la casa unos condensadores destinados a recoger la humedad interior, aparatos que sería fácil

desembarazar del hielo de que se llenarían en invierno.

La cuestión de la calefacción, que era de las más graves, preocupaba en extremo a Jasper Hobson.

—Señora —decía algunas veces a la viajera—, soy hijo de las regiones árticas, poseo alguna experiencia de las cosas, y, sobre todo, he leído y releído muchos relatos referentes a las invernadas. Todas las precauciones son pocas cuando se trata de pasar la estación fría en estas comarcas. Es preciso preverlo todo, porque un olvido, uno solo, puede ocasionar irreparables catástrofes durante las invernadas.

—Lo creo, señor Hobson —respondió Paulina Barnett—, y veo con satisfacción que el frío tendrá en usted un adversario terrible. Pero ¿no asigna usted la misma importancia a la cuestión relativa a la alimentación?

—La misma, señora, y abrigo la esperanza de poder vivir a expensas de lo que produce el país con objeto de economizar nuestras reservas. Por eso, dentro de unos días, cuando nos encontremos completamente instalados, organizaremos cacerías para refrescar nuestros víveres. Por lo que respecta a la cuestión de los animales dotados de rica piel, trataremos de resolverla más tarde y de abarrotar los almacenes de la Compañía. No es, por otra parte, la época de cazar la marta, el armiño, la zorra ni otros animales análogos. Aún no han echado el pelo de invierno, y sus pieles perderían el veinticinco por ciento de su valor si las almacenásemos ahora. No. Limitémonos por lo pronto a rellenar la despensa del fuerte Esperanza. Los renos, los alces, los wapitis, si es que han avanzado algunos hasta estos elevados parajes, deben constituir el único objetivo de nuestros cazadores; porque, en efecto, me preocupa bastante la cuestión de alimentar a veinte personas y sesenta perros.

Bien se echa de ver en seguida que el teniente era un hombre de orden que en todo quería obrar con método, y, si sus compañeros le secundaban, tenía la seguridad de salir airoso de su difícil empresa.

El tiempo, en esta época del año, era casi siempre magnífico. El período de las nieves rio debía comenzar antes de transcurrir cinco semanas. Cuando la casa principal estuvo terminada, mandó proseguir Jasper Hobson los trabajos de carpintería, haciendo construir una amplia perrera destinada a guarecer los tiros de perros, la cual fue emplazada al pie mismo del promontorio, apoyada sobre sus propios flancos, y a unos cuarenta pasos del costado derecho de la casa. A la izquierda, y enfrente de la perrera, debería emplazarse el alojamiento para los soldados, en tanto que los almacenes y el polvorín ocuparían la parte anterior del recinto.

Jasper Hobson, con prudencia tal vez exagerada, resolvió construir este recinto antes de la llegada del invierno. Una buena empalizada, sólidamente

construida y hecha de troncos bien aguzados, debería garantizar la factoría no solamente contra los ataques de los animales mayores, sino también contra las agresiones de los hombres, en caso de que se presentase alguna partida enemiga, ora fuese de indios, ora de cualquier otra raza. El teniente no había echado en olvido las huellas encontradas en el litoral, a menos de doscientas millas del fuerte Esperanza. Conocía los violentos procedimientos de los cazadores nómadas, y pensó que valía más, en todo caso, prevenirse contra un golpe de mano. Trazóse, pues, la línea de circunvalación de manera que rodease la factoría, y en los dos ángulos anteriores que miraban a la laguna, encargóse el maestro Mac-Nap de construir dos pequeñas garitas de madera, muy convenientes para abrigar a los centinelas.

Con un poco de diligencia, y con aquellos denodados obreros que trabajaban sin descanso, sería posible terminar estas nuevas construcciones antes de que llegase el invierno.

Durante este tiempo, organizó Jasper Hobson diversas cacerías. Aplazó por algunos días la expedición que proyectaba contra las focas del litoral, y ocupóse más especialmente en los rumiantes cuya carne, seca y conservada, debería asegurar la alimentación de los habitantes del fuerte durante la mala estación.

Así, pues, a partir del 8 de agosto, Sabine y Marbre, unas veces solos, otras acompañados por el teniente y el sargento Long, que eran también excelentes cazadores, batieron diariamente la campiña en un radio de varias millas. A menudo les acompañaba también la incansable Paulina Barnett, siempre con su fusil, que manejaba con extraordinaria destreza, y a quien nunca dejaban atrás sus compañeros de caza.

Durante todo el mes de agosto, estas expediciones fueron muy productivas, y el desván destinado a guardar las provisiones se iba llenando rápidamente. Es preciso decir que ni Sabine ni Marbre ignoraban todas esas astucias que conviene emplear en estos territorios, especialmente con los renos, cuya desconfianza es extraordinaria. ¡Con qué paciencia orientábanse para caminar siempre cara al viento, a fin de no ser husmeados por el sutil olfato de estos animales!

A veces los atraían agitando por encima de los jarales de abedules enanos algún magnífico trofeo de las cacerías anteriores, y los renos, o por mejor decir, los caribúes, designándolos con el nombre que los indios les dan, engañados por la apariencia, se aproximaban al alcance de los cazadores, que nunca erraban el tiro.

Con frecuencia, también, un pájaro delator, bien conocido de Marbre y de Sabine, una especie de búho diurno, del tamaño de una paloma, señalábales la guarida de los caribúes. Llamaba a los cazadores lanzando un grito, parecido

al de los niños pequeños, justificando de este modo el nombre de monitor con que le designaban los indios.

De este modo fueron muertos unos cincuenta rumiantes, cuya carne, cortada a largas tiras, formó una provisión considerable, en tanto que sus pieles deberían servir para la confección de calzados.

No fueron exclusivamente los caribúes quienes contribuyeron a acrecentar las reservas alimenticias; las liebres polares, que se habían multiplicado prodigiosamente en aquellos territorios, aportaron también su contingente. No se mostraban tan espantadizas como sus congéneres de Europa, y se dejaban matar de la manera más estúpida.

Eran grandes roedores, de orejas largas, ojos pardos, y pelo blanco como el plumón de los cisnes, y pesaban de diez a quince libras. Los cazadores mataron gran número de estos animales, cuya carne es realmente succulenta, ahumándose centenares de ellas, sin contar con las muchas que las hábiles manos de la señora Joliffe transformaron en apetitosos pasteles.

Pero, mientras se acumulaban así los recursos para lo porvenir, no se descuidaba tampoco la alimentación cotidiana. Muchas de aquellas liebres polares servían para plato del día, y ni los cazadores ni los obreros del maestro Mac-Nap eran gentes capaces de desdeñar un trozo de caza fresca y sabrosa. En el laboratorio de la señora Joliffe sufrían estos roedores las más variadas combinaciones culinarias, y la hábil mujercilla se daba excelentes trazas, con gran satisfacción de su esposo, que andaba siempre solicitando para ella elogios que, por otra parte, nadie le regateaba.

Algunas aves acuáticas servían así mismo para variar la comida diaria. Además de los patos que abundaban en las orillas de la laguna, conviene citar otras aves que se dejaban caer en numerosas bandadas en los sitios donde crecían algunos raquíuticos sauces. Pertenecían a la especie de las perdices, las cuales no carecen de denominaciones zoológicas. Por eso, cuando Paulina Barnett preguntó por vez primera a Sabine cuál era el nombre de aquellas aves, le respondió el cazador:

—Señora, los indios las llaman tetraos de los sauces, pero, para nosotros, los cazadores europeos, son verdaderos gallos silvestres.

A decir verdad, parecían perdices blancas, con grandes plumas moteadas de negro en la extremidad de la cola. Constituían una caza excelente, que sólo necesitaba una ligera cochura en un fuego bastante vivo.

A estas diversas especies de caza añadieron su contingente las aguas del riachuelo y la laguna. El más entendido en materia de pesca era el cachazudo y pacífico sargento Long. Ya dejase que los peces mordiesen su anzuelo bien cebado, ya azotase las aguas con su sedal provisto de anzuelos sin cebo

alguno, nadie podía rivalizar con él en habilidad y paciencia, si se exceptúa la fiel Madge, la compañera de Paulina Barnett. Estos dos aventajados discípulos del célebre Isaac Walton permanecían sentados, durante horas enteras, uno al lado de la otra, con la caña en la mano, acechando sus presas, sin pronunciar una sola palabra; pero, gracias a ellos, no faltó el pescado jamás, pues extraían diariamente del riachuelo y la laguna magníficos ejemplares de la familia de los salmones.

Durante estas excursiones, que hubieron de prolongarse casi diariamente hasta fines de agosto, tuvieron los cazadores que habérselas con frecuencia con animales muy peligrosos. Jasper Hobson comprobó, no sin cierta aprensión, que abundaban mucho los osos en aquella parte del territorio. En efecto, era raro que transcurriese un día sin que se advirtiese la presencia de alguna pareja de estos formidables carnívoros, contra los que se hicieron numerosos disparos. Unas veces, descubríase una manada de osos pardos, muy comunes en toda la región de la llamada Tierra Maldita; otras, una familia de osos polares, de talla gigantesca, a quienes los primeros fríos obligarían a aproximarse en mayor número a los alrededores del cabo Bathurst. En efecto, en los relatos de las grandes invernadas es fácil observar que los exploradores o los balleneros se hallan expuestos muchas veces al día a un encuentro con estos feroces carnívoros.

Marbre y Sabine descubrieron también muchas veces grandes manadas de lobos que, al aproximarse los cazadores, huían como una ola que se desplaza. Se les oía ladrar, sobre todo cuando corrían en persecución de un reno o un wapiti. Eran grandes lobos grises, de tres pies de elevación, dotados, de larga cola, y cuya piel se blanquea cuando se aproxima el invierno. Aquel territorio tan poblado ofrecía una alimentación abundante y segura, y por eso abundaban en él.

No era raro encontrar en ciertos parajes cubiertos de bosque, madrigueras con varias entradas, en las que se guarecen estos animales lo mismo que las zorras. Sin embargo, en esta época, como se hallaban hartos, huían de los cazadores en cuanto advertían su presencia, con esa cobardía que distingue a los de su raza; pero, cuando les hostigase el hambre, aquellos animales podían constituir un serio peligro debido a su gran número; y aquellas madrigueras eran la demostración más palpable de que no abandonaban la región ni aun durante los fríos del invierno.

Un día, los cazadores llevaron al fuerte Esperanza un animal horrible, que todavía no habían visto ni Paulina Barnett, ni el astrónomo Tomás Black. Tratábase de un plantígrado que tenía bastante semejanza con el glotón de América; un espantoso carnívoro, de cuerpo abultado y piernas cortas, armado de garras encorvadas y de formidables mandíbulas, de ojos feroces y duros y lomo flexible como el de todos los felinos.

—¿Qué horrible animal es ése? —preguntó Paulina Barnett.

—Señora —respondió Sabine, que era siempre algo dogmático en sus respuestas—, un escocés le diría que es un quickhatch, un indio, que es un okelcoohaw-gew, un canadiense, que es un carcajou...

—¿Y vosotros, cómo le llamáis? —preguntó Paulina Barnett.

—Un glotón, señora —respondió Sabine, evidentemente satisfecho del giro que había dado a su respuesta.

En efecto, glotón era la verdadera denominación zoológica de aquel singular cuadrúpedo, temible roedor nocturno, que se cobija en los huecos de los árboles y en las quebras de las peñas, gran destructor de castores, ratas almizcleras y otros roedores, enemigo declarado del lobo y de la zorra, a quienes no teme disputarles sus presas; animal muy astuto, de musculatura de acero y finísimo olfato, que se encuentra hasta en las más elevadas latitudes, y cuya piel, de pelo corto, casi negra durante el invierno, da un contingente importante a las exportaciones de la Compañía.

Durante estas excursiones, la flora del país había sido estudiada con la misma atención que la fauna. Pero los vegetales eran necesariamente menos variados que los animales, por carecer de la facultad que poseen éstos de buscar durante la estación invernal otros climas más benignos.

El pino y el abeto eran los árboles que más abundaban en las colinas que bordeaban la orilla oriental de la laguna. Jasper Hobson observó también algunos tacamahacs, especies de álamos balsámicos de gran altura, cuyas hojas, amarillas al nacer, adquieren un matiz verdoso al final de la estación. Pero estos árboles eran raros, lo mismo que algunos alerces raquíuticos a quienes los rayos oblicuos del sol no lograban vivificar.

Ciertos abetos negros crecían más frondosos, sobre todo en las quebradas gargantas abrigadas contra los vientos del Norte. La presencia de este árbol fue acogida con satisfacción, porque con sus yemas fabricase una cerveza bastante estimada, conocida en la América del Norte con el nombre de cerveza de abeto. Hízose una buena recolección de estas yemas, que fueron almacenadas en el desván del fuerte Esperanza.

Los otros vegetales consistían en abedules enanos, arbustos de dos pies de altura, propios de los climas muy fríos, y en grupos de cedros que suministran una leña excelente para la calefacción.

En cuanto a los vegetales silvestres que brotan espontáneamente en aquella tierra avara y podían ser utilizados para la alimentación, eran en extremo raros. La señora Joliffe, a quien la botánica positiva interesaba muy de cerca, no había encontrado nada más que dos plantas dignas de figurar en su cocina.

Una, una raíz bulbosa, difícil de descubrir, toda vez que pierde la hoja en el preciso momento en que entra en el período de floración, no era otra cosa que el puerro silvestre, el cual suministraba una abundante cosecha de cebollas, del tamaño de un huevo de gallina, que fueron acertadamente empleadas a manera de legumbres.

La otra planta, conocida en todo el Norte de América con el nombre de té del Labrador, crecía abundantemente a orillas de la laguna, entre los grupos de sauces y madroños, y constituye el alimento favorito de las liebres polares. Este té, hecho en efusión en agua hirviendo, y adicionándole algunas gotas de coñac o de ginebra, constituye una excelente bebida; y la provisión que se hizo de esta planta permitió economizar el té chino traído del fuerte Confianza.

Pero, para obviar la escasez de vegetales alimenticios, habíase previsto Jasper Hobson de cierta cantidad de granos que pensaba sembrar cuando llegase la ocasión oportuna. Consistían principalmente en semillas de coclearia y acederas, cuyas propiedades antiescorbúticas son muy apreciadas en aquellas latitudes. El teniente abrigaba la esperanza de que, eligiendo un terreno abrigado contra las brisas agudas que queman como una llama toda la vegetación, prevalecerían las semillas en la próxima estación.

Por lo demás, la farmacia del nuevo fuerte no se hallaba desprovista de sustancias antiescorbúticas. La Compañía había proporcionado algunas cajas de limones y limas, inestimables productos de los cuales no puede prescindir ninguna, expedición polar; pero importaba economizar estas reservas, lo mismo que otras muchas, porque una serie de temporales podría interrumpir las comunicaciones entre el fuerte Esperanza y las factorías del Sur.

## **A QUINCE MILLAS DEL CABO BATHURST**

Habían llegado los primeros días de septiembre. Dentro de tres semanas, aun en las más favorables circunstancias, los malos tiempos interrumpirían los trabajos. Era necesario, pues, darse prisa. Afortunadamente, las nuevas construcciones se habían llevado a cabo con notable rapidez. El maestro Mac-Nap y sus peones realizaban verdaderos prodigios de actividad. A la perrera sólo le faltaban ya los últimos martillazos, y la empalizada alzabase ya casi entera siguiendo el perímetro trazado previamente para el fuerte. Entonces procedióse a construir la poterna que debía dar acceso al patio interior. La empalizada, construida con gruesas estacas puntiagudas, de quince pies de altura, formaba una especie de bastión en su parte anterior; pero, a fin de completar el sistema de fortificación, era preciso coronar la cumbre del cabo Bathurst, que dominaba la posición.

Como se ve, el teniente Hobson era partidario del recinto continuo y los fuertes destacados, que constituyen un gran adelanto en el arte de los Váuban y de los Cormontaigne. Pero mientras no se coronaba el cabo, la empalizada era muy suficiente para poner las nuevas construcciones al abrigo de un golpe de garra, sino de un golpe de mano.

El 4 de septiembre decidió Jasper Hobson que se dedicase el día a la caza de los anfibios del litoral. Tratábase, en efecto, de abastecerse a la vez de combustible y de luz, antes que comenzasen los fríos.

El campamento de las focas hallábase a unas quince millas de distancia. Jasper Hobson propuso a Paulina Barnett que se incorporase a la expedición, cosa que aceptó la viajera, no porque la matanza proyectada ofreciese para ella atractivos, sino para ver el país y contemplar los alrededores del cabo Bathurst, pues precisamente aquella parte del litoral, con su costa acantilada, despertaba su curiosidad en un grado extraordinario.

El teniente Hobson designó para que le acompañasen al sargento Long y a los soldados Petersen, Hope y Kellet.

La expedición partió a las ocho de la mañana, seguida de dos trineos, tirados por seis perros cada uno, los cuales deberían transportar al fuerte los cuerpos de los anfibios.

Como los trineos iban vacíos, el teniente, Paulina Barnett y sus acompañantes tomaron asiento en ellos. El tiempo era bueno; pero las brumas concentradas en el horizonte tamizaban los rayos del sol, cuyo disco amarillento en esta época del año permanecía ya oculto durante algunas horas de la noche.

Esta parte del litoral, al Oeste del cabo Bathurst, presentaba una superficie absolutamente llana, que se elevaba apenas algunos metros sobre el nivel del océano Polar; y esta disposición del suelo llamó la atención del teniente Hobson, por la siguiente razón.

Las mareas son muy vivas en los océanos árticos, o, al menos, así se cree. Muchos navegantes que las han observado, como Parry, Franklin, los dos Ross, Mac Clure y Mac Clintock, han visto subir el mar, en la época de las sicigias, de veinte a veinticinco pies sobre su nivel medio. Si esta observación era exacta, y no existía motivo para poner en duda la veracidad de los expresados marinos, trataba el teniente Hobson de explicarse por qué causa el océano, hinchado bajo la acción de la Luna, no invadía aquel litoral tan poco elevado sobre el nivel del mar, ya que ningún obstáculo, ni dunas, ni protuberancia alguna del suelo, se oponía a la propagación de las aguas; por qué motivos el fenómeno de las mareas no iba acompañado de la sumersión completa del territorio hasta los límites más apartados del horizonte, y no

provocaba la mezcla de las aguas del lago y del océano Glacial. Sin embargo, era evidente que esta sumersión no se producía y que nunca se había efectuado.

Jasper Hobson no pudo por menos de hacer esta observación, lo que indujo a su compañera a responderle que indudablemente, y a pesar de cuanto se hubiera dicho, las mareas eran insensibles en el océano Glacial Ártico.

—Al contrario, señora —respondió Jasper Hobson—, todas las noticias de los navegantes se hallan de acuerdo acerca de que el flujo y reflujo son muy pronunciados en los mares polares, y no es posible admitir que todas sus observaciones sean falsas.

—Entonces, señor Hobson —replicó Paulina Barnett—, ¿quiere usted explicarme por qué las olas del océano no inundan esta región que no se eleva arriba de diez pies sobre el nivel de la bajamar?

—¡Ah, señora! —exclamó Jasper Hobson—; eso es precisamente lo que en este momento me preocupa, que no sé cómo explicarme este hecho. Desde que hace un mes, nos hallamos en este litoral, he observado en varias ocasiones que el nivel del mar apenas si se eleva un pie en circunstancias ordinarias, y casi me atrevería a asegurar que, dentro de quince días, el 22 de septiembre, en pleno equinoccio, es decir, en el momento en que adquiere el fenómeno su máxima intensidad, el desplazamiento de las aguas no llegará a pie y medio en las playas del cabo Bathurst. Poco hemos de vivir para no verlo.

—Pero, en fin, señor Hobson, ¿cuál es la explicación de este hecho? Porque todo en el mundo tiene su explicación.

—Pues bien, señora —respondióle el teniente—, aquí ocurre una de estas dos cosas: o los navegantes han efectuado mal sus observaciones, lo que no puedo admitir tratándose de personajes de la altura de Franklin, Perry, Ross y otros, o las mareas son nulas en este punto preciso del litoral americano, tal vez por las mismas razones que las hacen insensibles en ciertos mares interiores, entre otros el Mediterráneo, donde la proximidad de los continentes que los cercan y la estrechez de los canales no dan suficiente acceso a las aguas del Atlántico.

—Admitamos esta última hipótesis, señor Jasper —respondió Paulina Barnett.

—No hay otro remedio —respondió el teniente, sacudiendo la cabeza—; y, sin embargo, no me satisface del todo, porque presumo que debe existir alguna singularidad natural que no atino a comprender.

A las nueve, los dos trineos, después de haber seguido una playa constantemente llana y arenosa, llegaron a la bahía ordinariamente frecuentada

por las focas. Dejáronse atrás los tiros a fin de no espantar a estos animales, a quienes importaba sorprender en la orilla.

¡Cuán diferente era esta parte del territorio de la que confinaba con el cabo Bathurst!

En el punto donde los cazadores habíanse detenido, el litoral, caprichosamente quebrado y carcomido, por decirlo así, removido de un modo singular en toda su extensión, delataba evidentemente su origen plutónico, bien distinto, en efecto, de las formaciones sedimentarias que caracterizaban los alrededores del cabo.

El fuego de las épocas geológicas, y no el agua, había, sin duda alguna, formado aquellos terrenos. La piedra que faltaba en el cabo Bathurst, particularidad, digámoslo de paso, no menos explicable que la ausencia de las mareas, reaparecía allí bajo la forma de bloques erráticos y rocas profundamente encastradas en el suelo. Por todas partes, sobre una arena negruzca y en medio de lavas vesiculares, veíanse esparcidos guijarros pertenecientes a esos silicatos aluminosos comprendidos bajo el nombre colectivo de feldespatos, cuya presencia demostraba de un modo irrefutable que aquel litoral no era más que un terreno de cristalización. Sobre su superficie brillaban innumerables labradoritas, guijarros variados, de vivos e irisados reflejos, azules, rojos y verdes; y después, de trecho en trecho, algunas obsidias y trozos de piedras pómez. Por detrás extendíanse largos acantilados, que se elevaban a doscientos pies sobre el nivel del mar.

Jasper Hobson resolvió trepar hasta la cima de estos acantilados con objeto de examinar desde allí toda la parte oriental de la región. Tenía tiempo para ello, pues la hora de la caza de las focas no había llegado aún. Veíanse solamente algunas parejas de estos anfibios, retozando en la playa, y convenía esperar a que se reuniese el mayor número posible de ellos, a fin de sorprenderlos durante la siesta, es decir, durante el sueño que el sol del mediodía provoca en estos mamíferos marinos.

El teniente Hobson reconoció además que aquellos anfibios no eran focas propiamente dichas como sus gentes le habían anunciado. Pertenecían, ciertamente, al grupo de los pinnípedos; pero eran en realidad vacas y caballos marinos, que forman en la nomenclatura zoológica el género de las morsas, distinguiéndose por sus caninos superiores, que forman largos colmillos dirigidos hacia abajo.

Los cazadores, contorneando la pequeña bahía, por la que tan gran predilección parecían sentir aquellos animales, y a la que dieron el nombre de bahía de las Morsas, treparon por los cantiles del litoral. Petersen, Hope y Kellet permanecieron sobre un pequeño promontorio a fin de vigilar a los anfibios; en tanto que Paulina Barnett, Jasper Hobson y el sargento llegaban a

la cumbre de aquellas escabrosas prominencias desde donde se descubrían todos los accidentes de la región que los rodeaba; cuidando, empero, de no perder de vista a sus tres compañeros que tenían el encargo de prevenirles, por medio de una señal convenida, cuando el número de morsas reunidas fuese ya suficiente.

En un cuarto de hora, el teniente, su compañera y el sargento llegaron a la cumbre más alta, desde donde pudieron contemplar fácilmente todo el territorio que se extendía ante sus ojos.

A sus pies se extendía el mar inmenso que cerraba por el Norte el horizonte del cielo. No se descubría tierra alguna, ni bancos de hielo, ni icebergs. El océano se hallaba libre de hielos aún más allá de donde alcanzaba la vista, y, probablemente, bajo aquel paralelo, aquella porción del mar Ártico debía ser navegable hasta el estrecho de Behring. Durante el estío, los buques de la Compañía podrían, pues, fácilmente recalar en el cabo Bathurst por el paso del Noroeste.

Volviéndose hacia el Oeste, descubrió Jasper Hobson una comarca completamente nueva y halló la explicación de aquellos despojos volcánicos que infestaban realmente el litoral.

A unas diez millas alzábanse unas colinas ignívolas, en forma de conos truncados, que no podían verse desde el cabo Bathurst por ocultarlas el cantil, y cuyos contornos se destacaban muy confusamente sobre el cielo, cual si una mano trémula hubiese dibujado su perfil. Jasper Hobson, después de haberlas observado con atención, mostróselas con el dedo al sargento y a Paulina Barnett, y luego, sin decir nada, volvió la vista hacia la región opuesta.

Por el Este, prolongábase la playa hasta el cabo Bathurst, sin la menor irregularidad, sin un solo movimiento del terreno. Un observador provisto de un buen antejo hubiera podido descubrir a lo lejos el fuerte Esperanza, y hasta el humo blanquecino que en aquellos momentos deberían despedir los hornillos de la señora Joliffe.

Por detrás, ofrecía el territorio dos aspectos bien diferentes. De Este a Sur se extendía una vasta llanura de varios centenares de millas cuadradas, que confinaba con el cabo. Por el contrario, a espaldas de los cantiles, desde la bahía de las Morsas hasta las montañas volcánicas, el país, espantosamente abrupto, indicaba claramente que debía su origen a una sacudida eruptiva.

El teniente observaba el marcado contraste que presentaban aquellas dos porciones del territorio, que, preciso es confesarlo, le parecía muy extraño.

—¿Piensa usted, mi teniente —preguntóle el sargento Long de improviso — que esas montañas que cierran por el Oeste el horizonte son volcanes?

—Sin duda alguna, sargento —respondió Jasper Hobson—. Ellas son las que han lanzado hasta aquí estos trozos de piedra pómez, estas obsidianas, estas, innumerables labradoritas, y, con sólo avanzar dos o tres millas, pisarían nuestros pies sobre lavas y cenizas.

—¿Y cree usted, mi teniente, que esos volcanes se encuentran todavía en actividad? —preguntó el sargento.

—A eso no me es posible responder.

—Sin embargo, en este momento no se descubre humo alguno sobre sus cráteres.

—Eso no es una razón, sargento Long. ¿Acaso lleva usted siempre la pipa en la boca? —No, señor, mi teniente.

—Pues bien, sargento Long; con los volcanes ocurre exactamente lo mismo. No humean constantemente.

—Le comprendo a usted, mi teniente —respondió el sargento Long—; pero lo que no me explico es que existan volcanes en los continentes polares.

—No hay muchos —observó Paulina Barnett.

—No, señora —respondió el teniente Hobson—; pero existe, sin embargo, cierto número de ellos: en la isla de Juan Mayen, en las Aleutinas, en Kamchatka, en la América rusa, en Islandia, y además, en el Sur, en la Tierra del Fuego en los continentes australes. Estos volcanes no son más que las chimeneas de ese amplísimo laboratorio central donde se fabrican los productos químicos del Globo, y me parece que el Creador de todas las cosas ha abierto esas chimeneas en todos los lugares donde las ha creído necesarias.

—Sin duda, mi teniente —respondió el sargento—; ¡pero en el Polo, en estos climas glaciales!...

—¡Qué importa eso, sargento! ¡Qué más da que sea en el Polo o en el Ecuador! Hasta me atrevería a decir que estos respiraderos deberían ser más numerosos en los alrededores de los Polos que en ningún otro punto de la Tierra.

—Y, ¿por qué, mi teniente? —preguntó el sargento, a quien pareció sorprender extraordinariamente la afirmación de Hobson.

—Porque si estas válvulas se han abierto bajo la presión de los gases interiores, ha debido esto ocurrir en los lugares en que la corteza terrestre posee menor espesor; y, en virtud del aplastamiento de la tierra por los polos, parece natural que... Pero ya veo la señal que nos hace Kellet —exclamó de improviso el teniente, interrumpiendo su argumentación—. ¿Quiere usted acompañarnos, señora?

—Los esperaré a ustedes aquí, señor Hobson —respondió la viajera—. ¡Esa matanza de morsas no tiene verdaderamente ningún atractivo para mí!

—Entendido, señora —respondió Jasper Hobson—; y si quiere usted reunirse con nosotros dentro de una hora, emprenderemos juntos el camino de regreso.

Quedóse Paulina Barnett en la cumbre del cantil, contemplando el variado panorama que se extendía ante su vista, y un cuarto de hora después Jasper Hobson y el sargento Long llegaban a la playa.

Las morsas eran numerosas entonces, pudiéndose contar un centenar de ellas. Algunas se arrastraban por la arena con ayuda de sus pies palmeados y cortos; pero la mayor parte de ellas dormían, agrupadas por familias. Uno o dos de los machos mayores, que medían tres metros de longitud, de pelo poco espeso y de color pardusco, parecían vigilar, a modo de centinelas, el resto de la manada.

Los cazadores tuvieron que avanzar con suma prudencia, aprovechando el abrigo de las rocas y las ondulaciones de la tierra, con objeto de cercar algunos grupos de morsas y cortarles la retirada hacia el mar, toda vez que estos animales son en tierra pesados, poco ágiles y torpes. Caminan a saltitos o produciendo con el lomo cierto movimiento de arrastre. Pero dentro del agua, que es su verdadero elemento, se convierten de nuevo en peces ágiles, en nadadores temibles que ponen en peligro con frecuencia a los botes que los persiguen.

Los grandes machos desconfiaban, sin embargo; parecían presentir un peligro próximo. Levantaban la cabeza y dirigían la mirada en todas direcciones; pero antes de que hubiesen tenido tiempo de dar la señal de alarma, Jasper Hobson y Kellet se lanzaron por un lado, y el sargento, Petersen y Hope por el otro, e hirieron con sus balas cinco morsas, rematándolas después con sus picas, mientras el resto de la piara se precipitaba en el mar.

La victoria había sido fácil. Los cinco anfibios eran de gran tamaño. El marfil de sus colmillos, aunque algo granoso, parecía ser de primera calidad; pero lo que más apreciaba Jasper Hobson eran sus cuerpos abultados y grasosos, que prometían suministrar una gran cantidad de aceite. Fueron inmediatamente colocadas en los trineos, y con ellas ya tenían carga suficiente los perros.

Era entonces la una, y en aquel momento reunióse con sus compañeros la señora Paulina Barnett, y todos emprendieron, por la playa, el camino de regreso, en demanda del fuerte Esperanza.

No es preciso decir que la vuelta se hizo a pie, por ir los trineos completamente cargados. Sólo había que recorrer unas diez millas, pero

siempre en línea recta, y no hay nada que parezca tan largo como un camino que carezca de recodos, como dice muy acertadamente un antiguo proverbio inglés.

Por eso, para distraerse de la monotonía del viaje, hablaron los cazadores de una porción de asuntos. Paulina Barnett tomaba parte con frecuencia en su conversación, instruyéndose de este modo, gracias a los conocimientos especiales de aquellas buenas gentes. Pero la verdad era que no se caminaba muy de prisa.

Aquellas masas carnosas constituían para los perros una carga demasiado pesada, y los trineos se deslizaban en muy malas condiciones. Sobre una capa de nieve endurecida, los perros habrían franqueado en menos de dos horas la distancia que separaba la bahía de las Morsas del fuerte Esperanza.

Varias veces tuvo Jasper Hobson que hacer alto para proporcionar algunos instantes de reposo a sus perros, que estaban casi agotados.

—Estas morsas —observó el sargento Long— hubieran hecho muy bien en establecer sus reales más cerca de nuestro fuerte, y así no nos darían tanto trabajo.

—No habrían encontrado allí ningún lugar favorable —respondió el teniente Hobson, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett, sorprendida de aquella respuesta.

—Porque estos anfibios sólo frecuentan las playas de pendiente suave, por las cuales se pueden arrastrar cuando salen del agua.

—¿Pero el litoral del cabo...?

—El litoral del cabo —respondió Jasper Hobson— está acantilado como el muro de una fortaleza, careciendo en absoluto de playa. Diríase que había sido cortado a pico. He aquí, señora, otra singularidad inexplicable de este territorio; y cuando nuestros pescadores quieran pescar en sus orillas, tendrán que usar sedales de trescientas brazas de longitud, cuando menos. ¿Cuál es la causa de esta disposición? No lo sé; pero me inclino a creer que, hace muchísimos siglos, una rotura violenta, debida a algún accidente volcánico, habrá separado del litoral una porción del continente, que se tragó el océano Glacial.

## DOS DISPAROS

Había transcurrido la primera mitad del mes de septiembre. Si el fuerte Esperanza hubiese estado situado en el Polo mismo, es decir, 20° más alto en la latitud, el 21 de aquel mes la noche polar hubiérale dejado ya sumido en las tinieblas. Pero en el paralelo de 70°, el sol seguiría describiendo diariamente su órbita circular por encima del horizonte durante más de un mes todavía. La temperatura, no obstante, empezaba ya a refrescar de una manera sensible. Durante la noche descendía el termómetro a 31° Fahrenheit, que equivalen a 1° centígrado bajo cero, y empezaban a formarse nuevos hielos, que los últimos rayos solares se encargaban de disolver durante el día. Algunas borrascas de nieve descargaban entre los chubascos de agua y viento, y la estación invernal se aproximaba a pasos de gigante.

Pero los habitantes de la nueva factoría podían esperarla sin zozobra. Las provisiones que tenían almacenadas eran más que suficientes. Las reservas de caza seca habían sido acrecentadas; habían sido muertas otras veinte morsas más; Mac-Nap había tenido tiempo de construir un establo bien abrigado, con destino a los renos domésticos, y, a la espalda de la casa, un amplio cobertizo, que estaba abarrotado de leña. El invierno, es decir, la noche, el frío, la nieve, el hielo, podían venir cuando lo considerasen oportuno, pues todo estaba dispuesto para recibirlos dignamente.

Pero después de haber proveído a las necesidades futuras de los habitantes del fuerte, pensó Jasper Hobson en los intereses de la Compañía. Se aproximaba el momento en que los animales dotados ya del pelo propio del invierno constituían presas magníficas. La época era favorable para batirlos a tiros, mientras no se cubriese la tierra uniformemente de nieve, permitiendo tenderles lazos. Jasper Hobson organizó, pues, cacerías.

En aquellas elevadas latitudes no era posible contar con el concurso de los indios, que son, por lo general, quienes proveen de pieles a las factorías; porque estos indígenas frecuentan los territorios más meridionales.

El teniente Hobson, Marbre, Sabine y dos o tres de sus compañeros tuvieron, pues, que cazar por cuenta de la Compañía; y, como se comprenderá, no les faltó ocupación.

Había sido señalada la presencia de una tribu de castores en un afluente del riachuelo, a seis millas, sobre poco más o menos, del fuerte, y contra ellos dirigió Jasper Hobson su primera expedición.

En épocas anteriores, cuando en la sombrerería se utilizaba principalmente el pelo de castor, solía éste valer hasta cuatrocientos francos el kilo; pero, si el empleo de su pelo ha disminuido mucho, sus pieles, sin embargo, conservan todavía en los mercados un precio considerable, superior al que antes obtenían; porque esta raza de roedores, cruelmente perseguida, tiende a desaparecer.

Los cazadores trasladáronse por el río al lugar indicado, donde el teniente hizo admirar a Paulina Barnett las ingeniosas disposiciones que estos animales adoptan para preparar convenientemente su ciudad submarina. Había un centenar de castores que ocupaban por parejas madrigueras construidas en las proximidades del afluente. Pero ya habían comenzado la construcción de su ciudad de invierno, en la que asiduamente trabajaban.

A través de este arroyuelo, de aguas rápidas y bastante profundas para que sus capas inferiores no se helasen ni aun en los más rigurosos inviernos, los castores habían construido un dique, un poco arqueado hacia arriba. Consistía este dique en una sólida trabazón de estacas clavadas verticalmente, entrelazadas con ramas flexibles y troncos de árboles que se apoyaban transversalmente en ellas; el conjunto se hallaba ligado y cementado con tierra arcillosa, amasada previamente por los pies de los roedores, de cuya cola ovalada y larga, aplastada horizontalmente y recubierta de pelos escamosos se sirven a manera de paleta para formar pellas de arcilla, con la que revisten uniformemente toda la madera del dique.

—Este dique, señora —dijo Jasper Hobson—, ha tenido por objeto dar al río un nivel constante, y ha permitido a los ingenieros de la tribu establecer más arriba esas cabañas de forma redonda cuyas cúpulas está usted viendo. Son sólidas construcciones cuyas paredes de madera y arcilla miden dos pies de espesor, y no es posible penetrar en su interior más que por una estrecha puerta situada debajo del agua, lo que obliga a cada uno de sus habitantes a sumergirse, cuando quiere entrar o salir de su casa; pero, por otra parte, garantiza la seguridad de la familia. Si se destruye una de estas cabañas, se ve que está compuesta de dos pisos: uno inferior, que sirve de almacén para las provisiones de invierno, tales como ramas, cortezas y raíces, y otro superior, al cual no llega el agua, y donde el propietario habita con su familia.

—Pero no veo ninguno de estos industriosos animales —dijo Paulina Barnett—. ¿Habrán abandonado por ventura la construcción de la aldea?

—No, señora —replicó el teniente Hobson—; pero en estos momentos los obreros están descansando, entregados al sueño; porque estos animales sólo trabajan de noche, y los vamos a sorprender en sus mismas madrigueras.

Y, en efecto, la captura de aquellos roedores no ofreció la menor dificultad. En el transcurso de una hora, fueron apresados más de un centenar de ellos, entre los cuales había algunos de gran valor comercial, toda vez que sus pieles eran absolutamente negras. Los otros tenían un pelaje sedoso, largo, brillante, pero de un matiz rojo, tirando a castaño, bajo el cual se percibía un vello fino y tupido, de color gris argentado. Los cazadores regresaron al fuerte sumamente satisfechos del resultado de la cacería. Las pieles de los castores fueron almacenadas y registradas bajo la denominación de pergaminos o jóvenes

castores, según su precio.

Durante todo el mes de septiembre y hasta mediados de octubre, aproximadamente, prosiguieron estas expediciones, que dieron excelentes resultados.

Se cogieron algunos tejones; pero en corta cantidad. Estos son muy buscados por su piel, que sirve para guarnecer los collerones de los caballos de tiro, y por su pelo, del que se fabrican pinceles y brochas. Estos carnívoros, que no son en realidad más que unos osos pequeños, pertenecen a la especie de los tejones carcajus, que son peculiares de la América del Norte.

Otros ejemplares de la tribu de los roedores, y casi tan industriosos como el castor, ingresaron en gran cantidad en los almacenes de la factoría. Eran ratas almizcleras, de más de un pie de longitud, sin contar con el rabo, y cuya piel es bastante estimada. Se las coge en sus propias madrigueras, sin trabajo, porque pululan con esa abundancia peculiar de su especie.

Algunas especies de la familia de los felinos, tales como los linceos, exigieron el empleo de las armas de fuego. Estos animales, ágiles y flexibles, de pelaje rojo claro moteado de manchas negruzcas, a quienes temen hasta los mismos renos, no son, en realidad, más que lobos cervales que se defienden con intrepidez. Pero no eran aquéllos los primeros linceos con que se las habían Sabine y Marbre, quienes mataron unas cinco docenas de ellos.

Algunos glotones, de piel bastante hermosa, fueron cazados también en las mismas condiciones.

Los armiños se mostraron raras veces. Estos animales, que forman parte de la tribu de las martas, lo mismo que los vesos, no lucían aún su bello ropaje de invierno, que es enteramente blanco, si se exceptúa un punto negro en la extremidad de la cola. Su pelaje era todavía rojo, por encima, y de un color gris amarillento, por debajo, y por este motivo Jasper Hobson había recomendado a sus compañeros que los respetaran por el momento. Era preciso esperar y dejar que madurasen, valiéndonos de la expresión del cazador Sabine, es decir, que se blanqueasen con el frío del invierno.

Por lo que respecta a los vesos, cuya caza es muy desagradable a causa del olor fétido que despiden, se cogieron gran número de ellos, unas veces sorprendiéndolos en los huecos de los árboles, que les sirven de madrigueras, y otras persiguiéndolos a tiros, cuando se escurrían por entre las ramas.

Las martas propiamente dichas fueron objeto de una caza especial. Sabido es cuan estimadas son las pieles de estos carnívoros, aunque no alcancen tan elevado valor como las cebellinas, que ostentan un pelaje obscuro en invierno; pero las cebellinas sólo frecuentan las regiones septentrionales de Europa y del Asia, hasta Kamchatka, siendo los siberianos quienes con más actividad las

persiguen. Sin embargo, en el litoral americano del mar Ártico se encuentran otras martas cuyas pieles conservan todavía un gran valor, tales como el visón y el pekán, conocidos también con el nombre de martas del Canadá.

Estas martas y visones, durante el mes de septiembre, sólo proporcionaron a la factoría un número muy escaso de pieles. Son animales tan ágiles como vivos, de cuerpo largo y delgado que les ha valido la denominación de vermiformes. Y, en efecto, pueden alargarse como un gusano, y escurrirse, en su consecuencia, por las más estrechas rendijas; de suerte que bien se comprende que pueden escapar fácilmente de la persecución de los cazadores, siendo mucho más fácil cazarlos por medio de trampas durante la estación invernal.

Marbre y Sabine sólo esperaban el momento favorable de convertirse en laceros, convencidos de que, al llegar la primavera, no faltarían ni martas ni visones en los almacenes de la Compañía.

Para terminar la relación de las pieles con que se enriqueció el fuerte Esperanza durante estas expediciones, conviene hablar de las zorras azules y de las argentadas, a las cuales se considera en los mercados de Rusia y de Inglaterra como los más valiosos animales de piel fina.

Por encima de todas ellas debemos colocar la zorra azul, conocida zoológicamente con el nombre de isatis. Este precioso animal tiene el hocico negro y el pelo ceniciento o rubio obscuro, pero jamás azul como pudiera creerse. Su pelaje es muy largo, tupido y suave; es admirable y posee todas las cualidades que constituyen la belleza de una piel: suavidad, solidez, longitud de pelo, espesor y color. La zorra azul es indiscutiblemente el rey de los animales de piel fina; y, por eso, su piel vale seis veces más que cualquier otra, y un manto perteneciente al emperador de Rusia, hecho todo entero con piel de cuello de zorra azul, que es la parte más estimada, fue tasado, en la exposición de Londres de 1851, en 3.400 libras esterlinas, equivalentes a 85.000 francos.

Algunas de estas zorras habían sido vistas en los alrededores del cabo Bathurst; pero los cazadores no habían podido apoderarse de ellas, porque estos carnívoros son astutos, ágiles y difíciles de atrapar; pero se logró matar una docena de zorras argentadas, cuyo pelo, de un espléndido color negro, se halla punteado de blanco. Aunque la piel de estas últimas no tenga tanto valor como la de las zorras azules, es, no obstante, un rico despojo que alcanza un alto precio en los mercados de Rusia e Inglaterra.

Una de estas zorras argentadas era un animal soberbio, cuya talla sobrepujaba un poco a la de la zorra común. Tenía las orejas, el lomo y la cola de un color negro de humo; pero el extremo de su apéndice caudal y la parte superior de sus cejas eran blancos.

Las especiales circunstancias en que fue muerta esta zorra merecen ser relatadas con todos sus detalles, porque justificaron ciertas aprensiones del teniente Hobson, así como ciertas precauciones que había creído conveniente adoptar.

En la mañana del 24 de septiembre, dos trineos habían conducido a Paulina Barnett, al teniente, al sargento Long, a Marbre y a Sabine a la bahía de las Morsas. La víspera de aquel día, algunos hombres del destacamento habían descubierto huellas de zorras sobre las rocas entre las cuales crecían raquíuticos arbustos, e indicios indiscutibles que delataban su paso. Excitada la codicia de los cazadores, trataron de volver a encontrar aquella pista que les prometía despojos de alto precio, y, en efecto, sus pesquisas no resultaron estériles. Dos horas después de su llegada, una hermosa zorra argentada rodaba por el suelo sin vida.

Viéronse después dos o tres ejemplares más de estos carnívoros, y los cazadores dividiéronse entonces. Mientras Marbre y Sabine se lanzaban sobre la pista de una zorra, el teniente Hobson, Paulina Barnett y el sargento Long trataron de cortar la retirada a otro hermoso animal que procuraba esconderse tras las rocas.

Fue naturalmente preciso rivalizar en astucia con aquel animal que se arrastraba prudentemente con objeto de no exponer parte alguna de su cuerpo al choque de las balas.

Prolongóse la persecución por espacio de una hora sin resultado alguno. Sin embargo, el animal hallábase cercado por tres flancos, y el mar le cerraba el cuarto; y haciéndose cargo bien pronto de lo comprometido de su situación, resolvió escapar de ella dando un salto prodigioso que no dejase a los cazadores otro recurso que no fuese tirarle al vuelo.

Brincó, pues, salvando una roca; pero Jasper Hobson, que la estaba acechando, en el momento mismo en que la vio pasar como una sombra, saludóla con una bala.

En el mismísimo instante, escuchóse otro disparo, y la zorra, mortalmente herida, cayó al suelo.

—¡Hurra!, ¡hurra! —gritó Jasper Hobson—. ¡Es mía!

—¡Y mía! —respondió un extranjero, hollando con su pie el cuerpo del animal en el momento en que el teniente la iba a coger con la mano.

Jasper Hobson retrocedió, estupefacto. Había creído que la segunda bala había partido del fusil del sargento, y se hallaba en presencia de un cazador desconocido cuya escopeta humeaba todavía.

Los dos rivales miráronse cara a cara.

Paulina Barnett y el sargento Long llegaron entonces, y Marbre y Sabine no tardaron en reunírseles, mientras una docena de hombres, contorneando las peñas, se aproximaban al extranjero, que se inclinó cortésmente ante la viajera.

Era un hombre de elevada estatura, que ofrecía el tipo perfecto de esos viajeros canadienses cuya competencia tanto temía Jasper Hobson. Llevaba aquel cazador el traje tradicional que el novelista americano Washington Irving ha descrito de un modo tan exacto: manta dispuesta en forma de capote, camisa de algodón a rayas, anchos pantalones de paño, polainas de cuero, mocasines de piel de gamuza, cinturón de lana abigarrada, del cual pendían el cuchillo, la bolsa del tabaco, la pipa y algunos utensilios de campamento; en una palabra, un traje medio salvaje, medio civilizado. Cuatro de sus compañeros estaban vestidos como él, aunque no con tanta elegancia. Los otros ocho, que les servían de escolta, eran indios chipewayos.

Jasper Hobson no se equivocó; tenía frente a sí a un francés, o, por lo menos, a un descendiente de los franceses del Canadá, y tal vez un agente de las compañías americanas, encargado de vigilar el establecimiento de la nueva factoría.

—Esta zorra me pertenece, caballero —dijo el teniente, después de algunos momentos de silencio, durante los cuales su adversario y él se habían contemplado de hito en hito.

—Le pertenecerá a usted si es usted quien la ha matado —respondió el desconocido, en correcto inglés, aunque con ligero acento extranjero.

—Se equivoca usted, caballero —replicó con bastante viveza Jasper Hobson—. Este animal me pertenece aun cuando lo haya matado su bala de usted, y no la mía.

Una desdeñosa sonrisa acogió esta respuesta, henchida de todas las pretensiones que la Compañía se arrogaba sobre los territorios de la bahía de Hudson, del Atlántico al Pacífico.

—Según eso, caballero —replicó el desconocido, apoyándose con elegancia sobre su escopeta—, ¿usted considera que la Compañía de la Bahía de Hudson es la dueña absoluta de todo este dominio del Norte de América?

—Sin duda de ningún género —respondió el teniente Hobson—; y si usted, caballero, pertenece, cual supongo, a alguna sociedad americana...

—A la Compañía de Peletería de San Luis —dijo el cazador, inclinándose.

—Creo —prosiguió el teniente— que le sería a usted muy difícil mostrar una disposición soberana que le otorgue el menor privilegio sobre parte ninguna de este territorio.

—¡Disposiciones soberanas! ¡Privilegios! —dijo el canadiense con desdén

—. Esas son palabras de la vieja Europa que suenan mal en América.

—¡Es que no está usted en América, sino sobre el suelo mismo de Inglaterra! —respondió, con altivez, Jasper Hobson.

—Señor teniente —respondió el cazador, animándose un poco—, no es éste el momento indicado para entablar semejante discusión. Conocemos desde hace larga fecha cuáles son las pretensiones de Inglaterra en general y de la Compañía de la Bahía de Hudson en particular acerca de estos territorios de caza; pero creo que, tarde o temprano, se encargarán los acontecimientos de modificar este estado de cosas, y que América será americana desde el estrecho de Magallanes hasta el Polo Norte.

—No lo creo —respondió secamente Jasper Hobson.

—Como quiera que sea —replicó el canadiense—, le propongo que dejemos a un lado la cuestión internacional. Sean cuales fueren las pretensiones de la Compañía, es evidente que, en las comarcas más septentrionales del continente, y especialmente en este litoral, pertenece la tierra a quien la ocupe. Ustedes han fundado una factoría en el cabo Bathurst; pues bien, nos abstendremos de cazar en sus tierras, y ustedes, por su parte, respetarán las nuestras cuando las Peleterías de San Luis hayan establecido otro fuerte en otro punto enclavado en los límites septentrionales de América. La frente del teniente arrugóse, porque no se le ocultaba que, dentro de un porvenir no lejano, la Compañía de la Bahía de Hudson tendría que luchar con formidables rivales hasta en el litoral; que sus pretensiones relativas a la posesión de todos los territorios de la América del Norte no serían respetados y que surgirían frecuentes tiroteos entre los competidores. Pero comprendió al mismo tiempo que no era, efectivamente, el momento oportuno para discutir una cuestión de privilegios, y observó sin disgusto que el cazador, con cortesía exquisita, conducía el debate por otro derrotero.

—Por lo que hace referencia —dijo el viajero canadiense— al asunto que ventilamos de momento, su importancia es muy escasa, y creo que debemos zanjarlo como buenos cazadores. Su escopeta de usted y la mía son de diferente calibre, de suerte que sus balas es fácil reconocerlas. ¡Llévese, pues, la zorra quien la haya, de los dos, muerto realmente!

La proposición era justa. La cuestión relativa a la propiedad del animal derribado podía resolverse de aquel modo con certeza.

Examinado minuciosamente el cadáver de la zorra, viose que tenía alojadas en su cuerpo las balas de los dos cazadores: una, en un costado; la otra, en el corazón, siendo esta última la del canadiense.

—Este animal es de usted —dijo Jasper Hobson, disimulando mal su despecho, al ver pasar tan magnífica pieza a manos de un extranjero.

El viajero tomó la zorra, y, en el momento en que todos creyeron que se la iba a echar al hombro y a marcharse con ella, exclamó, adelantándose hacia Paulina Barnett:

—Las señoras son muy aficionadas a las pieles hermosas. ¡Si supiesen con qué fatigas, y, a menudo, con qué peligros se las obtiene, tal vez no las codiciarían tanto! Pero el hecho es que les gustan con pasión. Permítame, pues, señora, que le ofrezca ésta, en recuerdo de nuestro encuentro.

Paulina Barnett no se atrevía a aceptar; pero el cazador canadiense habíale ofrecido aquella magnífica piel con tanta gracia y de un modo tan sincero, que su negativa hubiera constituido una ofensa.

La viajera aceptó, pues, y dio al extranjero las gracias.

En seguida, inclinóse éste ante Paulina Barnett, saludó después a los ingleses, y desapareció entre las rocas del litoral, seguido de sus compañeros.

El teniente y los suyos emprendieron el regreso al fuerte Esperanza; empero, Jasper Hobson marchaba muy pensativo. La situación del nuevo establecimiento, fundado con tanto cariño por él, era ya conocida por una compañía rival, y aquel encuentro con el viajero canadiense le dejaba entrever grandes dificultades para lo porvenir.

## LA APROXIMACIÓN DEL INVIERNO

Corría ya el 21 de septiembre. El sol pasaba entonces por el equinoccio de otoño, es decir, que el día y la noche tenían igual duración para el mundo entero.

Las sucesivas alternativas de obscuridad y de luz habían sido acogidas con gran satisfacción por los habitantes del fuerte, quienes dormían mejor durante las horas de la noche. En efecto, la vista reposa y se rehace en las tinieblas, sobre todo cuando algunos meses de perpetuo sol la han fatigado de una manera obstinada.

Durante el equinoccio se sabe que las mareas son ordinariamente muy vivas, porque, cuando el Sol y la Luna se encuentran en conjunción, súmase su doble influencia para acreditar la intensidad del fenómeno. Aquélla era, pues, la ocasión de observar con cuidado la amplitud de las mareas que iban a producirse sobre el litoral del cabo Bathurst.

Jasper Hobson había establecido algunos días antes una especie de mareógrafo, a fin de evaluar exactamente la diferencia de nivel de las aguas entre la bajamar y la pleamar; y pudo comprobar también esta vez que, a pesar

de las observaciones de los navegantes, la influencia solar y lunar apenas se dejaban sentir en aquella porción del océano Glacial. La marea era casi nula, lo cual estaba en abierta contradicción con las noticias que acerca de este asunto se tenían.

—¡Aquí hay algo que no es natural! —se dijo el teniente Hobson.

La verdad es que no sabía qué pensar; pero otros nuevos cuidados absorbieron su atención, y no trató por más tiempo de explicarse aquella anomalía.

El día 29 de septiembre modificóse el estado de la atmósfera. El termómetro descendió a 41° Fahrenheit (5° centígrados bajo cero); cubrióse el cielo de brumas, que pronto se resolvieron en lluvia, y la mala estación avanzaba a grandes pasos.

La señora Joliffe, antes de que la nieve cubriese el suelo, ocupóse en las siembras. Era de esperar que las semillas de acederas y codearías, abrigadas bajo las capas de nieve, resistieran la crudeza del clima y germinasen al llegar la primavera. Un terreno de varios acres de extensión, situado al abrigo de los cantiles del cabo, había sido labrado de antemano, y fue cubierto de simiente en los últimos días de septiembre.

No quiso esperar Jasper Hobson la llegada de los grandes fríos para hacer que sus compañeros se vistiesen de invierno; de suerte que no tardaron en estar convenientemente abrigados, llevando ropa de lana a raíz de la carne, capotes de piel de gamuza, pantalones de cuero de foca, gorros de piel de abrigo y botas impermeables. Puede decirse que lo mismo se hizo con las habitaciones, tapizando con pieles sus paredes, a fin de impedir que, debido a ciertos descensos de la temperatura, se formasen capas de hielo en sus superficies.

El maestro Rae instaló entonces los condensadores destinados a recoger el vapor de agua suspendido en el aire, los cuales deberían ser vaciados dos veces por semana. En cuanto a la estufa, se fue graduando el fuego, según las variaciones de la temperatura exterior, de modo que la interior se mantuviera a 50° Fahrenheit, que equivalen a 10° centígrados sobre cero. Por otra parte, la casa no tardaría en ser recubierta por una espesa capa de nieve, que evitaría toda pérdida del calor interno, abrigándose la esperanza de poder combatir eficazmente por todos estos medios los dos principales enemigos de los invernantes: el frío y la humedad.

El 2 de octubre, la columna termométrica había bajado aún más, y las primeras nieves invadieron todo el territorio que rodea al cabo Bathurst. La brisa era suave, así que no formó esos torbellinos, tan comunes en las regiones polares, a los que dan los ingleses la denominación de drifts. Una vasta

alfombra blanca, uniformemente dispuesta, confundió bien pronto en un mismo color el cabo, el recinto del fuerte y la dilatada playa del litoral.

Sólo las aguas del mar y de la laguna, que no estaban heladas todavía, contrastaban por su tinte grisáceo, opaco y sucio. Sin embargo, en la parte septentrional del horizonte distinguíanse los primeros icebergs que se destacaban sobre el cielo brumoso. Aun no se había formado el gran banco de hielo; pero ya la naturaleza acopiaba los materiales que el frío se encargaría de cimentar bien pronto para formar esta impenetrable barrera.

Los primeros hielos no tardaron, por otra parte, en solidificar las superficies líquidas del mar y de la laguna. El fenómeno comenzó por esta última, apareciendo de trecho en trecho, sobre su superficie, grandes manchas de un color blanco grisáceo, precursoras de una helada próxima que favorecía la calma de la atmósfera.

En efecto, habiéndose mantenido el termómetro durante toda la noche a 15° Fahrenheit (9° centígrados bajo cero), la laguna amaneció al día siguiente con una superficie lisa que hubiera satisfecho a los más exigentes patinadores de la Serpentina. Además, en el horizonte, el cielo presentaba un color especial que designan los balleneros con el nombre de blink, producido por la reverberación de los campos de hielo.

El mar no tardó tampoco en helarse en una extensión inmensa. Formóse poco a poco un vasto campo de hielo, mediante la agregación de los témpanos esparcidos, y se soldó al litoral. Pero la superficie de este campo de hielo oceánico no era ya tersa y lisa como la de la laguna. La agitación de las olas había alterado su pureza. Ondeaban acá y allá grandes piezas solidificadas, imperfectamente reunidas por sus bordes, algunos de esos hielos flotantes conocidos bajo la denominación de drift-ices, y, en fin, en muchos lugares notábanse protuberancias, extumescencias a menudo muy pronunciadas, producidas por la presión, a las que los balleneros designan con el nombre de hummocks, que quiere decir montículo.

El aspecto del cabo Bathurst y de sus alrededores transformóse por completo en pocos días. Paulina Barnett, perpetuamente extasiada, asistía a aquel espectáculo tan nuevo para ella. ¡Cuántos padecimientos y fatigas no hubiera dado por bien empleados su alma de viajera por poder contemplar tamañas maravillas! ¡Nada tan sublime como aquella invasión del invierno, como aquella toma de posesión de las regiones hiperbóreas por el frío invernal! Ninguno de los puntos de vista, ninguno de los sitios hasta entonces observados por ella podía ser reconocido. La comarca se metamorfoseaba, y un país nuevo nacía ante sus miradas; un país impregnado de una tristeza grandiosa.

Desaparecían los detalles, y las nieves no dejaban al paisaje más que sus

grandes líneas, que apenas se esfumaban en medio de las brumas. Era una decoración que reemplazaba a otra con una intrepidez mágica. Ya no existía mar alguno en el sitio donde antes se extendía el vasto océano; el suelo de colores variados había desaparecido bajo una deslumbradora alfombra de nieve. Las selvas de diversos árboles habíanse convertido en una confusión de siluetas retorcidas, cubiertas por la escarcha. Del sol radiante ya no quedaba más que un pálido reflejo: un disco descolorido que, arrastrándose a través de las nieblas, describía en el cielo un arco de escasísima altura durante bien pocas horas. Por fin, el horizonte del mar, que antes se dibujaba netamente sobre el cielo, había sido reemplazado por una interminable cadena de icebergs, caprichosamente descantillada, que formaba esa banca infranqueable que la naturaleza ha interpuesto entre el Polo y sus audaces exploradores.

¡A cuántas conversaciones dieron pie las maravillosas transformaciones de aquella región ártica! Tomás Black fue el único tal vez que permaneció insensible a las sublimes bellezas de aquel espectáculo. Pero ¿qué podía esperarse de un astrónomo tan absorto, y que, hasta entonces, no había formado parte realmente del personal de la pequeña colonia? Aquel sabio exclusivo vivía sólo para la contemplación de los fenómenos celestes; no se paseaba más que por las azules vías del firmamento, y sólo abandonaba una estrella para dirigirse a otra. Y precisamente se le cerraba su cielo, las constelaciones desaparecían de su vista, un velo impenetrable de brumas se extendía entre sus ojos y el cénit. ¡Estaba verdaderamente furioso! Pero Jasper Hobson lo consoló prometiéndole que no tardarían en llegar las hermosas noches frías tan propicias para las observaciones astronómicas, para el estudio de las auroras boreales, los halos, las paraselenes y tantos otros fenómenos peculiares de las regiones polares, dignos de provocar su admiración.

Sin embargo, la temperatura era todavía soportable. No hacía viento, que es el que agudiza los efectos del frío; así que las cacerías prolongáronse algunos días más, encerrándose nuevas pieles en los almacenes de la Compañía, y nuevas provisiones de boca en la despensa del fuerte. Las perdices y chochas pasaban en grandes bandos, en su huida a regiones más templadas, proporcionando a la pequeña colonia una carne fresca y sana. Pululaban las liebres polares, luciendo ya su pelaje invernal. Un centenar de estos roedores, cuyo paso se reconocía fácilmente por las huellas que dejaban en la nieve, acrecentaron pronto las reservas del fuerte.

Pasaron así mismo numerosas bandadas de cisnes silbadores, una de las especies más bellas de la América del Norte, derribando los cazadores algunas parejas de ellos. Eran aves magníficas, de cuatro a cinco pies de longitud, y de blanco plumaje, si bien en la cabeza y en la parte superior del cuello presentaban un tinte cobrizo, las cuales iban a buscar, bajo una zona más hospitalaria, las plantas acuáticas y los insectos necesarios para su

alimentación, volando con una rapidez extraordinaria, porque el aire y el agua son sus verdaderos elementos.

Otros cisnes, denominados cisnes trompetas, cuyo grito recuerda el toque de un clarín, observóse así mismo que emigraban en bandos numerosos. Eran blancos también, como los silbadores, y tenían aproximadamente igual tamaño que éstos, diferenciándose de ellos por tener las patas y el pico negros. Ni Marbre ni Sabine tuvieron la suerte de derribar ninguno de estos trompetas, aunque los saludaron con sus tiros, despidiéndose de ellos hasta la vista; porque estas aves debían regresar, en efecto, con las primeras brisas de la primavera, siendo en esta época del año cuando se dejan atrapar más fácilmente. Su piel, su pluma y su plumón son causa de que los persigan con encarnizamiento los cazadores y los indios, habiendo años en que las factorías envían a los mercados del antiguo continente muchas decenas de millar de estos cisnes, que se venden a media guinea cada uno.

Durante estas excursiones, que no duraban más que algunas horas, y que los malos tiempos interrumpían con frecuencia, tropezaron a menudo con bandadas de lobos, sin necesidad de ir muy lejos, pues estos animales, cuya audacia se acrecienta cuando los hostiga el hambre, aproximábanse ya a la factoría. Tienen el olfato muy fino y los atraen las apetitosas emanaciones de las cocinas. Durante la noche, oíaseles aullar de una manera siniestra. Estos carnívoros, poco peligrosos cuando se encuentran aislados, son temibles cuando se reúnen en considerable número; por eso los cazadores no salían del recinto del fuerte sin ir perfectamente armados.

Los osos, por otra parte, mostrábanse más agresivos. No pasaba un solo día sin que se dejase ver alguno de estos animales, que avanzaban hasta el pie mismo de la empalizada cuando llegaba la noche. Algunos fueron heridos a tiros y se alejaron regando con su sangre la nieve; pero hasta el 10 de octubre, ninguno había aún entregado su preciosa piel en manos de los cazadores. Además, Jasper Hobson no permitía a sus soldados que atacasen a estas formidables fieras. Era preferible con ellas permanecer a la defensiva que atacarlas. Tal vez se aproximaba el momento en que, agujoneadas por el hambre, intentasen alguna agresión contra el fuerte Esperanza, y entonces sería ocasión de defenderse y de abastecerse a la vez.

Durante algunos días el tiempo permaneció seco y frío. La nieve presentaba una superficie dura, muy favorable a la marcha; circunstancia que se aprovechó para emprender algunas excursiones por el litoral y la región situada al Sur del fuerte. El teniente deseaba saber si los agentes de las Peleterías de San Luis habían abandonado el territorio, dejando algunas huellas de su paso; pero todas las pesquisas fueron infructuosas. Era de suponer que aquellos americanos se habrían retirado hacia algún fuerte meridional, con objeto de pasar en él los meses de invierno.

Aquellos hermosos días no duraron mucho tiempo, y, durante la primera semana de noviembre, roló el viento al Sur, y, si bien la temperatura se hizo más soportable, la nieve cayó en abundancia, no tardando en cubrir el suelo y en alcanzar una altura de muchos pies. Era necesario despejar diariamente los alrededores de la casa, y desembarazar el camino que conducía a la poterna, al cobertizo, al establo de los renos y a la perrera. Las excursiones fueron cada vez menos frecuentes, y fue preciso recurrir al empleo de las raquetas, o calzado propio para caminar sobre la nieve; porque, cuando ésta se endurece por efecto del frío, soporta sin ceder el peso de un hombre, presentando un sólido punto de apoyo, lo que permite caminar por su superficie sin dificultad alguna; pero cuando está blanda, sería imposible dar un paso sobre ella sin hundirse hasta las rodillas. Para evitar este grave inconveniente, recurren los indios al empleo de las raquetas.

El teniente Hobson y sus compañeros estaban acostumbrados a servirse de estos snow-shoes, corriendo con la ayuda de ellos sobre la nieve blanda con la misma rapidez que un patinador sobre el hielo. Paulina Barnett habíase ya acostumbrado a esta clase de calzado, y no tardó en poder rivalizar en velocidad con sus compañeros.

Diéronse también rápidos paseos lo mismo sobre la superficie de la laguna, ya helada, que por el litoral, y aun fue posible internarse varias millas por encima de la superficie del océano, porque el hielo medía entonces un espesor de varios pies. Pero fue ésta una excursión en extremo fatigosa, porque el campo de hielo era escabroso, y había por todas partes témpanos de hielo superpuestos, formando pequeñas colinas, que era preciso contornear; más lejos, la cadena de icebergs, o, mejor dicho, el gran banco de hielo, presentaba un obstáculo infranqueable, porque su cresta se elevaba a una altura de quinientos pies. Estos icebergs, pintorescamente amontonados, resultaban magníficos. Semejaban aquí las blancas ruinas de una ciudad, con sus monumentos, columnas y murallas derribadas; allá, una región volcánica, de superficie abrupta; un amontonamiento de témpanos formando cadenas de montañas, con su línea de vértices en forma de sierra, sus contrafuertes y valles; ¡toda una Suiza de hielo!

Algunas aves retrasadas, como petreles, alcas y urías, animaban aún aquella soledad y lanzaban estridentes gritos. Grandes osos blancos aparecían entre los montículos de hielo, confundiéndose con su deslumbradora blancura. A decir verdad, no faltaron a la viajera emociones, de las que participó su fiel Madge, que la acompañaba. ¡Qué lejos estaban ambas de las zonas tropicales de India y Australia!

Hiciéronse varias excursiones sobre aquel océano congelado, cuya espesa corteza hubiera soportado sin hundirse parques de artillería e inmensos monumentos; pero pronto aquellos paseos se hicieron tan penosos que hubo

necesidad de suspenderlos en absoluto. En efecto, la temperatura descendía sensiblemente, y el menor trabajo, el menor esfuerzo producía una sofocación que casi paralizaba. La intensa blancura de la nieve atacaba también los ojos, siendo imposible soportar mucho tiempo aquella reverberación que provoca numerosos casos de ceguera entre los esquimales. Y, en fin, por un singular fenómeno debido a la refracción de los rayos luminosos, las distancias, profundidades y espesores no aparecían con sus dimensiones reales; sucediendo con frecuencia que, cuando era preciso salvar la distancia de cinco o seis pies existente entre dos témpanos, la vista no medía más que uno o dos, ocasionando esta ilusión óptica caídas muy numerosas, y de serios resultados a veces.

El 14 de octubre, el termómetro acusó 3° Fahrenheit bajo cero (16° centígrados por debajo del punto de congelación del agua), temperatura difícil de soportar, y mucho más difícil aún porque el viento soplaba con fuerza. El aire parecía hecho de agujas, y el que permaneciese fuera de la casa corría grave peligro de helarse instantáneamente, si no se lograba restablecer la circulación de la sangre en la parte atacada por medio de fricciones de nieve. Varios de los huéspedes del fuerte viéronse atacados de esta congelación súbita, entre otros Garry, Belcher y Hope; pero, friccionados a tiempo, lograron escapar del peligro.

Se comprenderá fácilmente que, en estas condiciones, todo trabajo manual resultaba imposible. Además, en esta época, los días eran extremadamente cortos. El sol sólo permanecía algunas horas encima del horizonte, sucediéndole un largo crepúsculo. Iba a comenzar la verdadera invernada, es decir, la secuestración. Las últimas aves polares habían abandonado el litoral sombrío, no quedando ya más que algunas parejas de esos halcones moteados, a quienes los indios designan con el nombre de invernantes, porque permanecen en las regiones heladas hasta que principia la noche polar, y aun estos mismos no tardarían en desaparecer.

Esto hizo que el teniente Hobson activase el establecimiento de las trampas y lazos que debían quedar tendidos para el invierno en los alrededores del cabo Bathurst.

Estas trampas consistían simplemente en pesados maderos, sostenidos por otros tres que formaban una especie de número 4, dispuestos en equilibrio inestable, de suerte que el más ligero roce provoca su caída. Eran, en gran tamaño, las mismas trampas que se emplean para coger los pájaros en el campo. La extremidad del madero horizontal se cebaba con despojos de caza, y todo animal de mediano tamaño, zorra o marta, que en ellos pusiese su garra, quedaba sin remisión aplastado. Tales son las trampas que los famosos cazadores cuya vida de aventuras ha descrito Cooper de un modo tan poético, tienden durante el invierno en un espacio que comprende con frecuencia varias

millas. Por fin, quedaron establecidas unas treinta de estas trampas alrededor del fuerte Esperanza, las cuales habría que inspeccionar a intervalos no muy largos.

El 12 de noviembre acrecentóse con un nuevo miembro la pequeña colonia. La señora Mac-Nap dio a luz un robusto niño, perfectamente constituido, que fue el orgullo del maestro carpintero. Paulina Barnett fue madrina del recién nacido, a quien se impuso el nombre de Miguel Esperanza. La ceremonia del bautizo llevóse a cabo con cierta solemnidad, celebrándose en la factoría una gran fiesta en honor de aquel ser que acababa de venir al mundo más al Norte del paralelo de 70° de latitud.

Algunos días después, el 20 de noviembre, hubo de ocultarse el sol debajo del horizonte para no reaparecer antes de seis meses. ¡La noche polar había dado comienzo!

## LA NOCHE POLAR

Comenzó esta larga noche con una tempestad espantosa. El frío quizá fuese menos vivo; pero la humedad de la atmósfera era terrible. A pesar de todas las precauciones, esta humedad penetraba en la casa, y al limpiar cada mañana los condesadores, sacábanse de ellos varias libras de hielo.

En la parte exterior, pasaban las ventiscas girando como trombas. La nieve, en vez de descender verticalmente, caía casi en sentido horizontal. Jasper Hobson tuvo que prohibir que abriesen la puerta, porque penetraba tal cantidad de ella, que el corredor se hubiera obstruido casi instantáneamente. Los invernantes se encontraban ya presos.

Las hojas de las ventanas habían sido herméticamente cerradas, teniendo las lámparas que permanecer continuamente encendidas durante las horas de aquella larga noche invernal que no se consagraban al sueño.

Pero si bien la obscuridad reinaba fuera, el ruido de la tempestad había reemplazado al silencio casi absoluto de las altas latitudes. El viento, que se encallejonaba entre la casa y el cantil del promontorio, mugía con gran ímpetu, azotando de través la habitación, que temblaba sobre sus pilares; y, a no ser por la gran solidez con que se la había edificado, no hubiera resistido sus embates. Afortunadamente, la nieve, al amontonarse alrededor de sus paredes, amortiguaba el ímpetu de las huracanadas rachas. Mac-Nap sólo temía por las chimeneas, cuyo cañón exterior, construido con ladrillos de cal, podía ceder a la presión del viento. No fue así, sin embargo, pues resistieron bien; pero había que desatascar con frecuencia su orificio obstruido por la nieve.

En medio de los bramidos de la tormenta, oíanse algunas veces extraordinarios estruendos, con cuya explicación no daba Paulina Barnett. Reconocían por causa ciertos derrumbamientos de icebergs, que se producían en el mar. Repetidos por los ecos, estos ruidos recordaban el redoblar del trueno. Incesantes crepitaciones acompañaban las dislocaciones de ciertas partes de icebergs, desprendidas a consecuencia de la caída de estas montañas. Era preciso tener el alma ya muy hecha a las violencias de estos ásperos climas para no experimentar una siniestra impresión. El teniente Hobson y sus compañeros estaban ya avezados a ello, y Paulina Barnett y Madge no tardaron en acostumbrarse también. No era, por otra parte, la primera vez que experimentaban, durante sus viajes, los embates de estos vientos terribles que alcanzan una velocidad de cuarenta leguas por hora y arrastran cañones de veinticuatro. Pero allí, en el cabo Bathurst, el fenómeno se verificaba con las circunstancias agravantes de la continuidad de la noche y de la nieve. Aquel viento, que no demolía, enterraba, y era probable que a las doce horas de iniciada la tempestad, la casa, la perrera, el cobertizo y la empalizada hubiesen desaparecido bajo una capa de nieve de extraordinario espesor.

Durante el encierro, habíase organizado la vida interior de la casa. Todas aquellas gentes esforzadas se entendían entre sí perfectamente, y la existencia en común, en tan reducido espacio, deslizábase sin el menor rozamiento. ¿No estaban por ventura acostumbrados a vivir en estas condiciones lo mismo en el fuerte Empresa que en el fuerte Confianza? Por eso a Paulina Barnett no le causó extrañeza el verlos tan bien avenidos.

El trabajo por una parte, y la lectura y los juegos, por otra, ocupaban todos los instantes de su vida. El trabajo consistía en la confección y repaso de la ropa, limpieza de las armas, elaboración de calzados, redacción del diario que llevaba el teniente Hobson al día, y en el cual anotaba los menores acontecimientos de la invernada, el estado del tiempo, la temperatura, la dirección de los vientos, la aparición de meteoros, tan frecuentes en las regiones polares, etc., sin olvidar la limpieza de la casa, el barrido de las habitaciones y salas, el examen diario de las pieles almacenadas, con objeto de evitar que la humedad las alterase; la vigilancia del fuego y del buen funcionamiento de las estufas y del tiro de las chimeneas, y la incesante persecución de las moléculas de humedad que se deslizaban en los rincones.

Cada cual tenía asignado su cometido especial con arreglo a un reglamento fijo en el salón central. Sin estar recargados de trabajo, los habitantes del fuerte no se hallaban jamás desocupados. Durante este tiempo, Tomás Black cuidaba incesantemente sus instrumentos y repasaba sus cálculos astronómicos; casi siempre encerrado dentro de su camarote, renegaba de la tempestad, que le impedía toda observación nocturna. En cuanto a las tres mujeres casadas, la esposa de Mac-Nap se hallaba dedicada a su hijo, que se

desarrollaba de un modo maravilloso, en tanto que la del cabo Joliffe, ayudada por la de Rae y aguijoneada por el cazolero de su marido, presidía las operaciones culinarias.

Para las distracciones, que se verificaban en común, habíanse reservado ciertas horas del día y los domingos enteros. Consistían, ante todo, en la lectura de la Biblia y de algunos libros de viajes, pues no contaba con otros la biblioteca del fuerte: mas con ellos tenían suficientes sus tan poco exigentes habitantes. Por regla general, era Paulina Barnett la encargada de leer, y sus oyentes experimentaban un verdadero placer en escucharla. Tanto las historias bíblicas, como las aventuras de viajes, adquirían un encanto especial cuando su voz penetrante y persuasiva leía algún capítulo de los libros santos. Los personajes imaginarios, los héroes legendarios se animaban, adquiriendo una vida sorprendente; por eso todos sentían una gran satisfacción cuando la amable mujer tomaba el libro a la hora acostumbrada.

Era, por otra parte, el alma de aquel mundo pequeño, instruyéndose e instruyendo a los otros, dando y recibiendo consejos, y dispuesta siempre y a todas horas a prestar a su prójimo sus inestimables servicios. Reunía en sí todas las bondades y gracias peculiares a la mujer, combinadas con la energía moral propia del hombre, cualidades inestimables que realzaban su valer ante aquellos rudos soldados que, entusiasmados, locos, hubiesen sacrificado gustosos por ella su existencia.

Conviene advertir que Paulina Barnett hacía vida común con todos los habitantes del fuerte; que no vivía encerrada en su camarote; que trabajaba en medio de sus compañeros de internada; y que, por último, con sus amables preguntas, daba ocasión a todos para que tomasen parte en la conversación general. Ni las manos ni la lengua permanecían, pues, nunca ociosas en el fuerte Esperanza. Se trabajaba, se conversaba, y es preciso añadir que todos se encontraban satisfechos y gozaban de un excelente humor que les ayudaba a conservar una envidiable salud y a triunfar del aburrimiento de aquel prolongado encierro.

La tempestad no amainaba, sin embargo: Hacía tres días que los internantes se hallaban encerrados en la casa sin que disminuyese la intensidad de la ventisca. Jasper Hobson se impacientaba. Urgía renovar la atmósfera interior de las habitaciones, tan demasiado cargada de ácido carbónico, que ya las lámparas empezaban a palidecer en aquel medio malsano. Cuando se quiso hacer uso de las bombas de aire, viose que sus tubos estaban llenos de hielo y que no funcionaban, por lo tanto; de suerte que sólo servían para el caso en que la casa no se hallase sepultada bajo masas de nieve tan grandes. Era, pues, necesario adoptar una determinación. El teniente aconsejóse con el sargento Long y decidieron abrir, el 23 de noviembre, una de las ventanas situadas en la fachada anterior, que era el lado menos

combatido por el viento.

No fue operación sencilla; porque, si bien los batientes se abrieron con facilidad hacia dentro, no sucedió lo mismo. Con las hojas exteriores, que oprimidas por la nieve cuajada, resistieron los mayores esfuerzos, siendo preciso desmontarlas de sus goznes, y atacar después la nieve con los pico y las palas. Medía la capa de hielo por lo menos diez pies de espesor, y hubo necesidad de abrir una especie de zanja que dio bien pronto acceso al aire exterior.

Jasper Hobson, el sargento, algunos soldados y Paulina Barnett aventuráronse en seguida a salir por aquella zanja, lográndolo a duras penas, pues el viento penetraba por ella con una velocidad extraordinaria.

¡Qué aspecto el del cabo Bathurst y el de la llanura limítrofe! Eran las doce del día y apenas si algunos resplandores crepusculares matizaban el horizonte del Sur. El frío no era tan intenso como hubiera podido creerse, pues el termómetro sólo indicaba 15° Fahrenheit sobre cero (9° centígrados por debajo del punto de congelación del agua destilada); pero la ventisca seguía desencadenándose con incomparable violencia, y el teniente y sus compañeros, lo mismo que la viajera, habrían sido derribados sin remedio si la capa de nieve, en la cual se habían hundido hasta la cintura, no les hubiera defendido contra la impetuosidad del viento. No podían hablar ni veían, cegados por un torbellino de blancos copos de nieve. En menos de media hora se habrían visto sepultados. Todo a su alrededor estaba blanco; la empalizada se hallaba enterrada del todo; el techo de la casa y sus muros desaparecían bajo un promontorio de nieve, y, a no ser por dos torbellinos de humo azulado que se retorcían en el aire, nadie hubiera podido sospechar la existencia en aquel sitio de una cabaña habitada.

En estas condiciones, el paseo fue muy corto; pero la viajera había tenido tiempo de echar una ojeada rápida sobre aquel desolado paisaje. Había entrevisto el horizonte polar, batido por las nieves, y el sublime horror de las tempestades árticas, y regresó a su prisión llevando consigo un imperecedero recuerdo.

El aire de la casa había sido renovado en algunos instantes, disipándose los vapores perjudiciales bajo la acción de una corriente atmosférica vivificante y pura. El teniente Hobson y sus compañeros apresuráronse, a su vez, a refugiarse en ella, cerrando la ventana tras ellos; pero, en lo sucesivo, tuvieron buen cuidado de dejar expedita cada día la abertura, en interés de la ventilación.

Así transcurrió la semana. Afortunadamente, los renos y los perros tenían comida abundante y no fue necesario visitarlos. Los invernantes viéronse de esta suerte aprisionados por espacio de ocho días, lo cual resultaba bastante

desagradable para hombres acostumbrados a vivir al aire libre, como soldados y cazadores que eran. Por eso sucedió que, poco a poco, la lectura perdió para ellos buena parte de su encanto, y que el cribbage acabara por resultarles monótono. Acostábanse con la esperanza de oír, al despertar, los últimos mugidos de la tempestad, mas todo en vano. La nieve seguía amontonándose contra los vidrios de las ventanas, el viento rugía huracanado, los icebergs se quebraban con ensordecedor estruendo, el humo retrocedía a las habitaciones, provocando incesantes toses, y no sólo no amainaba la borrasca, sino que parecía que nunca iba a terminar.

Por fin, el 28 de noviembre el barómetro aneroide, colocado en el salón principal, subió de un modo sensible, presagiando una próxima modificación del estado atmosférico. Al mismo tiempo, el termómetro colocado en el exterior bajó casi repentinamente a menos de 4° Fahrenheit bajo cero (20° centígrados bajo cero), síntomas ambos que no permitían dudar. En efecto, el 29 de noviembre los habitantes del fuerte Esperanza pudieron reconocer, por la calma que en el exterior reinaba, que la tempestad había cesado.

Todos trataron entonces de salir más que de prisa, porque el encierro había durado bastante; pero la puerta se hallaba por completo obstruida, siendo preciso salir por la ventana y desembarazarla de los últimos montones de nieve. Pero esta vez no se trataba de taladrar una capa blanda; porque el intenso frío había solidificado toda la masa y fue necesario atacarla con los picos.

Empleóse media hora en esta operación, al cabo de la cual todos los invernantes, a excepción de la señora Mac-Nap, que aún no se levantaba, retozaban por el patio interior.

Era el frío extremadamente vivo; pero como no hacía viento, era fácil soportarlo. Sin embargo, al salir de un recinto caliente, todo el mundo debe adoptar precauciones para afrontar una diferencia de temperatura de 54° aproximadamente (30° centígrados).

Eran las ocho de la mañana. Constelaciones de admirable pureza resplandecían desde el cénit, donde brillaba la estrella Polar, hasta los últimos límites del horizonte. El ojo del observador creía descubrir millones de ellas; pero sabido es que el número de estrellas visibles a simple vista en toda la esfera celeste no pasa de 5.000. Tomás Black se deshacía en exclamaciones de admiración, aplaudiendo, lleno de entusiasmo, aquel estrellado firmamento no velado por ningún vapor ni bruma. ¡Jamás habían contemplado los ojos del astrónomo un cielo tan admirablemente bello!

Mientras que Tomás Black, indiferente a cuanto acontecía en la tierra, se extasiaba en la contemplación del espacio, sus compañeros alejábanse hasta los límites del recinto fortificado. La capa de nieve tenía la dureza de la piedra,

pero era resbaladiza en extremo, de manera que hubo algunas caídas, aunque sin consecuencias.

No es preciso decir que el patio del fuerte estaba lleno de nieve hasta la altura de la cerca, sobresaliendo tan sólo el techo de la casa sobre la masa blanca, que presentaba una perfecta horizontalidad, pues el viento había pasado sobre su superficie su nivelador rasero. Sólo se veían de la empalizada los extremos de las estacas, de tal suerte que no hubiera servido para contener ni al menos flexible de los roedores. Pero ¿qué remedio quedaba? No era posible pensar en arrancar de un espacio tan amplio diez pies de nieve endurecida. Lo más que podía hacerse era tratar de desembarazar la parte exterior de la cerca a fin de formar un foso cuya contraescarpa protegiese aún el recinto; pero el invierno no había hecho más que empezar, y era muy de temer que una nueva tempestad cegase en pocas horas el foso.

Mientras el teniente examinaba las obras que ya no podrían defender la casa principal, en tanto que los rayos del sol no fundiesen aquella capa de nieve, exclamó la señora Joliffe:

—¿Y nuestros perros? ¿Y nuestros renos? Y, en efecto, era preciso preocuparse de la suerte de estos animales. La perrera y el establo, menos elevados que la casa, debían estar completamente enterrados, siendo muy de temer que les hubiese faltado el aire a estos animales. Todos se precipitaron entonces, los unos hacia la perrera, los otros hacia el establo; pero la tranquilidad no tardó en renacer en el espíritu de todos. La muralla de hielo, que enlazaba el ángulo norte de la casa con el promontorio, había protegido en parte las dos construcciones alrededor de las cuales la altura de la capa de nieve no pasaba de cuatro pies, de suerte que los postigos abiertos en sus paredes no se hallaban obstruidos. Los animales todos se encontraban en excelente estado de salud, y, en cuanto se les abrió las puertas a los perros, lanzáronse al exterior ladrando alegremente.

El frío, sin embargo, empezaba a hacerse sentir vivamente, y, después de un paseo de una hora, acordáronse todos de la bienhechora estufa que chisporroteaba en el salón central; y, como no había nada que hacer allí fuera en aquellos momentos, toda vez que las trampas, enterradas bajo diez pies de nieve, no podían ser visitadas, regresaron a la casa, cerraron la ventana y se sentaron en seguida a la mesa, pues la hora de comer había llegado.

Como podrá comprenderse, la conversación versó sobre aquel súbito frío que tan rápidamente había solidificado la espesa capa de nieve. Era una circunstancia lamentable que comprometía, hasta cierto punto, la seguridad del fuerte.

—Pero, señor Hobson —preguntó Paulina Barnett—, ¿no podemos esperar que sobrevengan algunos días de más dulce temperatura que convierta en agua

este hielo?

—No, señora —replicó Jasper Hobson—; un deshielo en esta época del año no es probable. Creo más bien que aumentará todavía la intensidad del frío, siendo sensible que no hayamos podido retirar esta nieve cuando aún estaba blanda.

—¡Cómo!, ¿suponéis que la temperatura habrá de sufrir aún un descenso considerable?

—Sin duda ninguna, señora. Cuatro grados bajo cero (20° centígrados bajo el punto de congelación del agua destilada) no es nada para una latitud tan elevada.

—Pues, ¿qué sería si nos encontrásemos en el Polo? —preguntó Paulina Barnett.

—El Polo, señora, no es probablemente el punto más frío de la tierra, toda vez que la mayoría de los navegantes coinciden en la opinión de que en él existe el mar libre. Hasta parece que, a consecuencia de ciertas disposiciones geográficas e hidrográficas, el punto donde la temperatura media es más baja se halla situado a los 95° de longitud y los 78° de latitud, es decir, en las costas de la Georgia septentrional. Allí, esta temperatura media sería solamente de 2° bajo cero (19° centígrados bajo cero) para todo el año, dándose comúnmente a este punto el nombre de polo del frío.

—Pero señor Hobson —respondió Paulina Barnett—, nos hallamos a más de 8° de latitud de ese temible lugar.

—Por eso abrigo la esperanza de que no hemos de padecer tanto en el cabo Bathurst como padeceríamos en la Georgia septentrional. Pero si le hablo a usted del polo del frío, es para decirle que no hay que confundirlo con el Polo propiamente dicho, cuando de temperatura se trata. Conviene tener en cuenta, además, que en otros lugares del Globo se han experimentado también grandes fríos, solamente que no han sido duraderos.

—¿En qué puntos, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett—. Le aseguro que en estos precisos momentos la cuestión del frío me interesa de un modo extraordinario.

—Si no recuerdo mal —respondió el teniente Hobson—, los viajeros árticos han comprobado que en la isla de Melville la temperatura ha bajado hasta 61° bajo cero, y hasta 65° bajo cero en Puerto Félix.

—Pero esa isla de Melville y ese Puerto Félix, ¿no están más elevados en latitud que el cabo Bathurst?

—Sin duda alguna, señora; pero, después de cierto límite, la latitud no significa nada. Basta el concurso de diversas circunstancias atmosféricas para

producir fríos considerables. Y, si no me es infiel la memoria, en 1845... Sargento Long, ¿no estaba usted entonces en el fuerte Confianza?

—Sí, mi teniente —respondió el aludido.

—Pues bien, ¿no fue en enero de aquel año cuando experimentamos un frío extraordinario?

—En efecto —respondió el sargento—; me acuerdo muy bien de que el termómetro descendió a 70° bajo cero (50° centígrados bajo cero).

—¡Cómo! —exclamó Paulina Barnett—, ¿70° bajo cero en el fuerte Confianza, en el lago del Esclavo?

—Sí, señora —respondió el teniente—; ¡a los 65° de latitud solamente, que no llega a ser ni la de Cristianía ni la de San Petersburgo!

—Entonces, señor Hobson, debemos estar preparados para todo.

—Sí, para todo, en verdad, cuando se inverna en las regiones árticas.

Durante los días 29 y 30 de noviembre no decreció la intensidad del frío, y fue necesario activar el fuego de la estufa, porque, de lo contrario, la humedad se habría convertido en hielo en todos los rincones de la casa. Pero, como había gran abundancia de combustible, no se economizó, lográndose de este modo sostener en el interior una temperatura media de 52° Fahrenheit (10° centígrados sobre cero).

A pesar del descenso de la temperatura, tentado Tomás Black por la pureza de aquel cielo, quiso hacer algunas observaciones de estrellas, con la esperanza de desdoblar algunos de aquellos magníficos astros que centelleaban en el cénit; pero tuvo que renunciar a sus planes, porque sus instrumentos le quemaban las manos. Quemar es la única palabra que puede dar la impresión producida por un cuerpo metálico sometido a tales fríos. Por otra parte, el fenómeno, físicamente considerado, es idéntico. La impresión es la misma, ya sea introducido bruscamente el calor en la carne, por medio de un cuerpo ardiente, ya sea violentamente retirado de ella por un objeto helado; y el digno sabio comprobó esta verdad de una manera tan práctica, que dejó la piel de sus dedos pegada al antejo, viéndose, naturalmente, precisado a suspender sus observaciones.

Pero el cielo recompensólo con creces ofreciéndole el espectáculo indescriptible de dos de sus más bellos meteoros: de una paraselene, primero, y de una aurora boreal, después.

La paraselene, o halo lunar, formaba un círculo blanco, orlado de un tinte rojo pálido alrededor de la Luna. Este aro luminoso, debido a la refracción de los rayos lunares a través de los cristalitos prismáticos de hielo que flotan en la atmósfera, presentaba un diámetro de unos 45° aproximadamente. El astro de

la noche brillaba con su más vivo fulgor en el centro de aquella corona, semejante a esas bandas lechosas y diáfanas de los arcos iris lunares.

Quince horas después, desplegóse sobre la parte septentrional del horizonte una magnífica aurora boreal, que describía un arco de más de 100° geográficos, y cuyo vértice se encontraba sensiblemente situado sobre el meridiano magnético; y, por una rareza que algunas veces se observa, hallábase adornado el meteoro por todos los colores del prisma, entre los que se destacaba el rojo. En ciertos lugares del cielo las constelaciones parecían estar sumergidas en sangre. De la aglomeración brumosa que formaba, en el horizonte, el centro del meteoro, se irradiaban ardientes efluvios, algunos de los cuales rebasaban el cénit y hacían palidecer la luz de la luna, que aparecía sumergida en aquellas ondas eléctricas. Estos rayos vibraban como si una corriente de aire agitase sus moléculas. No hay palabras con que describir la sublime magnificencia de aquella aurora que radiaba en todo su esplendor en el polo boreal del mundo. Después de media hora de incomparable brillo, sin que se hubiera estrechado ni reducido, sin que siquiera hubiese disminuido su luz, extinguióse de repente el espléndido meteoro, cual si una invisible mano hubiese de improviso agotado las fuentes eléctricas que lo vivificaban.

¡Y ya era hora por cierto! porque, cinco minutos más tarde, el estudioso astrónomo se habría helado en el sitio desde donde lo contemplaba.

## UNA VISITA ENTRE VECINOS

El día 2 de diciembre, la intensidad del frío había disminuido. Los fenómenos paraselénicos eran un síntoma que no hubieran dejado dudar a ningún meteorólogo, puesto que demostraban la presencia en la atmósfera de cierta cantidad de vapor; y, en efecto, el barómetro bajó ligeramente al mismo tiempo que subía la columna termométrica a 15° sobre cero (9° centígrados).

Aunque esta temperatura habría parecido rigurosa todavía en las regiones de la zona templada, los invernadores de profesión la soportaban fácilmente. La atmósfera, además, estaba en calma.

Habiendo observado Jasper Hobson que las capas superiores de la nieve helada habíanse ablandado, mandó despejar de ella la parte exterior de la cerca, formando de esta suerte un foso. Mac-Nap y sus peones acometieron la empresa con bríos, quedando terminada en pocos días.

Al mismo tiempo, descubriéronse las trampas hundidas y se las puso de nuevo en estado de funcionar. Numerosas huellas probaban que los animales dotados de pieles codiciables se habían aglomerado en los alrededores del

cabo Bathurst, y, como quiera que la tierra negábase todo alimento, debían dejarse coger fácilmente, atraídos por el cebo de los lazos.

Siguiendo los consejos del cazador Marbre, construyóse también una trampa para renos por el método de los esquimales. Consistía en un hoyo que medía diez pies de ancho y largo, y doce de profundidad, recubierto por una plancha, dotada de movimiento bascular, que podía volver automáticamente a su posición natural cuando se la separaba de ella. El animal, atraído por las hierbas depositadas en la extremidad de la plancha, se precipitaba inevitablemente en el hoyo, del cual no podía salir. Se comprenderá fácilmente que por este sistema de báscula, la trampa se armaba en seguida automáticamente, y que, después de un reno, podían caer otros varios.

Marbre no encontró más dificultad para construir su trampa que la de tener que perforar un suelo excesivamente duro; pero experimentó gran sorpresa — y no fue menor la de Hobson— cuando su piqueta, después de haber perforado cuatro o cinco pies de tierra y arena, tropezó debajo con una capa de nieve, dura como la roca, que parecía tener gran espesor.

—Es preciso —dijo el teniente, después de haber observado esta disposición geológica— que esta parte del litoral haya estado sometida, hace ya muchos años, a un frío excesivo durante un lapso de tiempo muy largo; y después, las arenas y la tierra habrán cubierto poco a poco esa masa de hielo que debe descansar probablemente sobre un lecho de granito.

—En efecto, mi teniente —respondió el cazador—; pero eso no quitará mérito a nuestra trampa. Al contrario, los renos tropezarán con una pared resbaladiza, sobre la que no encontrarán ningún punto de apoyo.

Marbre tenía razón, y los acontecimientos vinieron a justificar sus previsiones.

El 5 de diciembre, al ir él y Sabine a examinar la trampa, y oír que de su interior se escapaban amenazadores rugidos, detuviéronse.

—Ese no es el bramido del reno —dijo Marbre—; capaz soy de apostar doble contra sencillo a que acierto la clase de animal que ha caído en nuestra trampa.

—¿Un oso? —preguntó Sabine.

—Sí —dijo Marbre, cuyos ojos brillaban de satisfacción.

—Pues a fe que nada perderemos en el cambio —replicó Sabine—. Los bistecs de oso son tan sabrosos como los de reno, y su piel vale bastante más. Vamos a apoderarnos de la presa.

Los dos cazadores, que iban naturalmente armados, metieron una bala en sus escopetas, ya cargadas con perdigones, y avanzaron hacia la trampa. La

báscula estaba armada nuevamente, pero el cebo había desaparecido. Cuando Marbre y Sabine llegaron cerca de ella, escudriñaron con la vista el fondo de la fosa. Los rugidos redobláronse entonces. Se trataba de un oso, en efecto.

En un rincón de la fosa veíase agazapada una masa gigantesca, un verdadero fardo de lanas blancas, apenas visible en la sombra, en medio de la cual brillaban dos ojos relucientes. Las paredes de la fosa estaban arañadas a zarpazos, y, sin duda alguna, si hubiesen sido de tierra, el oso habría logrado abrirse camino hacia afuera; pero, en el resbaladizo hielo, sus garras no habían podido asirse, y si bien había conseguido ensanchar su prisión, no logró escapar de ella.

En estas condiciones, la captura del animal no ofrecía grandes dificultades. Hiriéronle dos balas en el fondo de la fosa, quedando después la parte más difícil, que era sacarle de ella.

Los dos cazadores volvieron a la factoría para buscar refuerzos. Una docena de compañeros suyos, provistos de fuertes cuerdas, siguiéronles hasta la trampa, no costando poco trabajo sacar de la fosa a la fiera. Era un animal gigantesco, que medía seis pies de altura y pesaba por lo menos seiscientas libras, y cuyas fuerzas debieron ser prodigiosas. Pertenecía al subgénero de los osos blancos a juzgar por su cráneo aplastado, su cuerpo prolongado, sus uñas cortas y poco recurvadas, su hocico fino y su pelaje completamente blanco. En cuanto a las partes comestibles del animal, fueron llevadas a la señora Joliffe y figuraron como plato de refuerzo en la comida de aquel día.

Las semanas siguientes funcionaron las trampas con bastante fortuna. Cayeron en ellas veinte martas, cuyas pieles se hallaban entonces en toda la esplendidez que adquieren en el invierno; pero sólo dos o tres zorras. Estos astutos animales adivinan el lazo que se les ha tendido, siendo lo más frecuente que socaven el suelo junto a la trampa, logrando de este modo apoderarse del cebo y salirse en seguida de debajo del tablón que ha caído sobre ellas. Esto desesperaba a Sabine y le hacía montar en cólera, pues decía que «semejante subterfugio era indigno de zorras honradas». Hacia el 10 de diciembre, roló el viento al Sudoeste y volvió a nevar otra vez, no con copos espesos, sino una nieve fina y poco abundante, pero que se helaba en seguida, porque hacía un frío muy intenso; y como la brisa era fuerte, no se le podía resistir. Fue necesario, pues, acuartelarse de nuevo y reanudar los trabajos interiores.

Por precaución, repartió Jasper Hobson a todo el mundo pastillas de cal y zumo de limón, porque la persistencia de aquel frío húmedo aconsejaba el empleo de estos antiescorbúticos. Sin embargo, hasta entonces, ningún síntoma de escorbuto se había manifestado entre los habitantes del fuerte Esperanza. Gracias a las precauciones higiénicas adoptadas, la salud había

sido siempre excelente.

La noche polar era entonces profunda. Aproximábase el solsticio de invierno, época en que el astro del día alcanzaba su máximo descenso debajo del horizonte para el hemisferio boreal. Durante el crepúsculo de medianoche, el borde meridional de las vastas llanuras blancas teñíase apenas de matices menos sombríos. Una verdadera impresión de tristeza desprendíase de aquel territorio que las tinieblas envolvían por todas partes.

Pasáronse en la casa algunos días. Jasper Hobson se hallaba más tranquilo en lo tocante al peligro de un ataque de las fieras desde que se formó el foso alrededor de la empalizada; y a fe que no fue poca suerte, pues se oían rugidos siniestros acerca de cuya naturaleza no era posible dudar. En cuanto a la visita de los cazadores indios o canadienses, no era de temer en aquella época.

Sin embargo, sobrevino un incidente, que podríamos llamar un episodio en aquella larga invernada, y que vino a demostrar que ni aun en el rigor del invierno se hallaban aquellas soledades enteramente despobladas. Algunos seres humanos recorrían aún el litoral, cazando morsas y acampando sobre la nieve. Pertenecían a la raza de los devoradores de pescado crudo, que es lo que significa, literalmente traducida, la palabra esquimal, los cuales se hallan caprichosamente esparcidos por el continente americano, desde el mar de Baffin hasta el estrecho de Behring, y a quienes parece servir de límite meridional el lago del Esclavo.

En la mañana del 14 de diciembre, o, para hablar con mayor propiedad, a las nueve antes del mediodía, el sargento Long, al volver de una excursión a lo largo del litoral, terminó la relación que de ella hizo al teniente diciéndole que, si sus ojos no le habían engañado, una tribu de nómadas debía estar acampada a cuatro millas del fuerte, cerca de un pequeño cabo que allí formaba la costa.

—¿Quiénes son esos nómadas? —preguntó Jasper Hobson.

—O son hombres o son morsas —respondió el sargento Long—. ¡No existe otro medio!

Grande habría sido la sorpresa del valiente sargento si le hubiesen dicho que ciertos naturalistas han admitido precisamente la existencia del medio que él no admitía. Y, en efecto, algunos sabios, más o menos formalmente, han mirado a los esquimales como una especie de ser intermedio entre el hombre y la vaca marina.

En seguida el teniente Hobson, Paulina Barnett, Madge y algunos otros decidieron ir a comprobar la presencia de los visitantes. Perfectamente abrigados para evitar los efectos de una congelación súbita, armados de fusiles y de hachas, calzados con botas forradas de pieles que hallaban en la nieve helada sólido punto de apoyo, salieron por la poterna y siguieron el litoral,

cuyo borde estaba sembrado de témpanos de hielo.

La luna, que se hallaba en su cuarto menguante, derramaba vagos resplandores a través de las brumas del cielo. Después de caminar por espacio de una hora, debió creer el teniente que se había equivocado su sargento o, por lo menos, que sólo había visto morsas, las cuales habían sido sin duda regresado a su elemento por los orificios que mantienen siempre abiertos en medio de los campos de hielo.

Pero el sargento Long, señalando un remolino grisáceo que salía de una extumescencia cónica que se elevaba a algunos centenares de pasos sobre el campo de hielo, limitóse a decir tranquilamente:

—¡He ahí el humo de las morsas! En aquel momento salieron de la cabaña algunos seres humanos, arrastrándose por la nieve. Eran sin duda esquimales, pero sólo un indígena habría sido capaz de decir si eran hombres o mujeres, pues su vestimenta era idéntica.

A decir verdad, y sin que nuestro ánimo sea aprobar la opinión de los naturalistas citados más arriba, parecían focas reales, verdaderos anfibios, cubiertos de vellos y pelos. Eran seis, cuatro grandes y dos pequeños, anchos de espaldas, a pesar de su mediana estatura, con la nariz aplastada, los ojos cubiertos por párpados enormes, la boca grande, los labios gruesos, los cabellos negros, largos y rudos, y la cara desprovista de barba. Su vestido consistía en una túnica redonda de piel de morsa, y un capuchón, botas y mitones de igual naturaleza.

Aquellos seres medio salvajes habíanse acercado a los europeos y los contemplaban en silencio.

—¿Nadie sabe hablar entre ustedes el lenguaje de los esquimales? — preguntó a sus compañeros Jasper Hobson. Nadie conocía dicho idioma; pero de improvisto escuchóse una voz que les daba la bienvenida en inglés:

—¡Welcome! ¡Welcome!

Era un esquimal, o, por mejor decir, pues no se tardó en saberlo, una esquimal, que, avanzando hacia Paulina Barnett, la saludó con la mano.

Sorprendida la viajera, contestó con algunas palabras que la indígena pareció comprender fácilmente, y la familia de esquimales fue invitada a seguir a los europeos hasta el fuerte.

Los esquimales se miraron unos a otros como si se consultaran si deberían aceptar, y después, tras algunos instantes de vacilación, acompañaron al teniente Hobson caminando en compacto grupo.

Al llegar a la empalizada, la mujer esquimal, viendo la casa cuya existencia no sospechaba siquiera, exclamó:

—¡House!, ¡house! ¿Snow-house?

Preguntaba si era aquello una casa hecha de nieve; y bien podía creerlo, porque la habitación perdíase entonces bajo aquella masa blanca que cubría todo el suelo.

Se le dio a comprender que era una casa de madera; la esquimal dijo entonces algunas palabras a sus compañeros; hicieron estos un signo afirmativo, pasaron todos la poterna, y, un instante después, eran introducidos en el salón principal, donde se quitaron los capuchones, pudiéndose entonces reconocer sus respectivos sexos.

Había dos hombres de cuarenta a cincuenta años de edad, de tez amarillorrojiza, dientes agudos y pómulos abultados, lo que les daba una vaga semejanza con los carnívoros; dos mujeres, jóvenes todavía, cuyos trenzados cabellos hallábanse adornados con dientes y uñas de osos polares; y, por último, dos niños de cinco a seis años, pobres seres de rostro despejado, que miraban con ojos desmesuradamente abiertos.

—Como los esquimales deberemos suponer que tienen siempre hambre — dijo el teniente Hobson—, creo que un buen trozo de caza no desagradará a nuestros huéspedes.

Al oír estas palabras, trajo el cabo Joliffe algunas tajadas de reno, sobre las que se arrojaron aquellas pobres gentes con una avidez bestial. Sólo la joven esquimal que se había expresado en inglés dio muestras de cierta reserva, mirando, sin separar la vista de ella, a Paulina Barnett y a las otras mujeres de la factoría. Después, como advirtiese que la señora Mac-Nap tenía en los brazos un niño recién nacido, levantóse, y, aproximándose a él, se puso a acariciarlo con cariño, dirigiéndole al mismo tiempo las palabras más dulces del mundo.

Aquella joven indígena parecía ser, si no superior a sus compañeros, por lo menos más civilizada que ellos, lo cual se echó de ver más claramente cuando, acometida por un ligero acceso de tos, se colocó la mano delante de la boca, según las reglas más elementales de la buena educación.

Este detalle no pasó para nadie inadvertido. Paulina Barnett, hablando con la esquimal y empleando las palabras inglesas más usuales, supo, por algunas frases, que esta joven había servido durante un año en casa de un gobernador danés de Uppernawick, cuya esposa era inglesa; pero más tarde había abandonado la Groenlandia para seguir a su familia por los territorios de caza.

Los dos hombres eran hermanos suyos, y la otra mujer, esposa de uno de ellos, era madre de aquellas dos criaturas, y cuñada suya, naturalmente.

Venían todos de la isla de Melbourne, situada al Este, en el litoral de la

América inglesa, y dirigíanse al Oeste, en demanda de la punta Barrow, en la Georgia occidental de la América rusa, donde habitaba su tribu, causándoles extraordinaria sorpresa el hallar una factoría instalada en el cabo Bathurst. Los dos esquimales habían sacudido la cabeza al ver el establecimiento. ¿Era que desaprobaban tal vez la construcción de un fuerte en aquel punto del litoral? ¿Encontraban acaso el sitio mal elegido? A pesar de su gran paciencia, no logró el teniente Hobson que se explicasen acerca de este particular, o, al menos, no comprendió sus respuestas.

En cuanto a la joven esquimal, llamábase Kalumah, y tomó al parecer, gran afecto a Paulina Barnett. Sin embargo, la pobre muchacha, por muy sociable que fuese, no echaba de menos la posición que en otro tiempo ocupara en casa del gobernador de Uppernawick, y daba muestras de sentir gran apego a su familia.

Después de atracarse a su gusto y de haber apurado media pinta de aguardiente, del que también bebieron los pequeños, despidiéronse los esquimales de sus huéspedes; pero, antes de partir, invitó la joven indígena a Paulina Barnett a visitar su cabaña de nieve, prometiéndole la viajera ir a ella al día siguiente, si no lo impedía el tiempo.

Al día siguiente, en efecto, acompañada de Madge, del teniente Hobson y de algunos soldados armados —no para defenderse de aquellas pobres gentes, sino de los osos blancos, si tropezaban con ellos—, trasladóse Paulina Barnett al cabo Esquimal, nombre con que fue bautizada la punta en cuyas proximidades alzábase el campamento de los indígenas. Corrió Kalumah al encuentro de su amiga de la víspera, y mostróle su cabaña con aire satisfecho. Era un gran cono de nieve, con una estrecha abertura en su vértice que daba salida al humo de un hogar interior, en el que los esquimales habían excavado su transitoria vivienda. Estas casas de nieve que ellos hacen con rapidez extremada, reciben el nombre de igloo en la lengua del país. Son maravillosamente apropiadas para el clima de las regiones polares, y sus habitantes soportan dentro de ellas, sin fuego muchas veces y sin padecer demasiado, fríos de 40° bajo cero. Durante el estío, los esquimales acampan bajo las tiendas de piel de reno y de foca, que reciben el nombre de tupie.

No era operación fácil penetrar en aquella cabaña. Sólo tenía una entrada a ras del suelo, y era preciso deslizarse por una especie de corredor, de tres a cuatro pies de longitud, porque las paredes de nieve medían cuando menos este espesor. Pero una exploradora de profesión, laureada por la Real Sociedad, no podía titubear, y Paulina Barnett no vaciló un momento. Seguida de Madge, introdujose valerosamente por la estrecha abertura, detrás de la joven indígena. El teniente y sus soldados renunciaron a esta visita.

No tardó en comprender Paulina Barnett que no era lo más difícil el

penetrar en aquella cabaña, sino el permanecer en su interior. Su atmósfera caldeada por un hogar en el que ardían huesos de morsas, infectada por el fétido aceite de una lámpara, impregnada por las emanaciones de las grasientas ropas y de la carne de anfibio que constituye el alimento principal de los esquimales, resultaba realmente intolerable. Madge no la pudo resistir y salió inmediatamente. Paulina Barnett dio muestras de un valor sobrehumano, por no causar dolor a la joven indígena, y prolongó su vista por espacio de cinco interminables minutos que hubieron de parecerle cinco siglos.

Sólo halló en el interior a los dos niños y su madre; la caza de las morsas había dejado a los dos hombres a cuatro o cinco millas del campamento.

Paulina Barnett, una vez fuera de la cabaña, aspiró con embriaguez el aire fresco y puro del ambiente, que devolvió a sus mejillas los perdidos colores.

—¿Qué le han parecido a usted las casas de los esquimales? —preguntóle el teniente Hobson.

—La ventilación en ellas deja mucho que desear —respondió simplemente la viajera.

La interesante familia indígena permaneció acampada en aquel mismo lugar por espacio de ocho días. De cada veinticuatro horas, los esquimales pasaban doce cazando morsas. Iban, con una paciencia que sólo los cazadores de oficio podrán comprender, a acechar a los anfibios al borde de los orificios por donde salen a respirar a la superficie de los campos de hielo, y, tan pronto como aparecía la morsa, la enlazaban con un nudo corredizo, por debajo de las aletas pectorales, y, no sin grandes trabajos, la izaban inmediatamente y la remataban a hachazos. Realmente, esto puede decirse que es más bien una pesca que una caza. Después el gran regalo consistía en beberse la sangre caliente del anfibio, que constituye para los esquimales un embriagador placer.

Kalumah iba cada día al fuerte Esperanza, a pesar de lo desapacible de la temperatura. Agradábale en extremo recorrer las diversas habitaciones de la casa, viendo coser y siguiendo todos los detalles de las manipulaciones culinarias de la señora Joliffe. Preguntaba cómo se llamaban en inglés todas las cosas y conversaba con Paulina Barnett durante horas enteras, si la palabra conversar puede emplearse cuando se trata de un sencillo cambio de vocablos largo tiempo rebuscados por una u otra parte. Cuando la viajera leía en alta voz, Kalumah la escuchaba con extraordinaria atención, a pesar de no comprender nada.

Kalumah cantaba también, con voz bastante dulce, canciones de ritmo extraño, melancólicas, frías, glaciales. Paulina Barnett tuvo la paciencia de traducir una de esas sagas groenlandesas, curiosa muestra de la poesía hiperbórea, a la que una música triste, que procedía por intervalos singulares,

prestaba un indefinible color. He aquí una traducción literal y en prosa de esta poesía copiada en el álbum mismo de la viajera.

### CANCIÓN GROENLANDESA

¡El cielo está negro y el sol se arrastra apenas! ¡Mi pobre e incierta alma está llena de desesperación! ¡La rubia niña se ríe de mis canciones, y el invierno pasea sus témpanos de hielo sobre su corazón!

¡Mi Ángel soñado! ¡Tu amor vivificante me embriaga, y he desafiado la escarcha por verte, por seguirte! ¡Pero!, ¡ah!, ¡qué no he logrado disipar las nieves de tu corazón con el dulce calor de mis besos!

¡Ah! ¡Ojalá llegue el día en que se compenetren nuestras almas, y mi mano estreche amorosamente la tuya! ¡El sol brillará en nuestro cielo y derretirá las nieves de tu corazón!

El 20 de diciembre la familia esquimal fue al fuerte Esperanza a despedirse de sus habitantes. Kalumah le había tomado cariño a la viajera, quien, de muy buena gana, la hubiera retenido a su lado; pero la joven indígena no quiso abandonar a los suyos, prometiendo, no obstante, volver el verano próximo al fuerte Esperanza.

La despedida fue conmovedora. La esquimal regaló a Paulina Barnett una sortija de latón, recibiendo de ésta un collar de azabache que se puso en seguida entusiasmada. Jasper Hobson no dejó partir a aquellas pobres gentes sin una buena provisión de víveres, que cargaron en su trineo; y, después de algunas palabras de agradecimiento, pronunciadas por Kalumah, la interesante familia emprendió la marcha dirigiéndose hacia el Oeste, y no tardó en desaparecer en medio de las espesas brumas del litoral.

### **DONDE EL MERCURIO SE HIELA**

La sequedad del tiempo y la serenidad de la atmósfera favorecieron aún a los cazadores durante algunos días. Sin embargo, no se alejaban del fuerte, porque la abundancia de la caza les permitía operar en un radio restringido.

Así pues, el teniente Hobson no podía por menos de felicitarse por haber fundado su establecimiento en aquel punto del continente. Las trampas aprisionaron un gran número de animales dotados de piel fina, pertenecientes a todas las especies. Sabine y Marbre mataron una buena cantidad de liebres polares, y fueron derribados a tiros unos veinte lobos hambrientos.

Estos carnívoros mostrábanse demasiado agresivos, y, reuniéndose en grandes bandos alrededor del fuerte, atronaban el aire con sus roncós ladridos.

Por el lado del campo de hielo pasaban con frecuencia, entre las pequeñas colinas, grandes osos, cuya aproximación se vigilaba con el mayor cuidado.

El 25 de diciembre fue preciso abandonar otra vez todo proyecto de excursión. Saltó el viento del Norte y el frío se dejó sentir nuevamente con extraordinaria viveza. No era posible permanecer al aire libre sin riesgo de congelarse instantáneamente. El termómetro Fahrenheit descendió a 18° bajo cero (28° centígrados bajo cero). La brisa silbaba como una descarga de metralla. Antes de encerrarse en la casa, Jasper Hobson tuvo la precaución de suministrar a los animales comida suficiente para varias semanas. El 25 de diciembre era el día de Navidad, esa fiesta del hogar doméstico que tanto se celebra en Inglaterra, la cual solemnizóse en el fuerte con el más religioso celo. Los invernantes dieron gracias a la Providencia por haberlos protegido hasta entonces; los trabajadores holgaron en tan sagrado día, y se reunieron después en espléndido festín, en el que figuraban dos gigantescos budines.

Por la noche, un abundante ponche flameó sobre la amplia mesa, en medio de los vasos relucientes. Apagáronse las lámparas, y el salón, iluminado por la lívida luz del alcohol, adquirió un aspecto fantástico. Los rostros de aquellos excelentes soldados animáronse, a sus trémulos reflejos, con una animación que iba a acrecentar más todavía la absorción del brillante líquido.

Después, amortiguóse la llama, esparcióse alrededor del pastel nacional en forma de lengüetas azuladas, y extinguióse.

¡Fenómeno inaudito! A pesar de no haberse vuelto a encender aún las luces, el salón no quedó a obscuras. Penetraba por la ventana una viva luz rojiza que el brillo de las lámparas no había dejado ver hasta entonces.

Todos los convidados pusiéronse de pie, extraordinariamente sorprendidos, interrogándose unos a otros con la mirada.

—¡Un incendio! —exclamaron algunos.

Pero, a menos que la casa misma no ardiese, no había posibilidad de que estallase un incendio en los alrededores del cabo Bathurst.

El teniente corrió hacia la ventana y reconoció en seguida la causa de aquel fenómeno: era una erupción volcánica.

En efecto, por detrás de los acantilados del Oeste, más allá de la bahía de las Morsas, aparecía encendido el horizonte. No podían descubrirse las cumbres de las montañas ignívolas, situadas a treinta millas del cabo Bathurst; pero el penacho de llamas elevábase a una prodigiosa altura, y cubría todo el territorio con sus rojizos reflejos.

—¡Esto es todavía más bello que una aurora boreal! —exclamó Paulina Barnett.

Tomás Black protestó contra esta afirmación. ¡Un fenómeno terrestre más bello que un meteoro! Pero, en vez de discutir esta tesis, a pesar del intenso frío y de la aguda brisa, todos abandonaron la sala y salieron a contemplar el maravilloso espectáculo de aquel refulgente penacho que se proyectaba sobre el fondo oscuro del cielo.

Si Jasper Hobson y las personas que le acompañaban no hubiesen llevado las bocas y las orejas cubiertas por densas pieles, hubieran podido oír los ruidos sordos de la erupción que se propagaban a través de la atmósfera, y se habrían comunicado las impresiones que en ellos engendraba tan sublime espectáculo. Pero iban tan tapados, que no podían hablar ni oír, teniendo que contentarse con ver.

Pero ¡qué imponente escena se presentó ante sus ojos!, ¡qué recuerdo para su entendimiento! Entre la profunda oscuridad del firmamento y la blancura de la inmensa alfombra de nieve, la expansión de las llamas volcánicas producía efectos de luz que el más acabado pincel no sería capaz de imitar, ni la pluma más experta podría describir.

La intensa reverberación se extendía hasta más allá del cenit, apagando gradualmente todas las estrellas, El blanco suelo revestíase de dorados matices. Los montículos del campo de hielo, y, en el fondo, los enormes icebergs, reflejaban sus diversos resplandores como otros tantos espejos ardientes. Los haces luminosos venían a quebrarse o refractarse en todos estos ángulos, y los planos, diversamente inclinados, reflejábanlos con fulgores más vivos y matices más variados. Era un choque de rayos verdaderamente mágico, que semejaba la inmensa decoración de espejos de algún cuento de hadas preparada ex profeso para aquella fiesta de luz.

Pero el frío excesivo no tardó en obligar a los espectadores a encerrarse de nuevo en su caldeada vivienda, y más de una nariz estuvo a punto de pagar demasiado caro el placer que los ojos se habían dado, en detrimento suyo, exponiéndola a semejante temperatura.

Durante los días inmediatos acrecentóse la intensidad del frío, haciendo temer que el termómetro de mercurio no bastase para señalar la temperatura reinante y que fuese preciso recurrir al empleo del de alcohol. Y, en efecto, en la noche del 28 al 29 de diciembre la columna descendió a 32° bajo cero (37° centígrados bajo cero).

Las estufas fueron abarrotadas de combustible, pero no hubo manera de mantener en el interior de la casa una temperatura superior a 20° (7° centígrados bajo cero). Sentíase un intenso frío hasta en los dormitorios, y fuera de un círculo de diez pies de radio alrededor de la estufa, desaparecía el calor por completo; por eso en aquel sitio, que era el mejor de la casa, había sido colocada la cuna del recién nacido, que se complacían en mecer todos los

que se aproximaban a la lumbre.

Prohibióse en absoluto el abrir ninguna puerta o ventana, porque el vapor concentrado en las habitaciones se hubiera convertido instantáneamente en nieve. Ya, en los corredores, la respiración de los hombres producía un fenómeno idéntico. Oíanse por todas partes detonaciones secas, que sorprendían a las personas que no estaban acostumbradas a los fenómenos propios de estos climas. Eran los troncos de árboles que formaban las paredes de la casa, que crujían bajo la acción del frío. La provisión de licores, coñac y ginebra, fue preciso bajarla del desván al salón principal, porque todo el alcohol se hallaba concentrado en el fondo de las botellas formando una especie de bola. La cerveza fabricada por las yemas de los abetos, hacía estallar los barriles al helarse. Todos los cuerpos sólidos, como petrificados, resistían a la penetración del calor. La madera ardía con dificultad, y Jasper Hobson tuvo que sacrificar cierta cantidad de aceite de morsa para activar su combustión. Afortunadamente, las chimeneas tiraban bien, impidiendo toda emanación desagradable en el interior; pero, fuera, debía señalarse a lo lejos la presencia del fuerte Esperanza por el olor acre y fétido de sus humos, mereciendo, además, ser clasificado entre los establecimientos insalubres.

Un síntoma notable era la extraordinaria sed de que todos se sentían devorados por aquel intenso frío, siendo preciso para satisfacerla, deshelar constantemente los líquidos al lado del fuego, porque, bajo la forma de hielo, habrían sido impropios para apagar la sed.

Otro síntoma contra el cual el teniente Hobson encargaba a sus compañeros que se defendiesen con tenacidad era una somnolencia obstinada que algunos no lograban vencer. Paulina Barnett, tan animosa como siempre, combatía esta tendencia, no sólo en su propia persona, sino en las de los otros, alentándolos con su conversación y sus consejos. Leía con frecuencia algún libro de viajes, o cantaba conocidas canciones inglesas, que todos coreaban luego; y estos cantos despertaban, de grado o por fuerza, a los dormidos, que no tardaban en acompañarles también.

De esta suerte transcurrían las largas jornadas en un encierro absoluto, y Jasper Hobson, consultando a través de los vidrios el termómetro colocado en el exterior, observaba que el frío crecía cada vez más. El 31 de diciembre el mercurio se heló por completo dentro de la cubeta del instrumento, lo cual quería decir que la temperatura ambiente era inferior a 44° bajo cero (42° centígrados bajo cero).

Al día siguiente, 1.º de enero de 1860, el teniente Jasper Hobson felicitó por la entrada del nuevo año a Paulina Barnett, aplaudiendo el valor y buen humor con que soportaba las fatigas y privaciones de la invernada. Los mismos cumplimientos dedicó después al astrónomo, quien no veía en aquel

cambio de 1859 a 1860 más que la entrada del año en que su famoso eclipse había de tener efecto.

Todos los individuos de aquella pequeña colonia, tan estrechamente unidos los unos a los otros, cambiaron también entre sí las felicitaciones propias del día. Su salud, gracias al Cielo, seguía siendo excelente; pues, si bien se habían presentado algunos síntomas de escorbuto, habían cedido en seguida al oportuno empleo del zumo de limón y de las pastillas de cal.

¡Pero todavía era pronto para cantar victoria! La mala estación debía durar aún tres meses. El sol, sin duda, no tardaría en reaparecer sobre el horizonte; pero nada probaba que el frío hubiese alcanzado su máxima intensidad; y, por regla general, en todas las zonas boreales, los mayores descensos de la temperatura ocurren en el mes de febrero.

Sea de ello lo que quiera, el rigor de la atmósfera disminuyó durante los primeros días del año nuevo, y el 6 de enero el termómetro de alcohol colocado en la parte exterior de la ventana del corredor, marcó 66° bajo cero (52° centígrados bajo cero). Algunos grados más, y la temperatura mínima observada en el fuerte Confianza, en 1835, iba a ser alcanzada y aun tal vez excedida.

La persistencia de un frío tan violento inquietaba más y más cada vez a Jasper Hobson. Temía que los animales de pieles valiosas se vieran obligados a buscar más al Sur un clima más benigno, lo que hubiera contrariado sus proyectos de caza en la próxima primavera. Oía además con frecuencia, a través de las capas subterráneas, ciertos ruidos sordos relacionados evidentemente con la erupción volcánica. El horizonte occidental seguía alumbrado por el fuego terrestre y no cabía duda de que un formidable trabajo plutónico se estaba llevando a cabo en las entrañas del Globo. ¿No sería peligroso para la nueva factoría la vecindad de aquel volcán? Este pensamiento asaltaba con insistencia a Jasper Hobson cada vez que sorprendía alguno de aquellos rugidos internos. Pero estas aprensiones, muy vagas por otra parte, se las reservó para sí.

Con semejante frío, nadie pensaba en abandonar la casa, como se comprenderá fácilmente. Los perros y los renos se hallaban abundantemente abastecidos, de suerte de estos animales, que se hallan además habituados a sufrir largos ayunos durante la estación invernal, no reclamaban los servicios de sus amos. No existía, pues, motivo alguno para exponerse a las inclemencias de la atmósfera. Era ya suficiente el padecer los rigores de una temperatura que apenas si la combustión de la madera y del aceite lograba hacer soportable.

A pesar de todas las precauciones adoptadas, deslizábase la humedad en las salas no ventiladas, depositando sobre las maderas brillantes capas de hielo

que se iban espesando por días. Los condensadores se hallaban obstruidos, y hasta estalló uno de ellos bajo la presión del agua solidificada.

En estas condiciones, no pensó el teniente Hobson en economizar el combustible, sino que, por el contrario, prodigábalo a fin de sostener la temperatura que, en cuanto aflojaban los fuegos de la estufa y del hornillo, por muy poco que fuese, descendía a veces a 15° Fahrenheit (9° centígrados bajo cero). Por eso se estableció una guardia, que se relevaba de hora en hora, cuya única misión era vigilar y sostener la lumbre.

—La leña se acabará pronto —dijo un día el sargento Long al teniente.

—¿Qué se acabará la leña? —exclamó Jasper Hobson.

—Quiero decir —replicó el sargento— que la provisión que tenemos en la casa se va agotando ya, y que dentro de poco será preciso salir para ir a buscar al cobertizo; y sé por propia experiencia que exponerse al aire ambiente, con un frío tan intenso, es arriesgar la vida.

—Sí, sí —respondió el teniente—; hemos cometido la falta de construir el cobertizo aislado de la casa principal y sin comunicación directa con ella; pero lo advierto ya tarde. Debí tener en cuenta que íbamos a invernar más arriba del paralelo de 70°; pero, en fin, ya no tiene remedio. Dígame, Long, ¿qué cantidad de leña queda en casa?

—La suficiente para alimentar la estufa y el fogón durante dos o tres días a lo sumo —respondió el sargento.

—Esperemos que de aquí a entonces —dijo el teniente Hobson— haya disminuido el rigor de la temperatura, y sea posible atravesar sin gran riesgo el patio del fuerte.

—Lo dudo, mi teniente —replicó el sargento Long, moviendo sentenciosamente la cabeza—. La atmósfera está despejada, el viento se mantiene fijo al Norte y no me sorprenderá que este frío se prolongue durante quince días más, es decir, hasta la nueva luna.

—Pues bien, valiente Long —replicó Jasper Hobson—, me parece que no es cosa de dejarnos morir de frío; de suerte que el día que sea necesario exponer el pellejo...

—Lo expondremos, mi teniente —respondió el valeroso sargento.

Jasper Hobson estrechó la mano de Long, cuya abnegación le era bien conocida.

Alguien podrá decir que Jasper Hobson y el sargento Long exageraban al creer que la súbita impresión de semejante frío sobre el organismo podía causar la muerte; pero, habituados como estaban a las violencias de los climas

polares, habían adquirido con la práctica una gran experiencia. Habían visto a hombres robustos, en circunstancias idénticas, caer desvanecidos sobre el hielo en el mismo momento de salir al exterior. Faltábales la respiración, y se les levantaba asfixiados. Estos hechos, por increíbles que parezcan, se han producido muchas veces durante ciertas invernadas. En su viaje por las costas de la bahía de Hudson, en 1746, Guillermo Moor y Smith han citado varios accidentes de este género, habiendo perdido algunos de sus compañeros muertos súbitamente por el frío. No cabe la menor duda de que el atreverse a afrontar una temperatura cuya intensidad no puede medir ni aun la misma columna mercurial, es exponerse a sufrir una muerte repentina.

Tal era la situación, bastante inquietante por cierto, de los habitantes del fuerte Esperanza, cuando vino un incidente a agravarla más aún.

## LOS GRANDES OSOS POLARES

La única de las cuatro ventanas que permitía ver el patio del fuerte era la que se abría en el fondo del corredor de entrada, cuyas puertas exteriores no habían sido cerradas. Pero para que la mirada pudiese atravesar sus vidrios velados a la sazón por la espesa capa de hielo, era preciso lavarlos con agua hirviendo previamente; operación que se efectuaba varias veces al día, por orden del teniente, pudiéndose así observar cuidadosamente el estado del cielo y el termómetro de alcohol colocado en el exterior al mismo tiempo que los alrededores del cabo Bathurst.

Pues bien, el día 6 de enero, a eso de las once de la mañana, el soldado Kellet, encargado de la observación, llamó de improviso al sargento y mostróle ciertas masas que se movían confusamente en la sombra.

Acercóse el sargento a la ventana, y exclamó imperturbable:

—¡Son osos!

Y, en efecto, media docena de estos animales habían logrado salvar la empalizada, y, atraídos por las emanaciones del humo, avanzaban hacia la casa.

Tan luego como tuvo noticia Jasper Hobson de la presencia de los formidables carnívoros, dispuso que atrancaran bien por dentro la ventana del corredor; y como que aquélla era la única entrada practicable, una vez ejecutada su orden, parecióle imposible que pudieran los osos penetrar en el interior de la casa. La ventana, pues, fue cerrada por medio de fuertes barrotes que el carpintero Mac-Nap sujetó sólidamente, no sin antes haber practicado una estrecha abertura para poder observar las maniobras de los inoportunos

visitantes.

—Ahora —dijo el maestro carpintero—, esos señores no entrarán en nuestra casa sin nuestro consentimiento. Tenemos tiempo, pues, de celebrar un consejo de guerra.

—Ahora sí que podremos decir, señor Hobson —dijo Paulina Barnett—, que nada habrá faltado a nuestra invernada; después del frío, los osos.

—Después, no —respondió el teniente—, sino durante él, lo cual es mucho más grave; porque se trata de un frío que nos impide salir al exterior, de suerte que no sé cómo vamos a librarnos de tan maléficas fieras.

—Supongo que se les acabará la paciencia —respondió la viajera—, y que se marcharán por donde mismo vinieron.

Jasper Hobson sacudió la cabeza como hombre que no está convencido, exclamando:

—¡No conoce usted a esos animales, señora! Este riguroso invierno los tiene medio locos de hambre, y no abandonarán este lugar si no les obligamos a ello.

—¿Y eso le inquieta a usted, señor Hobson? —replicó Paulina Barnett.

—Sí, y no —respondió el teniente—. Sé muy bien que los osos no entrarán en nuestra casa; pero ignoro al mismo tiempo cómo saldremos de ella si es necesario.

Dicho esto, Jasper Hobson dirigióse de nuevo a la ventana.

Durante este tiempo, Paulina Barnett y las otras mujeres, congregadas en torno del sargento, escuchaban al valiente soldado que disertaba acerca de los osos, como hombre experimentado en estos lances. Muchas veces el sargento se las había tenido que haber con aquellos carnívoros, cuyo encuentro es frecuente, hasta en los territorios del Sur; pero siempre había sido en circunstancias propicias para atacarlos con éxito. En el caso actual, hallábanse sitiados, y el frío les impedía intentar ninguna salida.

Durante todo el día vigiláronse atentamente las idas y venidas de los osos. De vez en cuando, alguno de aquellos animales acercaba su gruesa cabeza a la ventana, dejando oír un sordo rugido de cólera. El sargento y el teniente celebraron una conferencia, y resolvieron que, si los osos no se marchaban, se practicarían algunas aspilleras en las paredes de la casa a fin de ahuyentarlos a tiros. Pero decidieron al mismo tiempo esperar un día o dos antes de recurrir a este medio; porque Jasper Hobson quería evitar el establecer toda comunicación entre la temperatura ambiente y la del interior de la casa, que era ya bastante fría. El aceite de morsa que se introducía en las estufas estaba helado, y, tan duro, que era preciso partirlo a hachazos.

La jornada terminó sin otro incidente notable. Los osos iban y venían y daban constantes vueltas alrededor de la casa, pero sin intentar contra ella ningún ataque directo. Se veló toda la noche, y, a eso de las cuatro de la madrugada, llegó a creerse que los asaltantes habían abandonado el patio, porque ya no se veían por ningún sitio. Pero, a eso de las siete, Marbre, que había subido al desván con objeto de recoger provisiones, bajó inmediatamente diciendo que los osos se estaban paseando por el tejado de la casa.

Jasper Hobson, el sargento, Mac-Nap y dos o tres soldados, cogieron sus armas y se dirigieron precipitadamente a la escalera del corredor que comunicaba con el desván por medio de un escotillón. En esta pieza era tal la intensidad del frío que, al cabo de algunos minutos, el teniente y sus compañeros no podían ni aun sostener en las manos los cañones de sus fusiles. El aire húmedo que al respirar expelían, caía convertido en nieve alrededor de ellos.

Marbre no se había engañado; los osos ocupaban el techo de la casa. (Díaseles correr y gruñir, y sus uñas a veces, después de atravesar la capa de la nieve, incrustábanse en las tablas de la techumbre, siendo muy de temer que tuviesen las fuerzas necesarias para arrancarlas.

El teniente y sus hombres, al verse acometidos por el aturdimiento que aquel frío insostenible provocaba, decidieron bajar, dando cuenta a los otros Jasper Hobson de lo serio de la situación.

—Los osos —dijo— se encuentran sobre el tejado, lo cual es una circunstancia en extremo desagradable. Sin embargo, no hay nada que temer todavía, por lo que a nosotros mismos respecta; porque esos animales no podrán penetrar en las habitaciones; pero sí es muy posible que fuercen la entrada del desván y devoren las pieles que en él hay depositadas; y como quiera que estas pieles pertenecen a la Compañía, tenemos el deber de conservarlas intactas. Os pido, pues, amigos míos, que me ayudéis a colocarlas en lugar seguro.

Al instante, todos los compañeros del teniente escalonáronse a lo largo de la sala, la cocina, el corredor y la escalera. Dos o tres que se relevaban a cortos intervalos, pues no hubiesen podido resistir por mucho tiempo un trabajo sostenido, afrontaron la temperatura del desván, y, en una hora, las pieles, pasando de mano en mano, quedaron almacenadas en el salón central.

Durante esta operación, los osos proseguían sus maniobras y trataban de levantar las vigas principales del techo. En algunos puntos era fácil ver las tablas cimbreadas bajo su peso. El maestro Mac-Nap se hallaba bastante inquieto, pues, no habiendo contado al construir la casa con que el techo hubiese de soportar una carga semejante, temía que pudiese ceder.

Aquel día transcurrió, sin embargo, sin que los asaltantes lograsen penetrar en el desván; pero otro enemigo no menos formidable introdujose poco a poco en las habitaciones: este enemigo era el frío. El fuego languidecía en las estufas; la reserva de combustible se hallaba casi agotada. Antes que transcurriesen doce horas, el último trozo de leña sería devorado por las llamas y se apagaría la estufa.

Esto sería la muerte, la muerte por el frío, que es la más espantosa de todas. Ya aquellos infelices, apretados los unos contra los otros alrededor de aquella estufa que se enfriaba por grados, sentían que les abandonaba su propio calor también. Pero nadie profería la menor queja. Hasta las mismas mujeres soportaban heroicamente aquellas horribles torturas. La esposa de Mac-Nap oprimía convulsivamente a su tierno hijo contra su helado pecho. Algunos soldados dormían, o languidecían más bien en un sombrío estupor que distaba bastante de ser sueño.

A las tres de la mañana consultó Jasper Hobson el termómetro colgado en la parte interior de la pared del salón, a menos de diez pies de la estufa, y observó que marcaba 4° Fahrenheit bajo cero (20° centígrados por debajo del punto de congelación del agua destilada).

El teniente pasóse la mano por la frente, miró a sus compañeros que formaban un grupo silencioso y compacto, y permaneció inmóvil durante algunos momentos. El vapor medio condensado de su respiración rodeábalo de una nube blancuzca.

En aquel instante sintió que sobre su hombro se posaba una mano; dio vuelta a la cabeza, estremecido, y sus ojos tropezaron con los de Paulina Barnett.

—Es preciso hacer algo, señor Hobson —le dijo la valerosa mujer—; ¡no podemos dejarnos morir de este modo, sin siquiera defendernos!

—Sí —respondió el teniente, sintiendo despertarse en él la energía moral—, ¡es preciso hacer algo!

Jasper Hobson llamó al sargento Long, a Mac-Nap y al herrero Rae, es decir, a los hombres más valientes de su tropa, y, acompañados de Paulina Barnett, aproximáronse a la ventana, lavaron con agua hirviendo su vidrio y consultaron al termómetro colocado en la parte exterior.

¡Setenta y dos grados! (40° centígrados bajo cero) —exclamó Jasper Hobson—. Amigos míos, nos quedan solamente dos partidos que tomar: o arriesgar nuestras vidas para renovar la provisión de combustible, o quemar poco a poco los bancos, los tabiques, las camas y todo lo que tenemos dentro de la casa que pueda alimentar las estufas. Pero es éste un recurso supremo, porque el frío puede durar, toda vez que no hay nada que presagie un próximo

cambio de tiempo.

—¡Arriesguémonos! —respondió el sargento Long. Esta fue también la opinión de sus otros dos camaradas. Sin pronunciar ninguna otra palabra, cada cual aprestóse a poner manos a la obra.

He aquí lo que se convino, y las precauciones que se adoptaron para salvaguardar en lo posible las vidas de los que iban a sacrificarse por la salvación de todos.

El cobertizo en que estaba almacenada la leña se elevaba a unos cincuenta pasos a la izquierda y por detrás de la casa principal, y se decidió que un hombre tratase de llegar hasta él a la carrera. Debía llevar una cuerda arrollada a la cintura, y además otra suelta, uno de cuyos extremos conservarían sus compañeros. Una vez llegado al cobertizo, cargaría de combustible uno de los trineos a cuya parte anterior ataría la cuerda últimamente nombrada, haciendo firme además a su parte posterior el otro extremo de la que llevaba arrollada a la cintura, con ayuda de la cual podría atraer nuevamente hacia él el trineo una vez descargado; quedando de este modo establecida una comunicación entre el cobertizo y la casa, que permitiría renovar, sin demasiado peligro, la provisión de madera. Una sacudida impresa a cualquiera de las dos cuerdas indicaría que el trineo estaba, o cargado en el cobertizo, o descargado en la casa.

El plan estaba sagazmente meditado; pero dos circunstancias podían hacerlo abortar; por una parte, era posible que la puerta del cobertizo, obstruida por el hielo, fuese muy difícil de abrir; y, por otra, era de temer que los osos, descendiendo del techo de la casa, acudiesen presurosos al patio. Eran, pues, dos azares que había que arrostrar sin remedio.

El sargento Long, Mac-Nap y Rae ofreciéronse los tres de una manera espontánea a afrontar todo el peligro; pero alegó el primero que los otros dos eran casados, insistiendo en ejecutar él la tarea.

También pretendía el teniente intentar en persona la aventura; pero la viajera le dijo:

—Señor Jasper, usted es nuestro jefe, y su vida es tan útil para todos que no tiene usted derecho a arriesgarla. Deje usted, pues, que vaya el sargento Long.

Jasper Hobson comprendió los deberes que su posición le imponía, y, llamado a decidir entre sus compañeros, pronuncióse en favor del sargento. Paulina Barnett estrechó con entusiasmo la mano del valeroso Long.

Los demás habitantes del fuerte, dormidos o amodorrados, ignoraban la tentativa que iba a hacerse.

Preparáronse dos largas cuerdas. El sargento arrollóse la una alrededor de

su cuerpo, por encima de los cálidos abrigos con que se revistió, consistentes en pieles que sumaban un valor de más de 1.000 libras esterlinas. La otra se la ató a la cintura, de la cual se colgó además un puñal y un revólver cargado. Después, en el momento de partir, se echó al pecho medio vaso de coñac, a lo que llamaba él beber un buen trago de combustible.

Jasper Hobson, Long, Mac-Nap y Rae salieron entonces de la sala común. Pasaron por la cocina, cuyo hogar acababa de apagarse, y llegaron al corredor. Allí, Rae, subiendo hasta el escotillón del desván, y entreabriéndolo, aseguró que los osos permanecían aún en el tejado de la casa. Era, pues, el momento de obrar.

Abrieron la primera puerta del corredor, y Jasper Hobson y sus compañeros, a pesar de sus gruesos abrigos, se sintieron helados hasta la medula de los huesos. Abrieron en seguida la segunda puerta, que daba directamente al patio, y todos, por instinto, retrocedieron un momento, medio sofocados. El vapor húmedo que el aire del corredor contenía en suspensión, condensóse instantáneamente, y una nieve finísima cubrió entonces el suelo y las paredes.

El tiempo en el exterior era en extremo seco. Las estrellas resplandecían con brillo extraordinario.

El sargento Long, sin perder un instante, lanzóse en medio de la obscuridad, arrastrando en su carrera el extremo de la cuerda cuyo cabo conservaban sus compañeros. Empujaron éstos en seguida la puerta exterior hasta dejarla encajada, y Jasper Hobson, Mac-Nap y Rae retrocedieron al corredor, cuya segunda puerta cerraron herméticamente, y esperaron llenos de impaciencia.

Si Long no volvía transcurridos algunos minutos, debía suponerse que su empresa marchaba por buen camino, y que, instalado en el cobertizo, preparaba la primera carga de leña. Mas para esta operación debían bastar diez minutos en el caso de que la puerta del almacén no hubiese resistido. Cuando partió el sargento, Jasper Hobson y Mac-Nap regresaron al fondo del corredor, en tanto que Rae vigilaba el desván y los osos.

Dada la obscuridad de la noche, podía esperarse que no hubiesen advertido estos últimos el rápido paso de Long.

Diez minutos después de la partida de éste, Jasper Hobson, Mac-Nap y Rae volvieron al estrecho espacio comprendido entre las dos puertas del corredor, y esperaron en él que fuese hecha la señal de hallar el trineo.

Transcurrieron aún cinco minutos más. La cuerda cuyo extremo sostenían continuaba en reposo. ¡Juzgúese la ansiedad de aquellos hombres!

Hacía más de un cuarto de hora que había partido el sargento, tiempo más que suficiente para cargar el trineo, sin haberles transmitido la señal convenida.

Jasper Hobson esperó todavía algunos instantes, y después, tirando del extremo de la cuerda, hizo señas a sus compañeros para que le ayudasen a halar. Si el trineo no estuviese aún cargado, ya sabría el sargento impedir que continuasen tirando.

Halaron, pues, vigorosamente de la cuerda, y sintieron que un objeto pesado era arrastrado por ella sobre la superficie de la nieve, el cual no tardó en llegar a la puerta exterior...

Era el cuerpo del sargento, atado por la cintura. El desdichado Long no había podido llegar al cobertizo siquiera. Había caído en el camino como herido por el rayo. ¡Su cuerpo, expuesto por espacio de cerca de veinte minutos a tan irresistible temperatura, debía ser sólo un cadáver!

Mac-Nap y Rae lanzaron un grito de desesperación y transportaron el cuerpo al corredor; pero en el instante preciso en que pretendió el teniente cerrar la puerta exterior, sintió que era violentamente rechazada, oyéndose al mismo tiempo un espantoso rugido.

—¡Socorro! —gritó Jasper Hobson.

Mac-Nap y Rae iban a precipitarse en su auxilio; pero se les adelantó Paulina Barnett que vino a sumar sus esfuerzos a los del teniente Hobson para cerrar la puerta. Pero la monstruosa fiera, haciendo pesar sobre ella todo el peso de su cuerpo, la hacía retroceder poco a poco, e iba a forzar la entrada del corredor...

Entonces Paulina Barnett apoderándose de una de las pistolas que pendían de la cintura del teniente, esperó con serenidad el instante en que el oso introdujera la cabeza entre la puerta y el quicio, y, cuando lo hubo hecho, disparóla a boca de jarro en las fauces abiertas de la fiera.

El oso desplomóse hacia atrás herido mortalmente sin duda, y la puerta, después de cerrada, quedó sólidamente apuntalada.

En seguida condujeron el cuerpo del sargento al salón y lo extendieron al lado de la estufa. ¡Pero las últimas brasas se extinguían en aquel momento! ¿Cómo reanimar a aquel desventurado? ¿Cómo devolverle una vida cuyos síntomas todos parecían haber desaparecido?

—¡Yo iré!, ¡yo iré! —exclamó, consternado, el herrero Rae—; yo iré a buscar la leña o...

—Sí, sí —dijo a su lado una voz—, ¡iremos juntos por ella!

Era su valerosa mujer quien de aquella manera se expresaba.

—¡No, amigos míos, no! —exclamó el teniente Hobson—. No podríais libraros del frío ni de los osos. ¡Quememos todo lo que pueda arder aquí dentro, y después que Dios nos ampare!

Y en seguida, todos aquellos infelices, medio helados, levantáronse como locos, con las hachas en la mano. Los bancos, las mesas, los tabiques, todo fue demolido y destrozado y convertido en leña; y la estufa del salón, y el hogar de la cocina zumbaban al poco rato bajo la acción de una ardiente llama que algunas gotas de aceite de morsa activaron más aún.

La temperatura interior subió pronto doce grados, Prodigáronse al sargento los más exquisitos cuidados. Frotáronsele los brazos con coñac caliente, y, poco a poco, se fue restableciendo la circulación de la sangre. Las manchas blanquecinas de que se habían cubierto ciertas partes de su cuerpo empezaron a desaparecer; pero el desdichado Long había padecido cruelmente, así que transcurrieron varias horas antes de que pudiese articular una palabra. Acostáronle en un lecho bien caldeado, y Paulina Barnett y Madge le velaron hasta el día siguiente.

Entretanto, Jasper Hobson, Mac-Nap y Rae meditaban la manera de salvar la situación tan horriblemente comprometida. Era evidente que, a los dos días, a lo sumo, faltaría también aquel nuevo combustible que habían encontrado dentro de la misma casa. ¿Qué sería entonces de ellos todos si persistían los fríos?

La luna era ya nueva hacía cuarenta y ocho horas; mas su reaparición no había provocado ningún cambio de tiempo. El viento Norte asolaba el país con su hálito glacial, el barómetro se mantenía por las nubes, y, de aquel suelo que no formaba ya más que un inmenso campo de hielo, no se desprendía el menor vapor, siendo muy de temer que el frío tardase en cesar. ¿Qué partido adoptar, pues? ¿Debía repetirse la tentativa de volver al cobertizo, más peligrosa ahora todavía por hallarse los osos sobre aviso? ¿Era posible dar a estos animales la batalla al aire libre? No por cierto; hubiera sido un acto de locura que habría dado por resultado la pérdida de todos.

Entretanto, la temperatura de las habitaciones se había hecho más soportable. Aquella mañana la señora Joliffe sirvióles un almuerzo compuesto de carnes calientes y té. No se economizaron los humeantes grogs, y el valiente sargento Long pudo ya participar en el festín.

El fuego bienhechor de las estufas, al elevar la temperatura, animaba al mismo tiempo a aquellas pobres gentes, que sólo esperaban la orden de Jasper Hobson para atacar a los osos. Pero el teniente rio quiso exponer su gente, por no parecerle igual la partida. El día iba, por tanto, a transcurrir, al parecer, sin

ningún otro incidente, cuando, a eso de las tres de la tarde, sintióse un gran ruido en el techo de la casa.

—¡Ya los tenemos ahí! —exclamaron a coro dos o tres soldados, armándose precipitadamente de pistolas y de hachas.

Era evidente que los osos, después de arrancar una de las vigas maestras del techo, habían forzado la entrada del desván.

—¡Qué no se mueva nadie! —gritó con voz tranquila el teniente—. ¡Rae el escotillón!

El herrero corrió hacia el pasillo, subió a saltos la escalera y sujetó el escotillón sólidamente.

Se sentía un ruido espantoso sobre el techo, que parecía cimbreado bajo los pies de los osos; una confusa mezcla de gruñidos, patadas y zarpazos.

¿Cambiaría aquel incidente la situación? ¿Se agravaba el mal, o no? Jasper Hobson y algunos de sus compañeros celebraron una consulta acerca del particular. La mayoría estimaba que su situación se había mejorado. Si los osos se hallaban todos reunidos dentro del desván, lo que parecía probable, tal vez fuese posible atacarlos en aquel reducido espacio sin temor a que el frío asfixiase a los combatientes o les arrebatase las armas de las manos. Es verdad que un combate cuerpo a cuerpo con semejantes fieras era peligroso en extremo; pero, en fin, ya no existía una imposibilidad física que impidiera en absoluto intentarlo.

Quedaba por resolver si se atacarían o no a los asaltantes en el lugar que ocupaban, operación tanto más peligrosa cuanto que los soldados no podían entrar más que uno a uno en el desván por el estrecho escotillón.

Se comprende fácilmente que el teniente vacilase en iniciar el ataque. Después de reflexionarlo mucho y de escuchar los consejos del sargento y de otros cuyo valor no admitía discusión, decidióse a esperar. Tal vez pudiera sobrevenir un incidente que acrecentase las probabilidades de éxito.

Por otra parte, era casi imposible que los osos lograsen levantar las vigas del techo, que eran mucho más sólidas que las del tejado; de suerte que no parecía probable que lograsen bajar al piso bajo.

Aguardaron, pues, todos, y el día transcurrió sin otra novedad. Por la noche fue tan grande el alboroto que armaron las enfurecidas fieras, que nadie pudo dormir.

Al día siguiente vino a complicar la situación un nuevo acontecimiento que obligó a obrar al teniente. Sabido es que las chimeneas de la estufa y del hogar atravesaban el desván en toda su altura. Estas chimeneas, hechas con ladrillos de cal e imperfectamente cimentadas, no podían resistir una fuerte presión

lateral. Ocurrió, pues, que los osos, sea que las atacasen directamente, sea que se apoyaran en ellas para mejor percibir el calor que despedían, el hecho es que las fueron destruyendo poco a poco. Se oyó caer por su interior los trozos de ladrillos, y bien pronto dejaron de tirar la estufa y el fogón.

Era aquella desgracia irreparable que hubiera arrebatado la esperanza sin duda a gentes menos enérgicas, y que trajo consigo una nueva complicación; porque, al par que los fuegos se apagaban, un humo negro, acre y nauseabundo, producido por la combustión imperfecta de la leña y el aceite, invadió toda la casa, haciéndose tan espeso en algunos minutos, que eclipsó la luz de las lámparas.

Jasper Hobson se veía precisado a abandonar la casa, so pena de perecer asfixiado; ¡y abandonar la casa era perecer de frío! Empezaron las mujeres a dar gritos, y entonces el teniente, empuñando un hacha, gritó con enérgico acento:

—¡A los osos, amigos míos!, ¡a los osos!

No quedaba otra solución. Urgía exterminar a aquellos animales. Todos, sin excepción, corrieron hacia el pasillo y se lanzaron por la escalera arriba con Jasper Hobson a la cabeza. Levantóse el escotén y oyéronse varios tiros en medio de los torbellinos de humo negro. Hubo gritos mezclados de rugidos y la sangre corrió en abundancia. Batíanse con los osos en medio de la obscuridad más espantosa...

Pero en aquel momento escucháronse terribles estruendos y violentas sacudidas agitaron el helado suelo. Inclínose la casa como si hubiese sido arrancada de sus pilares. Los maderos que constituían las paredes desuniéronse, y, por sus aberturas, Jasper Hobson y sus compañeros pudieron contemplar, estupefactos, que los osos, espantados como ellos, huían lanzando aullidos a través de las tinieblas.

## **DURANTE CINCO MESES**

Un terremoto terrible acababa de conmover aquella parte del continente americano. Semejantes sacudidas debían, a no dudarlo, ser frecuentes en aquel suelo volcánico. La conexión que existe entre los fenómenos sísmicos y los eruptivos quedaba una vez más patentizada.

Jasper Hobson comprendió lo que había acontecido, aguardó con terrible inquietud, temeroso de que se abriera el suelo y le tragara con todos sus compañeros. Pero afortunadamente se produjo una sola sacudida que fue más bien una repercusión que no un golpe directo. A consecuencia de ella,

inclinóse la casa hacia el lado del lago, destrabándose las paredes; pero el suelo recuperó en seguida su estabilidad y quietud.

Era preciso pensar en lo más urgente. La casa, aunque desvencijada, estaba todavía habitable. Tapáronse rápidamente las aberturas producidas por la disyuntura de las vigas, y se repararon, lo mejor que fue posible, las chimeneas.

Las heridas que algunos soldados habían recibido durante la lucha con los osos eran, afortunadamente, ligeras, y no exigieron más que una sencilla cura.

Aquellas pobres gentes pasaron dos días terribles en semejantes condiciones, quemando la madera de las camas y las tablas de los tabiques, y durante este tiempo Mac-Nap y sus peones hicieron en el interior las reparaciones más urgentes. Las columnas, sólidamente clavadas en el suelo, no habían cedido, y el conjunto se mantenía firme.

Lo que resultaba evidente era que el terremoto había provocado una desnivelación extraña en la superficie del litoral, y que se habían efectuado grandes cambios en aquella porción del territorio. Jasper Hobson ardía en impaciencia por conocer estos resultados que, hasta cierto punto, podían comprometer la seguridad de la factoría; pero el frío cruel no permitía a nadie salir al exterior.

Observáronse, sin embargo, algunos síntomas que indicaban un cambio de tiempo bien próximo. Podía observarse, a través de la ventana, una disminución apreciable en el brillo de las constelaciones. El día 11 de enero el barómetro bajó algunas líneas. Formábanse vapores en el aire y su condensación debía producir una elevación más o menos importante de la temperatura.

En efecto, el 12 de enero rolóse el viento al Sudoeste, acompañado de nieve intermitente. El termómetro interior subió casi de repente a 15° sobre cero (9° centígrados bajo cero), temperatura que, para aquellos invernantes tan cruelmente tratados, resultaba primaveral.

Aquel día, a las once de la mañana, todos estaban fuera de la casa. Parecían un grupo de cautivos que inesperadamente hubieran recobrado su libertad; pero se prohibió en absoluto el salir del recinto, por temor a malos encuentros.

En esta época del año no había reaparecido aún el sol; pero se aproximaba al horizonte lo bastante para producir un largo crepúsculo que permitía distinguir con bastante claridad los objetos situados dentro de un radio de dos millas.

La primera mirada de Jasper Hobson fue para aquel territorio que tan modificado habría debido quedar a causa del terremoto.

En efecto, se habían producido varios cambios. El promontorio en que terminaba el cabo Bathurst encontrábase, en parte, desmochado, habiéndose desprendido grandes trozos del acantilado, que cayeron hacia el lado del río. Parecía también como si toda la masa del cabo se hubiese inclinado hacia el lago, sin exceptuar la meseta sobre la cual descansaba la casa. Todo el suelo, en general, se había hundido por el Oeste y levantado por el Este.

Esta desnivelación debía traer consigo una consecuencia grave, a saber: que las aguas del lago y del río Paulina, tan pronto como el deshielo las dejase en libertad, mudarían de sitio buscando el nivel más bajo, siendo probable que se inundase una porción del territorio del Oeste; y el riachuelo, además, cambiaría de cauce, lo cual comprometería la existencia del puerto natural formado en su desembocadura.

Las colinas de la costa oriental parecían haber disminuido considerablemente la altura; pero, por lo que respecta a los acantilados del Oeste, no era posible juzgar, a causa de su mucha distancia. En una palabra, la importante modificación provocada por el terremoto consistía en que, en una superficie de cuatro o cinco millas al menos, la horizontalidad del suelo había sido destruida, adquiriendo un pronunciado declive de Este a Oeste.

—Ya ve usted, señor Hobson —dijo la viajera riendo—, usted, en su amabilidad, había dado mis nombres al río y al puerto, y ahora ya no existe ni río Paulina ni puerto Barnett. Es preciso reconocer que no tengo gran suerte.

—En efecto, señora —respondió el teniente—; pero si ha desaparecido el río, el lago continúa en su mismo puesto; de suerte que, si me lo permite usted, le llamaremos desde hoy el lago Barnett. Me complazco en creer que éste le será a usted fiel.

El cabo Joliffe y su esposa, en cuanto salieron de la casa, dirigiéronse el uno a la perrera y la otra al establo de los renos. Los perros no habían padecido demasiado durante su largo encierro, y se lanzaron dando saltos de alegría al patio interior. Un reno había fallecido, datando su muerte de muy pocos días; los otros, aunque alguno más delgado, parecían encontrarse en buen estado de conservación.

—Bien, señora —dijo el teniente Hobson a Paulina Barnett, que caminaba a su lado—, hemos salido del paso bastante mejor de lo que hubiéramos podido esperar.

—Jamás perdí la esperanza, señor Hobson —respondió la viajera—. Hombres como usted y sus compañeros no creí nunca que se dejaran vencer por las penalidades y fatigas de una invernada.

—Señora, desde que vivo en las regiones polares —replicó Jasper Hobson— jamás he experimentado un frío semejante, y, para no ocultarle nada, creo

firmemente que si hubiera persistido algunos días más estábamos perdidos sin remedio.

—¿Entonces ese terremoto ha venido como llovido del cielo para ahuyentar a los osos, y ha contribuido tal vez a modificar los rigores de la temperatura? —preguntó la viajera.

—Es posible, señora; muy posible, en verdad —respondió el teniente—. Todos estos fenómenos de la naturaleza guardan relación entre sí y se modifican mutuamente. Pero le he de confesar que me inquieta la composición volcánica de este suelo. La vecindad de ese volcán en actividad me parece dañosa para nuestra factoría. Si sus lavas no pueden alcanzarle, provoca, por lo menos, sacudidas que la comprometen. ¡Mire usted el aspecto que presenta nuestra pobre casa!

—Ya la hará usted reparar, señor Hobson —respondió Paulina Barnett—, en cuanto comience el buen tiempo, aprovechando la lección recibida para aumentar su solidez.

—Sin duda alguna, señora; pero, tal como hoy se encuentra, temo mucho que no la halle usted muy cómoda.

—¿A mí me dice usted eso, señor Hobson? —respondió Paulina Barnett, riendo—. ¡A mí! ¡A una exploradora! Me figuraré que vivo en el camarote de un buque que va escorado, y, desde el momento en que su casa de usted no se balancea, no temo marearme.

—¡Bien, señora, muy bien! —respondió Jasper Hobson—. ¡No hay palabras bastante elevadas para calificar su carácter de usted, que es de todos conocido! Con su energía moral y su buen humor delicioso, ha contribuido usted a sostenernos a todos durante estas duras pruebas, y le doy a usted las gracias en mi nombre y en él de mis compañeros.

—Le aseguro, señor Hobson, que exagera usted...

—No, no; lo que digo a usted se lo repetirán todos... Pero permítame usted que le haga una pregunta. Ya sabe usted que, en el mes de junio próximamente, el capitán Craventy debe enviarnos un convoy de víveres que se llevará, a su regreso, nuestras existencias de pieles al fuerte Confianza. Es probable que nuestro amigo Tomás Black, que ya habrá observado su eclipse, regrese en julio con este destacamento. ¿Me permitirá usted, señora, que le pregunte si tiene usted intención de acompañarle?

—¿Es que me despide usted, señor Hobson? —preguntó, sonriendo, la viajera.

—¡Oh señora!...

—Pues bien, mi teniente —respondió Paulina Barnett, tendiéndole la mano

a Jasper Hobson—, me voy a permitir la libertad de pedirle a usted permiso para pasar otro invierno en el fuerte Esperanza. Es probable que el año próximo venga algún buque de la Compañía a fondear al abrigo del cabo Bathurst, y lo aprovecharé para irme; porque me agradaría, después de haber venido por tierra, marcharme por el estrecho de Behring.

El teniente escuchó con extraordinaria alegría la determinación de la viajera, a quien conocía ya a fondo y apreciaba como merecía. Una inmensa simpatía ligábale a aquella animosa mujer, quien a su vez tenía formado de él un elevado concepto. A decir verdad, ninguno de los dos habría visto venir sin gran pena la hora de la separación. ¿Quién sabe, por otra parte, si el Cielo no les tenía reservadas aún terribles pruebas, durante las cuales debiera unirse su doble influencia para la común salvación?

El 20 de enero reapareció por primera vez el sol y terminó la noche polar. Sólo permaneció breves instantes encima del horizonte, y fue saludado por los invernantes con clamorosos hurras. A partir de esta fecha, la duración del día creció incesantemente.

Durante el mes de febrero, y hasta el 15 de marzo, hubo aún transiciones muy bruscas de bueno y de mal tiempo. Los días buenos fueron muy fríos y en los malos nevó mucho.

Durante los primeros, el frío impedía a los cazadores salir; y durante los últimos, eran las tempestades de nieve las que les obligaban a permanecer dentro de casa. Hubo, pues, que contentarse con ejecutar en los días indecisos ciertos trabajos exteriores, sin intentar siquiera ninguna excursión lejana.

Por otra parte, ¿a qué alejarse del fuerte, si las trampas funcionaban con excelente éxito? Durante el final de aquel invierno, las martas, las zorras, los armiños, los glotones y otros animales dotados de valiosísimas pieles se dejaron cazar en gran número, de suerte que los cazadores no permanecieron ociosos a pesar de no alejarse de los alrededores del cabo Bathurst.

Una sola excursión llevada a efecto en marzo a la bahía de las Morsas dio a conocer que el terremoto había modificado de una manera notable la forma de los acantilados, cuya elevación había disminuido mucho. Más lejos, las montañas ignívomas, coronadas de ligeros vapores, parecían momentáneamente apaciguadas.

Hacia el 20 de marzo, señalaron los cazadores la presencia de los primeros cisnes, que emigraban de los territorios meridionales y se dirigían hacia el Norte, lanzando agudos silbidos. También se vieron algunos verderones de las nieves y halcones invernantes; pero el suelo se hallaba cubierto todavía de una inmensa alfombra blanca, y los rayos del sol no poseían aún las suficientes fuerzas para fundir la superficie sólida del mar y de la laguna.

El desastre no llegó hasta los primeros días de abril. La ruptura de los hielos se operaba con espantoso estruendo, que a veces semejaba descargas de artillería. En el banco de hielo producíanse bruscas alteraciones. Más de un iceberg, derruido por los choques, socavado por su base, desplomábase con estrépito terrible, a consecuencia del desplazamiento sufrido por su centro de gravedad, siendo ésta la causa principal de los desmoronamientos que precipitaban la rotura del gran campo de hielo.

En esta época la temperatura media era de treinta y dos grados sobre cero (0° centígrados), de suerte que los primeros hielos de la playa no tardaron en fundirse, y la banca, arrastrada por las corrientes polares, retiróse poco a poco entre las brumas del horizonte.

El día 15 de abril el mar estaba ya libre, y un buque procedente del océano Pacífico, después de atravesar el estrecho de Behring y barajar la costa americana, habría podido fondear perfectamente al abrigo del cabo de Bathurst.

Al mismo tiempo que el océano Ártico libróse el lago Barnet de su coraza de hielo, con gran satisfacción de los millares de patos y otras aves acuáticas que pululaban en sus orillas; pero, como lo había previsto Jasper Hobson, sus contornos se habían modificado a consecuencia del nuevo declive del suelo. La porción de su playa que se extendía delante de la empalizada del fuerte y que limitaban por el Este las colinas cubiertas de bosque, habíanse ensanchado considerablemente. Jasper Hobson calculó en ciento cincuenta pasos el retroceso de las aguas del lago en su orilla oriental. En la parte opuesta habían debido desplazarse otro tanto hacia el Oeste, e inundar el país, si no las había contenido alguna barrera natural.

En resumen, que había sido una suerte que la desnivelación del suelo se hubiera efectuado de Este a Oeste, pues si se hubiese producido en sentido contrario, la factoría se hubiera sumergido irremisiblemente.

Por lo que respecta al riachuelo, secóse en cuanto el deshielo restableció su corriente, pudiéndose afirmar que las aguas remontaron su curso, retrocediendo hacia su propia fuente, por haberse establecido en su lecho de Norte a Sur la pendiente.

—He aquí —dijo Jasper Hobson al sargento— un río que hay que borrar de los mapas de las regiones polares. Si no hubiésemos contado más que con ese arroyuelo para surtirnos de agua, nos veríamos a estas horas en un formidable aprieto. Afortunadamente, nos queda todavía el lago Barnett, y me atrevo a asegurar que entre todos no lograremos agotarlo por mucho que bebamos.

—En efecto —respondió el sargento Long—, el lago... Pero ¿seguirán

siendo dulces sus aguas?

Jasper Hobson miró fijamente al sargento y sus cejas contrajéronse. No se le había ocurrido pensar en que una fractura del suelo podía haber establecido una comunicación entre la laguna y el mar; desgracia irreparable que hubiera forzosamente traído aparejada la ruina y abandono de la naciente factoría.

El teniente y el sargento Long corrieron presurosos hacia el lago... ¡Sus aguas seguían siendo dulces!

En los primeros días de mayo, la tierra, limpia de nieve en algunos parajes, empezó a reverdecer bajo la influencia de los rayos solares. Algunas gramíneas y musgos asomaron tímidamente sus puntas fuera del suelo. Las semillas de acederas y de codearías, sembradas por la señora Joliffe, germinaron también. La capa de nieve habíalas protegido contra los rigores del frío de aquel riguroso invierno; pero ahora era preciso protegerlas contra los picos de los pájaros y los dientes de los roedores, importante tarea que le fue encomendada al digno cabo Joliffe, el cual desempeñó a conciencia y con la seriedad de un maniquí colocado a guisa de espantajo en un huerto, su difícil cometido.

Cuando se hicieron más largos los días, reanudáronse las partidas de caza.

Jasper Hobson quería completar la existencia de pieles que debían ser entregadas a los agentes del fuerte Confianza dentro de algunas semanas. Marbre, Sabine y otros cazadores pusiéronse en campaña. Sus excursiones, empero, no fueron fatigosas ni largas. Jamás se apartaban arriba de las dos millas del cabo Bathurst. No habían visto jamás territorios donde tanto abundase la caza, y se hallaban naturalmente tan sorprendidos como satisfechos. Las martas, los renos, las liebres, los caribúes, las zorras y los armiños venían materialmente a colocarse delante de los cañones de sus escopetas.

Sólo tenían una queja, y era ésta que, con inmenso sentimiento de todos los invernantes, que les guardaban implacable rencor, no vieron un solo oso, ni aun siquiera encontraron sus huellas. Parecía como si al huir los que les atacaron la casa hubieran arrastrado tras ellos a todos sus congéneres. Tal vez aquel terremoto habría asustado más particularmente a estos animales, cuya organización es delicada en extremo y que son muy nerviosos, si es que se puede aplicar a un sencillo cuadrúpedo este calificativo.

El mes de mayo fue bastante lluvioso, cayendo alternativamente agua y nieve. La temperatura media fue de 41° sobre cero (50 centígrados sobre cero). Las nieblas fueron frecuentes, y a veces tan espesas que habría ido una imprudencia el separarse del fuerte. Kellet y Petersen, perdidos por espacio de cuarenta y ocho horas, causaron las más vivas inquietudes a sus compañeros.

Un error en la dirección, que no pudieron rectificar, los había llevado hacia el Sur, cuando se creían en las proximidades de la bahía de las Morsas. Cuando regresaron venían completamente extenuados y medio muertos de hambre.

Llegó junio, por fin, y con él el buen tiempo, y hasta verdadero calor en algunas ocasiones. Los habitantes del fuerte habíanse despojado de sus vestidos de invierno. Trabajábase activamente en la reparación de la casa, que se pretendía enderezar, y al mismo tiempo hacía construir Jasper Hobson un amplio almacén en el ángulo Sur del patio. La abundancia de caza que había en el territorio justificaba plenamente la oportunidad de esta nueva construcción. La cantidad de pieles acopiadas era considerable, y se hacía necesario disponer de un local destinado especialmente para su almacenaje.

Entretanto, Jasper Hobson esperaba de un día a otro la llegada del destacamento que debía enviarle el capitán Craventy. Faltaban todavía numerosos objetos en la nueva factoría, y era necesario renovar las municiones. Si dicho destacamento había salido del fuerte Confianza a primeros de mayo, debía llegar al cabo Bathurst hacia mediados de junio. Como se recordará, éste era el punto de reunión convenido entre el capitán y el teniente; y, como Jasper Hobson había establecido el nuevo fuerte en el cabo mismo, los agentes enviados en su busca no tendrían más remedio que encontrarle.

A partir del 15 de junio hizo vigilar el teniente los alrededores del cabo. El pabellón británico había sido arbolado en la cumbre del promontorio para que fuera visto desde lejos. Era de suponer, por otra parte, que el convoy de abastecimiento seguiría el mismo itinerario, sobre poco más o menos, que había seguido el teniente, costeano el litoral desde el golfo de la Coronación hasta el cabo Bathurst. Era la vía más segura, si no la más corta, en una época del año en que el mar, libre de hielos, delimitaba perfectamente las orillas, permitiendo seguir sus contornos.

A pesar de todo esto, terminó el mes de junio sin que apareciese el convoy. Jasper Hobson sintió alguna inquietud, sobre todo cuando las nieblas envolvieron de nuevo el territorio. Temía por los agentes que se habían aventurado en aquel desierto, y a quienes aquellas persistentes brumas podían oponer serios obstáculos.

Jasper Hobson hablaba con frecuencia con Paulina Barnett, el sargento, Mac-Nap y Rae de aquel estado de cosas. El astrónomo Tomás Black no ocultaba sus temores, porque, una vez observado el eclipse, contaba con volverse con el destacamento; y si éste no llegaba, veríase condenado a una nueva invernada, perspectiva que no le entusiasmaba. Aquel abnegado sabio, no deseaba otra cosa que marcharse una vez cumplida su misión; por eso, con frecuencia, solía comunicar sus temores a Jasper Hobson, quien no sabía, en

verdad, qué responderle.

Llegó el 4 de julio, y seguían sin noticias. Algunos hombres enviados a reconocer la costa a tres millas de distancia, regresaron sin hallar vestigio alguno.

Era, pues, necesario admitir que los agentes del fuerte Confianza, o no habían salido de él, o se había extraviado por el camino. Por desgracia, esta última hipótesis era la más probable. Jasper Hobson conocía muy a fondo al capitán Craventy, y no dudaba de que la expedición hubiese salido del fuerte Confianza en la época convenida.

¡Fácil es comprender cuan vivas se harían entonces sus inquietudes! La buena estación transcurría insensiblemente. Dentro de un par de meses, el cruel invierno ártico, con sus vientos huracanados, sus torbellinos de nieve y sus noches interminables descendería nuevamente sobre aquella desolada región.

No era el teniente Hobson hombre a propósito para permanecer en aquella incertidumbre. Era preciso adoptar una resolución, y he aquí lo que decidió, después de haber consultado con todos sus compañeros, no siendo necesario decir que el astrónomo apoyó el plan con todas sus energías.

Estaban a 5 de julio. Dentro de 14 días, el 18 de aquel mismo mes, se verificaría el eclipse solar, y al día siguiente mismo podría Tomás Black abandonar el fuerte Esperanza. Acordóse, por consiguiente, que si, de allí a entonces, los agentes esperados no llegaban, saldría de la factoría un convoy, compuesto de algunos hombres y cuatro o cinco trineos, con dirección al lago del Esclavo. Conduciría este convoy la parte más valiosa de las pieles almacenadas, y, en seis semanas lo más, es decir, hacia fines de agosto, podría llegar al fuerte Confianza.

Una vez decidido esto, volvió a ser Tomás Black el hombre absorto siempre en sus meditaciones, que sólo esperaba el momento en que la Luna, matemáticamente interpuesta entre él y el astro radioso, eclipsase el disco del Sol totalmente.

## **EL ECLIPSE DEL 18 DE JULIO DE 1860**

Las brumas, entretanto, no acababan de disiparse. El sol sólo se mostraba a través de una opaca cortina de vapores, lo que no dejaba de atormentar al astrónomo, acordándose de su eclipse. La niebla era a menudo tan intensa que desde el patio del fuerte no se alcanzaba a ver la cumbre del promontorio.

La inquietud del teniente Hobson era cada vez mayor, y no dudaba ya de que el convoy salido del fuerte Confianza se había extraviado en el desierto. Su espíritu se sentía agitado por vagas aprensiones y tristes presentimientos. Aquel enérgico ser miraba el porvenir con ansiedad. ¿Por qué? El mismo no hubiera sabido explicarlo.

Todo, no obstante, parecía salir bien. A pesar de los rigores de aquel invierno cruel, su pequeña colonia gozaba de excelente salud. Entre sus compañeros no existía el menor desacuerdo, cumpliendo cada cual su cometido con intachable celo. El territorio era abundante en caza. La recolección de pieles había sido magnífica, y la Compañía no podría menos de mostrarse satisfechísima de los resultados obtenidos por su agente. Y, aún admitiendo que el fuerte Esperanza no fuese abastecido de nuevo, ofrecía el país los suficientes recursos para que pudiese afrontarse sin temor la perspectiva de una segunda invernada. ¿Por qué el teniente Hobson perdía, pues, la confianza?

Más de una vez Paulina Barnett y él conversaron acerca de este asunto, tratando la primera de tranquilizarle, haciéndole ver las razones arriba enumeradas. Aquel día, paseándose con él por la playa, defendió con más insistencia que nunca la causa del cabo Bathurst y de la factoría fundada a costa de tantos trabajos.

—Sí, señora, sí; tiene usted mucha razón —le respondió Jasper Hobson—; pero los presentimientos no dependen de la voluntad. No crea usted, por eso, que yo sea un visionario. Veinte veces, en mi larga carrera de soldado, me he visto en circunstancias muy críticas sin haberme conmovido un solo instante; y, sin embargo, ahora, por primera vez en mi vida, me inquieta el porvenir. Si viera frente a mí un peligro cierto, no lo temería: se lo aseguro a usted; pero se trata de un peligro indeterminado, vago, que no hago más que presentir...

—Pero ¿qué peligro? —preguntó Paulina Barnett. ¿Teme usted a los hombres, a los animales o a los elementos?

—¿A los animales? De ninguna manera —respondió Jasper Hobson—. Ellos son los que han de temer a los cazadores del cabo Bathurst. ¿A los hombres? Tampoco. Estos territorios sólo son frecuentados por los esquimales, y los indios se aventuran en ellos raras veces...

—Y fíjese usted señor Hobson —añadió Paulina Barnett—, que esos canadienses, cuya visita hubiera usted podido temer durante la buena estación, no han venido siquiera...

—Bastante lo siento, señora.

—¡Cómo!, ¿siente usted que no hayan venido esos competidores cuyas intenciones hacia la Compañía son hostiles sin género de duda?

—Señora —respondió el teniente—, lo siento, y no lo siento, a un tiempo mismo... Esto es bastante difícil de explicar. Observe usted que el convoy del fuerte Confianza debía haber llegado y no ha llegado. Lo mismo ocurre con los agentes de las Peleterías de San Luis, que podían venir y no han venido. Ni un esquimal siquiera ha visitado esta parte del litoral durante todo el verano...

—¿Y qué deduce usted de ahí, señor Hobson? —preguntó Paulina Barnett.

—Que no se llega tal vez al cabo Bathurst y al fuerte Esperanza con la facilidad que se quisiera, señora.

La viajera miró al teniente Hobson, cuya frente se hallaba evidentemente ensombrecida, y que había subrayado con singular acento la palabra facilidad.

—Teniente Hobson —le dijo—, puesto que no teme usted nada de los hombres ni de los animales, preciso será que crea que son los elementos...

—Señora —respondió Jasper Hobson—, no sé si tengo la razón perturbada, si mis presentimientos me ciegan; pero creo que nos hallamos en un país muy extraño. Si lo hubiera conocido mejor, me parece que no me habría establecido en él. Le he hecho observar a usted ya ciertas particularidades que me han parecido inexplicables, tales como la falta absoluta de piedras en todo el territorio, y el corte del litoral, tan limpio y tan marcado. La formación primitiva de este extremo del continente no me parece muy clara. Sé muy bien que la vecindad de un volcán puede producir ciertos fenómenos... ¿Recuerda usted lo que le he dicho acerca de las mareas?

—Perfectamente, señor Hobson.

—En un lugar donde el mar, según las observaciones practicadas por los exploradores de estas regiones, debería elevarse de quince a veinte pies, apenas si se eleva uno solo.

—Sin duda —respondió Paulina Barnett—; pero ya explicó usted esta anomalía por la configuración especial de las costas, la falta de amplitud de los estrechos...

—He tratado de explicarlo nada más —respondió el teniente Hobson—; pero anteayer observé un fenómeno todavía más inverosímil, que no sabré explicar, y dudo que puedan hacerlo las personas más doctas e ilustradas.

—¿Qué fenómeno es éste? —preguntó Paulina Barnett, contemplando al teniente con curiosidad no exenta de inquietud.

—Anteayer, señora, correspondió el plenilunio, y la marea, según el calendario, debía ser muy viva: Pues bien, el mar no se ha elevado ni un pie siquiera, como otras veces. ¡No ha sufrido la menor elevación!

—¿No se habrá usted equivocado? —preguntó Paulina al teniente.

—No; no, señora; la he observado yo mismo. Anteayer, 4 de julio, la marea ha sido nula, ¡absolutamente nula en el litoral del cabo Bathurst!

—Y, ¿qué deduce usted de ello, señor Hobson?

—Deduzco, señora —respondió el teniente—, que, o las leyes de la naturaleza han cambiado, o que este país se encuentra en una situación especial... O, mejor dicho, yo no deduzco nada... yo no comprendo nada... yo no sé explicar nada... pero... ¡siento una gran inquietud!

Paulina Barnett no quiso insistir más.

Evidentemente, aquella ausencia total de marea era inexplicable, extranatural, como lo sería la ausencia del sol en el meridiano a mediodía. A menos que el terremoto no hubiese modificado por completo la configuración del litoral y de las tierras árticas... Pero esta hipótesis no podía satisfacer a ningún observador serio de los fenómenos terrestres.

En cuanto a suponer que el teniente se hubiese equivocado en sus observaciones, no era en modo alguno admisible; y además, aquel mismo día, 6 de julio, Paulina Barnett y él comprobaron, por medio de señales practicadas en el litoral, que la marea, que un año antes subía un pie por lo menos, era en la actualidad nula, ¡completamente nula!

Acerca de esta extraña observación guardóse el mayor secreto. Jasper Hobson no quería, y con razón, despertar la menor inquietud en el ánimo de sus compañeros; pero éstos le veían con frecuencia solo, inmóvil, silencioso, en la cumbre del promontorio, observando el mar, libre a la sazón, que se extendía ante sus ojos.

Durante aquel mes de julio hubo de suspenderse la caza de los animales de piel de abrigo, porque las martas, las zorras y otros varios habían perdido ya su pelo de invierno. Fue preciso limitarse a perseguir la caza comestible, como los caribúes, las liebres polares y otros animales análogos, que, por un capricho cuando menos extraño, como observó la misma Paulina Barnett, pululaban materialmente en los alrededores del cabo Bathurst, a pesar de que los tiros parecía natural que los hubiesen ido ahuyentando lentamente.

El día 15 de julio la situación no había cambiado. Seguía sin noticias del fuerte Confianza. El anhelado convoy no acababa de presentarse. Jasper Hobson resolvió poner en práctica su proyecto, e ir al capitán Craventy, ya que el capitán Craventy no venía a él.

Como era natural, el jefe del pequeño destacamento no podía ser otro más que el sargento Long. Bien hubiera deseado éste no separarse de su teniente. Tratábase, en efecto, de una ausencia bastante prolongada; porque no era posible volver al fuerte Esperanza antes del verano próximo, y el sargento

tendría necesidad de pasar la mala estación dentro del fuerte Confianza. Era, pues, una ausencia de ocho meses por lo menos.

Cierto que Rae o Mac-Nap habrían podido reemplazar al sargento Long; pero estos dos bravos hombres eran casados. Además, Mac-Nap, como carpintero, y Rae, como herrero, eran necesarios en la factoría, donde no era posible prescindir de sus servicios.

Tales fueron las razones que le expuso el teniente Hobson al sargento, y ante las cuales éste tuvo que capitular. Para acompañarle fueron designados los soldados Belcher, Pond, Petersen y Kellet, quienes manifestaron que se hallaban dispuestos a partir.

Preparáronse para emprender el viaje cuatro trineos con sus correspondientes tiros, los cuales debían conducir los víveres necesarios y las pieles más valiosas que había almacenadas, como martas, armiños, zorras, cisnes, lince, ratas almizcleras y glotones.

Para fecha de partida fijóse la mañana del 19 de julio, es decir, el mismo día siguiente al eclipse. No es necesario decir que Tomás Black acompañaría al sargento Long, y que uno de los trineos serviría para transportar su persona e instrumentos.

Precisó es confesar que el digno astrónomo padeció extraordinariamente durante los días que precedieron al fenómeno tan anhelado por él. Las intermitencias de buenos y malos tiempos; la frecuencia de las brumas; la atmósfera unas veces cargada de lluvia, otras, de niebla; la inconstancia del viento, que no acababa de fijarse en ningún punto preciso del horizonte inquietábale con razón. No comía, ni dormía, ni vivía. Si durante los escasos minutos que había de durar el eclipse el cielo se cubría de vapores; si el astro de la noche y el del día se ocultasen tras un opaco velo; si él, Tomás Black, enviado expresamente para observar la corona luminosa y las protuberancias rojizas, no lograba cumplir su cometido, ¡qué contrariedad!, ¡qué chasco!, ¡qué lástima de fatigas tan infructuosamente sufridas!, ¡qué dolor de peligros con tanta intrepidez desafiados!

—¡Venir tan lejos para ver la Luna —exclamaba con acento cómico—, y tenerse que marchar sin verla!

¡No!, ¡no podía acostumbrarse a semejante idea! En cuanto obscurecía, trepaba el digno sabio a la cumbre del promontorio y escudriñaba el cielo. No tenía ni siquiera el consuelo de poder contemplar la rubia Febé en aquellos momentos; porque sólo faltaban tres días para el novilunio, y acompañaba, por consiguiente, al Sol en sus revoluciones alrededor de la Tierra, no permitiendo ver su melancólica faz los deslumbrantes fulgores del astro rey.

Tomás Black desahogaba con frecuencia sus penas en el corazón de

Paulina Barnett. La bondadosa señora no podía menos de compadecerle, y un día le tranquilizó lo mejor que pudo asegurándole que el barómetro mostraba cierta tendencia a subir, y repitiéndole que se hallaban precisamente en el centro de la buena estación.

—¡La buena estación! —repitió Tomás Black, encogiéndose de hombros—; ¿existe por ventura ninguna estación buena en semejante país?

—Pero, en fin, señor Black —respondió Paulina Barnett—, aun admitiendo que tuviese usted la desgracia de que se le escapase este eclipse, supongo que ocurrirán otros. ¡El 18 de julio no es el último del siglo!

—No, señora —respondió el astrónomo—. Después de éste se verificarán todavía cinco eclipses totales de aquí al año de 1900; el primero, el 31 de diciembre de 1861, que será total para el Océano Atlántico, el mar Mediterráneo y el desierto de Sahara; el segundo, el 22 de diciembre de 1870, total para las Azores, España meridional, Argelia, Sicilia y Turquía; el tercero, el 19 de agosto de 1887, total para el Nordeste de Alemania, Rusia meridional y Asia central; el cuarto, el 9 de agosto de 1896, visible en Groenlandia, Laponia y Siberia, y, en fin, el quinto, el 28 de mayo de 1900, que será total para los Estados Unidos, España, Argelia y Egipto.

—Pues bien, señor Black —replicó Paulina Barnett—, si pierde usted el eclipse del 18 de julio de 1860, se puede consolar con el del 31 de diciembre de 1861. ¿Qué son diecisiete meses?

—Para consolarme, señora —respondió gravemente el astrónomo—, no son diecisiete meses, sino treinta y seis años los que tendré que aguardar. —Y, ¿por qué?

—Porque de todos estos eclipses, sólo el del 9 de agosto de 1896 será total para lugares situados en altas latitudes, tales como Laponia, Siberia o Groenlandia.

—Pero ¿qué interés tiene usted en efectuar una observación de un eclipse en latitudes tan altas? —preguntó Paulina Barnett.

—¿Que qué interés, señora? —exclamó Tomás Black—. Un interés científico de la más trascendental importancia. Rara vez han sido observados los eclipses en regiones cercanas al Polo, donde el Sol, tan poco elevado sobre el horizonte, presenta, en apariencia, un disco considerable. Lo mismo ocurre con la Luna que lo oculta, y es posible que en estas condiciones el estudio de la corona luminosa y de las protuberancias pueda ser más completo. He aquí, señora, el motivo de que haya venido a operar más arriba del paralelo de 70°. Ahora bien, estas condiciones no volverán a reproducirse hasta el año de 1896, y, ¿me asegura usted, señora, que viviré para entonces?

Ante esta argumentación, nada había que responder. Tomás Black siguió estando de un humor insoportable, porque la inconstancia del tiempo amenazaba jugarle una mala pasada.

El 16 de julio hizo un tiempo magnífico; pero, en cambio, al siguiente día, permaneció el cielo cubierto de espesas brumas. ¡Era para perder la paciencia!

Tomás Black estuvo enfermo realmente todo el día. El estado febril en que pasaba la vida desde algún tiempo atrás, amenazaba degenerar en una verdadera enfermedad. Jasper Hobson y Paulina Barnett procuraban en vano calmarle. En cuanto al sargento Long y sus otros compañeros no podían comprender que el amor a la Luna hiciese tan desgraciado al astrónomo.

Llegó, por fin, el gran día, ¡el 18 de julio! El eclipse total debía durar, según los cálculos de los almanaques, cuatro minutos treinta y siete segundos, es decir, desde las once cuarenta y tres minutos y quince segundos, hasta las once, cuarenta y siete minutos y cincuenta y siete segundos de la mañana.

—Pero ¿tanto es lo que pido? —exclamaba con lastimero acento el astrónomo, mesándose las cabellos—; pido tan solamente que un pedazo de cielo, nada más que el pequeño rincón donde se ha de verificar el eclipse, quede limpio de nubes. ¿Y por cuánto tiempo lo pido? ¡Durante cuatro tristes minutos! ¡Y después que nieve, que truene, que se desencadenen todos los elementos! ¡Todo me importará un bledo!

Tomás Black tenía algunas razones para desesperar por completo. Parecía probable que la observación no pudiera efectuarse. Al amanecer, los horizontes estaban cubiertos de brumas. Elevábanse espesas nubes por la parte del Sur, precisamente en la región del cielo en que el eclipse debía verificarse. Pero, sin duda alguna, el dios de los astrónomos tuvo piedad de Black; porque, a eso de las ocho de la mañana, saltó una brisa bastante fresca del Norte que barrió todas las brumas y despejó el firmamento.

¡Ah!, ¡qué gritos de gratitud!, ¡qué exclamaciones de júbilo se escaparon del pecho del abnegado sabio! En medio de un cielo puro resplandecía un magnífico sol esperando que la Luna, cuya faz eclipsaba aún sus rayos, lo fuese obscureciendo poco a poco.

Se llevaron enseguida a la cumbre del promontorio los instrumentos de Tomás Black, quien después de instalarlos debidamente, dirigió sus objetivos hacia el horizonte del Sur, y esperó.

Había recuperado toda su acostumbrada paciencia, toda la sangre fría necesaria para su observación. ¿Qué podía temer ahora? Nada, a no ser que el cielo se desplomase sobre su cabeza. A las nueve, no había ni una sola nube, ni el más ligero vapor del horizonte al cénit. ¡Jamás una observación astronómica habíase presentado en condiciones más favorables!

Jasper Hobson, Paulina Barnett y todos los habitantes del fuerte habían querido presenciar la operación. La colonia entera hallábase reunida sobre el cabo Bathurst, alrededor del astrónomo. El Sol se elevaba lentamente, describiendo un arco muy amplio sobre la inmensa planicie que se extendía hacia el Sur. Nadie se atrevía a hablar, esperando todos con solemne ansiedad la realización del fenómeno.

A eso de las nueve y media comenzó la ocultación. El disco de la Luna mordió el disco del Sol; pero el primero no debía cubrir por completo al segundo más que desde las once, cuarenta y tres minutos y quince segundos; hasta las once, cuarenta y siete minutos y cincuenta y siete segundos, que era el tiempo señalado por el almanaque para el eclipse total; y nadie ignora que no puede haber ningún error en estos cálculos hechos, comprobados y revisados por los astrónomos de todos los observatorios del mundo.

Tomás, Black había traído en su equipaje cierta cantidad de cristales ennegrecidos que distribuyó entre sus compañeros, de suerte que todos pudieron seguir los progresos del fenómeno sin detrimento de su vista.

El pardo disco de la Luna avanzaba lentamente. Ya los objetos terrestres adquirían un tinte especial anaranjado. La atmósfera en el cénit había cambiado de color. A las diez y cuarto, la mitad del disco solar hallábase obscurecido. Algunos perros, que gozaban de libertad, iban y venían de un lado para otro, dando muestras de cierta inquietud y ladrando en ocasiones de un modo lastimero. Los patos, inmóviles en las orillas del lago, gritaban como en la hora del crepúsculo y buscaban un lugar a propósito para entregarse al sueño. Las madres llamaban a sus pequeñuelos, que se refugiaban debajo de sus alas. Para todos aquellos animales se aproximaba la noche, y con ella la hora del sueño.

A las once, las dos terceras partes del disco solar hallábanse cubiertas. Los objetos habían adquirido un tinte vinoso. Reinaba entonces una semiobscuridad que debía hacerse completamente durante los cuatro minutos que el eclipse total iba a durar. Pero ya se distinguían algunos planetas, como Mercurio y Venus, y las principales estrellas de ciertas constelaciones, sobresaliendo entre ellas las del Toro y Orión. Las tinieblas aumentaban de minuto en minuto.

Tomás Black, sin apartar la pupila del ocular de su potente antejo, seguía los progresos del fenómeno inmóvil y silencioso. A las once y cuarenta y tres los dos discos debían encontrarse colocados exactamente el uno delante del otro.

—¡Las once y cuarenta y tres! —dijo Jasper Hobson, que observaba atentamente el segundero de su cronómetro.

Tomás Black, inclinado sobre el instrumento, no se movía en absoluto. Transcurrió medio minuto.

Tomás Black enderezóse con los ojos desmesuradamente abiertos. Colocóse en seguida otra vez delante del ocular durante otro medio minuto, y, enderezándose de nuevo, gritó con voz ahogada:

—¡Se va! ¡Se va! ¡La Luna! ¡La Luna se marcha! ¡Huye! ¡Desaparece! Y, en efecto, el disco lunar deslizábase sobre el del Sol sin haberlo cubierto todo entero. ¡Solamente las dos terceras parte habían sido obscurecidas!

¡Tomás Black se había quedado estupefacto! Los cuatro minutos habían transcurrido ya. La luz iba aumentando. ¡La corona luminosa no se había producido!

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó Jasper Hobson.

—¡Qué que ocurre! —exclamó el astrónomo—. ¡Ocurre que el eclipse no ha sido total para este lugar del Globo!

¿Me entiende usted? ¡Qué no ha sido total!

—En ese caso, las indicaciones de su almanaque de usted son falsas.

—¡Falsas! ¡Vamos, hombre! ¡A otro con ese cuento, señor Hobson!

—Pero, entonces... —exclamó Jasper Hobson, cuya fisonomía modificóse de súbito.

—Entonces —respondió Tomás Black—, es que no nos hallamos en el paralelo de 70°.

—¡Cómo es posible eso! —exclamó Paulina Barnett.

—¡Pronto saldremos de dudas! —exclamó el astrónomo, cuyos ojos respiraban a la vez ira, rabia y decepción—. Dentro de algunos minutos el sol pasará por el meridiano... ¡Mi sextante!, ¡pronto!, ¡pronto!

Corrió un soldado a la casa, y no tardó en regresar con el instrumento pedido.

Tomás Black dirigió el anteojo hacia el astro del día, esperó que pasase por el meridiano, y, abandonando en seguida su sextante y efectuando con rapidez algunos cálculos en su libro de memorias, preguntó:

—¿Cuál era la latitud del cabo Bathurst cuando, hace un año, a nuestra llegada a este sitio, calculamos sus coordenadas geográficas?

—70° 44' y 37" —respondió el teniente Hobson.

—Pues bien, señor teniente, ahora su latitud es de 73° 1' y 20". ¡Ya ve usted cómo no estamos en el paralelo de 70°!

—Mejor haría usted en decir que ya no estamos —murmuró el teniente Hobson.

Una revelación repentina se había verificado en su mente. Todos los fenómenos hasta entonces inexplicables se explicaban ahora de la manera más clara...

El territorio del cabo Bathurst había derivado tres grados hacia el Norte desde la llegada a él del teniente y sus compañeros.

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)